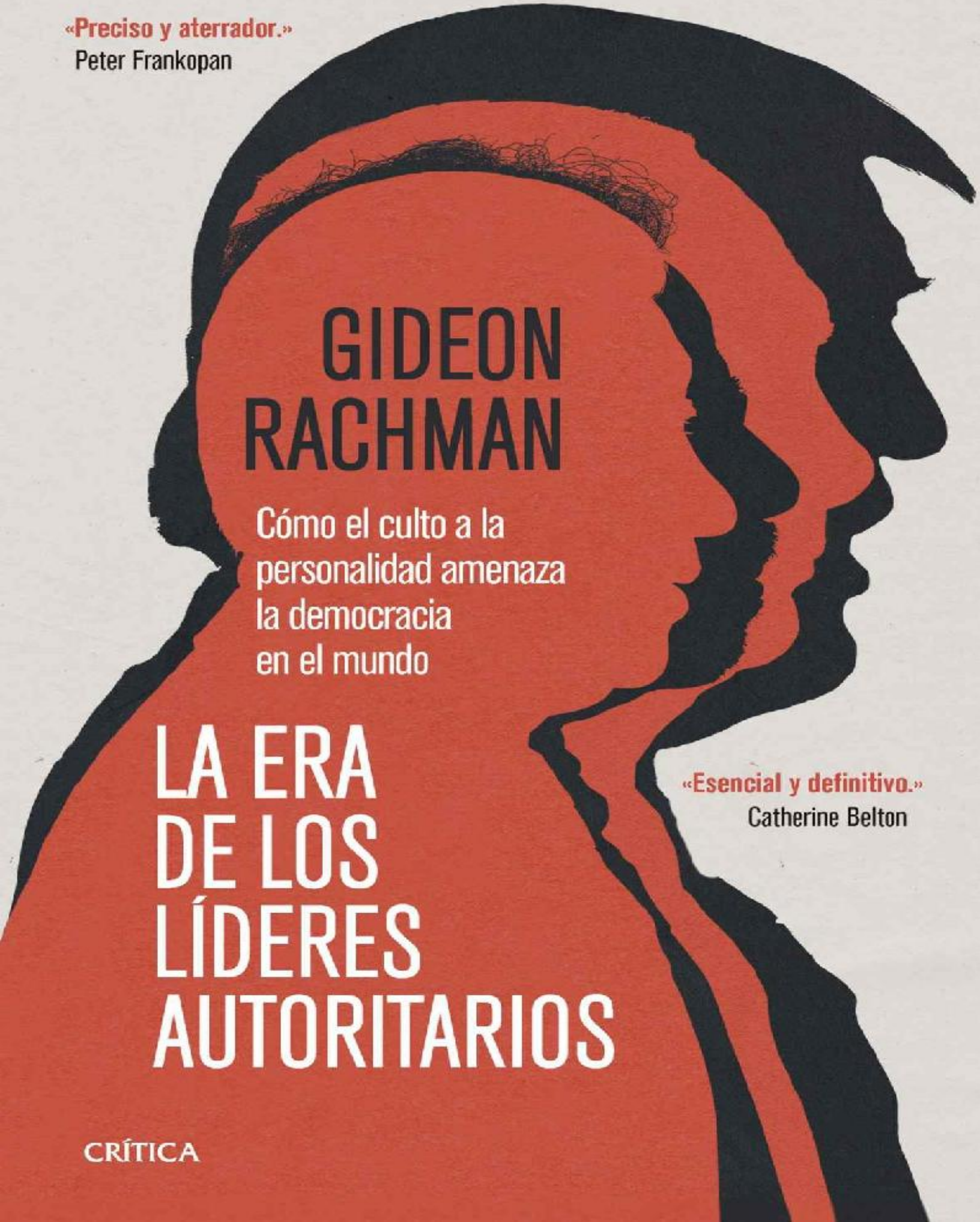
«Preciso y aterrador.»
Peter Frankopan



GIDEON RACHMAN

Cómo el culto a la personalidad amenaza la democracia en el mundo

LA ERA DE LOS LÍDERES AUTORITARIOS

«Esencial y definitivo.»
Catherine Belton

CRÍTICA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Introducción
1. Putin: el arquetipo (2000)
2. Erdogan: de reformador liberal a hombre fuerte autoritario (2003)
3. Xi Jinping: China y el regreso al culto a la personalidad (2012)
4. Modi: política del hombre fuerte en la democracia más grande del mundo (2014)
5. Orbán, Kaczynski y el auge de la Europa iliberal (2015)
6. Boris Johnson y la Gran Bretaña del Brexit (2016)
7. Donald Trump: el hombre fuerte estadounidense (2016)
8. Rodrigo Duterte y la erosión de la democracia en el Sureste Asiático (2016)
9. El ascenso de MBS y el fenómeno Netanyahu (2017)
10. Bolsonaro, Amlo y el retorno del caudillo latinoamericano (2018)
11. Abiy Ahmed y la desilusión democrática en África (2019)
12. Merkel, Macron y la batalla europea contra los hombres fuertes (2020)
13. George Soros, Steve Bannon y la batalla de las ideas
Epílogo. Biden en la era de los líderes autoritarios

Agradecimientos
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Desde el comienzo del milenio, cuando Vladimir Putin tomó el poder en Rusia, diferentes líderes autoritarios han llegado a dominar la política mundial. Autodenominados hombres fuertes han llegado al poder en Moscú, Beijing, Delhi, Brasilia, Budapest, Ankara, Riyadh y Washington.

¿Cómo y por qué llegó este nuevo estilo de liderazgo de hombre fuerte? ¿Qué posibilidades hay de que conduzca a una guerra o al colapso económico? ¿Y qué fuerzas existen no solo para mantener a raya a estos hombres fuertes, sino también para revertir la tendencia?

Estos líderes fomentan el culto a la personalidad. Son nacionalistas y conservadores sociales, con poca tolerancia a las minorías, la disidencia o los intereses extranjeros. En casa afirman defender a la gente común contra las élites globalistas; en el extranjero, se presentan como las encarnaciones de sus naciones. Y no solo están operando en sistemas políticos autoritarios, sino que han comenzado a surgir en el corazón de la democracia liberal.

Gideon Rachman se ha codeado con la mayoría de estos líderes y, como periodista, ha informado desde sus países. Mientras que otros han tratado de comprender su ascenso individualmente, Rachman analiza el fenómeno en su conjunto y descubre la compleja y, a menudo, sorprendente interacción entre estos líderes identificando temas comunes, encontrando coherencia global en el caos y

ofreciendo un nuevo y audaz paradigma para navegar por nuestro mundo.

Desde Putin, Trump y Bolsonaro hasta Erdogan, Xi y Modi, La era de los líderes autoritarios brinda el primer análisis verdaderamente global del nuevo nacionalismo y ofrece un nuevo y audaz paradigma para comprender nuestro mundo.

LA ERA DE LOS LÍDERES AUTORITARIOS

Cómo el culto a la personalidad amenaza la democracia en el mundo

Gideon Rachman

Traducción castellana de Efrén del Valle

CRÍTICA

En memoria de Jack Rachman (1938-2021)

Introducción

En la primavera de 2018, la Casa Blanca estaba preparándose para una cumbre entre Donald Trump y Kim Jong-un. En el edificio de la Oficina Ejecutiva, donde trabaja el personal de seguridad nacional del presidente de EE. UU., uno de los asistentes de Trump me comentó con una tímida sonrisa: «Al presidente le gusta tratar cara a cara con líderes autoritarios».

Estaba claro que la debilidad que sentía Trump por los dictadores avergonzaba incluso a algunos de sus altos cargos. La idea no expresada en la Casa Blanca era que el propio Trump había introducido algunos hábitos de una dictadura en el corazón de la mayor democracia del mundo. La feroz retórica del presidente, su afición a los desfiles militares, su tolerancia con los conflictos de intereses y su intolerancia con los periodistas y los jueces son rasgos del «estilo del hombre fuerte» en política, que hasta hace poco se consideraba ajeno a las democracias maduras de Occidente.

Pero Trump estaba en sintonía con sus tiempos. Desde 2000, el auge de los líderes fuertes se ha convertido en una característica crucial de la política global. En capitales tan diversas como Moscú, Pekín, Nueva Delhi, Ankara, Budapest, Varsovia, Manila, Riad y Brasilia han subido al poder «hombres fuertes» hechos a sí mismos (y hasta el momento todos son varones).

Normalmente, esos líderes son nacionalistas y conservadores culturales con escasa tolerancia hacia las minorías, la discrepancia o los intereses de los extranjeros. En su país aseguran defender al

hombre corriente ante las élites «globalistas». En el extranjero se presentan como la personificación de sus naciones. Y allá donde vayan, fomentan un culto a la personalidad.

La era de los líderes autoritarios empezó mucho antes de que Trump llegara a la Casa Blanca, y después de él seguirá siendo un tema fundamental de la política internacional. Las dos superpotencias emergentes del siglo XXI, China y la India, son presas de la política del hombre fuerte. Aunque sus sistemas son muy distintos, Xi Jinping y Narendra Modi han orientado a sus países hacia un estilo de liderazgo más personalizado que adopta el nacionalismo, una retórica de fuerza y una feroz hostilidad hacia el liberalismo. Rusia y Turquía, las dos potencias más importantes de las fronteras orientales de la Unión Europea, son gobernadas por líderes fuertes. Vladímir Putin y Recep Tayyip Erdogan llevan casi veinte años en el poder. El estilo del hombre fuerte también ha entrado en la UE por medio del húngaro Viktor Orbán y el polaco Jaroslaw Kaczynski. Incluso el británico Boris Johnson ha coqueteado con ese estilo de política en sus actitudes hacia la ley, la diplomacia y la discrepancia dentro de su partido. Brasil y México, los dos países más grandes de Latinoamérica, actualmente están liderados por Jair Bolsonaro y Andrés Manuel López Obrador (popularmente conocido como Amlo). Bolsonaro pertenece a la extrema derecha y Amlo a la izquierda populista. Pero ambos líderes encajan en el perfil del hombre fuerte y fomentan el culto a la personalidad y el desprecio por las instituciones estatales.

Ese patrón internacional pone de relieve un tema crucial de este libro: el estilo del hombre fuerte no se limita a los sistemas autoritarios. Ahora también es habitual entre políticos electos en democracias. Un líder fuerte que opera en una democracia, como Donald Trump, se enfrenta a restricciones institucionales que no

inhiben a gente como Xi Jinping o Vladímir Putin. Pero los instintos de un Trump, un Duterte o un Bolsonaro son desconcertantemente similares a los de los líderes fuertes de China y Rusia.

El ascenso de líderes autoritarios en todo el mundo ha cambiado la esencia de la política internacional. Ahora nos hallamos en medio del ataque global más prolongado que han sufrido los valores democráticos liberales desde la década de 1930. Desde la destrucción causada por la segunda guerra mundial, la libertad política prosperó en todo el mundo durante unos sesenta años. El progreso fue desigual, y las definiciones de democracia son imprecisas, pero el rumbo general del viaje estaba claro. En 1945 había solo 12 democracias en el mundo. En 2002, esa cifra había aumentado a 92, superando así al número de autocracias por primera vez en la historia. [1]

Desde entonces, el grupo de países formalmente definidos como democracias se ha mantenido por delante de los regímenes autocráticos. Pero se ha instaurado un proceso de erosión democrática. Freedom House, que confecciona informes anuales sobre la libertad política en todo el mundo, señalaba que 2020 fue el decimoquinto año consecutivo de reducciones de la libertad global. Tras el auge de las libertades civiles y políticas al terminar la guerra fría, en 2005 cambiaron las tornas. Desde entonces, el número de países en los que la libertad se ha visto reducida cada año es más grande que aquellos que experimentan un aumento de las libertades políticas y civiles. Según Freedom House: «La prolongada recesión democrática está empeorando». [2] El ascenso de líderes fuertes ha sido fundamental para ese proceso, ya que el estilo político del hombre fuerte antepone los instintos del líder a la ley y las instituciones.

Los líderes fuertes de hoy en día se mueven en un entorno político global muy distinto del de los dictadores de los años treinta. Las guerras entre grandes potencias ya no son habituales. La globalización ha transformado la economía mundial. La propagación del derecho internacional ha generado nuevas expectativas sobre el comportamiento de los líderes internacionales. Pero las tecnologías del siglo XXI también están brindando a los líderes fuertes nuevas maneras de comunicarse directamente con las masas, así como peligrosas herramientas de control social, en particular la capacidad para rastrear los movimientos y comportamientos de los ciudadanos. Cuando se desplieguen esas herramientas, podrían fortalecer el giro autoritario del siglo XXI.

Joe Biden ha convertido el fomento global de la democracia en un objetivo fundamental de su presidencia. Pero ha subido al poder en plena era del hombre fuerte. Actualmente, los líderes populistas y autoritarios están condicionando el rumbo de la política internacional. Cabalgan una ola de nacionalismo resurgente y conflicto cultural y territorial que podría ser demasiado poderosa para que la contengan la reafirmación de los valores liberales y el liderazgo estadounidense de Biden.

La victoria de Biden no ha conseguido dejar atrás la política del hombre fuerte, ni siquiera en Estados Unidos. Los resultados de Donald Trump en las elecciones presidenciales de 2020 fueron lo bastante buenos para que inmediatamente se hablara de su candidatura en 2024. Aunque Trump se retire de la primera línea política, los futuros aspirantes republicanos probablemente adoptarán la fórmula que él ha identificado.

Con frecuencia, los nacionalistas chinos describen a Biden como un líder viejo y débil que preside un país que ha entrado en un declive irreversible. Por el contrario, China se define a sí misma

como una potencia resurgente con un líder fuerte y vigoroso. En el orden mundial emergente, el presidente de China podría disputar en breve el título que habitualmente se otorga al presidente de Estados Unidos: el hombre más poderoso del mundo.

El principal desafío para Biden será demostrar la vitalidad de la democracia liberal en su país y en el extranjero. Si fracasa, su presidencia podría ser un mero interludio en la era de los líderes autoritarios.

Si los liberales aspiran a ganar la batalla contra la política del hombre fuerte, deben comprender a qué se enfrentan. Este libro intentará responder a tres preguntas cruciales sobre la era de los líderes autoritarios. ¿Cuándo se impuso esa tendencia? ¿Cuáles son sus características principales? Y ¿por qué ocurrió?

El 31 de diciembre de 1999, Vladímir Putin subió al poder en Rusia. Se iba a convertir en un símbolo importante, incluso en una inspiración, para una nueva generación de aspirantes a líderes autoritarios que admiran su nacionalismo, su osadía, su voluntad de emplear la violencia y su desprecio por la «corrección política».

Pero en sus primeros años en el poder, Putin quería ser visto como un socio fiable en un orden mundial establecido. Cuando Bill Clinton se reunió con él en el Kremlin en junio de 2000, declaró que su homólogo ruso era «plenamente capaz de construir una Rusia próspera y fuerte» a la vez que preservaba «la libertad, el pluralismo y el Estado de derecho».[3] En su primer encuentro con George W. Bush en 2001, Putin impresionó al presidente de Estados Unidos, que comentó: «Hemos mantenido un diálogo excelente. Me he hecho una idea de cómo es su alma».

Putin no desveló su condición de enemigo del orden liderado por Estados Unidos hasta 2007, con un discurso en Múnich en el que denunció a EE. UU., seguido de un ataque militar a la vecina Georgia en 2008. A partir de entonces, el estilo grandilocuente y agresivo de Putin resultaría anómalo en comparación con el pragmatismo cauteloso de los otros líderes mundiales clave de la época: Barack Obama en Estados Unidos, Angela Merkel en Alemania y Hu Jintao en China. Merkel calificó a Putin de líder que utilizaba medios del siglo XIX para resolver problemas del siglo XXI.[4] Pero, más que un anacronismo, Putin era un indicador de lo que estaba por venir. Simbólicamente, había tomado el poder en los albores del siglo XXI.

En 2003, Recep Tayyip Erdogan fue nombrado primer ministro de Turquía, tres años después de que Putin cogiera las riendas de Rusia. Igual que en el caso de Putin, Erdogan tardó un tiempo en adoptar el estilo del hombre fuerte. En Occidente al principio se le consideraba un reformador liberal, pero durante más de dos décadas en el poder Erdogan se ha vuelto cada vez más autocrático, encarcelando a periodistas y rivales políticos, purgando el ejército, los tribunales y el funcionariado, construyéndose un enorme palacio en Ankara y desarrollando una visión del mundo paranoica y conspiradora.

Rusia y Turquía son países grandes con unas economías que les permiten formar parte del G20, pero ya no son superpotencias. Por tanto, el momento en que la era de los líderes autoritarios se afianzó verdaderamente como fenómeno global debería situarse en 2012, el año en que Xi Jinping subió al poder en China.

En las décadas posteriores a la muerte de Mao Tse-Tung en 1976, el Partido Comunista de China se había orientado cuidadosamente hacia un estilo de liderazgo más colectivo. Pero, aunque la China actual es un país reconociblemente más rico y sofisticado que en

tiempos de Mao, el presidente Xi siente nostalgia de algunos preceptos maoístas de su juventud. Bajo su liderazgo, la maquinaria propagandística del partido empezó a crear un culto a la personalidad en torno a «Xi dada» (Tío Xi). El giro hacia el liderazgo del hombre fuerte se cimentó cuando los límites a los mandatos presidenciales fueron abolidos en 2018, lo cual permitiría a Xi gobernar de por vida.

La India, la otra superpotencia emergente de Asia, siguió un camino parecido en 2014 con la elección de Narendra Modi, líder del partido nacionalista hindú BJP. Como líder de la oposición, Modi había sido tan controvertido que le prohibieron entrar en Estados Unidos por su posible participación en un pogromo antimusulmán en Gujarat, su estado natal, en 2002. Como líder de la India, se posicionó como el hombre que plantaría cara a los enemigos de la nación en casa y en el extranjero. Su voluntad de bombardear presuntas bases terroristas paquistaníes en 2019 satisfizo a muchos indios y sentó las bases para una exitosa campaña de reelección en la que Modi aseguró a su electorado: «Cuando votáis por el loto [el símbolo de su partido], no estáis pulsando un botón, sino apretando un gatillo para disparar a los terroristas en la cabeza».

En 2015 el estilo del hombre fuerte también protagonizó un avance importante en el seno de la Unión Europea, que se define como un club de democracias liberales. Ese año, Viktor Orbán, el primer ministro húngaro, cada vez más autoritario, se convirtió en un héroe de la derecha populista occidental al liderar la campaña para frenar la llegada de refugiados y migrantes de Oriente Próximo. Ese mismo año, Ley y Justicia, un partido populista de derechas encabezado por Jaroslaw Kaczynski, ganó las elecciones presidenciales y parlamentarias en Polonia.

La crisis migratoria en Europa también fue el telón de fondo para el referéndum británico del Brexit en junio de 2016. La campaña Leave, liderada por Boris Johnson, aprovechó el miedo a la inmigración musulmana, asegurando falsamente que Turquía estaba a punto de entrar en la UE e inundaría el Reino Unido de nuevos emigrantes. «Recupera el control», el eslogan elegido por Vote Leave, fue una excelente manera de ganar votos que catapultó la campaña hacia una sorprendente victoria. Más tarde, Steve Bannon, director de la campaña de Trump en 2016, afirmaba que supo que este se alzaría con la victoria cuando el Reino Unido votó a favor del Brexit.

Así pues, cuando Trump llegó a la Casa Blanca en noviembre de 2016, era solo parte de una tendencia global establecida. Pero el singular poder económico y cultural de Estados Unidos supuso que el ascenso de Trump cambiara la atmósfera de la política global, fortaleciendo y otorgando legitimidad al estilo del hombre fuerte y dando pie a una oleada de imitadores.

La primera visita oficial de Trump fue a Arabia Saudí en mayo de 2017. Ese mismo año, el príncipe heredero Mohamed bin Salmán se convirtió en el líder *de facto* de ese país, el más rico y poderoso del mundo árabe. El nuevo líder no tardó en crearse un perfil global sin precedentes en la secretista e introvertida familia real saudí. En Occidente, MBS, como se dio a conocer, era considerado por algunos la clase de reformista autoritario que necesitaba Arabia Saudí, hasta que el asesinato y descuartizamiento de Yamal Jashogyi, un periodista disidente, consternó a los fans occidentales del príncipe heredero. Cuando MBS recibió el abrazo de un sonriente Vladímir Putin en la siguiente cumbre del G20, la imagen pareció resumir la anarquía e impunidad de la era de los líderes autoritarios.

Brasil, el país más grande de Latinoamérica, sucumbió a los encantos de la política del hombre fuerte en 2018 con la elección de Jair Bolsonaro como presidente. El «Trump del trópico» había pasado toda su carrera en los oscuros márgenes de la política derechista para acabar ganando las elecciones tras adoptar muchos de los temas y eslóganes del trumpismo, denunciando la corrección política, el globalismo, las noticias falsas y las ONG ecologistas, a la vez que tendía la mano a los propietarios de armas, los evangélicos, los hacendados y el Estado de Israel.

En 2018 África parecía ofrecer cierto alivio en la marcha hacia la política del hombre fuerte. Abiy Ahmed, el nuevo líder de Etiopía, segundo país más poblado del continente, despertó el interés internacional al liberar a presos políticos y poner fin a la prolongada guerra con Eritrea. Recibió el premio Nobel de la Paz en 2019. Pero al año siguiente el líder etíope lanzó una campaña militar contra los rebeldes de la provincia de Tigray, lo cual provocó miles de muertes y acusaciones de crímenes de guerra. El giro radical de Abiy despertó el temor a que fuera el último líder mundial considerado por Occidente un reformador liberal que acababa convirtiéndose en un autócrata.

Esa tendencia de los comentaristas occidentales a confundir inicialmente a líderes fuertes con reformadores liberales es un patrón. Cuando Erdogan subió al poder en Turquía, *New York Times* le describió como «un político islámico partidario del pluralismo democrático». [5] Por su parte, Nicholas Kristof, un columnista de ese mismo periódico, predijo en 2013 que Xi propiciaría «un resurgimiento de la reforma económica y probablemente la distensión política». Asimismo, expresó la esperanza de que, con Xi, «el cuerpo de Mao» fuera sacado de «la plaza de Tiananmén». [6] Dos años después, Thomas Friedman, otro columnista influyente del *New*

York Times, definió al príncipe heredero Mohamed bin Salmán como un remolino reformista «con la misión de transformar el gobierno de Arabia Saudí». [7] En 2017, a medida que se acumulaban las protestas por la trayectoria de MBS en materia de derechos humanos, Friedman parecía restar importancia a esas objeciones al escribir: «Aquí la perfección no figura en el menú. Alguien tenía que llevar a Arabia Saudí al siglo XXI». [8]

Y luego estaba el columnista británico que celebró el ascenso al poder de Narendra Modi en 2014 con un artículo titulado «La India necesita una sacudida y Modi es un riesgo que merece la pena correr». ¿Quién lo escribió? Pues yo mismo. También califiqué de «emocionante» el hecho de que el líder indio pasara de ser un humilde vendedor de té a convertirse en el líder del país. [9] Hoy, tras ser testigo de la actitud displicente de Modi hacia los derechos civiles, elegiría otro término.

Examinando de nuevo ese catálogo de predicciones ingenuas y esperanzas frustradas, es interesante preguntar por qué los comentaristas occidentales se equivocaban constantemente. Volviendo la vista atrás, creo que fue una mezcla de exceso de ilusión y confianza en el poder de las ideas políticas y económicas liberales nacidas de la «victoria» en la guerra fría. A consecuencia de ello, los creadores de opinión occidentales tardaron en comprender que la situación estaba girando en contra del liberalismo. Sin embargo, en 2020, una generación después de que Putin subiera al poder, era difícil ignorar lo que estaba sucediendo. Valores liberales como la libertad de expresión, la justicia independiente y los derechos de las minorías estaban siendo atacados en todo el mundo. [10]

Esta desoladora tendencia plantea otros dos interrogantes: ¿qué es la política del hombre fuerte y por qué está viviendo un auge?

El argumento de que vivimos en la era de los líderes autoritarios está abierto a una objeción obvia: ¿realmente es posible comparar a líderes elegidos democráticamente como Trump o Modi con autócratas no electos como Xi o MBS?

Debemos abordar esas comparaciones con cautela y un sentido de la proporción, pero creo que son válidas y, de hecho, vitales. Los líderes fuertes comentados en este libro forman parte de un continuo. En un extremo hay autócratas indiscutidos como los líderes de China y Arabia Saudí. Luego hay figuras en medio como Putin y Erdogan, que están sometidas a ciertas restricciones democráticas, como las elecciones y una libertad de prensa limitada, pero también son capaces de encarcelar a oponentes y gobernar durante décadas. Luego están los políticos que viven en democracia pero muestran desprecio por las normas democráticas y parecen decididos a erosionarlas. Trump, Orbán, Modi y Bolsonaro pertenecen a esa categoría.

Sin embargo, este libro no pretende ser una guía de los dictadores del mundo. Aunque hablo de líderes fuertes como Donald Trump y Benjamin Netanyahu, he excluido a un tirano como Kim Jong-un y a otros líderes agresivos como el bielorruso Aleksandr Lukashenko y el camboyano Hun Sen. *La era de los líderes autoritarios* describe la aparición de una nueva generación y tipología de líderes nacionalistas y populistas, todos ellos unidos por su desprecio al liberalismo y la adopción de nuevos métodos de gobierno autoritario. Desde principios del siglo XXI, el fenómeno del hombre fuerte se ha afianzado en casi todos los grandes centros de poder del mundo: Estados Unidos, China, Rusia, la India, la Unión Europea y Latinoamérica. Hun Sen y Lukashenko, en cambio,

controlan pequeños Estados y ambos ya ostentaban el poder en los años noventa. La dinastía Kim ha gobernado Corea del Norte desde 1948. Esos tres líderes poseen rasgos del hombre fuerte, pero no son cruciales para el cambio que ha experimentado la política global en los últimos veinte años.

Algunos lectores británicos se sorprenderán por la inclusión de Boris Johnson en la lista de líderes fuertes. Los partidarios del primer ministro y del Brexit podrían considerarlo un insulto gratuito. Pero cuando Johnson finalmente cumplió su ambición de ser primer ministro en 2019, se vendió como una figura fuerte, una persona lo bastante dura para sacar adelante el Brexit por los medios que fueran necesarios. Desde los escaños de los diputados sin cargo, Johnson había citado el estilo diplomático de Donald Trump como un modelo para tratar con la UE. Como primer ministro, tomó medidas que su predecesora, Theresa May, había esquivado, como expulsar a altos cargos de su partido y prorrogar el Parlamento, un acto que rápidamente fue declarado ilegal. Donald Trump expresó su afinidad con Johnson al calificarlo de «Trump británico», y Joe Biden coincidía con él, describiéndolo como un «clon físico y emocional» de Trump. [11] El Brexit, la causa que defendía Johnson, fue un momento vital en el ataque al liberalismo globalizado.

Una razón para preocuparse por los hombres fuertes elegidos democráticamente es que su comportamiento y retórica se solapan de manera muy clara con la conducta de los autócratas. Es llamativo que algunas personas con experiencia en sistemas verdaderamente autocráticos fueran las primeras en alertar sobre Donald Trump. En particular, exiliados rusos como Garri Kaspárov y Masha Gessen fueron muy claros al comparar el comportamiento de Trump con el de Putin. [12] [13] Pero Estados Unidos no era una aberración única en el mundo democrático. Otros sistemas políticos que supuestamente

deben basarse en las instituciones, las leyes y los partidos políticos han empezado a generar figuras fuertes como Modi, Bolsonaro y Duterte.

También se ha producido un giro hacia el modelo del hombre fuerte en países que ya eran autoritarios. China y Arabia Saudí nunca han sido democracias, pero antes de Xi y MBS su liderazgo era más colectivo, agrupado en torno al Partido Comunista y la familia real saudí. Sin embargo, en los últimos años, ambas naciones se han acercado a un estilo de gobierno más personalizado.

De resultas de este avance internacional hacia la política personalizada, cuesta más trazar una línea entre el mundo autoritario y el democrático. Tradicionalmente, los presidentes estadounidenses han hecho una clara distinción entre «el mundo libre» (liderado por EE. UU.) y los países no democráticos. Pero Donald Trump relativizó esa diferencia. Cuando en 2015 lo informaron de que el presidente Putin (a quien acababa de elogiar) había matado a periodistas y opositores políticos, Trump respondió: «Creo que nuestro país también mata a mucha gente». [14] Según le dijo a Bob Woodward: «[Como presidente] me llevo muy bien con Erdogan ... Cuanto más duros y malos son, mejor me llevo con ellos».

En lugar de defender la libertad de prensa como parte esencial de una sociedad libre, Trump se pasaba el tiempo denunciando las «noticias falsas de los medios de comunicación». Y en lugar de alabar a los tribunales independientes y las elecciones libres de Estados Unidos, tachaba a los jueces de partidistas si fallaban contra él, e intentó revocar el resultado de las elecciones presidenciales de 2020 aduciendo fraude. El comportamiento y lenguaje de Trump fueron adoptados por otros líderes de países democráticos. Netanyahu en Israel y Bolsonaro en Brasil han denunciado las

«noticias falsas» y un «Estado profundo» que actúa contra ellos. Cuando Netanyahu perdió el poder en 2021, afirmó, al más puro estilo Trump, que había sido víctima del «mayor fraude electoral ... en la historia de cualquier democracia».

La desaparición de una línea definida entre el liderazgo en los sistemas democráticos y en los autoritarios ha sido un objetivo clave de los autócratas durante décadas. Al principio del largo reinado de Vladímir Putin en Rusia conocí en el Kremlin a su portavoz, Dmitri Peskov. Cuando le pregunté por algunos actos represivos que había cometido Putin recientemente, Peskov respondió sonriente: «Todos nuestros sistemas son imperfectos». El discurso de Trump parecía confirmar esa vieja postura rusa y china. Allí estaba un presidente dispuesto a decir: «Nosotros también mentimos, nosotros también matamos, nuestros medios de comunicación son falsos, nuestras elecciones están amañadas y nuestros tribunales son deshonestos». En palabras de Rana Mitter, un historiador especializado en China: «El discurso antiliberal es útil para China, ya que permite afirmar que no existe ninguna diferencia fundamental entre un Estado autoritario y uno democrático ... que es una cuestión de grado, no de tipo». [15]

Los líderes fuertes retratados en este libro no son «todos iguales», pero son similares. Y esas similitudes son importantes e ilustrativas. Hay cuatro características comunes al estilo del hombre fuerte: la creación de un culto a la personalidad; el desprecio por el Estado de derecho; la afirmación de que representan al pueblo real contra las élites (también conocida como populismo); y una política impulsada por el miedo y el nacionalismo.

Los líderes fuertes quieren que se les considere indispensables. Su objetivo es convencer a la gente de que solo ellos pueden salvar a la

nación. «Solo yo puedo arreglarlo», decía Trump a los estadounidenses. La distinción entre el Estado y el líder se erosiona, lo cual hace que sustituir al hombre fuerte por un mortal inferior parezca peligroso e inconcebible. Lo idóneo es que no solo sean admirados por su fortaleza, sino también por su moralidad e intelecto.

De nuevo, esa característica abarca a autocracias y democracias. En China, Xi Jinping ha hecho todo lo posible por reinstaurar un culto a la personalidad que se vio por última vez con Mao Tse-Tung. El «pensamiento de Xi Jinping» ha sido incorporado a la Constitución china, una distinción que solo se había otorgado a Mao. Los límites al número de mandatos de la presidencia china han sido abolidos, lo cual permitiría que Xi gobernara el resto de su vida. En 2020 me enseñaron en Shanghái un mural callejero de Xi con los rayos del sol brotando de su cabeza.

En una dictadura es más fácil insistir en este tipo de idolatría, pero el culto a la personalidad también ha entrado en los mundos semidemocráticos y democráticos. En la India, las campañas electorales del BJP se han centrado en Modi y sus reivindicaciones de sabiduría, fuerza y moralidad personal. Según Ramachandra Guha, un destacado historiador de la India: «Desde mayo de 2014, los amplios recursos del Estado se han dedicado a convertir al primer ministro en el rostro de cada programa, anuncio publicitario y cartel. Modi es la India, y la India es Modi». [16]

En Rusia y Turquía, Putin y Erdogan también han fomentado la idea de que mantienen una sintonía única con la gente de a pie. En los dos países se han aprobado enmiendas constitucionales que han permitido a ambos seguir en el poder durante décadas, y posiblemente de por vida. En otros países, primeros ministros nacionalistas como el japonés Shinzō Abe y el israelí Benjamin

Netanyahu han establecido nuevos récords de longevidad en el cargo. En Estados Unidos, Donald Trump disfrutaba molestando a sus oponentes al «bromear» con la ampliación de su mandato más allá de los ocho años. El grado en que el Partido Republicano había sucumbido al culto a la personalidad trascendió en 2020, cuando la plataforma para la elección presidencial quedó reducida a la simple declaración de que «el Partido Republicano ha apoyado y seguirá apoyando con entusiasmo el programa "Estados Unidos primero" del presidente».

Otro aspecto común del culto a la personalidad es la fusión de los intereses del hombre fuerte y los del Estado. Es bastante habitual que los familiares del líder ocupen cargos importantes de gobierno. Erdogan nombró a su yerno, Berat Albayrak, ministro de Economía antes de enemistarse con él. Trump otorgó a Jared Kushner, también su yerno, un papel destacado en la diplomacia y la política nacional estadounidenses. En Brasil, Jair Bolsonaro ha utilizado a sus tres hijos, Flavio, Eduardo y Carlos, como sustitutos y portavoces, y nombró a Eduardo embajador en Estados Unidos. En Filipinas, el candidato preferido de Duterte para sustituirlo era su propia hija Sara. En principio, Duterte padre ocuparía la vicepresidencia. En el Reino Unido, Boris Johnson eligió a su hermano Jo para el Gabinete y más tarde para la Cámara de los Lores.

Los líderes fuertes también suelen creer que las instituciones y la ley se interponen en el camino de lo que hay que hacer. De nuevo, es una tendencia que abarca tanto a democracias como autocracias, aunque se desarrolla en función del contexto político. Antes de que Xi Jinping subiera al poder, los pensadores liberales de China presionaron para dar a los tribunales del país cierta independencia respecto del Partido Comunista. Xi ha rechazado esa idea y reafirmado el dominio del partido que él mismo lidera,

argumentando: «Jamás debemos seguir el camino del "constitucionalismo", la "separación de poderes" o la "independencia judicial" occidentales». [17]

En Occidente, la independencia judicial a menudo ha sido el primer objetivo de la nueva generación de líderes fuertes. Una de las primeras medidas de los gobiernos húngaro y polaco, liderados respectivamente por Viktor Orbán y Jaroslaw Kaczynski, fue modificar la Constitución para tener a los tribunales bajo control. En el Reino Unido, cuando el Tribunal Supremo falló en contra del gobierno en cuestiones importantes relacionadas con el Brexit, sus jueces fueron tachados de «enemigos del pueblo» por el *Daily Mail*. En EE. UU., Donald Trump declaraba: «Cuando alguien es presidente de Estados Unidos, la autoridad es total». [18]

Para un líder fuerte, la ley no es algo que haya que obedecer, sino un arma política contra sus oponentes. Lavrenti Beria, el jefe de la policía secreta de Stalin, lo expresó mejor cuando dijo: «Mostradme al hombre y encontraré el delito». Encarcelar a opositores políticos es una práctica habitual. Uno de los primeros indicios de que la Rusia de Vladímir Putin había dado un giro hacia la autocracia fue cuando el presidente ordenó juzgar y encarcelar al problemático oligarca Mijaíl Jodorkovski en 2005. Ese patrón se ha mantenido más recientemente con el encarcelamiento del líder de la oposición Alekséi Navalni en 2021. Nada más subir al poder, Xi lanzó una campaña anticorrupción en la que más de un millón de personas fueron detenidas y encarceladas en China. Su respuesta a la oposición en Hong Kong fue ordenar el arresto de los líderes del movimiento democrático. En Filipinas, la senadora Leila de Lima, que había investigado la colaboración de Rodrigo Duterte con escuadrones de la muerte, fue detenida y encarcelada por falsos delitos de narcotráfico. En Arabia Saudí, MBS aprovechó una

campaña anticorrupción para aterrar e intimidar a gran parte de la élite del país, que (con un toque bastante saudí) fue encerrada en el hotel Ritz-Carlton y obligada a ceder parte de su riqueza. Trump carecía de esos poderes arbitrarios, pero es indudable que los ansiaba. En las elecciones presidenciales de 2016, él y sus representantes entonaron cánticos de «Encerradla» dirigidos a Hillary Clinton.

Un período extenso en el poder brinda a los líderes fuertes la posibilidad de elegir a personajes fieles para los tribunales, tal como intentó hacer Trump en Estados Unidos. En Filipinas, Duterte ha llenado el Tribunal Supremo de jueces afines. Y en Turquía se purgó a más de 4.000 jueces y fiscales tras la declaración del estado de emergencia por parte de Erdogan en 2016.

Los tribunales son la institución más importante que debe dominar un líder fuerte. Pero la mayoría se muestran impacientes con cualquier institución independiente que pueda controlar o cuestionar su autoridad. Los medios de comunicación son un blanco habitual, como también lo son las instituciones estatales, por ejemplo los servicios de espionaje o el banco central. En 2019, meses después de subir al poder, Amlo había destituido a los directores de numerosos organismos legislativos de México.

De cuestionar a los tribunales a cuestionar la democracia electiva hay un paso relativamente pequeño. La naturaleza antidemocrática de la política de Trump quedó clara cuando intentó anular los resultados de las elecciones presidenciales de 2020. El rechazo a la democracia está implícito en la lógica de la política del hombre fuerte. Como dijo Erdogan en una ocasión: «La democracia es como un tranvía en el que viajas hasta llegar a tu destino». [19]

Los líderes fuertes desprecian las instituciones, pero aman al «pueblo». Normalmente aseguran poseer una comprensión y

simpatía intuitivas hacia la gente de a pie. Por eso, el fenómeno del hombre fuerte está muy vinculado al populismo, un estilo político que desdeña a las élites y los expertos y venera la sabiduría y los instintos del hombre normal.

A su vez, el populismo está íntimamente relacionado con un estilo de argumentación política conocido como «simplismo». [20] Es la idea de que existen soluciones sencillas a problemas complejos, pero se ven frustradas por fuerzas perversas. A veces son soluciones tan simples que pueden resumirse en tres palabras: «Consumad el Brexit», «Levantad el muro». Puesto que las soluciones a problemas complejos supuestamente resultan obvias, quienes las frustran a menudo son considerados tontos o malvados. Y cuando las soluciones simples se topan con dificultades, el hombre fuerte promete superar barreras legales para cerciorarse de que se obedezca la voluntad del pueblo.

Con frecuencia, los hombres fuertes aseguran que la ley y las instituciones estatales no solo son obstáculos innecesarios para hacer las cosas; en su opinión, la ofuscación legal es una herramienta que utilizan deliberadamente unas élites turbias. Es necesario un hombre fuerte para destapar esos complots y obstáculos y frustrar las conspiraciones del «Estado profundo», que Boris Johnson describió una vez como «la gente que verdaderamente dirige el país». Según Johnson, el Estado profundo británico estaba conspirando para impedir el Brexit. [21] El Estado profundo ya era un concepto conocido en Turquía décadas antes de que fuera adoptado por Trump y más tarde por Bolsonaro, Netanyahu y otros.

Los extranjeros sospechosos que supuestamente están tramando contra la nación son otro objetivo predilecto. En la China de Xi, los medios de comunicación a menudo advierten a los ciudadanos que

se protejan de conspiraciones occidentales destinadas a dividir el país. Fuera de China, muchos líderes fuertes han elegido a la misma figura amenazante como presunto manipulador que trabaja para élites globalistas contra la gente de a pie. Como veremos, el financiero George Soros ha tenido el honor de ser denunciado por Vladímir Putin, Donald Trump, Recep Tayyip Erdogan, Viktor Orbán y Jair Bolsonaro. La afirmación de que están luchando por la gente corriente contra la élite globalista a menudo es sorprendentemente fácil de compaginar con la acumulación de una enorme riqueza. Muchos hombres fuertes populistas, incluidos Putin, Orbán y Erdogan, han utilizado su poder político para enriquecerse o enriquecer a sus familiares y amigos.

Los hombres fuertes también suelen apoyar opiniones tradicionales sobre la familia, la sexualidad y el género. Se mofan de la «corrección política» de los liberales, que a menudo son mujeres, como la alemana Angela Merkel o la neozelandesa Jacinda Ardern.

Las bases políticas de los líderes fuertes con frecuencia guardan similitudes sorprendentes. En un sinnúmero de países han hecho campaña contra las élites urbanas y se han volcado con la gente que vive en ciudades pequeñas y en el campo. En Estados Unidos, Trump perdió en casi todas las grandes ciudades en 2016 y 2020. Además, dividió al electorado en líneas educativas y perdió entre los licenciados universitarios. Sin embargo, casi un 80 % de sus votos eran de hombres blancos que no habían ido a la universidad. No es de extrañar que en 2016 declarara: «Me encanta la gente con poca educación académica».

Ese patrón se mantiene fuera de Estados Unidos. En el Reino Unido, un 73 % de las personas que abandonaron la escuela sin cualificaciones votaron por salir de la UE; un 75 % de la gente con títulos de posgrado votó a favor de quedarse. En Filipinas, Rodrigo

Duterte hizo campaña contra la «Manila imperial» y su élite liberal. En Francia, Emmanuel Macron arrasó en el centro de París en 2017, mientras que los populistas ganaron en las zonas «rezagadas» del país. En Hungría y Polonia, el giro hacia el autoritarismo se topó con grandes manifestaciones contra el gobierno en las capitales, Budapest y Varsovia, mientras que Orbán y Kaczynski podían contar con la lealtad de las poblaciones pequeñas y el campo.

Observando esos patrones, es fácil que los liberales urbanos lleguen a la conclusión de que el apoyo a las políticas populistas y el liderazgo de los hombres fuertes se explica por la falta de educación formal o incluso por estupidez. Pero en las economías occidentales, la gente «con poca educación académica» probablemente ha visto cómo se estancaban sus salarios y bajaba su nivel de vida en las últimas décadas. En tales circunstancias, es muy tentador optar por un candidato antisistema. La tentación resulta aún más poderosa cuando un líder fuerte promete volver a los buenos tiempos y lograr que Estados Unidos (o Rusia o el Reino Unido) vuelva a ser grande. Esto nos lleva al último elemento del estilo político del hombre fuerte: el nacionalismo nostálgico.

Casi todos los líderes fuertes utilizan variantes de la famosa promesa de Donald Trump. Cuando el presidente Xi esgrime un «profundo rejuvenecimiento del pueblo chino» está prometiendo que China volverá a ser grande, devolviendo la nación a la posición que se merece como el Reino del Medio. Los líderes chinos y estadounidenses no son los únicos que ofrecen la posibilidad de recuperar la grandeza nacional. El presidente Putin describió la caída de la Unión Soviética como una catástrofe y ha convertido el restablecimiento del poder global de Rusia en un elemento crucial de su mandato. Shinzō Abe citaba como inspiración la restauración de la era Meiji en el siglo XIX, que convirtió a Japón en la principal

potencia de Asia. En la India, Narendra Modi lidera un movimiento nacionalista que apela al orgullo hindú por un pasado glorioso y en ocasiones mitificado, antes de los imperios británico y mogol. Viktor Orbán ha mencionado su intención de recuperar algún día los territorios que perdió Hungría tras la primera guerra mundial. En Turquía, el presidente Erdogan busca inspiración en las glorias del imperio otomano, que desapareció a principios de la década de 1920. Y en el Reino Unido, el plan de Boris Johnson para una «Gran Bretaña global» se inspira en la nostalgia por la época en que la nación era la principal potencia mundial en lugar de uno más entre 28 miembros de un club europeo.

El recurso al nacionalismo nostálgico en todo el mundo es sorprendente y relativamente nuevo. Hasta hace poco, en el Reino Unido los políticos de más éxito eran progresistas. Bill Clinton hablaba de tender un «puente hacia el siglo XXI» y David Cameron se posicionaba como un modernizador que se sentía cómodo con la Gran Bretaña contemporánea. Incluso China y Rusia, antes de las épocas de Xi y Putin, parecían más interesadas en labrarse un nuevo futuro que en rememorar glorias o rumiar sobre humillaciones pasadas.

Para entender el fenómeno del hombre fuerte debemos observar con más atención cómo ha creado el mundo moderno un mercado político para figuras como estas.

Durante un breve período de la historia universal, la democracia liberal parecía ir en ascenso sin traba alguna. Tras la caída del Muro de Berlín en 1989, las grandes cuestiones económicas y políticas parecían resueltas. En el plano económico, la respuesta fueron los mercados libres. En política fue la democracia. En materia

geopolítica, Estados Unidos era la única superpotencia. En la sociedad, ampliar los derechos de las mujeres y las minorías era el camino más obvio. Ahora que todos los grandes interrogantes se habían solucionado, el gobierno quedaba reducido a «la administración de lo inevitable», en palabras de Thomas Bagger, un intelectual y diplomático alemán. [22]

Pero la preponderancia liberal indiscutida duró menos de veinte años. En 2007, Vladímir Putin había empezado a rechazar abiertamente las creencias políticas y estratégicas que sustentaban el internacionalismo liberal. La crisis financiera y económica de 2008 socavó las suposiciones económicas que respaldaban el consenso liberal. Tanto la izquierda como la derecha empezaron a emplear «neoliberalismo» como un término crítico para describir los excesos y errores del modelo económico dominante.

La crisis económica de 2008, sumada a la guerra en Irak y el rápido y continuado crecimiento de China, también acabó con la idea de que el dominio occidental se prolongaría mucho tiempo. Cuando Xi Jinping subió al poder en 2012, estaba claro que el ascenso geopolítico de Occidente no podía darse por sentado. La idea de que la democracia liberal era la mejor ruta hacia la paz social también se vio cuestionada a medida que se ensanchaban las divisiones sociales en Occidente en medio de una amarga «guerra cultural».

Todos los hombres fuertes descritos en este libro se rebelan a su manera contra el consenso liberal que reinó a partir de 1989. Su éxito es un síntoma de la crisis del liberalismo. Esa crisis tiene múltiples facetas, pero puede desglosarse en cuatro elementos: económico, social, tecnológico y geopolítico.

Desde un escenario de Hong Kong en 2017, Steve Bannon ofreció su explicación para el éxito de Donald Trump y la fuerte reacción contra la globalización. La ocasión estuvo repleta de ironías. Como

ex banquero de Goldman Sachs, el propio Bannon se había aprovechado personalmente del «globalismo» que ahora estaba denunciando. De hecho, estaba recibiendo ingentes honorarios por hablar ante un grupo de banqueros residentes en Asia, cuyo sustento dependía de la cooperación económica entre Estados Unidos y China que Bannon quería desmantelar.

Bannon se encuentra a la extrema derecha de la política occidental. Pero como parte del público, me sorprendió lo mucho que se solapaba su análisis con las opiniones de la izquierda. Su argumento era que los orígenes de la revuelta populista que condujo al Brexit y la elección de Donald Trump radican en la crisis económica de 2008. En su opinión, el hecho de que no se castigara y encarcelara a los banqueros implicados en el desplome financiero, sumado al consiguiente estancamiento del nivel de vida de la gente corriente, había provocado una reacción inevitable. Bannon argumentaba que existían variantes de derechas e izquierdas de ese populismo: mientras que Trump y Nigel Farage llevaban la bandera de la derecha en Estados Unidos y el Reino Unido, Bernie Sanders y Jeremy Corbyn lideraban la ofensiva de los populistas de izquierdas. Pero, al menos en Occidente, fueron los populistas de derechas los que hicieron avances políticos.

En Estados Unidos y Europa, los populistas han prosperado en zonas olvidadas con un elevado desempleo, como el norte de Francia, el cinturón industrial de EE. UU., el este de Alemania y las ciudades deprimidas de la costa británica. Pero esas condiciones no se limitan a Europa Occidental y Estados Unidos. Fiona Hill, una especialista en Rusia que trabajó en la Casa Blanca de Trump y se crio en el noreste de Inglaterra, creía que los factores que habían impulsado el ascenso de Putin en Rusia eran similares a los que habían generado apoyos para el Brexit en el Reino Unido y para

Trump en Estados Unidos. La destrucción de las industrias tradicionales, de las cuales dependían regiones enteras, generó anhelo por un líder que prometiera recuperar la prosperidad y la estabilidad de épocas pasadas.[23] Tal como escribía Hill más adelante: «Putin compartía la misma base política que Trump en Estados Unidos, que planteaba quejas similares. Eran más mayores, había más varones y poseían menos educación académica que otros».[24] Pero, aunque la economía posterior a la crisis nos ayuda a comprender el atractivo de un hombre fuerte populista en Occidente, no ofrece una explicación completa. Por ejemplo, ¿cómo se entiende el auge de hombres fuertes populistas en Asia, donde el nivel de vida ha aumentado notablemente en los últimos años?

En China y la India, la economía también influye. Aunque China ha experimentado un enorme aumento de la riqueza nacional en los últimos cuarenta años, la transformación económica ha creado perdedores y ganadores. En los años noventa se permitió que muchas empresas estatales chinas que estaban sufriendo pérdidas fueran a la bancarrota y hasta treinta millones de trabajadores se quedaron sin empleo. Hombres que habían formado parte de la élite de la clase trabajadora industrial perdieron su lugar en la sociedad.[25] Por tanto, en China, igual que en Rusia, el Reino Unido y Estados Unidos, había un grupo de trabajadores más mayores y con menor educación académica que eran susceptibles al atractivo de un hombre fuerte que prometiera un regreso a los buenos tiempos.

En China y la India, los efectos desestabilizadores de un período de rápida globalización, incluyendo la migración masiva de personas e industrias, han acentuado el atractivo nostálgico de un pasado más estable, homogéneo y centrado en la nación. Asimismo, el argumento de que la corrupción ha permitido que la casi totalidad de los beneficios de la globalización cayera en manos de una élite bien

conectada es muy potente en gran parte del mundo en vías de desarrollo, lo cual ha generado peticiones de un tipo duro que pueda encerrar a los delincuentes. En cuanto ocupó el cargo, Xi Jinping convirtió la campaña anticorrupción en su principal política nacional. De manera similar, la imagen de Narendra Modi como un hombre corriente de orígenes humildes es fundamental para su atractivo político y le ha permitido afirmar que puede generar nuevas oportunidades para las frustradas clases medias y la India rural.

Muchos de los líderes fuertes que han aflorado fuera de Occidente han sacado rédito de las frustraciones causadas por Estados débiles que no parecen haberse enfrentado a la delincuencia callejera y la corrupción de alto nivel. Rodrigo Duterte, en Filipinas, y Jair Bolsonaro, en Brasil, apelaron a quienes estaban asustados por los altos índices de asesinatos en las ciudades.[26] Bolsonaro llegó al poder gracias a una oleada de indignación ciudadana después de que varios escándalos sacaran a la luz una corrupción generalizada en los más altos niveles de la política y los negocios.

Calificando a toda una élite de corrupta y egoísta y afirmando que el sistema estaba «amañado» en contra del hombre de a pie, los populistas ayudaron a crear la demanda de un *outsider*, un hombre fuerte que pudiera plantar cara a las élites globalistas corruptas y defender al hombre corriente.

Pero la «política del hombre fuerte» no trata solo de economía. Los líderes fuertes se afianzan verdaderamente cuando los agravios económicos se relacionan con temores más generalizados, como la inmigración, la criminalidad o el declive nacional.

Muchos de estos nuevos líderes han insistido sobre todo en la inmigración. Mientras que la etapa liberal posterior a la guerra fría estuvo representada por la caída del Muro de Berlín, la era de los líderes autoritarios ha estado simbolizada por la exigencia de nuevos

muros: el «hermoso muro» que prometió Trump en la frontera mexicana, el muro construido por Viktor Orbán para impedir que los refugiados sirios entraran en Hungría o el que levantó el gobierno de Netanyahu para separar Israel de los territorios palestinos.

Para los hombres fuertes populistas, algunos emigrantes son menos bienvenidos que otros. Una de las primeras medidas de Trump como presidente fue el intento infructuoso de prohibir la entrada de musulmanes a Estados Unidos. De hecho, el populismo nacionalista, tanto el de Occidente como el de Asia, presenta fuertes rasgos islamofóbicos. Para la extrema derecha estadounidense y europea, la inmigración musulmana supone una amenaza para la supervivencia de la civilización «judeocristiana».

Las minorías musulmanas también son uno de los blancos favoritos de los hombres fuertes de Asia. En China, el gobierno de Xi Jinping ha sido pionero en un extraordinario y siniestro esfuerzo por «reeducar» a los musulmanes de Xinjiang, acusados de separatistas y de simpatizar con el terrorismo. Más de un millón de musulmanes han sido enviados a campos de reeducación, lo cual, según creen algunos, representa el mayor encarcelamiento masivo desde la segunda guerra mundial. Tanto la administración de Trump como la de Biden han llegado a calificar el trato a los uigures de «genocidio». [27]

El sentimiento antimusulmán también es crucial para el atractivo político de Narendra Modi y explica algunas de las medidas más controvertidas del primer ministro indio. En 2019, Modi abolió el estatus especial de Jammu y Cachemira, un estado de mayoría musulmana. Dicha medida estuvo acompañada de detenciones masivas, un toque de queda y el cierre de Internet. El primer ministro indio también amenazó con expulsar o encarcelar a cientos

de miles de musulmanes en el estado de Assam, a los que acusaba de ser inmigrantes ilegales.

Los líderes fuertes a menudo se aprovechan del profundo temor a que una mayoría dominante esté a punto de verse desplazada, lo cual ocasionaría enormes pérdidas culturales y económicas. La teoría conspirativa de que los musulmanes planean conquistar Occidente ha sido fomentada por autores como el francés Renaud Camus, cuyo libro *Le grand remplacement* (El gran reemplazo) es uno de los textos favoritos de la extrema derecha. En Hungría, Viktor Orbán asegura que la emigración masiva es una amenaza para la supervivencia misma de su pueblo. En Israel, Benjamin Netanyahu aprobó una legislación que definía al país como un Estado judío, en parte como respuesta a una presunta amenaza demográfica de la minoría árabe.

La posibilidad de que, en Estados Unidos, la mayoría blanca se convierta en minoría en 2045 ayudó a alimentar los miedos sociales y raciales que impulsaron el ascenso de Donald Trump. Los sociólogos descubrieron que la ansiedad por el cambio racial y demográfico era un sólido indicador del apoyo a Trump. Algunos observadores ahora cuestionan incluso si la democracia puede soportar las presiones de las rivalidades raciales y la competición entre grupos. Como decía Barack Obama en 2020: «Estados Unidos es el primer experimento real en la construcción de una gran democracia multiétnica y multicultural. Y todavía no sabemos si podrá resistir...». [28]

Las pruebas que aportan otras grandes democracias multiétnicas y multiculturales como Brasil y la India no son especialmente alentadoras. El censo brasileño de 2010 desveló que, por primera vez, los brasileños blancos se veían superados numéricamente por compatriotas negros y mestizos. El discurso político de la extrema

derecha del país recuerda a los argumentos esgrimidos por los partidarios de Trump en Estados Unidos. Los votantes de Bolsonaro a menudo aseguraban que la izquierda se había hecho con el poder de manera ilegítima, comprando los votos de las minorías raciales por medio de beneficios sociales o corrupción.

El miedo a perder el estatus mayoritario parece mucho menos racional en el caso de los hindúes, que constituyen cerca del 80 % de la población de la India. Pero eso no ha impedido que figuras destacadas del BJP de Modi hagan campaña contra la denominada «yihad del amor», un supuesto complot de los musulmanes para casarse con chicas hindúes y diluir la pureza de la nación. Cinco estados en los que gobierna el BJP han aprobado o estudiado leyes contra esa «yihad del amor». [29]

El autoritarismo no sirve de protección contra esos temores y tensiones de índole étnica. En China, alrededor de un 92 % de la población es han. Pero la era Xi ha estado caracterizada por una creciente paranoia e intolerancia hacia las minorías raciales y étnicas. Chen Quanguo, el miembro del Partido Comunista al cargo de la represión en Xinjiang, había desarrollado sus tácticas de asimilación forzada en Tíbet.

La voluntad de actuar con dureza contra los grupos impopulares —extranjeros, emigrantes, musulmanes— es parte integral del atractivo de los hombres fuertes. Su actitud de machos también abre la posibilidad de apelar a ideas tradicionales de fortaleza masculina y de mofarse del feminismo y los derechos LGBT. En un momento en el que las costumbres sociales están cambiando con rapidez, y no solo en Occidente, esa apelación a los valores sociales tradicionales es un arma poderosa y tal vez subestimada en el arsenal de los nuevos autoritarios. En países tan diversos como Estados Unidos, Rusia, Brasil, Italia y la India existe un grupo numeroso de hombres

insatisfechos (y algunas mujeres tradicionalistas) que parecen entusiasmados con los líderes fuertes a la antigua usanza. [30]

El grado en que el género es una línea divisoria entre los hombres fuertes populistas y sus rivales liberales se hizo evidente en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016. En el ámbito de Trump, muchos temían que su candidato resultara herido de muerte cuando salió a la luz una grabación en la que se jactaba de agarrar a las mujeres «por el coño». Pero la controversia no impidió su victoria, y los hombres votaron mayoritariamente por Trump en lugar de Hillary Clinton. Es posible que el miedo a una presidenta fuera un factor más importante en los comicios de 2016 que el rechazo hacia un hombre que «agarra coños».

El lenguaje y la actitud varoniles son aún más pronunciados en líderes fuertes de fuera de Estados Unidos. En una ocasión, Rodrigo Duterte «bromeó» sobre su arrepentimiento por no haber participado en la violación grupal de una misionera asesinada. El brasileño Jair Bolsonaro ha manifestado que si alguna vez se cruzara con dos hombres besándose en la calle, les daría un puñetazo en la cara. Matteo Salvini, el aspirante a hombre fuerte de Italia, ha ondeado muñecas hinchables en el escenario y las ha comparado con sus opositoras políticas. Putin también ha intentado cosechar apoyos entre los conservadores culturales, tanto en Occidente como en Rusia, condenando habitualmente el sinsentido de la «corrección política» occidental y centrándose sobre todo en los derechos de los homosexuales y el feminismo. Cuando le pregunté a Konstantin Malofeev, uno de los ideólogos del putinismo, cuál consideraba que era la esencia del liberalismo occidental, respondió: «La inexistencia de fronteras entre países y la no distinción entre hombres y mujeres». [31]

El nacionalismo y el tradicionalismo cultural de los nuevos autoritarios significan que en muchos aspectos son líderes nostálgicos y retrógrados. Pero en un sentido crucial, los hombres fuertes están en sintonía con su época: con pocas excepciones, esos líderes son usuarios avezados de las redes sociales. El auge de nuevas formas de comunicación política ayudó a alimentar el salto a la política del hombre fuerte. Donald Trump convirtió Twitter en su forma principal de comunicación. Al hacerlo, estableció una conexión directa con los votantes, lo cual le permitía esquivar a los «medios de las noticias falsas». Una conexión personal entre un líder fuerte y sus discípulos es crucial para crear un culto a la personalidad, y Twitter es el medio idóneo para hacerlo. En Brasil, los seguidores de Bolsonaro en Twitter parecían cautivados con el hombre al que llamaban «la leyenda». El BJP indio también es notablemente experto en el uso de las redes sociales, y utiliza Facebook y Twitter para ganar apoyos para Modi e intimidar a sus oponentes.

Facebook y Twitter han sido claves para socavar el papel de los medios tradicionales como árbitros de la verdad y la ficción informativa. La campaña presidencial de Rodrigo Duterte en 2016 fue pionera en el uso de Facebook para difundir historias inventadas que favorecían a su candidato. Más tarde, algunos directivos de Facebook calificaban a Filipinas de «paciente cero». Al cabo de unos meses, la difusión de narrativas favorables a Trump en Facebook también fue crucial para el auge del hombre fuerte de Estados Unidos. Mientras que los medios tradicionales deben preguntar si una noticia es verdadera o falsa, Facebook pregunta a sus usuarios si les gusta o disgusta una publicación. Se apela a la emoción y la lealtad, no a la razón. Un estudio llevado a cabo en el Reino Unido durante la pandemia del covid-19 desveló que la gente que consulta la mayoría de las noticias en las redes sociales es mucho más

proclive a creer en teorías de la conspiración. Alrededor de un 45 % de los que creían que el gobierno estaba exagerando deliberadamente el número de muertes por covid-19 leían casi todas las noticias en Facebook. De los que rechazaban esa teoría de la conspiración, solo un 19 % recurría a Facebook para leer las noticias. [32]

En los primeros días de Internet, los optimistas liberales creían que la libre circulación de información favorecería inevitablemente a la democracia, ya que a las figuras autoritarias les resultaría más complejo censurar las noticias. Hay algo de cierto en ello. Por algo China ha bloqueado Twitter, YouTube y Facebook. En Rusia, Alekséi Navalni utilizó YouTube para publicar investigaciones sumamente perjudiciales sobre los negocios corruptos de Putin y su círculo. Pero el optimismo sobre el potencial liberador de las redes sociales debe ser enormemente limitado. Las nuevas redes sociales también han demostrado ser idóneas para el tipo de comunicación política por la que abogan los hombres fuertes: eslóganes o afirmaciones poco fiables que apelan a las emociones y probablemente serán difundidos con rapidez por sus seguidores antes de que puedan ser verificados por los medios.

Los acontecimientos más recientes en el uso de Internet en China son aún más siniestros en lo que a política se refiere. Ahora que la Red y los teléfonos móviles son esenciales para la vida en una sociedad moderna, las autoridades chinas pueden controlar las actividades de sus ciudadanos de maneras verdaderamente orwellianas. Cada viaje, transacción online o publicación en las redes sociales puede ser controlado. Los ciudadanos sospechosos de actividades subversivas pueden ser castigados mediante un sistema de «crédito social» en el que todo, desde un ascenso laboral hasta la posibilidad de obtener un préstamo o incluso comprar un billete de

tren, corre peligro para los disidentes. La pericia tecnológica de China, sobre todo en el ámbito de la inteligencia artificial, significa que su sistema de control social online es de interés para gobiernos autoritarios situados fuera de sus fronteras y que está potencialmente disponible para su exportación a hombres fuertes amigos.

La era de los líderes autoritarios también ha sido una época de profundos cambios geopolíticos. En 2000, el dominio de Estados Unidos era incuestionable. En aquel momento, la economía china representaba tan solo un 12 % de la estadounidense. En 2011, tres años después de la crisis, era un 50 % de la economía estadounidense. En 2020, justo antes de que llegara el covid-19, la economía china equivalía a más de dos tercios de la de EE. UU. Si lo medimos en poder adquisitivo, China se había convertido en la economía más grande del mundo en 2014.

Más allá de las estadísticas abstractas, los efectos se están dejando notar en el mundo real. En la actualidad, China es el mayor fabricante del mundo, el mayor exportador, el mayor mercado de vehículos y *smartphones* y el mayor productor de gases de efecto invernadero. También cuenta con una armada más grande que la de Estados Unidos. El auge de China y el relativo declive de Estados Unidos forman parte de una historia más amplia sobre el menguante peso económico y político de Occidente a medida que la riqueza y el poder se trasladan a Asia. Saber que la dominación global de Estados Unidos está erosionándose con rapidez apuntaló el anhelo de Trump por restablecer la grandeza nacional.

En potencias asiáticas pujantes como China y la India, el cambio del poder global ha inspirado la ambición de revivir la grandeza nacional y cultural que se vio eclipsada durante la era del imperialismo occidental. El nacionalismo asiático se ve impulsado por

unas expectativas cada vez mayores. El nacionalismo de Occidente se ve impulsado por la decepción. Pero el resultado político es sorprendentemente similar: un llamamiento a que el país vuelva a ser grande.

Después de la crisis de 2008, los líderes chinos mostraban más confianza a la hora de defender su modelo autoritario de desarrollo en contraste con el caos económico que supuestamente había creado la democracia occidental. De hecho, el éxito económico de China ha potenciado el prestigio de su modelo, sobre todo en África, donde la influencia china ha crecido con rapidez en la última década. El desastroso historial de muchos líderes fuertes después de la independencia africana, como Mobutu en Zaire o Mugabe en Zimbabue, no había sido una buena publicidad para el autoritarismo. En los años noventa, tras el fin de la guerra fría, África vivió una oleada democratizadora. Pero, más recientemente, el éxito económico de líderes como el ruandés Paul Kagame o el etíope Meles Zenawi ha dado un nuevo ímpetu al modelo autoritario en el continente.

Los cuatro años de Trump en el cargo han hecho mucho daño al «poder blando» de Estados Unidos. Una cuestión crucial es si Biden podrá recuperar el prestigio de la democracia liberal estadounidense y de ese modo poner freno al avance global de la política del hombre fuerte. Volveré sobre esa cuestión en el epílogo de este libro. Pero, para comprender cómo pueden evolucionar las cosas, es necesario volver al principio.

1

Putin: el arquetipo (2000)

Vladímir Putin estaba molesto, o puede que solo aburrido. El líder ruso había estado respondiendo pacientemente a las preguntas de un reducido grupo de periodistas internacionales en el restaurante de un modesto hotel de Davos. Entonces, una de las preguntas pareció irritarlo. Se quedó mirando a la periodista estadounidense y, por medio de un intérprete, dijo lentamente: «Responderé en un minuto, pero primero déjeme preguntarle por el extraordinario anillo que lleva en el dedo». Todas las cabezas allí presentes se volvieron. «¿Por qué es tan grande la piedra?» Algunos miembros del grupo se echaron a reír, y la periodista, cuyo anillo estaba siendo escrutado por todos, parecía incómoda. Putin adoptó un tono de fingida comprensión y añadió: «Imagino que no le importará que se lo pregunte, porque no llevaría algo así a menos que esté intentando llamar la atención deliberadamente». Hubo más risas. Para entonces, la pregunta original había caído en el olvido. Fue una clase magistral de distracción y acoso.

Corría el año 2009 y Putin llevaba casi una década en el poder. Pero ese fue mi primer encuentro personal con el líder ruso durante su visita al Foro Económico Mundial. La capacidad de Putin para

mostrarse amenazador sin levantar la voz era sorprendente. Fue un recordatorio de su trayectoria en el KGB, el servicio secreto de la Unión Soviética, unos años formativos que siguen siendo cruciales para su carácter, su mística y su comportamiento en el cargo. Es, como dice uno de los mejores libros dedicados a su figura, un «agente en el Kremlin». [1]

En muchos sentidos, Putin es a la vez el arquetipo y el modelo para la actual generación de líderes fuertes. Es sumamente simbólico que subiera al poder la víspera de Año Nuevo de 1999, a comienzos del siglo XXI.

Hasta que Xi Jinping ocupó el cargo en Pekín en 2012, el estilo del líder ruso parecía una curiosa anomalía entre los mandatarios de las grandes potencias del mundo. Su autoritarismo viril y el fomento del culto a la personalidad parecían fuera de lugar en una era tecnocrática en la que las figuras políticas dominantes eran frías y sutiles, como Hu Jintao en China, Angela Merkel en Alemania o Barack Obama en la Casa Blanca.

De hecho, cuando Putin se convirtió en líder de Rusia no era obvio que fuera a durar mucho en el puesto, y menos aún que fuera a constituir un nuevo modelo de liderazgo autoritario. Cuando la caótica etapa de Yeltsin en los años noventa tocó a su fin, el ascenso de Putin se vio facilitado por sus antiguos compañeros del KGB. Pero también contaba con la aprobación de la gente más rica y poderosa de Rusia, los oligarcas, que lo veían como una figura poco amenazadora: un administrador capaz y «unas manos seguras» que no pondrían en peligro los intereses establecidos.

Visto desde Occidente, Putin parecía una figura relativamente tranquilizadora. En su primer discurso televisado desde el Kremlin, pronunciado en la Nochevieja de 1999, solo unas horas después de reemplazar a Yeltsin, Putin prometió «proteger la libertad de

expresión, la libertad de conciencia, la libertad de los medios de masas y los derechos de propiedad, los elementos de una sociedad civilizada». [2] En marzo de 2000, tras ganar sus primeras elecciones presidenciales, aseguró con orgullo: «Hemos demostrado que Rusia se está convirtiendo en un estado democrático moderno». [3]

Observadores experimentados de las elecciones rusas argumentaron que todo el proceso había sido cuidadosamente orquestado. Putin apenas se había molestado en hacer campaña. Pero aun así era importante que sintiera la necesidad de asegurar que Rusia estaba convirtiéndose en una democracia liberal moderna. Veinte años después, todavía en el Kremlin, adoptaría una línea muy distinta, afirmando con deleite que «la idea liberal ha quedado obsoleta». Rusia, decía ahora, no tenía nada que aprender de Occidente. Los liberales «no pueden dictar nada a nadie como han intentado hacer en las últimas décadas». [4]

No obstante, aunque Putin al principio juzgó conveniente emplear la retórica de la democracia liberal, sus primeras medidas como presidente no tardaron en revelar a un tipo duro con una vertiente autoritaria. En su primer año en el cargo actuó de inmediato para controlar a las fuentes de poder independientes, ejercer la autoridad central del Estado y utilizar la guerra para mejorar su posición personal, acciones que se convertirían en sellos distintivos del putinismo. La escalada de la guerra en Chechenia situó a Putin como un héroe nacionalista que defendía los intereses rusos y protegía al ciudadano corriente del terrorismo. En un primer movimiento que alarmó a los liberales, el nuevo presidente reinstauró el viejo himno nacional soviético. También atacó a algunos de los hombres más ricos de Rusia. Es llamativo que los primeros oligarcas contra los que arremetió fueran los que controlaban los medios independientes: Vladímir Gusinski y Boris Berezovski. Un año después de la subida al

poder de Putin, ambos habían huido del país. En 2013, Berezovski, que había respaldado a Putin como presidente, murió en extrañas circunstancias en el Reino Unido. [5]

La promesa que había hecho Putin de proteger la libertad de prensa resultó vacía. Las pocas cadenas de televisión independientes que existían en Rusia pronto fueron sometidas al control del gobierno. Al actuar con rapidez para controlar a los medios, Putin creó un patrón para otros hombres fuertes de todo el mundo.

La velocidad con la que Putin consolidó su poder era equiparable a la de su ascenso en el sistema ruso. Solo diez años antes de convertirse en jefe de Estado era una figura modesta en los servicios de espionaje. Trabajaba como agente del KGB en Dresde, Alemania Oriental. No era un cargo glamuroso o importante. El principal puesto de avanzada del KGB en Alemania Oriental se encontraba en Berlín. Dresde era una ciudad de provincias. Catherine Belton, la biógrafa de Putin, afirma que es posible que tuviera un papel más delicado y perverso de lo que denota ese cargo relativamente menor, y ha presentado pruebas de que ejerció de enlace con grupos terroristas que actuaban en Alemania Occidental. Aun así, los colegas de Putin no lo veían como un personaje especialmente contundente. «Nunca intentaba avanzar. Nunca estuvo en la línea del frente. Siempre fue muy amable», recordaba un miembro de la Stasi, el servicio secreto de Alemania Oriental. [6]

Desde Dresde, Putin presenció de cerca la debacle del imperio soviético tras la caída del Muro de Berlín en 1989. En un conocido pasaje de sus memorias, recordaba su desesperanza a medida que el dominio comunista se desmoronaba a su alrededor. Había solicitado instrucciones a Moscú, «pero Moscú guardó silencio». Para un patriota soviético como Putin, lo peor estaba por llegar. La Nochebuena de 1991, la propia Unión Soviética quedó disuelta y la

bandera de la hoz y el martillo fue arriada por última vez en el Kremlin y sustituida por los colores de Rusia.

A diferencia de muchos otros miembros anteriores y presentes de los servicios de espionaje rusos, Putin no había nacido en el seno de la clase gobernante de la Unión Soviética. Se crio en un pequeño piso en un desvencijado edificio con servicios comunes situado en Leningrado, la ciudad más grande de Rusia, que ha recuperado su nombre original de San Petersburgo. La familia de Putin se había visto profundamente marcada por la trágica historia de la ciudad, en especial el asedio nazi, que se prolongó novecientos días y causó la muerte de miles de habitantes, ya fuera por hambruna o durante los bombardeos. Su padre, también llamado Vladímir, perteneció a un batallón vinculado a la policía secreta que combatió detrás de las líneas alemanas. Víktor, el hermano mayor de Putin, murió durante el sitio a la edad de cinco años. [7]

Vladímir nació en 1952 y se crio en un entorno condicionado por las privaciones y los sacrificios de la «Gran Guerra Patriótica». Desde una temprana edad demostró una marcada devoción por el sistema soviético. De adolescente visitó la rama local del KGB para pedir consejo sobre qué carrera estudiar en la universidad. Curiosamente, le respondieron que derecho. En 1975, Putin se licenció en esa especialidad por la Universidad Estatal de Leningrado y se incorporó inmediatamente al KGB.

La energía y la disciplina de las que había hecho gala de joven, así como su capacidad para no resultar amenazador, lo beneficiaron mucho en el caos de los años noventa. Fue trasladado de Dresde a Leningrado en 1990, justo cuando el sistema soviético se venía abajo. Su principal contacto era Anatoli Sobchak, uno de sus antiguos profesores de derecho, que en 1991 se convirtió en el primer alcalde elegido democráticamente en San Petersburgo. Putin

se incorporó al gobierno de Sobchak, donde fue nombrado teniente de alcalde, y abandonó oficialmente el KGB en agosto de 1991, meses antes de la desaparición de la URSS. Como ayudante de Sobchak, Putin se labró una reputación de funcionario capacitado. Pero, al parecer, también se relacionaba con delincuentes organizados que llevaban a cabo operaciones ilegales en el puerto.[8] Cuando Sobchak perdió la alcaldía en 1996, Putin se trasladó a Moscú para trabajar en el Kremlin.

Su primer puesto no parecía especialmente importante: trabajar en el departamento que gestionaba las propiedades presidenciales. Pero, en realidad, la cartera de propiedades del Kremlin era una tremenda fuente de clientelismo. Al año siguiente fue nombrado subdelegado de la administración presidencial, y su ascenso a la cima del poder no tardó en acelerarse. Tal como señalan Hill y Gaddy: «En menos de dos años y medio ... Putin fue ascendido a puestos increíblemente elevados, de subdelegado del Gabinete presidencial a jefe del FSB, primer ministro y luego presidente en funciones».[9] Entonces, el presidente Yeltsin dio un paso a un lado para permitir que Putin tomara las riendas en el cambio de milenio.

La extraordinaria rapidez del ascenso de Putin ha dado pie a inevitables especulaciones y teorías de la conspiración. Sin duda, se vio favorecido por sus antiguos compañeros del KGB, ahora rebautizado como FSB, que compartían su determinación de reafirmar el poder estatal y su ira contra la asombrosa riqueza acumulada por unos pocos oligarcas en los años noventa, ya que los activos estatales se vendieron baratos. Pero Putin también aseguró a algunos de los que se habían hecho ricos —en particular la familia Yeltsin— que velaría por sus intereses. A diferencia de Yeltsin, muy dado a la bebida, él era abstemio y parecía la clase de administrador que podría restablecer el orden en una situación caótica. Tal como

recordaba más adelante Valentín Yumáshev, yerno y jefe de Gabinete de Yeltsin: «Siempre trabajó brillantemente y formulaba sus opiniones de manera precisa». [10] Fue cuidadoso a la hora de ocultar cualquier ambición de convertirse en un sucesor de otros hombres fuertes que en su día habían gobernado Rusia desde el Kremlin, como Pedro el Grande o Stalin. Por el contrario, Putin a menudo insistía en que era «solo el gestor» y en que había sido «contratado». [11]

Pero, cuando Putin se afianzó en el cargo, sus asesores de imagen empezaron a crear un perfil de hombre fuerte para el líder ruso. Gleb Pavlovski, uno de los primeros agentes de prensa que pulieron la imagen de Putin, describía más tarde al presidente ruso como «una persona que aprende rápido» y como «un actor con talento». Se publicaron imágenes clave en los medios de comunicación tanto rusos como internacionales: Putin a caballo, Putin practicando judo, Putin echando un pulso o Putin paseando con el torso desnudo a orillas de un río en Siberia. Esas imágenes suscitaron muchas burlas de intelectuales y cínicos. Pero los asesores del Kremlin estaban inspirándose deliberadamente en Hollywood. Como decía Pavlovski, el objetivo era garantizar que Putin se correspondiera «idealmente con la imagen hollywoodense de un héroe salvador». [12]

Cuando subió al poder, muchos rusos estaban preparados para un líder fuerte. La caída del sistema soviético había permitido la aparición de la democracia y la libertad de expresión. Pero cuando el sistema económico soviético se atrofió y acabó desmoronándose, muchos rusos sufrieron un acusado empeoramiento de su nivel de vida y su seguridad personal. En 1999, la esperanza de vida para los varones rusos se había reducido cuatro años hasta los cincuenta y ocho. Un informe de la ONU lo atribuía a un «aumento de las

conductas autodestructivas», que relacionaba con «crecientes índices de pobreza, desempleo e inseguridad económica». [13] En tales circunstancias, un líder fuerte que prometía un regreso a épocas mejores destilaba un gran atractivo.

Normalmente ayuda que la imagen de un líder guarde al menos cierta relación con el proyecto político subyacente. El interés de los agentes de prensa por la supuesta virilidad de Putin encajaba con su preocupación personal por recuperar la fuerza nacional. Una de sus declaraciones más famosas llegó en 2004, cuando afirmó que la caída de la Unión Soviética era «la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX». En ocasiones, ese comentario ha sido utilizado para presentar al líder ruso como un estalinista irredento. Otros lo ven como una declaración de intenciones, la afirmación de que Putin aspiraba a reunificar los quince Estados independientes que formaban parte de la URSS en una única entidad política, de nuevo gobernada directamente desde Moscú. Pero, aunque Putin probablemente siente verdadera nostalgia por la etapa de grandeza soviética, la mayoría de sus partidarios insisten en que sabe que la URSS es historia. Tal como me dijo en 2014 un pesaroso Viacheslav Nikonov, un miembro pro Putin de la Duma (Parlamento ruso) y nieto de Viacheslav Mólotov, el antiguo ministro de Exteriores soviético: «La Unión Soviética era como un cristal. Una vez roto, es imposible volver a unirlo». [14]

Sin embargo, aunque Putin probablemente no abrigaba la ilusión de restituir la Unión Soviética, sí quería devolver a Rusia a la primera fila de las potencias mundiales. Fiódor Lukianov, un académico cercano al líder ruso, me dijo en 2019 que cuando Putin subió al poder creía que existía el riesgo de que, por primera vez en siglos, Rusia perdiera de forma permanente su estatus como una de las verdaderas potencias mundiales. [15] Mientras que la clase dirigente

británica posterior a 1945 aceptó la idea de que su labor era «la gestión del declive» tras el final del imperio, Putin estaba decidido a reconstruir el estatus de Rusia como gran potencia.

Esa determinación y su resentimiento por lo que consideraba desaires y traiciones por parte de Estados Unidos pusieron al líder ruso en una trayectoria de colisión con Occidente. Un momento crucial fue el discurso que pronunció en la Conferencia de Seguridad de Múnich en 2007. La CSM es la reunión más importante de la élite de los ámbitos militar y de política exterior en Occidente. Entre el público de Putin estaban la canciller alemana Angela Merkel; Robert Gates, el secretario de Defensa de EE. UU.; y el senador John McCain, que al año siguiente sería el candidato republicano a la presidencia de Estados Unidos.

El discurso pronunciado por Putin fue un desafío directo a Occidente y una expresión de furia gélida. Acusó a Estados Unidos de hacer un «hiperuso casi ilimitado de la fuerza —militar— en las relaciones internacionales» y de «sumir al mundo en un abismo de conflictos». El Putin de 2000, que había manifestado su orgullo por que Rusia se hubiera transformado en una democracia moderna, había dado paso a un hombre que tachaba el discurso occidental de libertad y democracia de fachada hipócrita para una política de poder. En palabras de los académicos Ivan Krastev y Stephen Holmes: «Fue en Múnich donde Rusia dejó de fingir que aceptaba el argumento optimista de que el fin de la guerra fría representaba una victoria conjunta del pueblo ruso y las democracias occidentales contra el comunismo». [16]

El discurso de Putin en Múnich no solo era un reflejo colérico del pasado, sino que también señalaba el camino hacia el futuro. El presidente ruso había notificado a Occidente que tenía intención de luchar contra el orden mundial liderado por Estados Unidos. Muchas

de las cosas que se avecinaban estaban implícitas en su discurso: la intervención militar rusa en Georgia en 2008, la anexión de Crimea en 2014, el envío de tropas a Siria en 2015 y la interferencia en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016. Todas esas acciones labraron a Putin su reputación de líder nacionalista y fuerte. También lo convirtieron en un icono para otros hombres fuertes del mundo que rechazaban el liderazgo occidental y el «orden liberal internacional». Por tanto, es vital entender los motivos de la conducta de Putin.

Los rusos y sus aliados afirman que los argumentos expuestos por Putin en Múnich y en muchos discursos posteriores eran sinceros y bien fundamentados. La historia que se oye en Moscú es que, desde el principio, Occidente pretendía destruir el poder ruso y que los líderes occidentales mintieron reiteradamente a sus homólogos rusos, citando con hipocresía normas y leyes que ellos mismos incumplían.

Pero los detractores de Putin dentro y fuera de Rusia responden que eso es una absurdidad interesada. El putinismo nunca ha consistido en la protección de Rusia ante el Occidente depredador. Por el contrario, es un sistema de saqueos a través del cual se han enriquecido Putin y la élite rusa. Putin protege a los oligarcas que no intervienen en política y, a cambio, estos protegen a Putin y financian a su círculo.

Según esto, el nacionalismo tan cacareado por el líder ruso es simplemente una manera cínica de desviar la atención de la corrupción y la delincuencia en las altas esferas. Como me dijo un liberal ruso: «En Rusia, la política es una competición entre la nevera y el televisor. La gente abre la nevera y ve que no hay comida, pero luego enciende el televisor y ve a Putin defendiendo a Rusia y se siente orgullosa».

Así pues, ¿cuál de esas dos historias es cierta? ¿Es Putin un nacionalista encolerizado o un cínico manipulador? Aunque parecen contradictorias, ambas contienen elementos de verdad.

La denuncia nacionalista contra Occidente, impulsada por quienes rodean a Putin, se remonta a los años noventa. En Moscú se afirma repetidamente que la expansión de la OTAN para incorporar a los países del antiguo imperio soviético (incluyendo a Polonia y los Estados bálticos) fue un incumplimiento directo de las promesas hechas a Rusia al final de la guerra fría. La intervención de la OTAN en la guerra de Kosovo de 1998 a 1999 se añade a la lista de agravios, lo cual demuestra, según el Kremlin, que la OTAN es un agresor y que el mensaje de respeto a la soberanía y las fronteras estatales por parte de Occidente no es más que hipocresía. A los rusos no los tranquiliza que Occidente asegure que la OTAN actuó en respuesta a la limpieza étnica y a los abusos contra los derechos humanos cometidos en Serbia. De hecho, tal como me dijo un político liberal ruso en un momento de franqueza: «Sabemos que hemos atentado contra los derechos humanos en Chechenia. Si la OTAN puede bombardear Belgrado por eso, ¿por qué no puede bombardear Moscú?». [17]

La polémica rusa incluye también la guerra de Irak, lanzada por Estados Unidos y sus aliados en 2003 a consecuencia del 11-S. Para Putin, el enorme derramamiento de sangre que se produjo en Irak tras la caída de Sadam Huseín es una prueba de que la autoproclamada búsqueda occidental de «democracia y libertad» solo trae inestabilidad y sufrimiento. Si uno menciona en Moscú la brutalidad de las fuerzas rusas en Chechenia o Siria, siempre le responderán con la guerra de Irak.

Crucialmente, para Putin el fomento de la democracia por parte de Occidente representaba una amenaza directa para su

supervivencia política y personal. En 2004 y 2005 estallaron «revoluciones de colores» prodemocráticas en muchos Estados de la antigua Unión Soviética, incluidos Ucrania, Georgia y Kirguistán. Si unos manifestantes en la plaza de la Independencia de Kiev podían derrocar a un gobierno autocrático en Ucrania, ¿qué impediría que ocurriera lo mismo en la plaza Roja? En Rusia muchos creían que la idea de que eran alzamientos espontáneos era un «cuento de hadas». Como ex agente de espionaje cuya carrera profesional había consistido en dirigir «operaciones negras», Putin era especialmente dado a pensar que la CIA manejaba los hilos de las revoluciones de colores. El objetivo, según el Kremlin, era instalar regímenes marioneta prooccidentales. Rusia podía ser la siguiente.

La conmoción de la guerra en Irak y las revoluciones de colores fueron las experiencias recientes que formaron la base del discurso que Putin pronunció en Múnich en 2007. Y, en opinión del Kremlin, ese patrón de fechorías occidentales ha continuado. Según Putin, en 2011, las potencias occidentales intervinieron para derrocar al dictador libio Muamar el Gadafi después de prometer a los rusos que no lo harían. La intervención en Libia fue especialmente molesta para Putin, ya que se produjo entre 2008 y 2012, cuando él ocupaba el cargo menor de primer ministro tras hacerse a un lado al final de sus dos primeros mandatos presidenciales en beneficio de su acólito, Dmitri Medvédev. A juicio de los partidarios de Putin, el ingenuo Medvédev fue embaucado por Occidente para que apoyara una resolución de la ONU que permitía una intervención limitada y, como era predecible, las potencias occidentales se habían excedido en su mandato y habían derrocado y matado a Gadafi. No se creen la respuesta que ofrece Occidente, según la cual la intervención estuvo motivada por los derechos humanos, pero los acontecimientos cobraron vida propia a medida que la rebelión libia ganaba fuerza.

Sin embargo, la supuesta ingenuidad de Medvédev también le resultó útil a Putin: asentó la idea de que era indispensable como líder de Rusia. Cualquier sustituto, incluso uno elegido por el propio Putin, haría que el país fuera vulnerable al taimado y despiadado Occidente. En 2011, Putin anunció que tenía intención de volver al Kremlin como presidente, después de que el posible mandato presidencial se ampliara recientemente a dos mandatos consecutivos de seis años. Dicho anuncio provocó manifestaciones públicas en Moscú y otras ciudades, que de nuevo avivaron los temores de Putin sobre los planes occidentales para socavar su poder. Yo estaba en Moscú en enero de 2012 y vi las manifestaciones y pancartas, algunas de las cuales incluían incisivas referencias al destino de Gadafi. Era fácil comprender por qué se sentía alarmado Putin. Hillary Clinton, la entonces secretaria de Estado de EE. UU., expresó públicamente su apoyo a los manifestantes, lo cual molestó sobremanera a Putin y, para él, podía justificar los esfuerzos de Rusia por debilitar la campaña presidencial de Clinton en 2016.

Putin se aseguró la reelección, pero la sensación de que Occidente seguía representando una amenaza para Rusia se vio avivada por los acontecimientos que tuvieron lugar en Ucrania en 2014. La posibilidad de que Ucrania firmara un pacto de asociación con la Unión Europea se percibía como una grave amenaza en el Kremlin, ya que introduciría al vecino más importante de Rusia y antaño parte integral de la URSS en la esfera de influencia de Occidente. Presionado por Moscú, el gobierno ucraniano del presidente Víktor Yanukóvich alteró el rumbo. Pero ello provocó otro levantamiento popular en Kiev que obligó a Yanukóvich a huir. La pérdida de un aliado obediente en Kiev fue un importante revés geopolítico para el Kremlin. La respuesta de Putin fue aumentar drásticamente las apuestas optando por el uso de la fuerza militar.

En marzo de 2014, Rusia invadió y se anexionó Crimea, una región que formaba parte de Ucrania pero había pertenecido a Rusia hasta 1954 y estaba poblada mayoritariamente por rusohablantes. Según un acuerdo con los ucranianos, también era la base de la flota rusa del mar Negro. En Occidente, la anexión de Crimea y la intervención militar de Rusia en el este de Ucrania fueron consideradas violaciones flagrantes de la ley internacional que fácilmente podían constituir el preludio de más agresiones. Pero, en Rusia, la anexión de Crimea fue vista como un triunfo por casi todos; era el esperado contraataque de la nación. Los índices de popularidad de Putin en sondeos de opinión independientes se dispararon hasta más del 80 %. En la euforia inmediatamente posterior, Putin estaba más cerca de conseguir el objetivo último del hombre fuerte: la completa identificación de la nación con el líder. Viacheslav Volodin, el portavoz del Parlamento ruso, decía exultante: «Si hay Putin, hay Rusia. Si no hay Putin, no hay Rusia». [18]

La respuesta de Occidente a las fechorías de Putin fue imponer sanciones económicas, que fueron endurecidas cuando unas milicias respaldadas por Rusia derribaron un avión malasio (MH17) en Ucrania en julio de 2014 y mataron a las doscientas noventa y ocho personas que viajaban a bordo. Hubo más sanciones, además de la expulsión de los diplomáticos, cuando unos agentes rusos intentaron asesinar a Serguéi Skripal, un antiguo miembro del FSB, en Salisbury, Reino Unido, en 2018.

Para el Kremlin, las sanciones son una prueba más de que un Occidente hipócrita y sediento de poder va a por Rusia. Pero, para los detractores de Putin tanto dentro como fuera de Rusia, esa larga historia de infortunios es un invento y una distracción. La verdadera historia, aducen, no trata de un valeroso líder ruso que planta cara a la hipocresía occidental, sino de un semidictador despiadado que

incumple reiteradamente la ley internacional y emplea la violencia para proteger su posición de poder y la de sus compinches.

El argumento de que la narración de Putin es una gran mentira a menudo se reafirma señalando las mentiras más pequeñas que se cuentan para sustentarla. A pesar de las pruebas convincentes arrojadas por una detallada investigación neerlandesa, el gobierno ruso sigue negando que tuviera algún papel en el derribo del MH17. También se niega la participación en el intento de asesinato de Skripal o la muerte en 2006 de otro ex agente ruso, Aleksandr Litvinenko, en el Reino Unido. La presencia de milicianos y agitadores rusos (los denominados «hombrecitos verdes») en Crimea fue calificada inicialmente de propaganda occidental, pero, cuando la anexión se había consumado, Putin reconoció el papel de Rusia. Mientras tanto, las elecciones suelen estar amañadas. Los oponentes políticos con un número importante de seguidores a veces acaban muertos, entre ellos Boris Nemtsov, que fue tiroteado en un puente situado cerca del Kremlin en 2015.

Otros son incriminados y encarcelados. En octubre de 2003, Mijaíl Jodorkovski, el oligarca más rico de los años noventa, que había ayudado a financiar medios independientes y causas de la oposición, fue detenido a bordo de su jet privado en Siberia y más tarde juzgado y encarcelado durante diez años. Alekséi Navalni, que en los últimos años ha sido el opositor más prominente y atrevido de Putin, fue arrestado y encarcelado en trece ocasiones con cargos falsos. [19] En verano de 2020 fue objeto de un intento de asesinato y entró en coma tras ser envenenado durante un vuelo en Siberia. Después de recuperarse en un hospital de Alemania, Navalni volvió a Rusia, donde fue detenido de inmediato en el aeropuerto, juzgado y encarcelado de nuevo.

Fue Navalni quien ideó un nombre dolorosamente eficaz para el Partido Rusia Unida de Putin: «El partido de los delincuentes y los ladrones». Por medio de campañas online y vídeos de YouTube ha presentado populares denuncias de corrupción en las más altas esferas de la Rusia de Putin. Al parecer, son esas acusaciones de avaricia e intrigas las que Putin considera más peligrosas. La publicación de los denominados Papeles de Panamá, una colección de documentos filtrados desde el paraíso fiscal en 2016, parecía vincular a Putin y algunos de sus socios más próximos con 2.000 millones de dólares que habían sido llevados al extranjero. [20] El vídeo que mostraba el palacio de Putin a orillas del mar Negro, que Navalni publicó al regresar a Rusia en 2021 para enfrentarse a un arresto, se hizo viral en las redes sociales y cosechó millones de visionados en solo unos días. Los medios de comunicación del Kremlin, normalmente habilidosos, se quedaron sin palabras durante un tiempo. A la postre, Arcady Rotenberg, un oligarca multimillonario y amigo de la infancia de Putin, salió a la palestra afirmando que el palacio era suyo. [21]

En ocasiones se afirma que Putin es «el hombre más rico del mundo». [22] Sea cual sea la veracidad (o incluso el significado) de tal afirmación, no cabe duda de que muchos de los socios y colaboradores del líder ruso se han hecho extremadamente ricos. No son solo multimillonarios como Roman Abramovich, propietario del club de fútbol Chelsea, u Oleg Deripaska, el magnate del aluminio. En 2015, Dmitri Peskov, el portavoz de Putin, fue fotografiado en su boda luciendo un reloj de 620.000 dólares.

Si Putin es a la vez un auténtico nacionalista y el representante de un régimen corrupto, el vínculo entre ambas cosas es el profundo y corrosivo cinismo (que sus seguidores describen como «realismo») que impregna la idea del líder ruso sobre la política y la vida. El

entorno de Putin cree que los gobiernos occidentales se proponen dominar y humillar a Rusia y que su discurso de democracia y derechos humanos no es más que hipocresía y mentiras. Para el círculo de Putin, eso justifica que la respuesta de una Rusia más débil sea el engaño. En ese sentido, la línea oficial rusa sobre los asuntos mundiales es a un tiempo absolutamente cínica y totalmente sincera. El gobierno se dedica a difundir mentiras sobre su comportamiento y sobre el mundo en general, pero cree sinceramente que esas mentiras están justificadas como parte de una campaña contra la deshonestidad y la agresividad occidentales.

Los funcionarios se comportan con la misma mezcla de cinismo y sinceridad. Una idea sobre Putin y su círculo íntimo es que sus motivos son puramente venales. Como me decía un amigo ruso: «Lo único que les preocupa realmente es que te interpongas entre ellos y el cajero automático». Sin embargo, aunque la corrupción está muy arraigada en el país, eso no significa que Putin y sus asesores no sean a la vez auténticos nacionalistas que creen estar fortaleciendo a Rusia dentro y fuera de sus fronteras. Según ellos, al hacerse con el control de los activos rusos han impedido que caigan en manos extranjeras. Y si han cosechado beneficios personales gracias a ello, así funciona el mundo.

A pesar de los problemas ocasionados por la corrupción, las sanciones y la oscilación del precio del petróleo, es cierto que, hoy en día, Rusia es un lugar más próspero y estable que en los años noventa. El Mundial de Fútbol de 2018 brindó a Putin la posibilidad de mostrar su país. Cuando visité Rusia por primera vez como turista y no como periodista, me sorprendieron mucho la prosperidad y eficacia del centro de Moscú y San Petersburgo, e incluso de ciudades de provincias como Kazán. Por supuesto, se habían hecho enormes esfuerzos por ofrecer la mejor imagen posible de Rusia.

Pero no se trataba simplemente de un grupo de extranjeros acogidos en un pueblo Potemkin. El tren de alta velocidad entre Moscú y San Petersburgo, los hoteles económicos, limpios y bien gestionados y las atestadas cafeterías de Moscú seguían allí cuando visité el país un año después. Algunas zonas del Estado ruso también funcionan bien. La agencia tributaria ha recibido elogios internacionales por su vanguardista recopilación de datos de transacciones en tiempo real.[23] El banco central es muy admirado por la gestión de las sanciones y el rublo.

El Mundial de Fútbol convirtió a Putin en el centro de atención. En el partido inaugural, que enfrentó a Rusia con Arabia Saudí, se sentó junto al líder saudí, Mohamed bin Salmán. Formaban una pareja interesante, ya que MBS representa a una nueva generación de líderes fuertes que sin duda ven a Putin como un modelo e inspiración. Un asesor británico del príncipe saudí comentaba la tremenda admiración que sentía MBS por Putin: «Le fascinaba. Parecía admirarlo y le gustaba lo que hacía».[24] A medida que se ha prolongado el largo reinado de Putin en el Kremlin, sus admiradores extranjeros también se han multiplicado. Rodrigo Duterte, el presidente de Filipinas, ha afirmado que su «héroe favorito es Putin». Rudy Giuliani, asesor y abogado del presidente Trump, ha expresado su admiración por la anexión de Crimea: «[Putin] toma una decisión y la ejecuta rápidamente, y entonces todo el mundo reacciona. A eso le llamo yo ser un líder».[25] En una ocasión, Nigel Farage, ex líder de UKIP y el Partido del Brexit y amigo de Donald Trump, dijo que Putin era el líder mundial al que más admiraba: «Su manera de actuar en Siria fue brillante, aunque no la apruebo políticamente».[26] Matteo Salvini, líder de la Liga Norte, el partido populista de derechas italiano, hizo alarde de su admiración por el líder ruso al fotografiarse con una camiseta de Putin en la plaza Roja

y el Parlamento Europeo. En 2017, su partido incluso firmó un pacto de cooperación con Rusia Unida, la formación de Putin. [27]

Tal como indican los elogios de figuras como Farage y Salvini, la admiración hacia Putin en Occidente es mucho más que una cuestión de estilo. También posee una clara vertiente ideológica. Para políticos derechistas y nacionalistas que van desde conservadores culturales hasta racistas declarados, Putin se ha convertido en una especie de icono. Es un símbolo del desafío a la clase dirigente liberal de Occidente, encarnada por figuras como Hillary Clinton y Angela Merkel, con su apoyo a la inmigración, los derechos de los homosexuales, el feminismo y el multiculturalismo. Tal como señalaba la escritora Anne Applebaum, una versión idealizada de la Rusia de Putin se ha convertido en una inspiración para «intelectuales de derechas que ahora son sumamente críticos con sus sociedades y han empezado a cortejar a dictadores a los que no les gusta Estados Unidos». [28]

A su vez, cuando esos reaccionarios occidentales denuncian el «globalismo» o el «liberalismo», sus ideas son recogidas y amplificadas en los círculos nacionalistas rusos. En 2019 conocí en Moscú a Konstantin Malofeev, un intelectual y multimillonario con una barba poblada que hizo fortuna en la banca de inversión antes de ser nombrado emisario entre el Kremlin y la extrema derecha de Europa y Estados Unidos. Sus denuncias al globalismo y su defensa de las naciones y los roles sexuales tradicionales bien podrían haber salido de los labios de Salvini, Farage o Steve Bannon. Y, de hecho, Malofeev había ayudado a conseguir un préstamo de dos millones de euros para Jean-Marie Le Pen, fundador del Frente Nacional de Francia, y patrocinó conferencias que unieron a importantes figuras de la extrema derecha francesa, italiana, austríaca y rusa. [29]

Malofeev también estaba haciendo campaña para que Rusia reinstaurara la monarquía, y me mostró con orgullo un retrato de su zar favorito, el sumamente reaccionario Alejandro III. Meses después se alegró cuando Rusia anunció que tenía intención de modificar la Constitución para permitir que Putin gozara de otros dos mandatos de seis años. En principio, eso permitiría a Putin permanecer en el Kremlin hasta 2036, cuando tendría ochenta y cuatro años, un período como líder de Rusia que superaría con creces el de Stalin.

Cuando Putin subió al poder en 2000, habría sido absurdo afirmar que aún estaría liderando Rusia treinta y cinco años después. La idea de Putin como el hombre fuerte que necesitaba el país fue inventada inicialmente para consumo nacional. Pero a medida que ha ido cobrando fuerza la ola antiliberal y nacionalista en todo el mundo, Putin se ha convertido en un ejemplo de un estilo distinto de liderazgo. Dmitri Peskov, el portavoz de Putin, no solo estaba haciendo propaganda cuando en 2018 declaró: «En el mundo hay demanda de líderes especiales y soberanos, personas decisivas que no encajan en los contextos generales. La Rusia de Putin fue el punto de partida». [30]

Los ejemplos que podía citar Peskov en 2018 eran numerosos: Viktor Orbán en Hungría, Rodrigo Duterte en Filipinas o Trump en Estados Unidos. Para los admiradores de Putin, el líder ruso heredó un país que había sido humillado por la ruptura de la Unión Soviética. Gracias a su fuerza y astucia, había restablecido su estatus y poder global e incluso había recuperado parte del territorio perdido cuando se desintegró la URSS. Además, había complacido a nacionalistas, antiamericanos y populistas de todo el mundo al desafiar a liberales estadounidenses biempensantes como Hillary Clinton y Barack Obama.

Pero la idea de que el liderazgo fuerte de Putin está trufado de éxitos es muy cuestionable. Los temerarios delitos de la Rusia de Putin, que incluyen invasiones a países vecinos y asesinatos en el extranjero, han llevado a la imposición de sanciones internacionales, lo cual ha convertido a Rusia en una especie de paria mundial. El asesinato y encarcelamiento de los detractores rusos de Putin pone de manifiesto que su gobierno permanente no depende en última instancia del éxito y la aceptación popular, sino de la fuerza y la represión. Y el futuro a largo plazo de Rusia parece desalentador en muchos sentidos. La población del país está disminuyendo y envejeciendo. El territorio ruso es extenso, pero su economía equivale aproximadamente a la de Italia. En un mundo que se está descarbonizando, la riqueza nacional de Rusia sigue dependiendo peligrosamente del petróleo y el gas.

En 2014 Barack Obama causó indignación y enfado en Moscú cuando aseguró que Rusia no era más que una «potencia regional». [31] Pero el comentario también caló hondo porque había algo de cierto en él. Vladímir Putin ha procurado evitar enfrentamientos con Xi Jinping, el líder fuerte del este, a pesar de que China está ampliando su influencia por toda Eurasia y penetrando en la esfera de influencia codiciada por Moscú. Por el contrario, Putin ha intentado recuperar las credenciales de Rusia como gran potencia luciendo músculo militar en Oriente Próximo. Pero eso lo ha sumido en un posible conflicto con otro hombre fuerte regional que también pretende reinstaurar la gloria del pasado imperial de su país: el turco Recep Tayyip Erdogan.

2

Erdogan: de reformador liberal a hombre fuerte autoritario (2003)

El palacio presidencial construido para Recep Tayyip Erdogan se encuentra al oeste de Ankara, la capital de Turquía. Erigido en una colina en unos terrenos forestales antaño protegidos, es un gran edificio que contiene una galería de arte, un centro de convenciones, un búnker nuclear y más de mil habitaciones. El área total del palacio es superior a la del Kremlin y Versalles. Cuando el presidente Erdogan se instaló en su nueva residencia en octubre de 2014, fue una confirmación de su creciente megalomanía. Más de una década en el poder había desmentido las afirmaciones de que era un líder modesto y sin pretensiones y había desvelado su ambición de asemejarse a un sultán otomano.

Los paralelismos entre la carrera de Putin y la de Erdogan son sorprendentes. Ambos subieron al poder en los primeros años del siglo XXI. Erdogan fue elegido primer ministro en 2003. [1] Al principio, ambos eran considerados reformistas en Occidente, líderes que estaban dispuestos a gobernar dentro de los límites de una democracia. Ambos fueron ejerciendo un control cada vez mayor del Estado y la sociedad a la vez que reafirmaban el poder de su país en

el escenario internacional. Los dos se han convertido también en antagonistas declarados de Occidente y en detractores del liberalismo. Tanto en sus países como en el extranjero, Putin y Erdogan han seguido una estrategia similar.

En ciertos aspectos, el auge de un líder fuerte en Turquía no es sorprendente. El fundador de la república turca moderna fue Kemal Atatürk, un líder carismático cuyo culto a la personalidad sigue celebrándose décadas después de su muerte en 1938. Antes de Erdogan, la historia turca moderna estuvo marcada por golpes de Estado y épocas de gobierno militar. Y, sin embargo, Turquía desempeña un papel importante en la historia de la era de los líderes autoritarios. Después de los atentados del 11-S, Estados Unidos y la UE estaban cada vez más preocupados por los problemas políticos de Oriente Próximo y el mundo islámico. Los creadores de opinión occidentales estaban buscando líderes musulmanes «moderados» que pudieran reconciliar al islam con la democracia y Occidente. Erdogan parecía ese hombre.

Turquía ya era miembro de la OTAN y, si bien Erdogan era mucho más devoto en el plano religioso que los líderes tradicionalmente laicos de Turquía, había adoptado el capitalismo y ascendido en la política democrática. Asimismo, Turquía es un país y una economía lo bastante grande —con una población de más de ochenta millones de habitantes— para resultar un modelo creíble para otras naciones musulmanas. Robert Kaplan, un influyente periodista estadounidense, evocaba el ambiente de la época cuando en 2004 dijo: «El islam moderado y reformista de Erdogan actualmente representa la mayor esperanza para reconciliar a los musulmanes ... con las realidades sociales y políticas del siglo XXI». [2]

Vi por primera vez en acción a Erdogan en Bruselas, durante una rueda de prensa organizada en 2004 para apoyar la candidatura de

su país a incorporarse a la Unión Europea. Su voluntad de sentarse en una sala trasera del Parlamento Europeo para responder pacientemente a las preguntas de los periodistas extranjeros acerca de la idoneidad de Turquía para «unirse a Europa» parecía confirmar que era un líder que se sentía cómodo con el tira y afloja de la política democrática. Cuando le pregunté si le preocupaba la oposición que existía en la UE al ingreso de Turquía, ofreció una respuesta adecuada a las sensibilidades liberales: «Si la Unión Europea ha decidido ser un club cristiano en lugar de un club de valores compartidos, que lo diga ahora». [3] Olli Rehn, el comisario europeo encargado de la solicitud de Turquía para ingresar en la UE, me dijo que él y Erdogan habían trabado amistad por su afición al fútbol. ¿Qué podía ser más europeo que eso?

En el contexto geopolítico de la época, la candidatura de Turquía a la UE era considerada de vital importancia. Si Turquía se convertía en un Estado miembro, la idea generalizada era que la doble amenaza del islamismo y los golpes militares en el país serían cosa del pasado. Otto Schily, el ministro de Interior alemán, argumentaba que si Turquía entraba en la UE, «demostraría al mundo que es posible que los musulmanes y Occidente vivan juntos conforme a los valores de la Ilustración». [4] Durante un tiempo, la figura de Recep Tayyip Erdogan personificó esas esperanzas.

No solo los políticos europeos y los periodistas de Washington depositaban una fe enorme en el líder turco. Como presidente de Estados Unidos, Barack Obama decidió pronunciar su primer gran discurso sobre política exterior en Ankara, y durante su primer mandato habló más con Erdogan que con cualquier otro líder extranjero. [5] Tras la guerra de Irak, el principal objetivo de Obama en materia de política exterior era entablar una nueva relación entre

EE. UU. y el mundo musulmán, y el líder turco parecía una figura clave.

La historia política de Erdogan y sus primeros años como primer ministro ofrecían algunos indicios de la seductora esperanza en que pudiera ofrecer un modelo para la reconciliación del islam, la democracia y la modernidad. Nacido en 1954 en una zona pobre de Estambul e hijo de un capitán de barco, Erdogan se había unido al Partido de Salvación Nacional (MSP), una formación islamista, cuando era adolescente. Después de un tiempo compaginando su labor como futbolista semiprofesional y su trabajo en una fábrica, optó por este último y fue elegido jefe del partido en Estambul. Su carisma y aptitudes como organizador comunitario lo llevaron a la alcaldía de la ciudad en 1994. Pero, en 1998, los tribunales turcos ordenaron la disolución del Partido del Bienestar (el nuevo nombre del MSP) por su carácter islamista. Ese mismo año, Erdogan fue obligado a dimitir como alcalde de Estambul y encarcelado por recitar un poema que, según los jueces, incitaba al odio religioso. Dicho poema contenía los versos: «Las mezquitas son nuestros cuarteles, las cúpulas nuestros cascos, los minaretes nuestras bayonetas y los fieles nuestros soldados».

En lugar de poner fin a su carrera política, tal como pretendía la clase dirigente laica de Turquía, los cuatro meses y medio que pasó Erdogan entre rejas en 1999 ayudaron a catapultarlo al poder nacional.[6] En aquel momento, muchos musulmanes devotos lo consideraban un héroe al cual el Estado no había logrado silenciar. Tras su puesta en libertad, formó y lideró una nueva escisión islamista, el Partido de la Justicia y el Desarrollo (conocido por sus iniciales turcas, AKP), que ganó las elecciones generales en 2002. Cuando finalizó el destierro político de Erdogan, entró en el

Parlamento gracias a unas elecciones extraordinarias y fue elegido primer ministro en 2003.

En aquel momento, muchos demócratas turcos apoyaban a Erdogan, que parecía haber triunfado ante un esfuerzo por socavar la democracia. Los liberales se sintieron alentados por su oposición al gobierno militar y su compromiso declarado con la democracia y el pluralismo. El nuevo líder turco parecía oponerse al concepto mismo de la política del hombre fuerte y proclamaba que la era de la política egocentrista había terminado.[7] Algunas de sus primeras medidas también parecían justificar la esperanza de que sería un demócrata y un reformista. Además de llevar adelante la candidatura turca a la UE, su gobierno aprobó legislaciones que fortalecían los derechos de las minorías y la independencia judicial y abolió la pena de muerte.[8] También ayudó que, en sus primeros años en el cargo, Turquía estuviera experimentando una etapa de bonanza gracias a las inversiones y la construcción, motivadas en gran medida por la esperanza de que Turquía pronto ingresaría en la UE. El auge económico disparó la credibilidad de Erdogan entre los votantes turcos y los inversores extranjeros.

Algunos escépticos señalaban que el pasado de Erdogan arrojaba abundantes pruebas de que no era liberal. Cuando era un joven activista en los años setenta, había participado como protagonista, codirector y coguionista en una obra conspirativa titulada *Masón-comunista-judío*.[9] En 1996, como alcalde de Estambul, había afirmado: «La democracia es como un tranvía. Te montas en él hasta que llegas a tu destino y luego te bajas».[10] El destino, cabe suponer, era una Turquía en la que la fe islámica volviera a desempeñar un papel crucial y el laicismo incluido por Atatürk en la Constitución turca fuera erradicado. Es destacable que la mayoría de las medidas liberalizadoras de los primeros años de Erdogan también

ayudaron a los islamistas a fortalecer su posición en la sociedad. Los liberales occidentales interpretaron el hecho de que Erdogan erradicara la prohibición de que las mujeres con velo estudiaran en las universidades como una mejora de la libertad y los derechos femeninos. [11] Los islamistas, en cambio, lo veían como un avance para la devoción religiosa.

Con el paso de los años, el dominio cada vez mayor de Erdogan y su continua lucha con el ejército turco sacaron a la luz sus instintos autocráticos. Cuando en 2007 la policía turca aseguró haber descubierto indicios de un complot para dar un golpe de Estado, decenas de generales y altos mandos militares fueron arrestados y llevados a juicio. Una vez más, algunos liberales aprobaron tales medidas, ya que consideraban al ejército el enemigo histórico de la democracia en Turquía. Pero también reinaba la inquietud por que buena parte de las pruebas fueran inventadas.

Occidente tardó en darse cuenta de lo fuertes que eran las tendencias antidemocráticas de Erdogan. Durante una visita en 2011 a Turquía, varias conversaciones con amigos y contactos me convencieron de que el lado oscuro de Erdogan ya no podía ser ignorado. [12] En un artículo con el titular (ciertamente tibio) «No sean ciegos a los errores de Erdogan», señalé que el líder turco era popular y carismático: en aquel momento había ganado tres elecciones consecutivas e incluso sus oponentes consideraban que las votaciones habían sido limpias. Pero también dije: «Actualmente hay bastantes más periodistas encarcelados en Turquía que en China». El estilo personal del primer ministro también estaba volviéndose más dictatorial. En 2011, durante una visita a la sede de la ONU en Nueva York, algunos de sus guardaespaldas habían tenido un enfrentamiento físico con el personal de seguridad de la institución. Erdogan había anunciado su intención de cambiar el

cargo de primer ministro por el de presidente tras modificar la Constitución para aumentar los poderes presidenciales. Sin duda, estaba preparándose para otra década en el poder, lo cual, según comentaba en mi artículo, lo convertiría «en la respuesta turca a Vladímir Putin». [13]

La oposición nacional, ya fuera pacífica o violenta, solo pareció acrecentar la paranoia de Erdogan y su determinación de acallar cualquier discrepancia. En 2013, muchos liberales y laicos turcos se echaron a las calles en las protestas del parque Gezi, inicialmente motivadas por la noticia de que el líder del país pretendía edificar en uno de los pocos parques del centro de Estambul para recrear un cuartel de la época otomana que en su día había sido la base de un alzamiento de mandos castrenses islamistas. Erdogan también planeaba construir una mezquita en la plaza Taksim, el corazón simbólico de Estambul, situada junto al parque Gezi.

El poder de las redes sociales ayudó a convertir una protesta ecologista en un movimiento antigubernamental masivo que en su punto álgido llevó a un millón de personas a las calles de Estambul. Los manifestantes a los que vi congregados en la plaza Taksim en una de las sucesivas protestas eran liberales urbanos que no habrían desentonado en Nueva York o Londres. Pocas mujeres llevaban velo, a diferencia de las esposas de todos los altos cargos del AKP. Aquello era una «cultura de la guerra» turca y provocó a Erdogan un aluvión de paranoia y amargura. Acusó a los manifestantes de ser una herramienta de las potencias extranjeras y del financiero judío George Soros.

Pero incluso los paranoicos tienen enemigos reales. Las protestas del parque Gezi acabaron disolviéndose, pero en agosto de 2016 los enemigos que tenía Erdogan en el ejército tomaron medidas contra él. Al hotel donde el líder turco estaba pasando unas vacaciones

llegaron soldados con intención de arrestarlo, o posiblemente asesinarlo, pero Erdogan había recibido un chivatazo y se había ido hacía solo una hora. Mientras cazas de combate bombardeaban el Parlamento turco, Erdogan apareció en televisión —por FaceTime— y llamó a los turcos a echarse a las calles para bloquear el *putsch*. Cuarenta y ocho horas después, el líder turco había recuperado el control, pero habían muerto unas doscientas cincuenta personas y el propio Erdogan estaba sumamente agitado. [14]

Después del golpe fallido, Erdogan declaró el estado de emergencia, lo cual desembocó en duras medidas contra las libertades civiles. El presidente atribuyó el intento de golpe de Estado a los seguidores de Fethullah Gülen, un predicador residente en Estados Unidos que en su día había sido aliado suyo. Existen pruebas de que, en efecto, algunos partidarios de Gülen estuvieron implicados en el complot contra Erdogan. [15] Más tarde, decenas de miles de funcionarios acusados de «gülenistas» fueron detenidos, se cancelaron cincuenta mil pasaportes, cuatro mil jueces y fiscales fueron destituidos y más de cien medios informativos fueron clausurados. [16] Las purgas no se limitaron a los gülenistas y afectaron a voces independientes y detractores liberales del gobierno de Erdogan.

Una de las personalidades más importantes encarceladas durante la ofensiva fue Selahattin Demirtas, político kurdo, figura clave de la oposición parlamentaria. Demirtas había liderado a su partido político en un éxito histórico en las elecciones turcas de 2015, cuando el HDP consiguió escaños suficientes para negar al AKP de Erdogan la mayoría parlamentaria por primera vez desde que subió al poder en 2002. El HDP se había convertido en el primer partido kurdo en obtener representación en el Parlamento turco. Pero también obtuvo apoyos de un grupo ciudadano más amplio que veía

a Demirtas como una figura elocuente y con principios capaz de plantar cara a Erdogan.

Después del golpe de Estado, Demirtas fue arrestado y acusado de apoyar el terrorismo, concretamente al PKK, el movimiento armado kurdo. Fue internado en una cárcel remota y acusado de varios delitos relacionados con el terrorismo que le supusieron una condena de hasta 142 años. Los juristas extranjeros que estudiaron el caso no estaban convencidos. En un mordaz veredicto emitido en 2020, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos exigió su inmediata puesta en libertad y declaró que las actuaciones del Estado turco solo habían sido «una tapadera para un objetivo político oculto». [17] El tribunal fue ignorado. Erdogan había recurrido a una de las herramientas favoritas del líder fuerte: el encarcelamiento de oponentes peligrosos. Es una táctica que Vladímir Putin ha utilizado con Alekséi Navalni y Mijaíl Jodorkovski y que Xi Jinping ha empleado con líderes del movimiento democrático de Hong Kong como Joshua Wong, Agnes Chow y Jimmy Lai.

Durante una visita a Turquía el año posterior al golpe fallido, encontré un ambiente de miedo entre mi círculo de académicos y periodistas. Todo el mundo conocía a alguien que había perdido su trabajo, había huido del país o había sido arrestado. Muchos de los que aún no lo habían sido temían por su sustento o su libertad. Como me dijo un académico respetado internacionalmente: «Cosas que antes me parecían inimaginables ahora ocurren a diario».

Era una afirmación sorprendente que tuvo eco más allá de las fronteras de Turquía. Había oído quejas similares de miembros de la intelectualidad liberal en ciudades tan dispares como Nueva Delhi, Pekín y Budapest. De hecho, en 2017 percibía la misma incredulidad y temor por el futuro de la democracia incluso en Washington D. C. y Nueva York. La llegada de Trump a la presidencia había provocado

una irónica inversión de las esperanzas que tiempo atrás expresaban los comentaristas estadounidenses sobre Erdogan. En 2004 la idea era que el líder turco orientaría a su país hacia la democracia liberal y «las realidades del siglo XXI», según la confiada frase de Robert Kaplan. Ahora parecía que Trump estaba logrando que Estados Unidos se asemejara más a Turquía.

Vistas desde Estambul, en mayo de 2017 las comparaciones parecían bastante asombrosas. Tanto Trump como Erdogan eran nacionalistas que habían prometido que sus naciones serían respetadas y temidas de nuevo. Ambos habían convertido el gobierno en un asunto familiar y ascendido a sus yernos. El equivalente turco a Jared Kushner era Berat Albayrak, a quien Erdogan había nombrado ministro de Energía y más tarde ministro de Economía. Los dos presidentes recibían su fuerza política de ciudades pequeñas y zonas rurales. Ambos acusaban a las burocracias de su país de tramar contra ellos. De hecho, la idea de un «Estado profundo» hostil e interesado que popularizó Trump en Estados Unidos tuvo su origen en Turquía. [18]

Ambos líderes también utilizaron las amargas divisiones sociales de sus países para reafirmar su apoyo político. En Turquía, los musulmanes devotos y las bases del AKP parecían dispuestos a aceptar la caída de Erdogan en la autocracia porque era considerado un defensor de la fe y la nación ante sus enemigos de la clase dirigente laica. De manera similar, los seguidores más fieles de Trump eran evangélicos blancos que veían al presidente como su defensor ante el Estados Unidos liberal. Un país amargamente dividido hace que resulte más fácil convencer a tus seguidores de que toleren la erosión de las libertades civiles en pos de una victoria política sobre los enemigos nacionales.

Las similitudes entre el trato de Trump y Erdogan a los medios de comunicación y los tribunales también eran escalofriantes. Durante 2017 Erdogan pudo organizar múltiples detenciones de periodistas y destituir a jueces. Trump estaba limitado a denunciar las «noticias falsas» y a los «supuestos jueces». Al ver las interacciones entre los dos mandatarios, algunos asistentes de Trump llegaron a la conclusión de que su jefe envidiaba la impunidad de Erdogan. [19]

Un aspecto del gobierno de Erdogan que Trump podía envidiar era la gran longevidad del líder turco en el cargo. En marzo de 2018 se convirtió en el hombre que más tiempo había liderado Turquía, con 5.500 días como primer ministro y presidente, eclipsando así al padre fundador de la república, Kemal Atatürk. Pero Erdogan no solo aspiraba a estar más tiempo en el poder que Atatürk. En varios aspectos importantes, estaba socavando su legado y su énfasis en el laicismo. Al reconectar al Estado turco con el islam, Erdogan estaba presionando para refundar la república turca. En lugar de ser un Estado «kemalista», lo moldearía a imagen y semejanza de Erdogan.

En 2020 llegó un momento simbólico cuando el gobierno de Erdogan reconvirtió Hagia Sophia en una mezquita. Construida como catedral por el emperador Justiniano en el año 536, se convirtió en una mezquita tras la caída de Constantinopla en 1453. Con Atatürk, el edificio fue convertido en un museo en 1935, y en 2020 era el lugar más visitado de Estambul. Para los islamistas de Turquía, reconvertir Hagia Sophia en una mezquita era un viejo objetivo. Tras diecisiete años en el cargo, Erdogan por fin lo había conseguido. Liderando las oraciones en Hagia Sophia el 24 de julio de 2020, proclamó: «Este era el mayor sueño de nuestros jóvenes y ahora lo hemos consumado». Para Erdogan, aquel fue un momento de importancia global. La «resurrección de Hagia Sophia» era, según él, «la voluntad de los musulmanes de todo el mundo». [20]

Afirmar ser un defensor de la fe es bastante común entre la nueva generación de líderes fuertes. Vladímir Putin se define como el defensor de ochocientos millones de cristianos en todo el mundo, como le dijo una vez a José Manuel Barroso, el presidente de la Comisión Europea.[21] En la India, Narendra Modi es un orgulloso nacionalista hindú. De hecho, una semana después de que Erdogan presidiera la reconversión de Hagia Sophia en una mezquita, Modi estaba colocando la primera piedra de un nuevo templo hindú en Ayodhya, donde había una mezquita hasta que fue destruida por militantes hindúes en 1992. Para Modi, igual que para Erdogan, se había cumplido un sueño de hacía décadas. Si los líderes fuertes de Turquía y la India eran rivales en un «choque de civilizaciones» —uno un defensor del islam y el otro un nacionalista hindú—, estaban desarrollando proyectos culturales y políticos sorprendentemente similares: intentar situar de nuevo la religión en el centro de la nación y el Estado y combatir el liberalismo laico.

Congregar a los fieles es una estratagema especialmente útil en tiempos de estrecheces económicas. El momento triunfal de Erdogan en Hagia Sophia fue organizado en medio de una profunda crisis provocada por años de mala gestión económica y empeorada por la pandemia del covid-19. Las nociones de economía del líder turco son extremadamente precarias. Por ejemplo, con frecuencia insiste en que aumentar los tipos de interés provoca inflación. Incluso antes de la pandemia de covid, Turquía se hallaba al borde de una crisis de deuda. Mientras la economía turca se hundía cada vez más en el lodazal, Erdogan se enemistó con su propio yerno, y Albayrak se vio obligado a dimitir como ministro de Economía en noviembre de 2020.

El uso de distracciones de la «guerra de culturas» es una táctica obvia para un líder fuerte que hace frente a problemas económicos.

Otra es emplear el nacionalismo y las aventuras militares en el extranjero para avivar el patriotismo. A Vladímir Putin le funcionó con la anexión de Crimea en 2014. Después de las duras medidas posteriores al golpe de Estado y ante los problemas económicos de Turquía, la política exterior de Erdogan también se volvió cada vez más agresiva.

El hecho de que el ingreso de Turquía en la UE haya perdido cada vez más opciones durante el período de Erdogan también ha facilitado que adopte los métodos de un líder fuerte, tanto en su país como en el extranjero. Erdogan nunca ha retirado formalmente la solicitud de Turquía, y la UE nunca ha retirado formalmente su invitación. Pero en sus numerosos años en el poder se ha instalado un proceso de desilusión mutua. A medida que Turquía se ha vuelto cada vez más autocrática, también se ha alejado más de los criterios democráticos que la UE insiste en que adopten los aspirantes. En la actualidad, Erdogan es visto con gran desconfianza por algunos integrantes de la UE, como los Países Bajos y Alemania, donde el líder turco ha sido acusado de intervenir en la política nacional apelando directamente a los turcos étnicos. En 2017, a los ministros del gobierno de Erdogan les prohibieron hacer campaña en territorio neerlandés (en los Países Bajos viven unos cuatrocientos mil turcos) a favor del voto favorable en un referéndum sobre un cambio constitucional en Turquía. En respuesta, Erdogan tachó a los neerlandeses de «fascistas» y los vinculó con el nazismo.[22] En ocasiones, Erdogan también ha utilizado una retórica agresiva contra los gobiernos griego, francés, chipriota y alemán. El deseo de atacar a los miembros de la UE refleja su creciente rencor hacia la organización y su afán de hacer el juego a los nacionalistas de su país. En Bruselas, París y Berlín, Erdogan ya no es considerado un hombre que pueda orientar a su país hacia un futuro en la UE. Por el

contrario, es visto como un hombre autocrático, impredecible y potencialmente peligroso.

En sus primeros años en el poder, cuando todavía se hablaba seriamente de Turquía como un futuro miembro de la UE y Erdogan era considerado un liberal reformista en Washington, el estilo del líder turco en materia de asuntos exteriores había sido conciliador. El eslogan popularizado por Ahmet Davutoglu, el hiperactivo ministro de Asuntos Exteriores de Turquía, era «ningún problema con los vecinos». Pero en 2020 Davutoglu llevaba mucho tiempo fuera del cargo y los turcos bromeaban con que la nueva política consistía en «ningún vecino sin problemas». En defensa de lo que él percibía como los intereses nacionales de Turquía, Erdogan se mostraba cada vez más dispuesto a correr riesgos y a emplear la fuerza. Igual que Putin, ha intentado —con cierto éxito— reafirmar el poder de su nación más allá de sus fronteras. A su vez, eso ha incrementado su prestigio nacional.

La fragmentación de Siria y la alianza que mantiene allí Estados Unidos con las milicias kurdas habían avivado los temores de Turquía al separatismo del Kurdistán. Como reacción, en 2016 Erdogan desplegó soldados turcos en Siria, que ocuparon parte del país y crearon una zona neutral. Turquía también intervino con tropas y apoyo logístico en nombre del gobierno libio, reconocido internacionalmente, y cambió las tornas contra una ofensiva rebelde respaldada por Francia, Rusia y los Estados del Golfo. Asimismo, la armada turca ha hecho demostraciones de poder en el Mediterráneo para protestar por la búsqueda de gas llevada a cabo por Grecia en aguas reclamadas por Turquía. Y en 2020, Turquía intervino decisivamente en una guerra entre Azerbaiyán y Armenia por el estatus de Nagorno Karabaj. Unos drones militares proporcionados por los turcos fueron cruciales para inclinar la balanza del enconado

conflicto a favor de Azerbaiyán. En diciembre de 2020, Erdogan subió al estrado como invitado de honor en un desfile de la victoria en Bakú, la capital azerbaiyana. Rodeado de banderas turcas y azeríes, proclamó: «Hoy es un día de victoria y orgullo para todos nosotros, para todo el mundo túrquico». [23] Igual que otros líderes fuertes, como Putin, Xi y Modi, Erdogan ve su país como un Estado, pero también como un representante de una civilización y una cultura.

Esa clase de temeridad militar significa que Erdogan mantiene relaciones complicadas y peligrosas con muchos otros líderes fuertes de su región. Durante mucho tiempo ha estado enfrentado con el sirio Bashar al-Ásad y el israelí Benjamin Netanyahu. El líder turco también es objeto de hondas sospechas en Riad, ya que los saudíes lo consideran un simpatizante de sus enemigos acérrimos, los Hermanos Musulmanes. La antipatía es mutua y Erdogan no tuvo reparos en filtrar las cintas del espionaje turco sobre el asesinato del periodista Yamal Jashogyi, perpetrado en el consulado saudí en 2018. [24] El líder turco también ha mantenido reiterados enfrentamientos con el francés Emmanuel Macron por Libia, el islam y el Mediterráneo oriental. Incluso ha afirmado que el presidente francés es mentalmente inestable.

La relación de Erdogan con Vladímir Putin es particularmente compleja. A veces, los hombres fuertes turco y ruso han demostrado una gran unidad. Erdogan agradeció el apoyo inmediato que le brindó Putin en el intento de golpe de Estado de 2016. De hecho, un rumor habitual en Ankara es que Putin llamó a Erdogan la noche del golpe y le ofreció apoyo militar. Putin también convenció a Erdogan de que comprara un sistema ruso de defensa aérea, lo cual indignó a los aliados de Turquía en la OTAN. Por otro lado, los intereses turcos y rusos han chocado en toda la región, más concretamente

en Siria, Libia y Nagorno Karabaj. La intervención turca en ese conflicto fue especialmente sorprendente, ya que esa antigua región de la Unión Soviética es considerada por Moscú el patio trasero de Rusia. Una vez más, había una vertiente islámica y cultural en el conflicto con los azerbaiyanos musulmanes, respaldados por los turcos, que se enfrentaron a los armenios ortodoxos, más próximos a Rusia.

Cuando, en 2015, Turquía abatió un avión ruso en la frontera con Siria, Erdogan acabó pidiendo disculpas por el incidente (más tarde adujo que los pilotos turcos implicados eran traidores y gülenistas). En 2020, 34 soldados turcos murieron durante un ataque perpetrado por las fuerzas aéreas sirias, tal vez con la colaboración de Rusia. Pero, una vez más, los hombres fuertes de Moscú y Ankara evitaron que la situación degenerara en un conflicto total.

Los conflictos internacionales siempre entrañan riesgos para un hombre fuerte. Lo ideal es una victoria rápida seguida de un desfile militar y un discurso emotivo. Pero las aventuras militares pueden salir mal. La invasión de las Malvinas en 1982 debía suponer un empujón propagandístico para el general argentino Leopoldo Galtieri, pero culminó en una derrota militar y en su propia caída. Y los conflictos que se prolongan demasiado pueden acabar con los apoyos políticos. En 2020, las tropas turcas llevaban cuatro años en Siria y habían sufrido centenares de bajas, pero sin una ruta de salida clara.

Ni la represión en su país ni los conflictos extranjeros han bastado para asegurar por completo la posición política de Erdogan. El líder turco puede encerrar y acosar a muchos de sus oponentes políticos y ejercer una influencia cada vez mayor en los tribunales, los medios de comunicación y las empresas, pero no ha extinguido la democracia electoral.

Esto último quedó patente en 2019, cuando el AKP de Erdogan perdió las elecciones municipales en Estambul, la base de poder original del presidente. Igual que Donald Trump un año después, Erdogan fue incapaz de aceptar la derrota y tildó las elecciones de fraudulentas. A diferencia de Trump, el líder turco pudo forzar una nueva convocatoria electoral. Pero el AKP volvió a perder, y el candidato de la oposición, Ekrem Imamoglu, ganó por un margen aún más amplio la segunda vez. Como es comprensible, la oposición turca estaba exultante. El periódico *Cumhuriyet*, gran parte de cuya plantilla había sido encarcelada por cargos de terrorismo en 2018, proclamó una «paliza a un gobierno autocrático». [25] Las elecciones de Estambul en 2019 fueron un recordatorio de la vulnerabilidad de Erdogan y del hecho de que Turquía sigue siendo un híbrido curioso e inquietante que oscila entre la democracia y el autoritarismo.

Pero, como veremos, muchos otros países del mundo, desde Filipinas hasta Hungría, se hallan en situaciones parecidas. De hecho, incluso Estados Unidos en la etapa Trump estuvo al borde de perder sus salvaguardas democráticas. En junio de 2020, cuando Soner Cagaptay, analista turco residente en Washington, enumeró «los diez pasos de Erdogan para llegar al poder», la lista resultó muy familiar a muchos estadounidenses: «Atacar a "élites perversas"; ofrecer prosperidad; devolver la grandeza a Turquía; crear noticias falsas; decir que la oposición miente; criminalizar a la prensa y los tribunales; calificar a los oponentes de terroristas; limitar sus libertades; socavar y modificar la Constitución». [26] El paso diez era un emoticono de una corona.

Erdogan ha ofrecido un modelo para dirigir una democracia frágil hacia un autoritarismo propio de los hombres fuertes. La envergadura e importancia de Turquía, sumadas a la longevidad de Erdogan en el cargo y su retórica directa, han convertido al líder

turco en una figura global importante. Ha contribuido a disipar esperanzas simplistas sobre la reconciliación del islam y el liberalismo y ha convertido a Turquía en un actor cada vez más importante en la política de Europa y Oriente Próximo.

Pero, aunque Turquía es un miembro destacado del grupo G20, formado por las principales economías, no es y nunca será una superpotencia. Para que la política de los hombres fuertes cambiara el mundo, la tendencia tenía que ir más allá de Moscú y Estambul e instalarse en una de las grandes potencias incipientes. Y eso es lo que ocurrió en Pekín en 2012.

3

Xi Jinping: China y el regreso al culto a la personalidad (2012)

«El argumento de que los países fuertes deben buscar la hegemonía no es aplicable a China», declaró Xi Jinping. Su tono era firme y no invitaba al debate. Era noviembre de 2013, casi exactamente un año después de que Xi fuera nombrado líder de China, y yo formaba parte de un pequeño grupo de extranjeros que fuimos invitados a conocerlo en el Gran Salón del Pueblo en Pekín.

El líder chino nos hizo esperar unos minutos y luego entró en la sala, estrechó unas cuantas manos y posó para una foto grupal. Una vez sentado en una cómoda butaca, Xi empezó nuestro encuentro diciendo que se sentía «profundamente conmovido por la sinceridad» que habíamos demostrado. Los vistosos cumplidos que ofreció el nuevo líder de China contrastaban marcadamente con el nerviosismo y la amenaza que había visto irradiar años antes a Vladímir Putin en Davos. Xi hablaba pausadamente y sin consultar notas. Su aire de autoridad serena se veía acrecentado por la magnificencia del entorno. Un enorme mural de la Gran Muralla China decoraba la pared situada tras él. Fuera se encontraba la plaza de Tiananmén, el corazón ceremonial de Pekín. Ante él había un

atento grupo que incluía a ex primeros ministros, como el británico Gordon Brown y el australiano Kevin Rudd, líderes empresariales como Eric Schmidt, de Google, y varios académicos y periodistas.

En un breve discurso seguido de un turno de preguntas, Xi expuso sus planes para erradicar la pobreza y hacer de China un país «moderadamente próspero». Predijo con confianza que la economía china seguiría creciendo a un ritmo del 7 % anual, potenciada por la constante urbanización del país. Pero ello se vio equilibrado por la promesa de que China nunca utilizaría su poder para amenazar al mundo. Todo sonaba tranquilizadoramente tecnocrático y racional. En comparación con Hu Jintao, el líder anterior de China, que a menudo leía notas como un robot, la disposición de Xi a responder preguntas se antojaba agradablemente espontánea.

Nicolas Berggruen, el empresario alemán que había organizado el encuentro, resumió más tarde las impresiones generales del grupo. Según sus conclusiones, el nuevo presidente chino seguía la tradición de Deng Xiaoping, el líder que había abierto el país y liberalizado su economía a partir de 1978. En palabras de Berggruen y Nathan Gardels: «Xi es un verdadero discípulo de Deng Xiaoping, aunque en estos tiempos menos rigurosos y más templados». [1]

Otros comentaristas occidentales se atrevieron a ser aún más optimistas. Escribiendo en verano de 2013, John Simpson, el veterano periodista de la BBC, comparaba el ascenso de Xi con el nombramiento de Mijaíl Gorbachov como líder de la Unión Soviética, y planteó la idea de que «los próximos cinco a siete años» lo cambiarían todo en China, cosa que propiciaría el nacimiento de un Parlamento elegido por el pueblo. [2]

Era una idea embriagadora, pero, volviendo la vista atrás, los comentaristas occidentales no deberían haber comparado a Xi con

Gorbachov o Deng, sino con Mao Tse-Tung. Cuando más tarde leí la descripción que hacía el historiador Frank Dikötter de Mao, me recordó a mis primeras impresiones sobre Xi: «Caminaba y hablaba lentamente, siempre con dignidad. Sonreía a menudo y con benevolencia». [3] Por desgracia, los paralelismos entre Xi y Mao iban más allá de su comportamiento personal. Cuando Xi subió al poder, quedó claro que su admiración por «el gran líder» era profunda y genuina. Igual que Mao, Xi se proponía consolidar el poder a su alrededor, crear un culto a la personalidad y reafirmar el control del Partido Comunista en todas las facetas del desarrollo chino. En 2017 hablaba en términos claramente maoístas al proclamar: «Gobierno, ejército, sociedad y escuelas, norte, sur, este y oeste: el partido es el líder de todos». [4] Y el líder del partido no era otro que Xi Jinping.

Esas declaraciones las hizo en octubre de 2017, coincidiendo con el decimonoveno Congreso del Partido Comunista de China. En aquel momento, yo estaba en Shanghái para asistir a una conferencia, lo cual me permitió ver la intensidad del culto a la personalidad en torno a Xi y el temor que inspiraba. En el congreso se introdujo una nueva ideología rectora en la constitución del partido: «Pensamiento de Xi Jinping sobre el socialismo con características chinas para una nueva era». A consecuencia de ello, Xi se convirtió en el primer líder vivo desde Mao que incorporaba sus ideas al documento fundacional del partido.

La duración del discurso de Xi ofreció otra pista sobre su incipiente megalomanía. El líder chino habló durante tres horas y veintitrés minutos, y se animó a todo el país, incluyendo las clases de jardín de infancia, a sentarse a verlo por televisión. Un amigo académico me dijo que en una de las universidades más importantes de China se ordenó a todos los directores que se reunieran en una sala del campus para ver el discurso. Los que no asistieron fueron

llamados por funcionarios del partido, que les pidieron que explicaran sus movimientos y, en un caso concreto, que enviaran *selfies* viendo el discurso. El contenido reflejaba la determinación de Xi a identificarse con la creciente fortaleza de China. Según le dijo a su público: «La nación china ... se ha levantado, se ha hecho rica y fuerte, y ahora recibe las brillantes perspectivas del rejuvenecimiento ... Será una época en la que China se acercará más a un lugar preponderante». [5]

Meses después, Xi consolidó aún más su poder personal. En marzo de 2018, se anunció que China aboliría los límites a los mandatos de la presidencia, lo cual allanó el camino para que Xi gobernara de por vida. El impacto práctico y simbólico de esa decisión fue enorme. Los límites a los mandatos presidenciales habían sido instaurados en 1982 por Deng en un intento deliberado por distanciarse del gobierno personalizado de Mao y la concentración de poderes en un solo hombre. Ahora, Xi estaba haciendo retroceder las manecillas del reloj.

Cada año parecía señalar una intensificación del culto a Xi. En otra visita al país a principios de 2020, observé con consternada fascinación mientras un amigo me enseñaba la nueva «App Xi Jinping», actualmente instalada en más de cien millones de teléfonos de China. Todos los miembros del partido, estudiantes y empleados de empresas estatales debían estudiar a diario el pensamiento de Xi, y el tiempo que dedicaban a ese estudio y sus resultados en los cuestionarios eran controlados. Un importante académico de Pekín me decía molesto: «Vivimos cada vez más en un Estado totalitario». [6] Los signos de un culto a la personalidad proliferaban: en las calles había pancartas con pasajes del pensamiento de Xi, y unos carteles colgados en Shanghái mostraban al gran líder con rayos de luz brotándole de la cabeza.

Los liberales e intelectuales chinos se sentían consternados y desorientados por la rapidez del cambio e intentaban averiguar por qué todo había ido mal. Un importante economista me dijo que empezó a darse cuenta de lo que sucedía cuando Xi pronunció un discurso en 2013 en el que afirmó que era un error pensar que el liderazgo de Deng había supuesto una ruptura clara con Mao. Por el contrario, insistió Xi, Deng se había inspirado en el legado de Mao.

Tanto en un nivel fáctico como personal, era un argumento peculiar. El país que Deng pasó a gobernar a finales de 1978 había quedado fuera de juego con Mao. Era desesperadamente pobre y muchos millones de personas habían muerto a causa de los experimentos políticos y económicos de Mao, conocidos como el Gran Salto Adelante (1958-1961) y la Revolución Cultural (1966-1976). Deng rechazaba la idea de que toda la sabiduría podía hallarse en el *Libro rojo de Mao* y prometió «buscar la verdad a partir de hechos». Su pragmatismo permitió a China aceptar la inversión extranjera y dar rienda suelta al espíritu emprendedor nacional. Los resultados económicos fueron espectaculares. De hecho, probablemente no tengan parangón en la historia humana. El país que heredó Xi en 2012 era cincuenta veces más rico que el que había heredado Deng en 1978, con un PIB que, según los cálculos, pasó de tan solo 150.000.000.000 dólares a 8.277.000.000.000. [7]

En lo personal, Xi tenía muchas razones para desconfiar sobremanera del legado de Mao. Nació en 1953, cuatro años después de la fundación de la República Popular China. Su padre, Xi Zhongxun, era comandante del ejército y compañero de Mao desde los años treinta, y en 1962 fue elegido jefe del departamento de propaganda del Partido Comunista. El joven Xi Jinping era hijo de la élite y estudió en la escuela 1.º de Agosto, situada en un antiguo

palacio y conocida como «la cuna de los líderes».[8] En 1962, su padre había ascendido al puesto de vicepremier.

Pero entonces, como ocurría con frecuencia en aquella época, cayó en desgracia debido a una oscura disputa doctrinal. Xi padre fue sometido a arresto domiciliario y se convirtió en una persona inexistente durante más de cincuenta años. Pasó largos períodos detenido o trabajando en fábricas. Xi Jinping se vio obligado a denunciar a su padre. Una de sus hermanas se suicidó. Cuando cerraron su escuela en 1968, Xi fue exiliado al campo para unirse a una brigada de trabajo en la provincia de Shaanxi. El destierro era una experiencia habitual para los miembros de la élite china durante la Revolución Cultural, y el joven Xi, como muchos otros, tuvo que dejar los estudios y trabajar en granjas y en la construcción.

Pero en 1975, el mismo año que su padre fue rehabilitado políticamente, finalizó el exilio de Xi Jinping. El futuro líder chino regresó a Pekín, donde fue admitido en la Universidad Tsinghua —el equivalente chino a Harvard u Oxford— como parte de una cohorte de plazas reservadas a «trabajadores, campesinos y soldados». Como muchos otros líderes futuros del Partido Comunista, Xi estudió ingeniería.[9]

Las biografías oficiales de Xi han utilizado su exilio rural —incluyendo una época en la que se dice que vivió en una cueva— para presentarlo como un hombre que conoce las estrecheces de la vida en el campo. El propio Xi ha descrito su exilio rural como un período formativo y positivo. En un extenso artículo escrito en 2002 y claramente destinado a embellecer su imagen mientras subía escalafones en el Partido Comunista, escribió: «Llegué a la tierra amarilla (el campo) cuando tenía quince años. Estaba perdido e indeciso. Cuando me fui a los veintidós, tenía objetivos claros en la

vida y confianza en mí mismo. En la meseta norte de la provincia de Shaanxi se encuentran mis raíces como servidor del Estado». [10]

Algunos detractores liberales del líder chino tienen una opinión menos benévola de su exilio rural y señalan que Xi se perdió una década crucial de educación y que, a consecuencia de ello, es ordinario y está poco informado como gobernante. El propio Xi tiene tendencia a hacer referencias ostentosas a su aprendizaje. En un viaje a Francia, aseguraba haber leído las obras de diecinueve autores franceses de renombre, entre ellos Diderot, Voltaire y Sartre. [11] En una visita a Rusia, no solo dijo haber leído a Tolstói y Dostoievski, sino también a Pushkin, Gógol y otros escritores rusos.

No cabe duda de que, a pesar de la mitificación de la juventud de Xi, la caída en desgracia de su familia debió de ser una dura experiencia. Pero la reacción de Xi a las estrecheces que le impuso el sistema maoísta fue reveladora. En lugar de rechazar al Partido Comunista, el joven Xi anhelaba desesperadamente su rehabilitación, y presentó sucesivas peticiones para reincorporarse, cosa que logró al séptimo intento, en 1974.

En 1978, Xi había iniciado su larga carrera como funcionario del Partido Comunista. Durante cuatro años fue el secretario de Geng Biao, miembro de la Comisión Militar Central. Eso aportó al futuro líder conocimientos sobre asuntos militares, que cobrarían una renovada importancia décadas después, cuando presidió una rápida carrera armamentística y la construcción de nuevas bases militares en zonas disputadas del mar de la China Meridional. Pero, en 1982, Xi dejó atrás Pekín y el ejército por una vida como burócrata del partido en las provincias, un terreno tradicional pero arduo para los funcionarios comunistas que aspiraban a un puesto importante en Pekín. Entre 1985 y 2002, trabajó en la provincia costera de Fujian, una zona que se hallaba a la vanguardia de la rápida transformación

económica de China y mantenía estrechos lazos comerciales con la pujante economía capitalista de Taiwán. Tal como observa Kerry Brown, los años que pasó Xi en Fujian a partir de 1985 «forman la columna vertebral de su carrera antes del liderazgo central». [12] De Fujian, donde había acabado como gobernador provincial, Xi pasó a dirigir el Partido Comunista en Zhejiang, otra provincia costera que estaba creciendo con rapidez, antes de trasladarse a Shanghái en 2007. Ese mismo año fue ascendido al Comité Permanente del Buró Político del Partido Comunista, un organismo integrado por siete hombres que constituye el eje del poder político en el país. Ahora estaba claramente marcado como posible líder de la China del futuro, una impresión que se vio acentuada cuando fue nombrado presidente del comité organizador de los Juegos Olímpicos de 2008.

Normalmente, las estrellas políticas incipientes de China no desvelan mucho sobre sí mismas, y las que lo hacen a menudo acaban mal. Pero incluso antes de que Xi ocupara la presidencia y los propagandistas del partido crearan un mito de liderazgo, algunos elementos de su biografía lo describían como algo más que un *apparatchik* insulso, sobre todo por el hecho de que el futuro líder chino estaba casado con una cantante famosa. Fue durante esa época en Fujian cuando Xi contrajo matrimonio con su segunda esposa, Peng Liyuan, que es ex general del Ejército Popular de Liberación y una estrella de la televisión china. Sus interpretaciones de canciones patrióticas vestida de uniforme pueden encontrarse en YouTube y en las redes sociales chinas. La pareja tiene una hija, Xi Mingze, nacida en 1992, que estudió en una escuela francófona de China y cursó la carrera en Harvard, Estados Unidos, donde se matriculó bajo un seudónimo y se licenció en 2014. Un disidente chino me dijo que lo único que le hacía pensar positivamente en Xi fue conocer a su hija. No era una mocosa engreída tal como se

esperaba, sino una persona inteligente y abierta al mundo exterior. Un jefe de Estado europeo que cenó con la familia Xi en Pekín también me dijo lo mucho que lo había impresionado la hija del presidente.

El deseo de Xi de enviar a su única hija a estudiar a Estados Unidos denota cierta apertura de miras. Pero otros aspectos de su vida privada dejan entrever una fuerte vertiente nacionalista, como un comentario que hizo durante una visita a México en 2009. Allí, Xi fue grabado quejándose a otros compatriotas de los «extranjeros con la barriga llena que señalan con el dedo a China». Ello desveló que bajo ese exterior tranquilo y digno que al líder chino le gusta proyectar también hay un atisbo de ira hacia el mundo.

Mientras China se preparaba para elegir a un nuevo mandatario en 2012, uno de los candidatos más comentados era Bo Xilai, el carismático y ambicioso líder de la gigantesca ciudad de Chongqing, cuyo nacionalismo y coqueteos con los temas y eslóganes «rojos» de la etapa de Mao Tse-Tung alarmaron a los liberales chinos. Cuando Bo fue arrestado ese año y más tarde encarcelado por conspiración para asesinar, China parecía haberse salvado de la amenaza del cesarismo. En su lugar, fue Xi el elegido para el puesto más importante de China, esto es, secretario general del Partido Comunista, en noviembre de 2012. Más tarde fue nombrado presidente de China en la Asamblea Popular Nacional celebrada en marzo de 2013, con 2.952 votos a favor, uno en contra y tres abstenciones.

La primera iniciativa personal de Xi como líder de China sacó a la luz su lado populista y despiadado. Fue una campaña anticorrupción que acabó con algunas de las personas más poderosas del país, incluyendo a un número extraordinariamente elevado de miembros importantes del partido. Según algunos cálculos, un 14 % de la

cúpula del partido fue arrestada y encarcelada. A Wang Qishan, el fiel aliado de Xi que fue puesto al mando de la campaña, le gustaba agitar a los extranjeros jactándose del número de gente que había enviado a prisión. Una persona que lo visitó en su despacho me dijo que Wang había empezado la conversación comentando: «La gente dice que he encerrado a cientos de miles de personas, pero son más. Superan el millón». Tal afirmación no era una hipérbole. Según decía Richard McGregor en 2019: «Desde finales de 2012, las autoridades han investigado a más de 2,7 millones de funcionarios y castigado a más de 1,5 millones de personas. Eso incluye a siete figuras del más alto nivel (buró político y gabinete) y unos veinticinco generales». [13]

Las detenciones y encarcelamientos a esa escala causan una sensación generalizada de inseguridad y miedo. Incluso los seguidores aparentemente fieles de Xi en ocasiones me confesaron esos sentimientos. En 2015, una caída bursátil desencadenó una serie de detenciones de funcionarios dedicados a regular las finanzas, lo cual sembró el pánico entre algunos banqueros que estaban acostumbrados a tratar con ellos. [14] La directora de un importante banco occidental me contó que había notado que sus empleados eran reacios a viajar por temor a ser arrestados en el aeropuerto. Años después, un destacado empresario me dijo conmocionado que uno de sus amigos íntimos, una estrella política en ciernes que era subdirector del Partido Comunista de Chongqing, saltó desde la azotea de un hotel de Pekín tras ser acusado de corrupción en una reunión del partido. «Supongo que no podía soportar pasarse el resto de su vida en la cárcel», reflexionaba mi amigo, que creía que la verdadera causa del suicidio de Ren Xuefeng pudo ser una purga política motivada por diferencias ideológicas con el presidente Xi. [15] Incluso los funcionarios chinos con perfiles

internacionales importantes podían caer repentinamente en desgracia. Meng Hongwei, que en 2016 se convirtió en el primer ciudadano chino que dirigía la Interpol, el organismo policial internacional, fue arrestado durante un viaje a China en 2018. Meses después, la prensa china publicó que Meng había admitido actividades corruptas, aunque su familia insistía en que se había convertido en objetivo debido a sus opiniones reformistas. [16]

Los funcionarios del partido y los defensores del sistema, que antes quizá habrían tachado de exageradas las historias de corrupción oficial, adoptaron rápidamente la nueva línea de la era Xi: que el sistema chino se había enfrentado a una amenaza potencialmente terminal a la cual Xi había respondido con decisión. Cualquier insinuación de que la familia Xi había acumulado una misteriosa riqueza obtenía una respuesta despiadada. Cuando Bloomberg News difundió una noticia en ese sentido, la agencia fue desterrada al otro lado del gran cortafuegos que controla el Internet chino. [17]

Inevitablemente, muchos han interpretado la campaña anticorrupción de Xi como un ajuste de cuentas y una manera de consolidar su poder. Puede que sea cierto, pero a Xi parece asustarle la idea de que la corrupción disminuya el poder del Partido Comunista de China. Y cree que el final del gobierno unipartidista sería fatal para su tan cacareado objetivo del «gran rejuvenecimiento» del pueblo chino.

En particular, al líder de China le obsesiona la caída de la Unión Soviética. En 2013, su primer año completo en el poder, miembros del Partido Comunista de toda China fueron invitados al pase de un documental sobre la desaparición de la URSS. La película planteaba dicho acontecimiento como una tragedia, y el villano era Mijaíl Gorbachov, el último líder soviético, cuyas políticas reformistas de

apertura y reconstrucción económica son descritas no solo como erróneas, sino también como inmorales y antipatrióticas. En un discurso pronunciado ante el Comité Central del Partido Comunista en 2013, Xi preguntaba: «¿Por qué desapareció la Unión Soviética? ¿Por qué perdió su poder el Partido Comunista soviético?». Su respuesta fue:

> La historia de la URSS y del partido había sido negada por completo ... Lenin fue rechazado, y Stalin también ... La confusión ideológica estaba por todas partes ... El ejército no era controlado por el partido. Finalmente, el Partido Comunista de la Unión Soviética ... se disolvió como una bandada de gorriones. La Unión Soviética, que había sido un gran país socialista, se desmoronó. Esa es la lección que debemos aprender de los errores del pasado. [18]

Xi no cree que la caída de la URSS obedeciera simplemente a los errores de los líderes soviéticos. Según él, Occidente está impulsando ese proceso de manera deliberada con la difusión de ideas liberales subversivas, y está decidido a impedir una campaña similar en China. Esa línea de pensamiento fue expuesta de forma muy clara cuando Xi subió al poder. Se repartió entre los miembros del partido el «Comunicado sobre el estado actual de la esfera ideológica». Conocido más sucintamente como Documento 9 (y más tarde filtrado), el comunicado describe a las fuerzas occidentales hostiles de las que China debe protegerse. Estas incluyen ideas como los «valores universales», la «sociedad civil» y el «concepto occidental de periodismo». [19]

Xi y sus acólitos ven esas ideas como importaciones peligrosas y ajenas a China. Pero saben que también resultan atractivas para muchos intelectuales chinos y algunos miembros de la pujante clase media. Los intelectuales liberales fueron una parte importante del debate chino antes de la llegada de Xi al poder. Las figuras de más fama internacional eran el artista Ai Weiwei y el ganador del Nobel Liu Xiaobo, pero detrás de ellos había un grupo mucho más

numeroso de académicos, abogados y periodistas que esperaban que China se convirtiera gradualmente en un país más democrático, con tribunales independientes y mayor libertad de expresión.

Los ciudadanos chinos que tuvieron la valentía de defender esas ideas nunca estuvieron a salvo de persecuciones. Liu Xiaobo fue detenido y encarcelado en 2009 (y falleció en prisión en 2017). Ai Weiwei fue encarcelado en 2011 y enviado al exilio en 2015. Pero, a principios del siglo XXI, los liberales chinos se atrevían a abrigar la esperanza de que las cosas jugaran poco a poco a su favor. La idea del «constitucionalismo» —que exige que todos los elementos de la sociedad, incluido el Partido Comunista, estén sometidos al Estado de derecho— fue debatida abiertamente en revistas académicas y algunos periódicos osados como *Southern Weekly*. Pero esa clase de debates se han apagado durante la etapa Xi. En 2015, un gran número de abogados pro derechos humanos fueron detenidos. No solo se silenciaron las voces de los liberales que disentían. En una ironía suprema, teniendo en cuenta que Xi había descrito a Marx como el «pensador más importante de los tiempos modernos», también fueron detenidos algunos estudiantes de sociedades marxistas de las principales universidades de Pekín. Al parecer, su ofensa fue tomarse demasiado en serio las restricciones de Marx sobre la lucha de clases e intentar organizar en sindicatos a los trabajadores con bajos salarios. [20]

Como una persona que visita habitualmente el país, el fin del debate me ha sorprendido. Antes de que Xi subiera al poder, recuerdo que asistí a una cena en un restaurante de Pekín en la que académicos conservadores y liberales estaban dispuestos a discutir en público si China debía convertirse en una democracia. Ahora sería inconcebible. De hecho, China ha dejado de fingir que respalda la libre investigación. A finales de 2019, la Universidad de Fudan, la

más prestigiosa de Shanghái, eliminó de sus estatutos el compromiso con la «libertad de pensamiento». Semanas después entrevisté a Eric Li, administrador del Instituto Chino de Fudan y destacado intelectual pro-Xi. Li no mostró remordimientos por los cambios que había experimentado Fudan. De hecho, los consideraba parte de la necesaria derrota de las ideas liberales: «Durante varias décadas, la nación china ha debatido qué clase de sociedad y gobierno quiere ... Hay personas que quieren que China sea un país liberal. Creo que ese debate se ha acabado». [21]

Sin embargo, mientras Li hablaba, el debate sobre la libertad de expresión en China y el modelo autoritario de Xi estaba a punto de aflorar de nuevo. Camino de mi almuerzo con Li en Shanghái, había leído noticias sobre una nueva y misteriosa enfermedad vírica aparecida en la ciudad de Wuhan, a unos ochocientos kilómetros de distancia. En aquel momento no parecía un problema reseñable. Pero en un par de semanas, esa complacencia había quedado hecha añicos mientras se propagaba el virus y mataba a cientos y luego a miles de personas y provocaba cuarentenas y confinamientos masivos en toda China.

Desde el principio, el gobierno de Pekín intentó presentar el covid-19 como un desastre natural no atribuible al gobierno central o al presidente Xi. Pero esos argumentos fueron muy cuestionados a medida que se extendía la epidemia, sobre todo tras la muerte de Li Wenliang, un joven médico de Wuhan, a causa del virus. Mientras se investigaba el origen de la enfermedad, trascendió que, al principio de la crisis, el doctor Li había dado la voz de alarma en un chat de Internet. Luego recibió una visita de la policía, que le hizo prometer que dejaría de difundir rumores y lo obligó a firmar una confesión. En su lecho de muerte, Li hizo unas declaraciones que acabarían volviéndose virales: «Creo que una sociedad saludable no solo

debería tener una voz». Era fácil interpretar que se trataba de una denuncia contra el estilo autoritario de Xi Jinping.

En China, algunos detractores de Xi fueron aún más directos. En marzo de 2020, Ren Zhiqiang, miembro del partido y magnate inmobiliario, publicó una carta abierta en la que acusaba al Partido Comunista de incompetencia y condenaba la «estupidez del gran líder». [22] Igual que otros detractores de Xi, Ren fue silenciado. En septiembre de 2020 lo condenaron a dieciocho años de cárcel por corrupción.

Las emociones expresadas en las redes sociales tras la muerte del doctor Li probablemente fueron el momento de máximo peligro para Xi durante la crisis del coronavirus. Pero en las semanas posteriores, el gobierno chino recuperó el control de la narrativa. La línea oficial era que, lejos de equivocarse al principio de la crisis, Xi había actuado con decisión para unir a la nación y contener la enfermedad. No solo China, sino toda la humanidad debía estar agradecida al presidente Xi por ganar tiempo para que el mundo se preparara ante el virus. Que Occidente no hubiera aprovechado bien ese tiempo era una prueba más de la superioridad del sistema chino. Las campañas propagandísticas de China se vieron impulsadas por los efusivos elogios de la Organización Mundial de la Salud, cuyo director general, Tedros Ghebreyesus, se reunió con Xi en Pekín el 28 de enero y felicitó a China por «establecer un nuevo criterio para el control de brotes infecciosos» y a Pekín por su «apertura a la hora de compartir información». [23]

Esa línea favorable a Xi cobró impulso a lo largo de 2020, cuando China logró controlar la pandemia mientras Occidente se tambaleaba por su impacto. La primera muerte ocasionada por el coronavirus se registró en Estados Unidos a finales de febrero de 2020, momento en el cual los casos ya habían alcanzado máximos y estaban

disminuyendo en China. Un año después, Estados Unidos había sufrido más de 500.000 muertes. Por el contrario, las cifras oficiales de China registraban menos de 5.000 fallecimientos. [24]

Para el presidente Xi, un posible desastre se había convertido en un triunfo propagandístico. Durante una ceremonia de entrega de medallas a ciudadanos por su labor contra el covid-19 declaró: «La pandemia demuestra una vez más la supremacía del sistema socialista con características chinas». [25] Un año después de que Wuhan fuera confinada a causa del pánico, la ciudad celebró una exposición sobre la exitosa batalla china contra el covid-19 que contenía, según informó la BBC, «maniquíes de trabajadores sanitarios con trajes NBQ» y, allá donde miraras, «retratos gigantescos de Xi Jinping». Al mismo tiempo, el gobierno empezó a divulgar la idea de que el covid-19 quizá no tuvo su origen en China. Tal como indicaban los carteles de la exposición de Wuhan, había aparecido simultáneamente «en varios lugares del mundo». [26]

Pero, aunque el gobierno pudo controlar la narrativa sobre el covid-19 dentro de China, la imagen de Xi había sufrido en el resto del planeta. Un sondeo de opinión llevado a cabo por el Pew Research Center en verano de 2020 demostró que las opiniones negativas sobre el líder chino se habían disparado en toda Europa y Norteamérica. Por ejemplo, en Alemania, un 78 % de los encuestados no expresaron ninguna confianza en que Xi hiciera «lo correcto en cuanto a los asuntos mundiales», un aumento de diecisiete puntos en el transcurso de un año. La desconfianza hacia Xi se hallaba en niveles similares en Estados Unidos y el Reino Unido, y era aún mayor en Japón y Corea del Sur. [27] Pero la pandemia de covid-19 no fue el único factor que manchó la imagen de Xi en el resto del mundo. La represión china en Hong Kong y

Xinjiang había puesto de relieve la dureza e intolerancia de su gobierno.

En verano de 2019 estallaron protestas en Hong Kong, motivadas por el temor a que una nueva ley que estaba a punto de ser aprobada permitiera que sus ciudadanos fueran extraditados a la China continental. La agenda del movimiento de protesta se amplió para incluir preocupaciones más generales sobre la protección de la autonomía territorial frente a Pekín, incluyendo libertades muy preciadas como unos tribunales independientes y unos medios plurales. En su momento álgido, las protestas llevaron a las calles a más de dos millones de manifestantes, de una población total de 7,4 millones. Dichas protestas se prolongaron varios meses y a menudo desembocaron en intensos enfrentamientos entre la policía y los manifestantes. En Pekín, el retorno de Hong Kong a la soberanía china en 1997 es considerado un momento clave en el «gran rejuvenecimiento» de la nación, en el que finalmente se puso fin a la etapa colonial, asociada al «siglo de humillación» que empezó cuando Hong Kong fue cedida al Reino Unido en 1842. Pero la incapacidad inicial de Xi para terminar con esa semianarquía en territorio chino —o incluso arriesgarse a visitar Hong Kong— amenazaba con proyectar una imagen débil del hombre fuerte de China.

Igual que con el coronavirus, los propagandistas chinos intentaron generar distancia entre Xi y los problemas en Hong Kong. Se dijo que la propuesta de ley de extradición que había provocado las manifestaciones había sido una iniciativa local y no de los líderes de Pekín. Pero en mis viajes a Hong Kong me quedó claro que el estilo autoritario de Xi había sido un factor importante para la rebelión. Teniendo en cuenta que la China continental conservaba la soberanía sobre Hong Kong, el giro intolerante en la política china y el

menguante espacio para la discrepancia habían asustado a muchos hongkoneses. Incluso figuras pro-Pekín de la ciudad se sentían frustradas por su incapacidad para convencer a Xi de que adoptara una perspectiva más flexible y se preguntaban si sus consejos llegarían a su mesa algún día. Muchos temían que Xi se creyera la propaganda de Pekín: que los problemas de Hong Kong eran producto de la agitación de fuerzas extranjeras hostiles.

En verano de 2020, cuando el mundo exterior estaba distraído con la pandemia y las elecciones presidenciales de Estados Unidos, Xi actuó con firmeza para aplastar el movimiento democrático de Hong Kong. Se impuso en el territorio una nueva ley de seguridad nacional redactada en China, y desde Pekín se envió a funcionarios del partido a controlar y poner en práctica el nuevo sistema. En cuestión de meses, los líderes más destacados del movimiento democrático de Hong Kong habían sido arrestados y se enfrentaban a largas condenas de cárcel. Las protestas en Hong Kong habrían supuesto un problema para cualquier líder chino, ya que abordaban los temas más sensibles a los que hacía frente el Partido Comunista: la democracia y la unidad nacional. No obstante, la contundente respuesta de Xi tipificó su reacción ante cualquier forma de discrepancia dentro de China.

La ofensiva de China contra los musulmanes uigures de la remota provincia noroccidental de Xinjiang era un tema que afloraba a menudo en mis conversaciones con manifestantes de Hong Kong. Veían la decisión de Pekín de internar a más de un millón de uigures en campos de reeducación como una escalofriante confirmación de la despiadada intención de Xi de imponer a cualquier precio su visión de unidad nacional a todos los ciudadanos chinos.

Volviendo la vista atrás, es posible que la semana que conocí a Xi en Pekín, en noviembre de 2013, fuera un momento crucial en la

historia de la provincia uigur de Xinjiang. Cinco días antes, unos separatistas uigures habían atropellado a un grupo de transeúntes cerca de la plaza de Tiananmén y habían acabado con la vida de cinco de ellos. [28] Un atentado terrorista en el corazón de la República Popular China era un desafío que Xi jamás pasaría por alto, sobre todo teniendo en cuenta que se habían producido otros incidentes violentos en el país. Al año siguiente, China lanzó una dura campaña contra el terrorismo. Sin embargo, pronto resultó obvio que no se trataba de una mera iniciativa policial. Por el contrario, fue un esfuerzo por obligar a toda la población uigur a asimilar la cultura han china y aceptar la voluntad del Partido Comunista.

Bajo la supervisión de Xi, se construyó una red de campos en Xinjiang y se inició una campaña de internamientos masivos. En 2018, un comité de la ONU calculaba que más de un millón de personas habían sido arrestadas, es decir, aproximadamente un 10 % de la población uigur. [29] Al principio, el gobierno chino negó la existencia de los campos, que describió como «centros de educación profesional y entrenamiento» diseñados para combatir el extremismo y ayudar a los uigures a encontrar trabajo. Pero los testimonios de exiliados y refugiados ofrecían una panorámica distinta y aterradora. Sus alegaciones incluían la separación forzosa de cientos de miles de niños y sus padres, torturas y abusos sexuales y el estudio obligatorio del pensamiento de Xi Jinping como parte de un programa de adoctrinamiento masivo. También salieron a la luz historias sobre esterilizaciones y abortos forzados. Las estadísticas del gobierno chino, que mostraban una reducción del 60 % en los índices de natalidad en Xinjiang, denotaban que esas medidas iban más allá de la represión brutal y estaban causando un genocidio cultural. [30]

El hecho de que la administración de Trump calificara de genocidio las acciones de China en Xinjiang fue interpretado en Pekín como la acción de un gobierno tambaleante y deshonesto. Pero, en 2021, la administración de Biden y el Parlamento canadiense respaldaron el veredicto. Una opinión legal encargada a abogados pro derechos humanos del Reino Unido determinó que la acusación de genocidio era «plausible» de acuerdo con la ley internacional y señalaba: «El señor Xi controla la dirección general de la política estatal y ha pronunciado varios discursos en los que exhorta a un trato punitivo contra los uigures». De ello se infiere que Xi era personalmente responsable de un genocidio. [31]

Los nacionalistas chinos consideran que el creciente interés de Occidente en Xinjiang es un esfuerzo hipócrita por criticar a China a fin de bloquear el ascenso del país. Pero la fórmula de autoritarismo de Xi en su nación y su firmeza en el extranjero han hecho inevitable un mayor escrutinio internacional. El hecho de que China sea la superpotencia emergente del siglo XXI dificulta que sus líderes argumenten que sus «asuntos internos» son solo cosa suya.

Con Xi, los líderes chinos también han empezado a perder inhibiciones en la promoción de su modelo de gobierno en el extranjero. Administraciones chinas anteriores habían intentado contener la presión occidental en lo relativo a los derechos humanos afirmando que debería permitirse a todos los países seguir su propio camino de desarrollo. Occidente, argumentaban, no debía sermonear a China y, a cambio, China no sermonearía al resto del mundo. Pero en la era de Xi los portavoces chinos han fomentado un «modelo de desarrollo» que se presenta como una alternativa a la democracia de estilo occidental más adecuada para las naciones en vías de desarrollo.

En 2018, el propio Xi pronunció un discurso en el que afirmaba que el «nuevo tipo de sistema político de partido» chino podía ser un modelo para otros países, una idea que a partir de entonces fue difundida enérgicamente por los medios estatales. [32] Después de que la UE sufriera el golpe del Brexit y de que Estados Unidos quedara extremadamente polarizado durante los años de Trump, el modelo de estabilidad política, fortaleza económica y firmeza nacional de Xi atrajo a admiradores internacionales en África, Latinoamérica e incluso Europa.

China también ha ampliado su influencia internacional por medio de la iniciativa de la Franja y la Ruta de Xi, que ha conllevado miles de millones de dólares en préstamos e inversiones chinos para apoyar proyectos de infraestructura en toda Asia, Europa y África. La inversión e influencia chinas se han expandido incluso a Latinoamérica, una región en su día considerada el patio trasero de Estados Unidos. Cuando en 2021 entrevisté a Iván Duque, el presidente de Colombia, desmintió tajantemente su amistad con EE. UU., pero también insistió en que algunas empresas chinas seguirían construyendo el metro de Bogotá, ya que habían ofrecido el mejor acuerdo. [33] Colombia no era la única y, de hecho, había llegado relativamente tarde a la aceptación de inversiones chinas en Latinoamérica.

La capacidad de China para hacer amigos en el extranjero por medio de préstamos e inversiones es crucial para la expansión de su poder internacional. Pero esos esfuerzos se ven frustrados por el uso cada vez mayor de la fuerza y el acoso cuando el gobierno de Xi se enfrenta a reveses internacionales. La respuesta de Pekín a las críticas por el covid-19, incluso las más moderadas, ha sido feroz. Cuando el gobierno australiano propuso una investigación internacional sobre los orígenes de la enfermedad, China impuso

aranceles a algunas exportaciones australianas a modo de represalia.

Mientras tanto, China ha acrecentado la presión en sus varias disputas territoriales. Las amenazas a Taiwán se han intensificado considerablemente, y en Washington temen que China pueda sentirse lo bastante fuerte para invadir una próspera democracia de 23 millones de habitantes, que Pekín considera una provincia insubordinada. La disputa de Taiwán se remonta a los orígenes de la República Popular China. Las fuerzas del Kuomintang derrotadas por Mao en 1949 huyeron por mar a la isla e instauraron allí un régimen propio. Desde entonces, Pekín se ha comprometido a «devolver» Taiwán a la China continental, si es necesario por la fuerza. Con su estilo pragmático habitual, Deng Xiaoping dijo que el problema de Taiwán podían resolverlo las generaciones futuras. Pero Xi ha cambiado la línea de Pekín y ha manifestado a los líderes taiwaneses que el conflicto no puede pasar de generación en generación. Los ejercicios militares en el estrecho de Taiwán se han intensificado.

La postura cada vez más agresiva de China con respecto a Taiwán en parte refleja un cambio de equilibrio en el poder global. A lo largo de la generación anterior, Pekín invirtió mucho dinero en sus fuerzas armadas. En la actualidad, la armada china posee más barcos que la estadounidense. Teniendo en cuenta la evidente preocupación de Xi por el lugar que ocupa en el panteón de los líderes chinos, Taiwán es un objetivo tentador. Si Mao fue el héroe que fundó la República Popular y Deng el líder que situó al país en la senda de la prosperidad, Xi podría considerar que la siguiente tarea es demostrar que China es una potencia global dominante enfrentándose a EE. UU. por Taiwán. Si Xi lograra ser el líder que complete la «reunificación» nacional conquistando Taiwán, su lugar en el panteón estaría asegurado.

En realidad, organizar una invasión de Taiwán sería una empresa inmensamente arriesgada. Probablemente se toparía con una resistencia feroz y podría necesitar hasta un millón de soldados. Un ataque chino contra el país también podría desatar una guerra con Estados Unidos. No obstante, las fantasías sobre la conquista de Taiwán ahora son habituales en los círculos nacionalistas chinos. En octubre de 2020, Hu Xijin, el director del periódico nacionalista *Global Times*, proclamaba en un artículo: «La única manera de avanzar es que la China continental se prepare plenamente para la guerra e imponga a las fuerzas secesionistas de Taiwán un castigo decisivo en cualquier momento. Mientras la arrogancia de las fuerzas secesionistas va en aumento, el punto de inflexión histórico está cada vez más cerca». [34] Puede que ese tipo de retórica acalorada no refleje el pensamiento de los líderes chinos, pero, en el entorno extremadamente controlado de los medios de comunicación que ha creado Xi, como mínimo se toleran las amenazas escalofriantes hacia Taiwán. Como hombre fuerte hecho a sí mismo, existe el peligro de que Xi se sienta presionado a hacerle el juego al sentimiento nacionalista.

En los últimos años, buena parte del debate occidental sobre posibles agresiones chinas se ha centrado en Taiwán y el mar de la China Meridional. Pero el acontecimiento más sorprendente de 2020 se produjo en lo alto del Himalaya. Un enfrentamiento entre soldados indios y chinos por un territorio en disputa se saldó con la muerte de veinte efectivos indios y un número desconocido de bajas chinas.

Esa disputa fatal planteó la posibilidad de que China y la India, las dos superpotencias emergentes del siglo XXI, se encaminaran a un conflicto. En la India y Occidente, el conflicto también fue descrito como un choque entre un Estado autoritario gigantesco y la mayor

democracia del mundo. Y así era. Sin embargo, la situación era más complicada, ya que, desde un punto de partida muy distinto, la India democrática también ha avanzado hacia el modelo del hombre fuerte.

4

Modi: política del hombre fuerte en la democracia más grande del mundo (2014)

La Delhi de Lutyens es el centro del poder en la India. Lleva el nombre del arquitecto británico sir Edwin Lutyens, que diseñó un distrito espacioso con céspedes impolutos y edificios y fuentes majestuosos, lo cual lo distinguía del alboroto del resto de la ciudad. El barrio acoge los edificios gubernamentales más importantes de la India, incluyendo la oficina del primer ministro, así como los ministerios de Defensa, Economía y Asuntos Exteriores. Quienes visitan esos ministerios clave en ocasiones se animan al ver a las colonias de monos que corretean por los alféizares de arenisca amarilla.

Los principales políticos y funcionarios de la India gobiernan un país de 1.400 millones de habitantes desde esos edificios. Pero, tras la elección de Narendra Modi como primer ministro en 2014, algunas de las personas más poderosas del país se parecen más a insurgentes populistas que a una élite gobernante. En 2018, a pesar de hallarse instalado en el corazón de la Delhi de Lutyens, un ministro denunció en mi presencia a la «élite de Lutyens». Tradicionalmente, el grupo había regentado la India

postindependencia, pero, según él, ahora estaba siendo merecidamente arrinconado por Modi. La vieja élite había perdido el contacto con la «India real». Aquello parecía la versión india de un sermón que ya había oído de boca de los funcionarios de la administración de Trump en Washington y de los triunfales partidarios del Brexit en Londres.

En la India, el evangelio populista era difundido incluso por políticos con impecables credenciales «globalistas», como el ministro de Aviación Jayant Sinha, un ex asesor de McKinsey con un máster de Harvard. Sinha me dijo medio en broma: «Si quiere, puedo hablarle de Davos todo el día». [1] Igual que Steve Bannon, Sinha estaba utilizando «Davos» como sinónimo del globalismo desarraigado que afirmaba rechazar. Argumentaba que, a diferencia del Partido del Congreso, la formación opositora, Modi estaba en contacto con la fe y la espiritualidad de la India. Su proyecto iba encaminado a corregir los errores de los padres fundadores de la India moderna, en especial Jawaharlal Nehru, que había abrazado por equivocación las ideas de Occidente, que consideraba universales. Por el contrario, Modi basaba el gobierno de la India en su cultura única. «Para nosotros», afirmó Sinha, «el legado se antepone al Estado. La gente tiene la sensación de que su legado está sufriendo un asedio. Tenemos una visión del mundo basada en la fe, en contraposición a la visión racional y científica.»

En la India, como en otros lugares, el auge del populismo está íntimamente relacionado con el estilo de liderazgo del hombre fuerte. Igual que Xi y Putin —además de Trump en Estados Unidos y Erdogan en Turquía—, Modi se presenta como un hombre que mantiene una relación directa con el pueblo. Promete enfrentarse a la élite corrupta situada en lo más alto de la sociedad y traer justicia y prosperidad al hombre de a pie. Para someter a los poderosos, el

líder debe ser duro, tanto moral como físicamente. En la campaña electoral de 2014, Modi, que tenía sesenta y cuatro años, fue descrito literalmente como un hombre fuerte y se insistió mucho en su «pecho de 142 centímetros».

La victoria de Modi fue un momento crucial en la era de los líderes autoritarios. Dos años antes, Xi Jinping había conquistado el poder en China. Ahora, Modi había llevado el estilo del hombre fuerte a la India. Con unos 1.400 millones de habitantes cada una, China y la India albergan cerca de un 40 % de la población mundial, y son las superpotencias emergentes del «siglo asiático». [2] En el transcurso de dos años, ambos países habían sucumbido al estilo de liderazgo del hombre fuerte.

Cabría preguntarse si es legítimo o inteligente equiparar a un líder elegido democráticamente como Modi con Xi, que es el jefe de un Estado unipartidista, o incluso con Putin. ¿La idea del «estilo del hombre fuerte» no pierde sentido si abarca a líderes que actúan en circunstancias políticas y culturas tan diferentes? Por ejemplo, Xi y Putin han modificado la Constitución de su país para poder gobernar de por vida, mientras que Modi debe enfrentarse al electorado cada cinco años. También es cierto que los intelectuales indios y algunos medios de comunicación siguen aireando críticas mordaces hacia su líder de un modo que es impensable en China y cada vez más difícil en Rusia.

No obstante, existen ciertas características del liderazgo del hombre fuerte que engloban a democracias y dictaduras y que son muy evidentes en la India de Modi. La primera y más obvia es el fomento del culto a la personalidad. Modi, un orador carismático, está en su salsa cuando habla ante grandes multitudes y rara vez contesta a preguntas improvisadas. Además de insistir en su fortaleza frente a los enemigos de la India, los asesores de imagen

de Modi han cultivado cuidadosamente la idea de que el líder indio es una figura religiosa y ascética cuya única preocupación es el bien del pueblo.

Modi ha permitido que se bauticen monumentos con su nombre mientras ocupaba aún el cargo, lo cual es infrecuente en un líder de un país democrático. En 2021, el estadio de críquet más grande de la India fue rebautizado como Narendra Modi. El equipo de redes sociales del primer ministro tuiteó con aire triunfal: «El estadio más grande del mundo dedicado a la personalidad más grande del mundo». [3] Días después se lanzó un satélite indio con la cara de Modi impresa en él. Los elogios de sus compañeros de partido a menudo son extremadamente serviles. Shivraj Singh Chouhan, el ministro jefe del estado de Madhya Pradesh, definió a Modi como «un regalo de Dios para la India». Se han rodado películas populares sobre la vida de Modi que presentan al primer ministro como un santo. Suresh Prabhu, un ministro del Gabinete, describía *Déjanos vivir*, un largometraje sobre la infancia de Modi, como una película «motivadora e inspiradora». [4]

El mandatario indio resalta muchos de los temas populistas y nacionalistas que son esenciales para el atractivo de los líderes fuertes en otros países. Cada uno a su manera, todos prometen recuperar una época perdida de grandeza nacional. Pero el toque característicamente indio es la defensa que hace Modi de la ideología del «Hindutva», o nacionalismo hindú. Promete que no solo restablecerá la grandeza de la India, sino, más concretamente, la grandeza de los hindúes. Alrededor de un 80 % de los indios son hindúes. Pero Modi y muchos de sus seguidores adoptan una versión de la historia india en la que los hindúes son un grupo históricamente oprimido. En un discurso pronunciado ante el Parlamento indio en junio de 2014, poco después de ganar las

elecciones, Modi aseguró que los indios habían sufrido «mil doscientos años de mentalidad de esclavos». [5] La idea subyacente era que no solo estuvieron «esclavizados» durante unos doscientos años de dominio británico, que comenzaron a mediados del siglo XVIII. Por el contrario, la opresión se remontaba a un milenio antes, durante el cual los gobernantes más importantes del país fueron primero budistas y más tarde musulmanes, ambos considerados intrusos extranjeros.

Para muchos seguidores de Modi, ni siquiera la independencia india de 1947 acabó con la sumisión hindú. Durante buena parte de la era postindependencia, la India estuvo liderada por el Partido del Congreso, al cual Modi y su Partido Bharatiya Janata (BJP) acusan de recurrir a un «banco de votos», a cambio de los cuales los alrededor de doscientos millones de musulmanes de la India han recibido privilegios especiales. [6] Subramanian Swamy, un miembro del BJP que forma parte de la Rajya Sabha (la cámara alta del Parlamento indio) se aprovechaba de ese sentimiento de agravio hindú cuando dijo: «Somos un 80 % de la población, pero nos tratan como al 10 %». [7] En un país grande en el que la competencia por los puestos de trabajo, las oportunidades educativas y los recursos es feroz, cualquier insinuación de que las minorías reciben privilegios injustos es potente políticamente hablando. La identidad del BJP como un partido hindú se ve enfatizada por el hecho de que en los comicios de 2014 no había un solo musulmán entre los 282 miembros que volvieron a la Lok Sabha, la poderosa cámara baja del Parlamento.

La vida y la carrera de Modi han estado íntimamente ligadas al movimiento nacionalista hindú. Nacido en 1950 en la pequeña ciudad de Vadnagar, en el estado de Gujarat, Modi se unió a una organización nacionalista hindú llamada Rashtriya Swayamsevak Sangh (RSS) cuando tenía ocho años y sigue perteneciendo a ella.

Fundada en 1925, la RSS se consagró a la idea de que la India es en esencia una nación hindú. Su fundador, K. B. Hedgewar, era un admirador de fascistas europeos como el italiano Benito Mussolini, y emulaba su fascinación por los uniformes y la instrucción paramilitar.

Fue Nathuram Godse, un ex activista de la RSS y nacionalista hindú, quien asesinó a Mahatma Gandhi en 1948, poco después de que se declarara la independencia de la India. Gracias a la campaña no violenta de Gandhi a favor de la liberación del dominio británico, suele ser descrito como el «padre de la nación». Pero muchos miembros de la RSS despreciaban a Gandhi por su insistencia en que los hindúes no podían «tener disputas con el islam». La partición resultante de la independencia creó dos Estados, la India y Pakistán, este último de mayoría musulmana. Los traslados de población forzados y la violencia comunal que acompañaron a dicha partición provocaron la muerte de casi dos millones de personas. En ese contexto, la insistencia de Gandhi en el ideal de la coexistencia pacífica con el islam fue tachado de «conciliación» por la RSS, lo cual creó el tumultuoso telón de fondo en el que fue asesinado. [8] El espíritu militarista de la RSS contrastaba marcadamente con el pacifismo de Gandhi.

En la actualidad, Modi y la RSS apoyan públicamente la idea generalizada de que Gandhi era un héroe nacional y el «padre de la nación». Pero algunos parlamentarios del BJP están dispuestos a dar voz a una visión radicalmente distinta: la idea de que el asesino de Gandhi era un héroe nacional y de que Modi, como nacionalista hindú, debería ser considerado el auténtico fundador de la nación india. [9] El permanente vínculo personal y político de Modi con la RSS sigue siendo objeto de numerosas conjeturas, pero no cabe duda de que su pertenencia a la organización le brindó un trampolín para saltar de unos orígenes humildes en provincias al liderazgo nacional.

Nació en el seno de una casta baja, y de adolescente ayudaba a su padre a regentar la tetería familiar cerca de la estación de trenes de Vadnagar. Sus orígenes como un humilde vendedor de té ahora son cruciales para la imagen de Modi, y contrastan radicalmente con los Gandhi, una familia de alta cuna que sigue dominando el Partido del Congreso y cuya dinastía política proporcionó tres primeros ministros: Nehru, Indira Gandhi y Rajiv Gandhi. [10] A los trece años, el joven Narendra se casó, pero el matrimonio concertado no tardó en romperse. A partir de entonces, Modi convirtió a la RSS en su familia y ascendió con rapidez en sus filas. Hoy Modi sigue soltero y (según se dice) célibe. [11] Su falta de lazos familiares es un activo fundamental en un país en el que los políticos suelen ser acusados, a menudo acertadamente, de favorecer a sus parientes. Si uno habla con sus seguidores más ardientes, a menudo le dirán que Modi es un hombre abnegado y ascético que ha dedicado su vida al bienestar de la gente corriente.

En 1987, Modi se había incorporado al BJP, un partido político estrechamente afiliado a la RSS. Fue un momento oportuno. Por aquel entonces, el BJP solo tenía dos miembros en el Parlamento; en 1996 se había convertido en el partido más numeroso. Su ascenso meteórico se vio alimentado por la defensa de la destrucción de una mezquita en la ciudad de Ayodhya, que según el partido había sido construida en terreno sagrado para los hindúes. En 1992, la controversia de Ayodhya desencadenó enfrentamientos entre hindúes y musulmanes por toda la India, que a su vez generaron el apoyo al BJP. A la sazón, Modi era un miembro desconocido del partido, pero su determinación y carisma le valieron un rápido ascenso, y en 2001 fue elegido secretario general del BJP. Ese mismo año fue nombrado ministro jefe de su Gujarat natal cuando el titular dimitió por problemas de salud.

Gujarat es un estado de más de sesenta millones de habitantes situado en la costa oeste de la India. Durante el período de Modi como ministro jefe, la economía del estado creció mucho más rápido que la media nacional, lo cual cimentó su reputación como un político pragmático y favorable a las empresas. El éxito económico de Gujarat bajo el liderazgo de Modi fue crucial para su ascenso al poder nacional. Eso permitió que se describiera al líder del BJP más como un reformador económico que como un nacionalista hindú.

De hecho, una característica que comparte Modi con muchos otros líderes fuertes es que al principio fue considerado por los medios occidentales como el reformador enérgico que necesitaba su país. Yo mismo escribí uno de esos artículos pro-Modi. Durante una visita a la India en 2013, me sorprendieron el pesimismo y el cinismo generales que me encontré. Por aquel entonces, el primer ministro era Manmohan Singh, a quien había conocido en los años noventa y admiraba por ser un reformador valiente y con principios. [12] Pero, en 2013, el culto e introvertido Singh parecía haber perdido energía, y el Partido del Congreso volvía a hallarse claramente dominado por la dinastía Gandhi. La economía se estaba ralentizando, los empresarios indios protestaban y se habían celebrado manifestaciones masivas contra la corrupción en las calles de Delhi y otras ciudades indias. Muchos de los que exigían un cambio estaban promocionando las posibilidades de liderazgo de Narendra Modi, que prometía llevar el «milagro económico de Gujarat» a toda la India.

Pero Modi tenía una vertiente mucho más aterradora. En 2002 era ministro jefe cuando en Gujarat estallaron unas revueltas antimusulmanas que provocaron la muerte de un millar de personas. Desde entonces, Modi ha sido acusado de alentar tácitamente el pogromo contra los musulmanes. El sistema judicial indio no encontró pruebas suficientes para encausarlo en 2012, pero su fama

se vio suficientemente mancillada como para que le prohibieran entrar en Estados Unidos hasta su nombramiento en 2014.

No obstante, en un artículo publicado justo antes de las elecciones de 2014 dije: «La India necesita una sacudida, y Modi es un riesgo que merece la pena correr». [13] Los orígenes humildes de Modi en la India rural contrastaban con las credenciales de Rahul Gandhi, el abanderado del Partido del Congreso, cuyo padre, abuela y bisabuelo habían sido primeros ministros del país. El ascenso de Modi, añadí en el artículo, «enviaría un mensaje de ánimo a un país en el que las posibilidades de demasiados ciudadanos aún se ven frustradas por la pobreza, la clase o la casta». En cuanto a las masacres de Gujarat, «ocurrieron hace más de una década». Desde entonces, «el ejercicio del señor Modi como ministro jefe se ha distinguido más por su interés en la reforma económica que por los agravios comunales». [14]

Cuando leo ahora esas palabras, lo hago con cierto rubor. Pero en aquel momento figuras más ilustres que yo estaban emitiendo valoraciones similares sobre Modi. En 2015, el presidente Obama elogió al nuevo primer ministro en la revista *Time*, ya que reflejaba el «dinamismo y el potencial del auge de la India». [15] Muchos liberales e intelectuales destacados de la India también estaban dispuestos a conceder el beneficio de la duda al nuevo primer ministro. Después de reflexionar, Raghuram Rajan, un distinguido economista al que habían convencido de que abandonara la Universidad de Chicago para dirigir el Banco Central de la India en 2013, decidió continuar en el gobierno de Modi.

Para ser justos con Modi, sus primeros años en el cargo no confirmaron los grandes miedos de sus detractores. Hubo poca violencia intercomunal, cuyos peores ejemplos siguen

correspondiendo a la etapa anterior a Modi, como las revueltas y asesinatos contra los sij en 1984.

Pero al regresar a la India en mayo de 2018, encontré muchos indicios de endurecimiento del discurso nacional y una cultura de la violencia y el odio entre las bases del BJP, el partido gobernante. En un caso —muy comentado en su momento en Nueva Delhi— una niña musulmana de ocho años había sido violada en grupo y asesinada en el norte de la India. Algunos líderes locales del BJP habían participado en los mítines y desfiles en apoyo a los asesinos, que eran hindúes. El propio primer ministro tardó mucho en manifestar su opinión sobre el caso. En respuesta, 49 funcionarios de alto nivel jubilados escribieron una carta abierta a Modi en la que lo acusaban de fomentar un «clima aterrador de odio, miedo y crueldad en la India», y añadían que era «el momento más triste de la India posterior a la independencia». [16]

Sin embargo, la desesperación de los liberales de Delhi parecía ser motivo de desprecio e incluso diversión para los partidarios del BJP y los intelectuales pro-Modi. De manera similar a los seguidores de Trump en Washington, solían argumentar que ellos representaban los sentimientos de la clase trabajadora en lugar de las élites liberales de la capital. S. Jaishankar, el ministro de Asuntos Exteriores indio, que nació en el seno de la élite de su país —su padre había diseñado el programa nacional de armas nucleares—, me dijo que los detractores de Modi dentro y fuera de su país debían comprender la profundidad de la relación del primer ministro con la India que había más allá de Delhi. [17]

Otros eran mucho más contundentes y llamativos en su rechazo a los valores liberales de Occidente. Subramanian Swamy, que se doctoró en Economía en Harvard, incluso pidió que todos los musulmanes indios perdieran el derecho a voto a menos que

reconocieran que sus antepasados eran hindúes (en el BJP es habitual afirmar que la mayoría de los musulmanes indios originalmente eran hindúes que fueron convertidos a la fuerza durante el período mogol). En opinión de Swamy, el estado actual de la política internacional demostraba que «donde existe una población musulmana numerosa siempre hay problemas».[18] Aunque Modi raras veces se expresó de forma tan directa, no tenía problemas con que figuras destacadas y soldados rasos de su partido emplearan esa clase de retórica. Como me dijo un periodista de Nueva Delhi: «Modi no es el que lanza los peores mensajes. Solo posa para las fotos con quienes lo hacen».

Pero ¿Modi sería capaz de hacer cosas horrendas? Cuando me fui de Delhi en 2018 no estaba seguro. Sin duda, Modi gozaba de popularidad. Había logrado un crecimiento económico decente y defendido reformas sociales importantes, como la instalación de retretes en los hogares de cientos de millones de indios que viven sin esa necesidad básica. Pero algunas de sus reformas económicas habían demostrado un gusto por los gestos arbitrarios y teatrales. En 2016, de repente había abolido un 80 % de la divisa del país. La versión del gobierno, según el cual sería una iniciativa eficaz contra la corrupción, se basaba en la popular imagen del rico corrupto con montones de dinero ilícito escondido en casa. En realidad, eran los pobres de la India los que más dependían del dinero en efectivo, mientras que los superricos eran más proclives a tener cuentas bancarias en el extranjero. La desmonetización fue una medida populista clásica que afectó a la economía, pero no ocasionó daños duraderos a la popularidad de Modi.

Lamentablemente, los líderes fuertes suelen volverse cada vez más autocráticos y arbitrarios cuanto más tiempo llevan en el cargo.[19] Putin y Erdogan se radicalizaron durante su segundo y

tercer mandato. En el segundo mandato de Modi se observó un patrón similar.

En las elecciones de 2019, el líder indio se enfrentaba a lo que parecía un serio desafío del Congreso y los innumerables partidos regionales de la India. Pero la campaña dio un giro a favor de Modi gracias a un enfrentamiento militar con Pakistán, con quien la India ha librado tres guerras desde la independencia. El 14 de febrero de 2019, cuarenta policías indios murieron en Cachemira a manos de un terrorista suicida en un atentado reivindicado por un grupo islamista de Pakistán. En 2008, el gobierno liderado por Manmohan Singh se había abstenido de tomar represalias contra Pakistán, que cuenta con armamento nuclear, después de que unos terroristas entrenados allí mataran a 166 personas en Bombay, la ciudad más grande de la India. Pero el gobierno de Modi adoptó una línea más agresiva y osada, y el 26 de febrero autorizó ataques aéreos contra supuestas bases terroristas en Pakistán. El gobierno indio aseguró haber matado a centenares de terroristas en un ataque a un campo de entrenamiento de Jaish-e-Mohammed, unas afirmaciones que fueron recibidas con burlas por el gobierno pakistaní.

Ocurriera lo que ocurriera en el ataque aéreo, la respuesta en gran parte de los medios indios fue exultante. Los hechos se produjeron solo un par de meses antes de que empezaran las elecciones indias, así que llegaron en el momento perfecto para reforzar las credenciales de Modi como hombre fuerte. En uno de sus mítines de final de campaña, el primer ministro alardeaba: «Cuando uno vota por el loto [el símbolo electoral del BJP] no está pulsando un botón de una máquina, sino apretando un gatillo para disparar a terroristas en el pecho ... ¿Creéis que esa estrategia es buena? ¿Estáis contentos? ¿No lleváis la cabeza alta? ¿No se os hincha el pecho de orgullo?». [20] Fue un mensaje extremadamente

eficaz. En la votación, que comenzó el 11 de abril, el BJP aumentó notablemente su mayoría parlamentaria al conseguir un 55 % de los escaños y un 37 % del voto, frente al 31 % de 2014. El bombardeo de Balakot había supuesto un punto de inflexión.

En la India, cualquier oleada de sentimiento antipakistaní puede degenerar en un mayor antagonismo hacia la minoría musulmana, que a menudo es descrita por los ardientes nacionalistas hindúes como una quinta columna. Y, de hecho, meses después de consumar la reelección, la agenda Hindutva del BJP se volvió más explícita y radical. En agosto de 2019, el gobierno de Modi abolió de la Constitución el estatus especial de Jammu y Cachemira, el único estado de mayoría musulmana, y más tarde inició una dura campaña contra las libertades civiles que incluyó la detención sin juicio de importantes políticos cachemires. A los corresponsales extranjeros residentes en Nueva Delhi y a los políticos de la oposición se les prohibió viajar a la región. El gobierno indio me invitó a visitar el estado para recabar datos, pero decliné la invitación porque al corresponsal de *FT* en Delhi seguían negándole el acceso a Cachemira. Quienes sí aceptaron la invitación de la administración de Modi a realizar un viaje a Cachemira patrocinado por el gobierno fueron casi treinta miembros del Parlamento Europeo, sobre todo pertenecientes a partidos de extrema derecha y con una gran representación de Francia, Polonia y el Reino Unido. [21]

La administración de Modi defendió la abolición del estatus especial de Cachemira aduciendo que era la corrección de una anomalía constitucional. En adelante, su argumento era que todos los indios debían ser tratados de forma igualitaria. Pero, en realidad, parecía que los musulmanes estaban recibiendo un trato peor. En el estado de Assam, que limita con Bangladés, una nación de mayoría musulmana, un ejercicio de registro de nacionalidad provocó que

unos dos millones de habitantes, casi todos musulmanes, fueran considerados inmigrantes ilegales que no tenían derecho a vivir en la India.

A continuación, el gobierno de Modi procedió a ampliar el registro de nacionalidad a toda la India. Millones de personas se enfrentaban a una posible pérdida de la ciudadanía, a menos que pudieran presentar documentos que demostraran su derecho a residir en la India. En un país con bajos niveles de alfabetización, una mala gestión de los archivos y un sistema legal chirriante, la amenaza era aterradora. La construcción de centros de detención por todo el país desencadenó el temor a que la India de Modi pudiera emular a la China de Xi encarcelando a millones de musulmanes. La idea de que estos eran ciudadanos de segunda se vio acentuada por la Ley de Enmienda a la Ciudadanía, que fue aprobada en diciembre de 2019 y daba a cualquier hindú que huyera de la persecución en el extranjero el derecho a la nacionalidad india, un derecho que les sería negado a los musulmanes en esa misma situación (el argumento del BJP era que solo existía un estado en el mundo en el que los hindúes podían refugiarse, mientras que los musulmanes podían pedir asilo en varios países de mayoría musulmana).

En las democracias, un poder judicial independiente, una prensa libre y unas organizaciones no gubernamentales dinámicas son los guardianes tradicionales de las libertades ciudadanas. Pero en la India de Modi esas instituciones se ven cada vez más amenazadas. La presión gubernamental contra los propietarios y directores de medios de comunicación, reforzada por boicots publicitarios, despidos selectivos y acoso en las redes sociales, estaba reduciendo el espacio para la crítica al gobierno. Amartya Sen, un economista ganador del Nobel que actualmente reside en Estados Unidos, comentaba que sus amigos de la India eran reacios a criticar al

gobierno por teléfono, y añadía: «La gente tiene miedo. No había visto nunca algo así». [22]

Hablar con intelectuales indios en Nueva Delhi o Bombay me recordaba cada vez más a las conversaciones con sus homólogos de Estambul o Moscú. Aún quedaba gente valiente y honrada dispuesta a criticar al gobierno con rotundidad. Pero reinaba la creciente sensación de que esas críticas ponían en peligro carreras profesionales, o incluso la libertad y la seguridad personales. Hubo casos de reconocidos directores y presentadores de informativos que perdieron su trabajo por hablar mal del BJP. Pratap Bhanu Mehta, un eminente académico y detractor del gobierno, escribía en 2019: «La soga aprieta cada vez más a las instituciones independientes de la India». [23] Como si pretendiera demostrarlo, Mehta dejó ese mismo año su cargo de vicerrector de la Universidad de Ashoka, una institución privada, y abandonó por completo la universidad en 2021, cosa que llevó a más de ciento cincuenta académicos a firmar una carta en la que protestaban por las «presiones políticas» que habían precipitado su dimisión.

En 2021, Amnistía Internacional se vio obligada a cerrar sus puertas en la India cuando sus cuentas bancarias fueron congeladas por haber recibido dinero ilegalmente desde el extranjero. Amnistía Internacional argumentó de manera plausible que el verdadero motivo era su trabajo con los musulmanes y Cachemira. [24] Atacar a organizaciones no gubernamentales porque supuestamente son herramientas de injerencia extranjera también es habitual en Rusia y China.

En 2014, Brijgopal Loya, un juez que presidía un caso contra Amit Shah, uno de los principales aliados políticos de Modi, falleció en misteriosas circunstancias. La familia de Loya asegura que cuando les devolvieron el cuerpo, estaba cubierto de sangre. Solicitaron una

investigación oficial, pero les fue denegada. El nuevo juez desestimó de inmediato la acusación contra Shah, que actualmente es ministro de Interior.[25] El propio Shah no muestra reparos en alentar la violencia. Cuando en 2020 estallaron protestas en varias universidades indias contra las discriminatorias leyes de ciudadanía impuestas por Modi, dijo que a los estudiantes que habían participado deberían «enseñarles una lección y castigarlos». Poco después, la policía se limitó a observar mientras una muchedumbre violenta y armada golpeaba a alumnos de la Universidad Jawaharlal Nehru.

En ese ambiente, algunos indios de renombre decidieron escribir en clave. Shivshankar Menon, uno de los diplomáticos retirados más eminentes de la India y en su día asesor de seguridad nacional del país, parecía exponer sus ideas en una reseña del libro *How to Be a Dictator*, de Frank Dikötter. Menon señalaba que los dictadores del siglo XX que estudió Dikötter «fusionan a la persona del líder con la nación, utilizan el ultranacionalismo o la xenofobia ... la raza y la etnicidad para identificar a un enemigo, como los judíos o los musulmanes, y presentar al líder como una persona sencilla, austera y trabajadora». Sin dar nombres, Menon concluía la reseña mencionando las «resonancias políticas» del libro «en nuestra política de odio, ultranacionalismo y culto a la personalidad ... Aquí hay una advertencia para todos nosotros».[26]

En el gobierno de Modi —igual que en la administración de Trump en Estados Unidos—, las críticas de funcionarios o profesores universitarios jubilados eran simplemente una prueba de la podredumbre de la élite intelectual del país. Las universidades indias eran consideradas instituciones sospechosas y el refugio de liberales poco fiables y moralistas.[27] En opinión de Shruti Kapila, una historiadora que trabaja en la Universidad de Cambridge, Modi se

halla «en el epicentro de un arco global de antagonismo e ira contra las élites tradicionales, los medios de comunicación y los intelectuales mientras la democracia es reelaborada bajo el populismo autoritario». [28]

El grado en que han cambiado las cosas en la India resultó evidente en el informe *Freedom in the World* de 2021, elaborado por la ONG estadounidense Freedom House. Por primera vez desde 1997, la India fue degradada de país libre a país «parcialmente libre». Freedom House justificaba esa bajada de categoría señalando un «patrón de varios años» de erosión de las libertades, y lamentaba que Modi y su partido estuvieran «llevando trágicamente a la India hacia el autoritarismo». Teniendo en cuenta que la India representa aproximadamente un 20 % de la población mundial, los cambios que se producen allí decantan sobremanera la balanza global hacia el autoritarismo.

La afinidad ideológica y personal entre Trump y Modi y los movimientos que los apoyan se vio enfatizada por apariciones conjuntas de ambos líderes en la India y Estados Unidos. En septiembre de 2019, Modi se dirigió a una numerosa y exaltada multitud, integrada mayoritariamente por indios expatriados, en Houston, Texas, durante un acto que rápidamente fue bautizado como «Howdy Modi». Meses después, Trump visitó la India y habló ante 125.000 personas en Gujarat, el estado natal de Modi. Los dos políticos habían situado la batalla contra el «terrorismo islámico» en el centro de sus discursos electorales. En 2016, una de las primeras medidas de Trump como presidente fue intentar aprobar una «prohibición musulmana» que impediría a los ciudadanos de varios países musulmanes la entrada a EE. UU. Las iniciativas de Modi durante su segundo mandato, esto es, la posibilidad de restringir las solicitudes de ciudadanía india a los musulmanes, reflejaban una

ideología similar. Observando la visita que hizo Trump a la India en 2020, Jason Stanley, un filósofo político de la Universidad de Yale, argumentaba que, con su énfasis en el etnonacionalismo, Modi y Trump estaban coqueteando con temáticas fascistas. Para Stanley, «la esencia de la ideología fascista se materializa al modificar las leyes de ciudadanía para otorgar privilegios a un único grupo étnico ... La triunfal visita de Trump a la India demuestra lo global que es actualmente el etnonacionalismo». [29]

Sin embargo, las acusaciones de fascismo lanzadas contra Trump o Modi por académicos liberales no fueron necesariamente rechazadas por ambos líderes. Los dos se beneficiaban de la polarización ocasionada por sus políticas nacionales. Los encuentros que mantuvieron Trump y Modi en Nueva Delhi en febrero de 2020 tuvieron como telón de fondo unos enfrentamientos mortales entre hindúes y musulmanes en otros puntos de la ciudad, alimentados por las protestas contra la nueva ley de nacionalidad india. En Delhi, igual que en Estados Unidos aquel mismo año, la policía fue acusada de participar en actos violentos contra grupos minoritarios.

Pero, a diferencia de Trump, la situación política de Modi por entonces parecía cada vez más segura. El sistema parlamentario de su país permitía al hombre fuerte de la India consolidar su posición con algo más de un tercio del apoyo del electorado. También a diferencia de Trump, Modi dejaba los mensajes más divisivos en manos de sus subordinados, lo cual le permitía cimentar su imagen de hombre abnegado del pueblo que estaba por encima de refriegas políticas. Los medios y los tribunales indios también eran mucho más maleables que las fuerzas a las que se enfrentaba Trump. Aunque el Tribunal Supremo de la India formalmente es independiente del gobierno, algunos jueces parecían incómodamente próximos a Modi. Uno de ellos describía al primer ministro como un «visionario

admirado en todo el mundo»; otro lo llamaba «nuestro líder más popular, querido, vibrante y visionario». [30]

La mala gestión del covid-19 —que tanto socavó el liderazgo de Trump— fue menos perjudicial para Modi. Imponer un confinamiento o el distanciamiento social iba a ser extremadamente difícil en un país pobre y densamente poblado como la India. No obstante, Modi no se equivocó una vez, sino dos. En marzo de 2020, su impetuosa decisión de imponer un confinamiento duro con una antelación de solo cuatro horas tuvo el efecto contraproducente de que los trabajadores manuales que habían perdido su empleo abandonaran las grandes ciudades de la India rumbo a zonas rurales. Eso hizo que la enfermedad se propagara aún con más rapidez por todo el país. Cuando el confinamiento demostró ser económica y socialmente insostenible, la India se enfrentó a una de las peores epidemias del mundo.

Al parecer, la popularidad de Modi no se vio afectada por esa debacle. A mediados de junio de 2020, en plena pandemia, los índices de aprobación del líder indio se dispararon hasta el 74 %. En opinión de Gilles Verniers, un politólogo de la Universidad de Ashoka: «La gente cree que el primer ministro tiene buenas intenciones. Confían en que tomará decisiones firmes y valientes y no lo hacen responsable de las consecuencias reales». [31]

En febrero de 2021, el BJP se jactaba de que la India de Modi había superado la crisis del covid. El partido gobernante aprobó una moción que proclamaba con aire triunfal: «Podemos decir con orgullo que la India ... ha derrotado al covid-19 bajo el liderazgo del capacitado, sensato, comprometido y visionario primer ministro Modi ... El partido aclama inequívocamente su liderazgo por presentar a la India ante el mundo como una nación orgullosa y victoriosa en la batalla contra el covid». [32] Para dejar claro que era una victoria de

Modi, a los indios vacunados se les hacía entrega de un certificado con el retrato del primer ministro.

Pero las declaraciones triunfales resultaron ser trágicamente prematuras. En la primavera de 2021, la India se vio azotada por una gran segunda ola de la pandemia, que empeoró cuando el gobierno permitió mítines electorales masivos en Bengala Occidental, en los cuales participó el primer ministro. El Kumbh Mela, una festividad religiosa hindú, también había seguido adelante, lo cual permitió a millones de peregrinos desplazarse a una sola ciudad. Cuando llegó la segunda ola, hospitales de toda la India se quedaron sin camas y oxígeno y hubo cremaciones masivas en parques públicos e incluso en aparcamientos. Las trágicas imágenes fueron retransmitidas por cadenas de todo el mundo y convirtieron a la India en un símbolo de la mala gestión del covid. Aun así, los índices de aprobación de Modi apenas se resintieron. En verano de 2021, en plena segunda ola de la pandemia, se encontraban en el 64 %. Algunos cínicos señalaron que el primer ministro había cambiado de estilo al dejarse una barba larga como los ascetas hindúes y conjeturaron que quería presentarse como un líder espiritual que estaba por encima de la gestión política y pandémica diaria. [33]

Las apelaciones al orgullo nacional y las afirmaciones de autoridad espiritual fueron vitales para mantener la fortaleza política de Modi, como resultó evidente cuando su gobierno se enfrentó a enormes manifestaciones de campesinos. El desencadenante fueron tres leyes aprobadas en septiembre de 2020 para liberalizar la agricultura. El gobierno de Modi propuso abolir el antiguo sistema, en el cual los agricultores vendían sus productos al Estado a un precio fijo. Ahora, los productores tendrían libertad para vender directamente al sector privado. Es el tipo de reforma liberalizadora que atrae a economistas y tecnócratas en lugares como el Banco Mundial, pero provocó una

reacción violenta que el BJP, que se precia de conocer la «India real», no había previsto.

Alrededor de un 50 % de los indios siguen ganándose la vida con la tierra, y muchos se sintieron alarmados ante la posibilidad de que los precios garantizados pudieran reducirse. Más de 500.000 manifestantes se concentraron en Nueva Delhi y acamparon a las afueras. Sucesivas rondas de negociaciones y promesas de que la aplicación de la ley sería postergada no lograron acabar con el movimiento de protesta. El gobierno de Modi se mostraba claramente inquieto y afirmó que las manifestaciones estaban siendo alentadas por fuerzas «antinacionales» o extranjeras. Disha Ravi, una ecologista de veintidós años, fue arrestada por compartir un documento que contenía maneras en que los activistas podían apoyar a los agricultores. Se acusó a Ravi de estar compinchada con Greta Thunberg, la activista climática sueca. Otros extranjeros acusados de intervenir en los asuntos indios incluían a la estrella del pop Rihanna, que había expresado en Twitter su preocupación por los agricultores. Ese tipo de exabruptos de los seguidores del BJP a menudo provocaban desconcierto o desprecio fuera de la India. Pero dentro del país el nacionalismo es una herramienta sumamente eficaz a la hora de cosechar apoyos para Modi e intimidar a sus detractores.

Los occidentales que critican a la India a menudo son acusados de colonialismo persistente. Pero Occidente ya no constituye una amenaza plausible para la seguridad india. Por el contrario, el mortífero enfrentamiento entre soldados indios y chinos en el verano de 2020 conmocionó a la clase dirigente de Delhi y a la ciudadanía india. El hiperpartidismo de la política india fue abandonado fugazmente y Modi mantuvo consultas de emergencia con líderes de la oposición. El gobierno indio intentó enfriar su creciente relación

económica con China prohibiendo algunas aplicaciones populares de dicho país. Los estrategas indios también se movilizaron para estrechar lazos militares y diplomáticos con Estados Unidos, Japón y Australia.

A medida que crecía el antagonismo estadounidense hacia China —y se intensificaban los rumores de una segunda guerra fría—, Washington recurrió cada vez más a la India como un miembro crucial de una alianza de democracias emergentes que pudiera resistir el expansionismo chino. Como medida estratégica tenía sentido, pero cualquiera que conociera la deriva ideológica de Modi y su partido también sabía que los políticos occidentales corrían el peligro de adoptar una visión del mundo gravemente simplista en la que la India democrática sería un bastión ideológico contra la China autoritaria. En realidad, podría decirse que el descenso de la India al antiliberalismo estaba fortaleciendo la tendencia global hacia el autoritarismo.

Sin embargo, esos matices incómodos no gozaron de buena acogida en las capitales occidentales. En Washington, el interés cada vez más decidido por la rivalidad con Pekín hizo que Modi pareciera un aliado indispensable. En Londres, la India era considerada una vez más la «joya de la corona», esta vez no del imperio británico, sino de una nueva estrategia posterior al Brexit para una «Gran Bretaña global». E incluso dentro de la Unión Europea había un movimiento influyente que compartía la profunda desconfianza de Modi hacia el islam. De hecho, el miedo a los musulmanes y los emigrantes también ha alentado el auge de la política del hombre fuerte en el seno de la UE.

5

Orbán, Kaczynski y el auge de la Europa iliberal (2015)

«Hola, dictador» es un saludo inusual para el jefe de un Estado miembro de la UE. Pero esas fueron las palabras que pronunció Jean-Claude Juncker, el presidente de la Comisión Europea, cuando recibió a Viktor Orbán, primer ministro de Hungría, en una cumbre de la UE en mayo de 2015.

Fue una broma provocadora para quitar hierro a una situación extremadamente incómoda. Supuestamente, la UE es una comunidad de democracias liberales. Se jacta de haber ayudado a garantizar la libertad política en los países de Europa Oriental y Central, que soportaron muchos años como miembros del bloque soviético. Para unirse a la UE, Hungría y otros recién llegados como Polonia y Rumanía tuvieron que firmar los «criterios de Copenhague», una declaración de valores políticos con la democracia como eje.

Pero en verano de 2015 estaba claro que la Hungría de Viktor Orbán iba en la dirección opuesta. Con una mayoría parlamentaria de dos tercios, Orbán estaba erosionando permanentemente los organismos independientes de su país y sometiendo a los tribunales, los medios de comunicación, el funcionariado, las universidades y las

instituciones culturales al control de su partido, el Fidesz. Las organizaciones no gubernamentales que se oponían al estilo cada vez más autoritario de Orbán eran castigadas con inspecciones tributarias o clausuradas. Mientras tanto, los compinches del primer ministro eran recompensados con puestos de relevancia y lucrativos contratos públicos.

Eran elementos básicos del manual del hombre fuerte. Pero Orbán también era un teórico al que le gustaba esgrimir una ideología alternativa a las lecciones liberales que impartían desde Bruselas y Washington. En una serie de discursos e intervenciones políticas defendió el «iliberalismo». El líder húngaro caricaturizó al liberalismo como una ideología elitista enarbolada por «globalistas» que pretenden eliminar las fronteras y las culturas nacionales. Un año antes del saludo poco ortodoxo de Juncker, Orbán había hecho saltar las alarmas en Bruselas con un discurso en el que prometía «construir un nuevo Estado con cimientos iliberales y nacionales dentro de la Unión Europea». [1]

Es posible que el punzante saludo de Juncker fuera una advertencia velada para el líder húngaro. De ser así, no surtió efecto. De hecho, el proyecto de Orbán estaba a punto de despegar. El combustible para el cohete fueron la crisis de los refugiados que azotó Europa en verano de 2015 y los atentados islamistas que sufrió el continente ese mismo año.

En enero de 2015, el trágico atentado contra *Charlie Hebdo*, un semanario satírico francés, brindó a Orbán la primera oportunidad de posicionarse como una de las voces más estridentes de Europa, y advirtió sobre la inmigración procedente del mundo musulmán. Igual que muchos otros líderes mundiales, Orbán desfiló en París para mostrar su solidaridad con los franceses, pero fue más allá al declarar: «Cero tolerancia con los inmigrantes ... No queremos entre

nosotros a minorías cuyo pasado cultural difiere del nuestro. Queremos que Hungría sea para los húngaros». [2]

En algunos aspectos, esa oposición notoria a la inmigración por parte del líder húngaro era peculiar. Menos de un 5 % de la población de su país nació en el extranjero, y en su mayoría eran húngaros étnicos que se habían trasladado al país desde Rumanía. [3] Una comparativa sería el 12 % de la población de Francia y Estados Unidos nacida en el extranjero y un 14 % de la población del Reino Unido. Pero, a pesar de su homogeneidad cultural, Hungría tiene una población de solo diez millones de habitantes y una historia que ha permitido a Orbán afirmar que la cultura de su país está en peligro de extinción. A lo largo de su carrera política ha recurrido obsesivamente a las desigualdades del tratado de Trianón de 1920, en el que Hungría perdió unos dos tercios de su territorio por hallarse en el bando perdedor de la primera guerra mundial.

Para Orbán, el principal defecto del liberalismo al estilo de Bruselas es que no acepta la importancia de la nación. Según él, la presunta insistencia de la UE en abrir fronteras amenazaba con infligir otro Trianón a Hungría por medios diferentes: «No con el trazo de una pluma, como ocurrió hace cien años en Trianón. Ahora quieren que entreguemos voluntariamente nuestro país a otros durante varias décadas ... a extranjeros llegados de otros continentes que no hablan nuestro idioma». [4]

Tras manifestar su oposición a la inmigración proveniente de culturas no húngaras a principios de 2015, Orbán estaba perfectamente situado para obtener réditos políticos de la crisis de los refugiados que estaba desarrollándose en toda Europa. Cuatro años de devastadora guerra civil en Siria y más de una década de conflicto en Afganistán e Irak habían llevado a millones de refugiados a las fronteras europeas. La mayoría de los sirios

desplazados habían quedado embotellados en Turquía. Pero, cuando los turcos relajaron los controles fronterizos en 2015, muchos sirios y otros desafortunados de Afganistán, Irak y otros países empezaron a cruzar los Balcanes en dirección a Europa Occidental.

Hungría se encontraba en mitad de su ruta y, aunque muy pocos refugiados mostraron intenciones de instalarse allí, el gobierno de Orbán los acosó. En medio de escenas caóticas e inquietantes cerca de la estación de Budapest, a los sirios y otros los trataban con escasa simpatía y con frecuencia les negaban comida o cobijo. El gobierno húngaro también se apresuró a construir una valla con alambre de espino de 175 kilómetros de longitud en la frontera con Serbia, y más tarde con la de Croacia.

La decisión de la canciller alemana Angela Merkel de abrir las fronteras de su país a más de un millón de refugiados en buena medida estuvo motivada por el horror ante lo sucedido en la Hungría de Orbán. Las imágenes de familias hostigadas que huían de una guerra y viajaban hacinadas en trenes eran demasiado dolorosas y evocadoras como para que los alemanes las aceptaran después del Holocausto.

Pero, aunque Orbán se convirtió en un ogro para los liberales, era considerado un héroe por una nueva hornada de populistas de derechas y conservadores tradicionales que se sentían alarmados por la idea de que la UE hubiera perdido el control de sus fronteras. En septiembre de 2015, Orbán fue invitado a pronunciar un discurso en la conferencia de partido del CSU alemán, filial bávara de la CDU de Merkel. La «C» del nombre de ambos partidos significa «cristiano», y el primer ministro húngaro dijo a los conservadores alemanes allí reunidos: «La crisis brinda la oportunidad de que la ideología cristiana nacional recupere su supremacía, no solo en

Hungría, sino en toda Europa ... Estamos viviendo el final de la palabrería liberal. Está terminando una era». [5]

La idea de que el futuro podía pertenecer al populismo nacionalista cobró mayor impulso ese año debido a un cambio político en Polonia. En mayo, Andrzej Duda, el candidato del Partido Ley y Justicia (PiS), ganó las elecciones. En octubre de 2015, con la crisis de los refugiados como telón de fondo, el PiS, liderado por Jaroslaw Kaczynski, consolidó su dominio en Polonia al vencer en las elecciones parlamentarias tras una campaña que aprovechó los temores a la inmigración musulmana. Ley y Justicia era el partido de las pequeñas ciudades y el campo. Sus políticos empleaban un tono nacionalista y reaccionario envuelto en protestas contra las élites corruptas que estaban vendiendo el país a los extranjeros. También adoptaron la forma más conservadora del catolicismo.

El fomento de unos valores sociales marcadamente conservadores era esencial para el rechazo al liberalismo occidental que vinculaba los proyectos de Orbán y Kaczynski. Como decían Ivan Krastev y Stephen Holmes, esos dos líderes representaban a una «élite antioccidental con unos orígenes predominantemente provincianos» que cosechaba apoyos «fuera de los centros metropolitanos interrelacionados de manera global». [6] Tanto Orbán como Kaczynski han descrito sus políticas como «contrarrevolucionarias» y afirman defender los valores tradicionales ante una nueva forma de totalitarismo que no admite oposición: el liberalismo.

Los acontecimientos que estaban teniendo lugar en Europa fueron recogidos con anhelo por la derecha nacionalista estadounidense en páginas web como Breitbart y Drudge. Y sucedieron justo cuando un inconformista estaba preparando su inverosímil candidatura a la presidencia de EE. UU. con la promesa de un «bloqueo total y absoluto» a los musulmanes que entraran en el país. [7] Steve Bannon,

director de la campaña de Trump en 2016, describía a Orbán como un «héroe» y como el «hombre más importante» que había en la escena en aquel momento. [8]

Los trumpistas solo mostraban desprecio hacia Merkel, una política prudente y favorable a la inmigración. La Europa con la que se identificaban era el continente de Orbán y Kaczynski. Este compartía buena parte del iliberalismo de Orbán, además de su nacionalismo y sus valores sociales reaccionarios. Como líder *de facto* de Polonia, una de las seis grandes naciones de la UE, disponía de un escenario más grande que el de Orbán.

Kaczynski es la figura dominante del partido de gobierno, mucho más que el presidente Duda. Pero también es un recluso que no habla inglés y se siente más cómodo en casa con sus gatos y sus libros que paseándose por el escenario mundial. Durante su breve período como primer ministro de Polonia entre julio de 2006 y noviembre de 2007, Kaczynski decidió vivir con su madre en lugar de ocupar la residencia oficial, y donó un 20 % de su salario a una organización benéfica para gatos. [9]

A su regreso al poder, no tuvo reparos en describirse como un alumno de Orbán, y en 2016 le dijo al líder húngaro: «Viktor Orbán ha demostrado que en Europa las cosas son posibles. Ha dado usted ejemplo y estamos aprendiendo de él». [10] Esas modestas palabras enmascaraban una realidad bastante siniestra. Como Orbán, Kaczynski había aprendido de su primer mandato. Ambos líderes habían llegado a la conclusión de que si querían propiciar un cambio político y cultural real y duradero debían controlar las instituciones del Estado, en especial los tribunales, los medios de comunicación y las escuelas. Por su parte, a Orbán, un hombre cínico y táctico, su místico aliado polaco le resultaba bastante peculiar. Después de que ambos mantuvieran una reunión en la frontera entre Polonia y

Eslovaquia en enero de 2016, Orbán supuestamente le dijo a un confidente: «Acabo de pasar el día con un loco». [11]

Dado que a Kaczynski no le interesaba crearse un perfil fuera de Polonia, quedó en manos de Orbán el convertirse en el rostro de la política iliberal dentro de la UE. La reputación global que cosechó durante la crisis de los refugiados de 2015 no se disipó con el paso del tiempo. Cuatro años después apareció en la portada de *Foreign Affairs*, una lectura de referencia para la clase dirigente estadounidense, con el titular «Autocracia ahora». Que Orbán compartiese portada con Putin y Xi, además de los líderes de Turquía y Filipinas, era un nivel de reconocimiento sorprendente para el líder de una nación de solo diez millones de habitantes.

La experiencia de conseguir un público global y sermonear a gente rica de Europa Occidental sobre el futuro de la política era embriagadora para el líder húngaro. Durante décadas, desde la caída del Muro de Berlín, los países postsoviéticos habían desempeñado el papel de estudiantes y suplicantes a los que la UE les decía cómo reestructurar sus economías y sistemas políticos. Ahora era su turno de dar lecciones. En su discurso sobre el estado de la nación a comienzos de 2020, Orbán proclamó: «Antes pensábamos que Europa era nuestro futuro. Ahora sabemos que nosotros somos el futuro de Europa». [12] Pero la capacidad del primer ministro húngaro para despertar interés global como el principal autócrata populista de Europa también fue la culminación irónica de un viaje político iniciado en 1989, cuando el dominio comunista tocó a su fin en Hungría.

Orbán nació en 1963 en un pueblo situado a unos cincuenta kilómetros de Budapest, la capital húngara. Se crio en la pobreza, en una casa donde no había agua corriente. Más tarde describía la «experiencia inolvidable» de su primer encuentro con un lavabo

moderno cuando tenía quince años. [13] Pero, aunque provenía de una familia de trabajadores agrícolas, su padre tenía una licenciatura y el propio Viktor era un estudiante brillante que obtuvo plaza en una escuela selectiva y más tarde en la universidad. Como líder político, Orbán ha mantenido la conexión con sus orígenes y su pasión de juventud por el fútbol, y supervisó la construcción de un nuevo estadio en Felcsút, donde se crio. En la facultad de Derecho de Budapest destacó por su personalidad dominante y carismática. Formaba parte de un unido grupo de estudiantes liberales y se benefició de pasantías y becas concedidas por el filántropo judío de origen húngaro George Soros.

El punto de inflexión en la vida y la carrera de Orbán llegó en verano de 1989, cuando el dominio de la Unión Soviética en Europa Central empezó a debilitarse. El 16 de junio, varios grupos de la oposición húngara organizaron una manifestación en la plaza de los Héroes de Budapest a la que asistieron más de doscientas mil personas. Los discursos fueron televisados en directo y un joven activista con barba que solo tenía veintiséis años aprovechó la oportunidad. Tras subir el último al estrado, Orbán pronunció un discurso de siete minutos que labró su reputación. «Si confiamos en nuestra fuerza, podremos acabar con la dictadura comunista», declaró. «Si tenemos valentía suficiente, podremos obligar al partido gobernante a afrontar unas elecciones libres.»

Fue una apelación a la democracia que ha tenido eco a lo largo de los años y se ha convertido en un momento histórico. También ayudó a que Orbán fuese una figura política importante en la Hungría poscomunista. En 1991, un sondeo de opinión demostró que ya era el tercer político más popular del país. [14] Dos años después fue elegido líder del Fidesz, un partido liberal cuya joven

cúpula y estilo desenfadado e informal contrastaban enormemente con los antiguos *apparatchiks* del Partido Comunista.

Pero las elecciones húngaras de 1994 fueron decepcionantes para el Fidesz, que obtuvo malos resultados. Aquello fue un punto de inflexión para Orbán. Empezó a romper con los liberales urbanos más longevos de Budapest, muchos de ellos judíos, y adoptó unas políticas más conservadoras y nacionalistas que gozaban de popularidad en las ciudades pequeñas y el campo. Esa nueva estrategia supuso un cambio para el partido: en 1998, el Fidesz ganó las elecciones y Orbán fue elegido primer ministro, cargo que ocupó durante cuatro años. Su giro a la derecha todavía no había sido plenamente detectado fuera del país. Cuando visité por primera vez Hungría a comienzos de la década de 2000 para seguir el proceso de solicitud de ingreso en la UE, pensaba que Orbán seguía siendo el héroe liberal de 1989. Pronto me di cuenta de que la realidad era bastante diferente.

Orbán se abrió camino en 2010. Tras perder el poder durante ocho años, la suerte del Fidesz estaba cambiando nuevamente, esta vez gracias a la crisis económica de 2008 y a un escándalo de corrupción que hundió al gobierno socialista. En las elecciones de 2010, el partido ganó con una mayoría parlamentaria de dos tercios, lo cual permitió a Orbán sacar adelante un cambio constitucional.

En el que había de convertirse en un patrón habitual para otros hombres fuertes, el primer ministro húngaro aprovechó su mandato democrático para erosionar la democracia y sus poderes legales y acabar con el Estado de derecho. En 2011 se aprobó una nueva carta magna que otorgaba a la mayoría parlamentaria el poder de elegir jueces para el tribunal constitucional. Dicho tribunal estaba cada vez más abarrotado de jueces afines a Orbán y perdió algunos de sus poderes de revisión. Miembros de confianza del Fidesz fueron

puestos al mando de los medios estatales, y los amigos y compinches empresariales de Orbán empezaron a comprar el resto de la prensa.

Pronto, algunos amigos que trabajaban en los medios húngaros me contaron historias terribles sobre la descarada difusión de falsedades y propaganda favorable al gobierno. Algunos se fueron al exilio. En 2010, Attila Mong, uno de los periodistas más respetados del país, protestó por la nueva ley de medios de comunicación con un minuto de silencio en su programa de la radio pública. Fue despedido y acabó abandonando el país.

Pero otros ex liberales hicieron las paces con el régimen y aprendieron a sacarle provecho. En una visita a Budapest poco después de que Orbán regresara al poder en 2010, cené con Gyorgy Schopflin, a quien había conocido durante la guerra fría, cuando vivía exiliado en Londres. Schopflin, académico de la LSE, era un habitual en los estudios del BBC World Service y un feroz opositor al dominio comunista en Hungría. Pero ahora era miembro del Parlamento Europeo por Fidesz, y en un lujoso restaurante de Budapest justificó las políticas de Orbán como una defensa necesaria de la nación húngara.

Las tácticas que estaba dispuesto a utilizar Orbán para defender su concepto de Hungría y su posición política fueron radicalizándose cuanto más tiempo pasaba en el poder y más confianza adquiría. Después de la crisis de los refugiados, decidió demonizar a George Soros, que había sido su benefactor. La denuncia de un presunto «plan Soros» para inundar Hungría de musulmanes se convirtió en un elemento crucial de su campaña de reelección en 2017, en cuyos carteles, repartidos por toda Hungría, aparecía un sonriente Soros. Dicho plan no existía. Sí es cierto que, en 2015, cuando la crisis de los refugiados estaba alcanzando su apogeo, Soros escribió un

artículo de opinión en el que afirmaba que la UE debía redefinir su política de asilo y acoger al menos a un millón de refugiados al año y diseminarlos por todo el bloque.[15] También era un generoso patrocinador de organizaciones benéficas para refugiados. Durante las elecciones de 2017, Soros, que no se presentó, fue convertido en el rostro de un turbio complot internacional que presuntamente planeaba inundar la nación húngara de musulmanes.

La siniestra naturaleza de la campaña contra Soros quedó aún más clara un año después, cuando Orbán pronunció un discurso para conmemorar el aniversario de las revoluciones europeas de 1848. En él aludió a Soros utilizando imaginería antisemítica clásica y declaró que Hungría se enfrentaba a un oponente que era distinto de ellos: «Sus caras no son visibles, están escondidas ... No son nacionales, sino internacionales. No creen en el trabajo, sino que especulan con dinero. No tienen patria, pero creen que el mundo entero es suyo».[16]

Después de cosechar otra victoria electoral, Orbán prosiguió con su venganza. Uno de los gestos más generosos de Soros con su tierra natal fue financiar la Universidad Centroeuropea en 1991 y ubicarla en Budapest. Durante las décadas posteriores, la universidad se labró una reputación global y atrajo a destacados estudiantes y profesores de todo el mundo, por ejemplo Michael Ignatieff, el biógrafo de Isaiah Berlin, y Tim Crane, que dejó su puesto como director del departamento de Filosofía de Cambridge para trabajar en la institución. Pero la apertura de la universidad a ideas universales y su vínculo con Soros la convirtieron en un objetivo para Orbán, que aprobó una legislación que la obligó a abandonar Budapest y trasladarse a Viena en 2019.

Cuanto más tiempo pasaba Orbán en el poder, más controlaba las instituciones del Estado y la sociedad civil. En 2019, el periodista

húngaro Paul Lendvai observaba: «Actualmente, todos los medios de comunicación están controlados por el régimen».

Como ocurre con tanta frecuencia, aplastar a los medios independientes y el poder judicial abrió la puerta a la corrupción. Muchos amigos de Orbán se han hecho ricos con los negocios. En 2018, Transparency International calculaba que alrededor de un 40 % de los contratos públicos de Hungría fueron concedidos tras un proceso en el que solo participó un candidato.[17] En 2017, una investigación de la OLAF, la oficina anticorrupción de la UE, recomendó que István Tiborcz, el yerno de Orbán, fuera llevado a juicio porque sus empresas habían conseguido contratos de la Unión Europea para el alumbrado municipal por valor de decenas de millones de euros. Como cabía esperar, Hungría ignoró la recomendación y la OLAF no pudo hacer nada al respecto.[18] En la actualidad, Tiborcz es una de las cien personas más ricas de Hungría. Se cree que la segunda es Lorinc Meszaros, amigo de la infancia de Orbán.

El tufo a corrupción en torno al líder húngaro no le impedía interpretar el papel de rey filósofo. Cuando era estudiante, escribió una disertación sobre Antonio Gramsci, el filósofo marxista italiano que afirmaba que el poder político a menudo surgía del control de instituciones culturales poderosas. Como primer ministro, se embarcó en un programa gramsciano de transformación social. Su objetivo, declaró, era crear «una nueva etapa cultural». Incluso el programa de preescolar fue reformado para fomentar «la identidad nacional, los valores culturales cristianos y el patriotismo».[19]

Orbán siguió difundiendo sus ideas de democracia «iliberal» fuera de Hungría y deshaciéndose en elogios a líderes fuertes como Vladímir Putin. Fue el primer mandatario de la UE que apoyó la candidatura de Donald Trump en 2016. Elogiaba con frecuencia a la

China de Xi y forjó una estrecha relación con el israelí Benjamin Netanyahu, que estaba dispuesto a pasar por alto el uso que hacía Orbán del antisemitismo en sus campañas nacionales a cambio de un aliado valioso en la mesa de la UE. En la Unión Europea, Orbán se opuso a las sanciones contra Rusia, aduciendo que la organización debía reconocer que Putin había vuelto a «hacer grande a su país». [20] Igual que Putin, Xi y Erdogan, Orbán no tenía pensado retirarse del poder a corto plazo. «Seguiré en política los próximos quince o veinte años», anunció en 2016. [21] En septiembre de 2021, cuando Angela Merkel dimitió como líder de Alemania, Orbán se convirtió en el primer ministro que más tiempo había ocupado el cargo en los 27 Estados miembros de la UE.

La aparición de un líder fuerte en su seno representaba un enorme desafío para la Unión Europea. Un bochornoso secreto a voces era que el gobierno alemán había tolerado a Orbán porque le era útil. Durante gran parte de los años de Orbán y Merkel, los votos del Fidesz en el Parlamento Europeo garantizaron la mayoría del Partido Popular Europeo (PPE), dominado por los democristianos de Merkel. A consecuencia de ello, el CDU hizo todo lo posible por cerrar los ojos ante la erosión de la democracia en Hungría para evitar que un enfrentamiento con Orbán le costara al PPE su preciada mayoría parlamentaria. Cuando en un acto celebrado en Bruselas justo después de la crisis de los refugiados le pregunté a Manfred Weber, presidente del Parlamento y miembro del CSU, partido hermano del CDU, por qué seguían trabajando con el Fidesz, respondió con cierta incomodidad que Orbán todavía no había cruzado ninguna línea roja.

Finalmente se alcanzó un punto de inflexión en 2019, cuando Orbán atacó a Jean-Claude Juncker, el presidente de la Comisión, al que acusó de estar conchabado con su odiado George Soros en un

complot para introducir refugiados en Hungría. Juncker es una figura muy respetada en el Parlamento Europeo y, sin duda, ahora se había cruzado una línea roja. En 2021, el Fidesz estuvo a punto de ser expulsado del PPE y Orbán decidió abandonar el grupo. [22]

Pero pertenecer al principal grupo europeo de centro-derecha no era el único manto protector para Viktor Orbán y el Fidesz. También había motivos de procedimiento que hacían difícil que las democracias de la UE tomaran medidas contra el hombre fuerte de Hungría. La sanción obvia conforme a la ley de la UE era suspender el derecho a voto de Hungría o frenar la llegada de fondos europeos, que proporcionaban tantos contratos jugosos de los cuales se habían beneficiado los socios de Orbán. El problema es que, según las complejas normas legales de la UE, esas decisiones trascendentales a menudo deben tomarse de forma unánime. Y, en 2016, tras unas elecciones recientes, Orbán tenía un aliado crucial en el Partido Ley y Justicia de Polonia. En la UE había nacido un eje informal: Polonia protegería a Hungría y Hungría protegería a Polonia mientras los liberales europeos montaban en cólera.

En Polonia, el Partido Ley y Justicia había actuado con rapidez para controlar a las instituciones independientes. En una medida que emuló a la Hungría de Orbán —y presagió lo que sucedería en los Estados Unidos de Trump—, el nuevo gobierno atacó al tribunal constitucional. Tras ganar las elecciones de 2015, Ley y Justicia se negó a aprobar a los jueces nombrados por el partido saliente, Plataforma Cívica, y eligió a cinco que eran afines al nuevo gobierno. También modificó la ley para que al tribunal le resultara más difícil fallar en contra del gobierno. Kaczynski fue sincero en cuanto a sus motivaciones. Sin esos cambios, dijo, todas sus acciones podían ser

cuestionadas. En un discurso que suscitó una ovación de los parlamentarios de Ley y Justicia, Kornel Morawiecki, un legislador progobierno, afirmó: «El bien de la nación está por encima de la ley». [23] En opinión de Ley y Justicia, «el bien de la nación» significaba llevar a Polonia en una dirección más nacionalista y culturalmente conservadora y rechazar el liberalismo cosmopolita de Bruselas, con su énfasis en los derechos de los homosexuales y el internacionalismo.

En los últimos días de 2015 se aprobaron nuevos estatutos en el Parlamento, lo cual permitió al gobierno destituir a altos funcionarios y empleados de los medios estatales. Una vez más, los legisladores progobierno hablaron de sus motivos con franqueza. Elzbieta Kruk, una parlamentaria de Ley y Justicia, declaraba: «En lugar de crear un escudo mediático que beneficie los intereses nacionales polacos, los periodistas a menudo simpatizan con opiniones negativas sobre Polonia». [24] El deterioro del nivel de los medios estatales fue rápido y sorprendente. Cuando visité Polonia a finales de 2017, un importante académico me dijo que creía que los medios del Estado aún eran más esclavos del gobierno que en los años setenta, cuando el Partido Comunista todavía estaba al mando. Un matiz a esas conclusiones pesimistas era que los periódicos independientes y otros medios de comunicación seguían trabajando y criticando al gobierno. Pero el grueso de sus votantes, que se hallaba fuera de las grandes ciudades, era mucho más proclive a ver las noticias en las principales cadenas de televisión.

Para quienes pensaban que Polonia era un modelo de país unipartidista que había protagonizado una transición exitosa hacia la democracia liberal, esos hechos eran deprimentes. Pero, volviendo la vista atrás, hacía tiempo que se apreciaban signos de alarma. Me di cuenta de que bajo la superficie de la política de Polonia estaba

sucediendo algo inquietante durante una visita a Cracovia en 2013, dos años antes de que Ley y Justicia recuperara el control de la presidencia y el Parlamento.

Durante una cena, me hablaron sobre la popularidad de la teoría de la conspiración de Smolensk. El desastre aéreo de Smolensk se había producido en 2010, cuando un avión que llevaba a bordo al presidente polaco Lech Kaczynski, el gemelo idéntico de Jaroslaw, se estrelló en Rusia. En el accidente murieron el presidente y muchos otros miembros del gobierno, entre ellos el director del banco central, varios líderes militares y dieciocho miembros del Parlamento. Sucesivas investigaciones, incluyendo una del propio gobierno polaco, concluyeron que había sido un trágico accidente causado por una niebla densa y un error del piloto.

Pero Jaroslaw Kaczynski, tal vez cegado por la tristeza o percibiendo una ventaja política, jamás aceptó que la catástrofe aérea que acabó con la vida de su hermano había sido un accidente. Por el contrario, él y sus acólitos difundieron la teoría de que Rusia había tramado el asesinato de gran parte de la élite polaca y que el gobierno de Polonia había ocultado deliberadamente las pruebas. En ocasiones, Kaczynski llegó a insinuar que sus rivales políticos eran directamente responsables de la muerte de su hermano, y en el Parlamento gritó a las bancadas de la oposición: «Vosotros lo destruisteis. Vosotros lo matasteis». [25]

Teniendo en cuenta la larga historia de agresiones rusas contra Polonia —y el recuerdo de la masacre de la élite polaca en Katyn a manos de la Unión Soviética en 1940—, no es de extrañar que muchos polacos sospecharan de un accidente en territorio ruso que había acabado con gran parte del gobierno del país. Pero sucesivas investigaciones no lograron encontrar pruebas de juego sucio, y menos aún de que los propios polacos estuvieran conchabados con

los rusos. No obstante, en 2013, según me dijeron en Cracovia, esa teoría de la conspiración infundada estaba ayudando a contextualizar la política del país, y aproximadamente un tercio de los polacos creían que el suceso de Smolensk fue un asesinato en masa encubierto.

En aquel momento era tentador restar importancia a los resultados de encuestas de esa índole. Tal vez eran un síntoma de una democracia inmadura: al fin y al cabo, tan solo una generación antes, Polonia había estado dominada por un único partido. De hecho, tal como demostrarían los acontecimientos, no solo Polonia era susceptible a teorías de la conspiración alimentadas por partidos de extrema derecha y líderes irresponsables. Al mismo tiempo que Ley y Justicia ganaba las elecciones polacas tras difundir la teoría de la conspiración de Smolensk, Donald Trump estaba lanzando su campaña presidencial tras airear la hipótesis de que Barack Obama no había nacido en Estados Unidos. Y en 2020 Trump y los republicanos lograron convencer a alrededor de un 70 % de sus votantes —aproximadamente un tercio del electorado total— de que les habían robado las elecciones presidenciales. Ese mismo año, los sondeos de opinión en Polonia indicaban que un 45 % de la población creía que potencias extranjeras estaban «contribuyendo deliberadamente a la propagación del covid». [26] Con Kaczynski, igual que con Trump, las teorías de la conspiración no eran un detalle tangencial, sino absolutamente esenciales para sus políticas. En palabras de uno de los confidentes del líder polaco: «En su pensamiento político, los accidentes no existen ... Si ha ocurrido algo, es una maquinación extranjera. "Conspiración" es su palabra favorita». [27]

A diferencia de Trump y Orbán, Jaroslaw Kaczynski seguía acechando en un segundo plano. El líder de Ley y Justicia era

Andrzej Duda, que fue elegido presidente en 2015 y reelegido en 2020. Duda parecía afable y un poco insulso. En 2020 compartí estrado con él en Davos y en Tallinn, Estonia, y se mostró bastante amigable. En Davos se pasó tanto tiempo enderezándose la corbata y sonriendo ante el espejo antes del acto que no hubo tiempo para intercambiar más que unas pocas palabras. En Estonia se limitó a defender con firmeza (y en inglés) la inversión extranjera en Polonia, y me estrechó la mano afectuosamente en la recepción posterior (un par de días después, me inquieté un poco al descubrir que Duda había contraído el coronavirus; por suerte, yo me salvé).

Pero aunque Duda adoptaba una pose convencional en el extranjero, en su país él y sus compañeros de partido estaban librando una guerra cultural total y aprobando políticas sumamente reaccionarias. Ley y Justicia a menudo era acusado de coquetear con el antisemitismo, pero en las elecciones de 2020 el enemigo elegido fueron los homosexuales. En un acto electoral, Duda dijo que la campaña por los derechos LGBT era una ideología «peor que el comunismo». Como siempre, la línea del partido contó con un fuerte apoyo de la televisión pública, que emitió noticias con titulares que proclamaban que «la ideología LGBT está destruyendo a la familia». [28] Ahora que se había asegurado la reelección, Ley y Justicia aprobó una nueva ley que prácticamente abolía el derecho al aborto. Dicha medida desencadenó las protestas de cientos de miles de personas en las calles de Varsovia. [29]

La importancia global de lo sucedido en Hungría y Polonia no era evidente en 2015, cuando Orbán y Kaczynski llegaron al poder. Pero, con la perspectiva del tiempo, esos hechos eran una advertencia para las otras democracias occidentales. El estilo del hombre fuerte ya no estaría limitado a Asia o a países de la periferia de Europa como Rusia y Turquía. Ahora estaba atrincherado en la Unión

Europea. Al año siguiente, la política populista del hombre fuerte protagonizaría un sorprendente avance en dos países normalmente considerados las democracias liberales más seguras del mundo: el Reino Unido y Estados Unidos.

6

Boris Johnson y la Gran Bretaña del Brexit (2016)

Conocí a Boris Johnson en una boda celebrada en la Inglaterra rural en 2002. Ya era político y una estrella mediática rodeada de peligro y escándalos. Boris, como era conocido universalmente, había sido elegido para el Parlamento el año anterior y era director del *Spectator*, una revista de baja tirada muy popular en la Gran Bretaña conservadora. También era un hombre que contaba con numerosos y entregados seguidores de la derecha euroescéptica desde su época como corresponsal del *Daily Telegraph* en Bruselas entre 1989 y 1994. Con una mezcla de humor, estilo y fantasía, los artículos de Johnson enardecían la indignación conservadora por los supuestos planes de la UE para crear un superestado europeo que ponía en peligro las ancestrales libertades e independencia del Reino Unido.

En 2002 yo también trabajaba como corresponsal extranjero en Bruselas para *Economist*, así que mi primera conversación con Johnson fue sobre los amigos comunes que teníamos en la capital de la UE. Meses antes yo había escrito un artículo para la revista *Prospect* argumentando que sería un error que el Reino Unido se incorporara al euro, la moneda única recién estrenada en Europa. En la carpa nupcial, con una copa de champán en la mano, Johnson me

dijo que había leído mi artículo y que coincidía con mi postura.[1] Le di las gracias y dije: «Pero sabes que muchos amigos tuyos de Bruselas creen que en secreto estás a favor de la UE». Johnson me miró con una expresión un tanto dolida. «Pues claro que estoy a favor de la UE», exclamó. «¿Cómo no iba a estarlo?»

En el día de hoy, ese comentario resulta profundamente irónico. En 2016, unos catorce años después de nuestra conversación, Johnson lideraría la exitosa campaña para que el Reino Unido abandonara la UE. El Brexit fue el golpe más duro que había sufrido el proyecto europeo desde su fundación en la década de 1950.

El papel crucial de Johnson en la consecución del Brexit significa que su nombre quedará ligado para siempre al de Donald Trump y la revuelta populista que arrasó el mundo angloestadounidense en 2016. Casualmente, Trump estaba en el Reino Unido el 23 de junio, el día del referéndum del Brexit, jugando al golf en su complejo vacacional de Turnberry. Trump se aferró de inmediato al resultado y predijo que Estados Unidos tendría su «momento Brexit» en las presidenciales estadounidenses de noviembre.[2] Steve Bannon, el director de campaña de Trump, comentaba más tarde que supo que Trump ganaría cuando el Reino Unido votó a favor del Brexit. En opinión de Bannon, la victoria de Trump y la exitosa campaña del Brexit, liderada por Johnson, formaban parte de una revuelta populista contra el «globalismo».

Trump se llevaba especialmente bien con Nigel Farage, el líder del Partido de la Independencia del Reino Unido, que había ayudado a incluir el Brexit en la agenda años antes de que Johnson se uniera a la causa. Farage incluso fue el primer político extranjero que visitó a Trump tras su improbable victoria. Pero, una vez que Johnson se convirtió en primer ministro y abanderado del Brexit, Trump lo reivindicó como uno de los suyos e incluso lo describió como el

«Trump británico». La izquierda estadounidense opinaba lo mismo, y a menudo metía a Johnson en el mismo saco que su enemigo. Tal como dijo Joe Biden, incluso había cierto parecido físico entre los dos líderes. Sus vidas personales también eran similares. Melania, la tercera mujer de Trump, es veinticuatro años más joven que él, y Carrie, la tercera mujer de Johnson, es veintitrés años más joven que su marido.

De hecho, allá donde viajara en los últimos años —desde Nueva Delhi hasta Pekín o Moscú—, los analistas políticos relacionaban a Trump con el Brexit. Pero, para muchos seguidores ardientes de Boris, incluir a su héroe en la misma categoría que Donald Trump, por no hablar de Vladímir Putin o Xi Jinping, es injusto. En su opinión, calificar a Johnson de «hombre fuerte» es un insulto injustificado de quienes se oponían a salir de la UE, que se negaban a aceptar su derrota. Para sus seguidores, Johnson es un demócrata de la cabeza a los pies cuya campaña a favor del Brexit permitió que la voluntad del pueblo se impusiera a la de la élite.

Muchos de los oponentes más acérrimos de Johnson también rechazarían la idea de que es un líder autoritario, pero por motivos distintos. Lo consideran indeciso e incapaz de comprender las exigencias de su cargo, una acusación que cobró fuerza cuando el Reino Unido se enfrentaba a las primeras fases de la crisis del coronavirus. Lejos de mostrarse fuerte y decidido durante la pandemia, Johnson fue descrito por sus detractores como un hombre demasiado débil para tomar las riendas de la situación.

Todas esas objeciones a la idea de que Boris Johnson es un líder fuerte encierran cierta verdad. Pero existen claras similitudes —en temáticas y métodos— entre él y Trump. Ambos se presentaron como tribunos del pueblo contra la élite. Los dos afirmaban que los políticos elitistas habían antepuesto los extranjeros a sus

conciudadanos. El eslogan de Trump era «Estados Unidos primero». Durante la campaña a favor del Brexit, Johnson recorrió Gran Bretaña en un autocar que exigía que el Reino Unido dejara de pagar trescientos cincuenta millones de libras semanales (cifra muy discutida) a la UE y afirmaba: «Mejor financiemos nuestra sanidad». En política exterior, ambos atacaron a los aliados tradicionales de su país. El objetivo político más importante de Johnson era sacar al Reino Unido de la Unión Europea. Trump dejó claro que consideraba que la OTAN era contraria a los intereses estadounidenses y barajó la posibilidad de retirarse de la alianza occidental. El «orden liberal internacional», construido por generaciones anteriores de estadistas británicos y estadounidenses, se vio gravemente alterado por el doble impacto del «Brexit y Trump».

Trump y Johnson también sacaron partido de la hostilidad hacia la inmigración masiva. Para Johnson, aquello supuso un cambio. Como alcalde de Londres entre 2008 y 2016, recalcó su entusiasmo por liderar una ciudad multicultural, un tercio de cuyos habitantes habían nacido en el extranjero. Cuando seguí a Johnson en la campaña municipal de 2008, lo vi asistir a una «ceremonia de nacionalización» de nuevos británicos, tras la cual me dijo lo conmovido que se sentía. Sin duda, consideraba que era lo que debía decir a un representante de un periódico proinmigración. No obstante, a pesar de alguna que otra broma desafortunada sobre la raza, yo no dudaba de sus sentimientos favorables a la inmigración. Esas ideas eran habituales en los círculos liberales de Londres en los que nos movíamos ambos.

Pero la campaña de Johnson a favor del Brexit explotó deliberadamente la hostilidad hacia la inmigración masiva. Su eslogan, «Recupera el control», fue interpretado por la mayoría como una petición de recuperar el control de las fronteras británicas.

Uno de los aspectos más controvertidos de la pertenencia del Reino Unido a la UE era la libre circulación de personas entre los Estados miembros. Después de la incorporación de Polonia y otros países centroeuropeos relativamente pobres en 2004, más de dos millones de europeos se habían trasladado al Reino Unido. Eso había provocado una fuerte reacción e inquietud por que el país se estuviera «inundando» de inmigrantes.

La campaña del Brexit —orquestada por Dominic Cummings, que desempeñó un papel similar al de Bannon como estratega e ideólogo — avivó deliberadamente ese temor a la inmigración al afirmar que Turquía, un país musulmán, estaba bien posicionado para ingresar en la UE. Los carteles afirmaban sin rodeos: «Turquía (76 millones de habitantes) se unirá a la UE». «Puesto que el índice de natalidad en Turquía es tan alto», explicaba una declaración de Vote Leave, «en ocho años llegarán al Reino Unido un millón de personas solo desde ese país.»[3] En realidad, Turquía no estaba a punto de ingresar en la UE. El proceso de solicitud había quedado estancado tras el inicio formal de las negociaciones en 2004. Pero en las últimas semanas de campaña, Vote Leave insistió en los temas de Turquía y la inmigración. Esas tácticas del miedo resultaban especialmente eficaces después de que un millón de refugiados sirios entraran en Alemania el año anterior.

Que Johnson empleara esas tácticas era un testimonio de hasta dónde estaba dispuesto a llegar para alcanzar la cima. En otras ocasiones había recalcado lo orgulloso que se sentía de sus orígenes turcos. Su bisabuelo, Ali Kemal, era un periodista liberal turco que durante un breve período fue ministro del gobierno. Informaciones de primera mano sobre la campaña del Brexit afirman que, a puerta cerrada, Johnson puso objeciones a los ataques a Turquía y que incluso «montó en cólera».[4] Pero en público nunca expresó sus

reservas. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para ganar, aunque eso conllevara mentir y utilizar la raza como cebo.

La decisión de Vote Leave de avivar los temores a la inmigración fue astuta. La campaña Remain se centró casi exclusivamente en las ventajas económicas de la pertenencia británica a la UE. Pero, más tarde, los sondeos desvelaron que los seguidores de Vote Leave no se vieron influidos primordialmente por la economía. Según afirmaban Roger Eatwell y Matthew Goodwin en un análisis posterior al referéndum: «Los partidarios de quedarse hablaban sin cesar del riesgo económico, mientras que a los partidarios de abandonar la UE los preocupaban sobre todo las amenazas a su identidad y grupo nacional». Seis de cada diez votantes favorables a marcharse decían que un daño significativo a la economía británica sería un «precio que merecía la pena pagar por el Brexit». [5]

Después del Brexit, se prestó mucha atención a zonas económicamente olvidadas que habían votado a favor, en particular regiones del norte de Inglaterra que se habían visto muy afectadas por la desindustrialización. Pero el voto favorable al Brexit en el Reino Unido —igual que el voto favorable a Trump en el cinturón industrial de Estados Unidos— era más complejo que un simple grito de angustia económica. La campaña Vote Leave se dirigió a personas molestas con la inmigración y el cambio social que a menudo vinculaban a los extranjeros con la debacle económica y la inseguridad. Alrededor de un 64 % de quienes votaron «sí» consideraban que la inmigración había sigo negativa para la economía y un 72 % creía que había erosionado la cultura británica. Muchos habían dejado de votar en las elecciones generales, pero veían el referéndum del Brexit como una oportunidad para cambiar «el sistema». La participación fue un 72 % más elevada que en cualquier otra votación en los veinticinco años anteriores. [6] Fue esa

movilización de nuevos votantes la que desmontó los cálculos de la campaña Remain.

Como alcalde de Londres, Johnson había elogiado el dinamismo y la diversidad de la ciudad. Pero Londres votó masivamente a favor de seguir en la UE. Johnson llevó a Vote Leave hasta la victoria movilizando el descontento de la Gran Bretaña no metropolitana.

La transformación de Johnson en un defensor de la Gran Bretaña «olvidada» no fue el único aspecto en que el Brexit representó una negación de su propio pasado. Quizá de manera única en las altas esferas de la política británica, su vida había estado ligada a Bruselas y el proyecto europeo. Stanley, el padre de Johnson, había trabajado para la UE, y durante dos años el joven Boris asistió a la Escuela Europea de Bruselas, un centro educativo para hijos de los funcionarios de la UE. Fue en esa escuela, situada en el barrio de Uccle, donde conoció a Marina, su segunda esposa, con la que estuvo casado veinticinco años. La mayoría de los familiares de Johnson son eurófilos devotos. Su hermano Jo asistió al Colegio de Europa en Brujas, una escuela para la élite de la UE, y más tarde abandonó el gobierno de Johnson por sus políticas sobre el Brexit. Su hermana Rachel manifestó su oposición al Brexit y se unió a los Liberal Demócratas, el mayor defensor británico de la UE.

Pero, aunque Bruselas formaba parte de la vida y la experiencia de Boris Johnson, sus años verdaderamente formativos los pasó en las instituciones más tradicionales de la élite británica. Recibió su educación secundaria en el Eton College, que gestó a otros diecinueve primeros ministros británicos antes que Johnson. Sus contemporáneos lo recuerdan como una estrella social e intelectual mucho más memorable que David Cameron, compañero suyo en Eton. Pero algunos profesores de Johnson también detectaron sus defectos. En una carta a sus padres, Martin Hammond, un profesor

de Eton, comentaba: «Boris parece molesto cuando se le hace notar una gran irresponsabilidad ... En mi opinión, cree sinceramente que es una grosería que no lo consideremos una excepción, una persona que debería quedar libre de la red de obligaciones que atañen a todos los demás». [7]

Era una reflexión perspicaz. Al parecer, Johnson opina que los grandes hombres y personalidades no deben seguir las mismas reglas que los demás. En un artículo de 2003 para *Spectator* expresaba su simpatía por el primer ministro italiano Silvio Berlusconi, un multimillonario populista cuyo ascenso al poder anticipó el éxito posterior de Donald Trump. Berlusconi estaba acusado de corrupción y abuso de poder —más tarde fue juzgado por fraude tributario y condenado a prisión—, pero a Johnson le parecía encantador, lo comparaba con los burócratas «mandones» de Bruselas y declaraba que Berlusconi era «mejor que todos ellos». [8]

Después de Eton, Johnson estudió clásicas en el Balliol College de Oxford y fue elegido presidente de la Unión de Oxford, un rito de iniciación para primeros ministros anteriores como Heath, Asquith y Gladstone. En una célebre foto tomada en Oxford, Johnson aparece posando con corbata blanca y frac con otros miembros del Club Bullingdon, entre ellos el ex estudiante de Eton y futuro primer ministro David Cameron. El Club Bullingdon es famoso por su gamberrismo de clase alta regado con alcohol. Un miembro me relataba su iniciación en la sociedad a manos de Johnson: «Irrumpieron todos en mi habitación y la destrozaron. Luego Boris se dio la vuelta, me estrechó la mano y dijo: "Felicidades, tío. Estás dentro"».

Cuando despegó su carrera periodística y política, Johnson utilizó su encanto y sentido del humor para transformar su imagen, de

patán de clase alta a alegre hombre del pueblo. Igual que Trump, Johnson construyó su imagen pública en programas de televisión populares, en su caso, el concurso *Have I Got News for You*. Mientras que *The Apprentice* retrataba a Trump como una persona despiadada y decidida, Johnson cultivó un personaje torpe y cómico. Al hacer reír a la gente, parecía muy distinto del típico político engominado. Su mata de pelo rubio enmarañado lo convertía en una figura inmediatamente reconocible que no tardó en conseguir el santo grial de los políticos: ser conocido en todo el mundo por su nombre de pila (en realidad, Boris es su segundo nombre; el primero es Alexander, y algunos de sus familiares todavía lo llaman Al).

La imagen de antipolítico que proyecta Johnson le ha permitido sobrevivir a incidentes y bochornos que habrían acabado con la carrera de cualquier otro. Igual que el presidente estadounidense Ronald Reagan, otro seductor de derechas, Johnson parece tener una especie de revestimiento de teflón. En 2004 se vio obligado a dimitir de la bancada principal de los *tories* por haber mentido a Michael Howard, el líder del partido, sobre una aventura amorosa. En 2021, en un ardid publicitario durante los Juegos Olímpicos de Londres, Johnson quedó atascado en una tirolina, desde la cual ondeó varias banderas del Reino Unido hasta que pudo ser rescatado. Tal como señaló el entonces primer ministro David Cameron con una mezcla de afecto y exasperación, para casi cualquier otro político aquello habría sido un desastre publicitario, pero él logró convertirlo en un triunfo. De hecho, es una de las imágenes más famosas de Johnson y ayudó a moldear su imagen de bromista adorable y patriota.

En 2016, la popularidad de Johnson y su habilidad para las campañas políticas convirtieron su postura sobre el Brexit en un elemento crucial para el referéndum nacional convocado por David

Cameron. Pero unos meses antes de la votación todavía no estaba claro a qué bando respaldaría. En aquel momento le pregunté a Christopher Lockwood —el amigo mutuo en cuya boda conocí a Johnson— qué pensaba realmente Boris de Europa. Lockwood, que había sido segundo de Johnson en la oficina del *Telegraph* en Bruselas, se encogió de hombros: «Creo que en ese tema es verdaderamente esquizofrénico». Esa doble personalidad trascendió a medida que se acercaba la hora de la verdad. Incapaz de decidirse por un lado u otro, Johnson escribió dos columnas para *Telegraph*, una a favor del Brexit y otra en contra. Cuenta la leyenda que le gustaba más la columna pro Brexit, y el resto es historia.

En realidad, la decisión de Johnson fue mucho más calculada. La biografía que dedicó a su héroe político, Winston Churchill, podría contener pistas sobre la opción de Boris. Allí, este había escrito: «Hasta cierto punto, todos los políticos hacen apuestas. Intentan prever lo que ocurrirá y se sitúan en el lado correcto de los acontecimientos». Johnson incluso interpretaba la oposición de Churchill al nazismo de una manera bastante cínica y afirmaba que, a principios de los años treinta, cuando su fortuna se hallaba en horas bajas, «se jugó la camisa a un caballo llamado antinazismo ... y la apuesta resultó espectacular». Pensé en ese pasaje en febrero de 2016, cuando Boris anunció que haría campaña a favor del Brexit, y escribí en un artículo: «El señor Johnson ha apostado por un caballo llamado euroescepticismo. Sin duda, espera que esa apuesta también resulte espectacular y que, al igual que a Churchill, lo lleve directo al número 10 de Downing Street». [9]

Efectivamente, la campaña de Johnson lo ayudó a cosechar una victoria inesperada para Vote Leave, con un 51,89 % del voto frente al 48,11 %. Pero cuando apareció al día siguiente frente a su casa de Londres, Johnson parecía más conmocionado y desconcertado

que exultante. El hecho de ser recibido por una multitud de jóvenes opositores furiosos sin duda agitó a un hombre acostumbrado a la popularidad y que siempre pensó, y tal vez esperó, que Vote Leave perdería por poco margen. Más tarde, David Cameron desveló que cuando Johnson le informó de su intención de hacer campaña por el «sí», le envió inmediatamente un mensaje de texto en el que predecía: «El Brexit será aplastado como un sapo bajo la rastra». Cameron llegó a la conclusión de que Johnson creía que el Brexit no prosperaría, «pero no quería perder la oportunidad de situarse del lado romántico, patriota y nacionalista». [10]

La victoria inesperada tuvo consecuencias para ambos. Aquella misma mañana, Cameron dimitió como primer ministro, y las apuestas situaron inmediatamente a Johnson como su probable sucesor. El camino al número 10 de Downing Street, que tenía en el punto de mira desde que proclamó su ambición de ser el «rey del mundo» cuando era niño, se había abierto de par en par.

Pero en el último momento le arrebataron el premio. Michael Gove, que había liderado la campaña Vote Leave junto a Johnson, anunció que su proximidad con este último lo había convencido de que no era apto para el cargo más importante del país. Al buscar un candidato más adecuado, Gove se miró en el espejo y vio a su hombre. La reacción de Johnson al desafío de su compañero no fue la que uno esperaría de «un hombre con un destino» o un líder fuerte en ciernes. Se rindió. En lugar de defender su postura, hizo un cálculo rápido de la aritmética electoral dentro del Partido Conservador, que se había vuelto contra él, y se retiró de la carrera para ser su próximo líder. Pero aquella traición espectacular no fue beneficiosa para Gove. Por el contrario, la figura relativamente anodina de Theresa May —que había votado a favor de seguir en la UE— fue elegida líder de los *tories* y nombrada primera ministra.

May sabía que si pretendía mantener el apoyo de su partido, debía seguir adelante con el Brexit y convencer a los conservadores favorables a dejar la UE de que ahora era uno de ellos, así que nombró a Johnson nuevo secretario de Asuntos Exteriores. Lo que parecía una decisión inteligente no funcionó para ninguno de los dos. Casi todos consideraban a Johnson un secretario de Asuntos Exteriores ineficaz y a May una primera ministra desventurada. Como cabría esperar, no logró cerrar un acuerdo sobre el Brexit que cumpliera la inviable promesa del cambio sin fricciones que prometía la campaña Vote Leave sin ninguno de los lastres de la pertenencia a la UE. En el Partido Conservador no achacaron el fracaso a las promesas poco realistas de la campaña a favor del Brexit. Por el contrario, los descontentos afirmaban que May nunca había creído en su causa y, por tanto, había sido llevada por un camino de desastrosas concesiones por los cargos públicos británicos partidarios de continuar en la UE.

El creciente descontento con May brindó a Boris Johnson una segunda oportunidad para hacerse con la presidencia. En el verano de 2018 dimitió como secretario de Asuntos Exteriores y volvió a posicionarse como el defensor de los verdaderos euroescépticos conservadores. Su argumento era que May había sido demasiado débil al negociar con Europa y con la clase dirigente británica que estaba a favor de seguir en la UE. Solo él poseía la fuerza necesaria para sacar adelante el Brexit. Poco antes de abandonar el cargo de secretario de Asuntos Exteriores, Johnson dijo a un grupo de compañeros del Parlamento: «Cada vez admiro más a Donald Trump ... Imaginaos a Trump gestionando el Brexit. Iría a por todas ... Habría rupturas y un caos total. Todo el mundo pensaría que se había vuelto loco, pero llegaríamos a alguna parte. Es muy buena idea». [11]

Liberado de sus responsabilidades como ministro, Johnson hizo una incursión en teorías conspiratorias al más puro estilo Trump. Según él: «[Si no se consigue el Brexit], la gente se sentirá traicionada, y creo que pensará que existe una gran conspiración del Estado profundo del Reino Unido, los que dirigen realmente el país, para revertir la votación del referéndum». También apuntó a la posibilidad de violencia en las calles, y dijo que quienes intentaban obstaculizar el Brexit estaban «sembrando vientos» y recogerían «tempestades». [12]

En mayo de 2019, el descontento con Theresa May en el Partido Conservador era tal que fue destituida como primera ministra. En esta ocasión, con mucho más tiempo para preparar una campaña de liderazgo y con un equipo de gente ambiciosa a su alrededor, Johnson finalmente consiguió su objetivo. A sus cincuenta y cinco años era el líder del Partido Conservador y primer ministro del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte.

Instalado en el 10 de Downing Street y reunido con Dominic Cummings, Johnson empezó a cumplir su promesa de ser un líder fuerte y despiadado. May no había logrado que el Parlamento aprobara su acuerdo para el Brexit porque demasiados *tories* partidarios acérrimos del Brexit y alineados con Johnson habían votado siempre en contra, pues pensaban que el pacto de May dejaba al Reino Unido demasiado ligado a la UE. Johnson se enfrentaba al problema opuesto. Si optaba por un Brexit demasiado duro o amenazaba con abandonar la UE sin un acuerdo, perdería su mayoría parlamentaria, pues demasiados conservadores que antes querían continuar en la UE se negarían a apoyarlo. Alentado por Dominic Cummings, Johnson tomó una medida sacada del manual del hombre fuerte: prorrogó el Parlamento a finales de agosto de 2019. Eso significaba que las sesiones de la Cámara de los Comunes

quedaban suspendidas para impedir que se interpusieran en el Brexit. Cuando varios miembros destacados de su propio partido pusieron objeciones a esas tácticas, Johnson tomó la drástica decisión de expulsar a 21 parlamentarios del Partido Conservador. Las víctimas incluían a sir Nicholas Soames, el nieto de Churchill, y a Kenneth Clarke, un político de la etapa de Thatcher que era el parlamentario más veterano de la cámara. [13]

Sus indignados opositores cuestionaron la legalidad de la prórroga del Parlamento y consiguieron revertirla en el Tribunal Supremo británico. El hecho de que el dictamen del tribunal se hiciera público el mismo día que la Cámara de Representantes de Washington D. C. anunciaba un proceso de destitución contra Donald Trump sirvió para reforzar los paralelismos entre ambos líderes y señalar que existía una crisis del Estado de derecho a ambos lados del Atlántico.

Cummings despreciaba abiertamente las limitaciones legales por las que se regían los gobiernos normales. En una entrada de blog de marzo de 2019 —plagada de mayúsculas y referencias literarias y científicas aleatorias—, Cummings había advertido a los partidarios del Brexit que ignoraran las promesas que estaba haciendo el gobierno de May a la UE: «Un gobierno serio que no se dejará intimidar por funcionarios y sus absurdos consejos legales ... prescindirá de esas concesiones y de cualquier ley nacional que obligue a cumplirlas». [14]

La voluntad de Johnson de desoír la ley para sacar adelante el Brexit había sido repudiada por el Tribunal Supremo e indignó a la Gran Bretaña liberal, pero armonizaba con el estado de ánimo ciudadano. Según una encuesta realizada en 2019, un 54 % de la población estaba de acuerdo con la afirmación de que «el Reino Unido necesita un gobernante fuerte que esté dispuesto a incumplir las normas»; solo un 23 % discrepaba. [15] La tolerancia ciudadana, e

incluso el deseo de contar con un líder fuerte, contrastaba sobremanera con la imagen de una nación respetuosa de la ley que tanto apreciaba la élite británica, pero estaba en concordancia con las tendencias globales.

En la conferencia del Partido Conservador de ese año, celebrada justo después de que el Tribunal Supremo fallara en contra de Johnson, el primer ministro fue recibido como un héroe conquistador. En los pasillos del centro de convenciones de Manchester me encontré con un parlamentario conservador favorable al Brexit que parecía asombrado al salir de la reunión de la asociación regional de su partido. «Esto es como un puto mitin en Núremberg», dijo, y añadió que Johnson llevaba solo dos frases de su discurso cuando fue interrumpido por atronadores cánticos de «Boris, Boris». Se había instaurado el culto a la personalidad, un elemento fundamental del estilo del hombre fuerte.

Aparentemente, la derrota en el Tribunal Supremo fue un gran revés para Johnson, pero en realidad benefició a la maniobra de Cummings, que consistía en forzar unas elecciones generales en el Reino Unido que le permitirían retomar la exitosa estrategia del «pueblo contra la élite» utilizada en la campaña Vote Leave de 2016. La idea era plantear las dificultades para que el Parlamento y los tribunales aprobaran el Brexit como el producto de un complot elitista para poner trabas a la voluntad del pueblo. En un giro inesperado y desastroso para ellos, el Partido Laborista y los Liberal Demócratas decidieron conceder a Johnson su deseo y accedieron a celebrar unas elecciones en diciembre de 2019. Cummings, un maestro de los eslóganes breves, eligió «Consumad el Brexit» como lema de campaña. A Johnson también le resultó tremendamente útil que el Partido Laborista estuviera liderado por Jeremy Corbyn, un

longevo activista de extrema izquierda al que acusaban de antisemitismo.

Las elecciones, celebradas el 12 de diciembre, dieron a Johnson un triunfo político absoluto que devolvió el poder al Partido Conservador con una mayoría de ochenta escaños en la Cámara de los Comunes. Todas las concesiones políticas y morales que había hecho en el camino hacia el poder —y todos los reveses y humillaciones— parecían haber quedado atrás. Como victorioso primer ministro con un nuevo mandato, negoció un Brexit «duro» que sacó al Reino Unido del mercado común europeo y de la unión aduanera de la UE.

En realidad, el acuerdo de Johnson también contemplaba importantes concesiones sobre Irlanda del Norte. Para evitar que se creara una frontera dura entre Irlanda del Norte y la República de Irlanda, que pondría en peligro el acuerdo de paz del Viernes Santo, Gran Bretaña aceptó que algunas mercancías que llegaran a Irlanda del Norte desde el resto del Reino Unido estuvieran sujetas a controles de aduanas, lo cual creaba una frontera interna dentro del Reino Unido que pasaba por el mar de Irlanda. Era una extraordinaria erosión del control británico en su propio territorio, cosa que debería haber sido anatema para cualquier nacionalista con mentalidad soberana. De hecho, Theresa May había declarado que ningún primer ministro británico podría aceptar semejante acuerdo. Pero Johnson no quería reconocer la realidad de lo que había firmado y negaba que fuera a haber controles de mercancías entre Irlanda del Norte y el resto del Reino Unido. Y, como ocurre con tanta frecuencia, se salió con la suya, al menos por un tiempo. Los detalles incómodos del acuerdo fueron ignorados por casi todos debido al entusiasmo por la suspensión del Parlamento y las elecciones.

A finales de enero de 2020, el Reino Unido abandonó finalmente la UE. Johnson había cumplido su promesa de sacar adelante el Brexit. Con una cómoda mayoría parlamentaria y Dominic Cummings a su lado, parecía perfectamente situado para gobernar durante cinco años y rediseñar el Reino Unido y el lugar que ocupaba el país en el mundo.

Pero el 31 de enero de 2020, el día que entró en vigor el Brexit, también fue el día que el Reino Unido anunció su primer caso de coronavirus. La retórica libertaria de Boris Johnson —que tanto benefició a la campaña contra la Unión Europea— estaba peligrosamente fuera de lugar al enfrentarse al covid-19. Mientras otros países europeos y asiáticos se confinaban, Johnson tardó en reaccionar, temiendo no solo los perjuicios económicos, sino la dificultad de pedirles a los británicos que no fueran al pub.

Aun cuando quedó claro que el coronavirus se había convertido en un problema global, Johnson, preocupado por su inminente divorcio y el embarazo de la que pronto sería su tercera mujer, se perdió cinco reuniones consecutivas de Cobra, el comité gubernamental encargado de las emergencias nacionales. A principios de marzo, cuando la pandemia ya se había instalado en Italia, Johnson se jactó de haberle «estrechado la mano a todo el mundo» durante una visita a un hospital. Las abarrotadas sesiones de la Cámara de los Comunes continuaron, con los políticos agolpados a la manera tradicional. Cuando los acontecimientos obligaron a Johnson a imponer un confinamiento en el país, Italia, España, Francia y Alemania ya habían actuado.

La lentitud de la respuesta del gobierno de Johnson fue un factor importante en el elevado número de víctimas en el Reino Unido, el mayor de Europa Occidental. A diferencia de Donald Trump o el brasileño Jair Bolsonaro, una vez que Johnson impuso el

confinamiento, quiso demostrar que seguía los consejos científicos, aunque en ocasiones los criticaba en privado.[16] Pero el país y el propio Johnson pagaron un alto precio por su despreocupación inicial. A principios de abril de 2019, Johnson fue el primer líder mundial ingresado en un hospital por covid-19. Poco después fue trasladado a cuidados intensivos y, por unos días, su vida pareció pender de un hilo. La reacción de algunos de sus seguidores más ardientes fue más allá de la habitual conmoción y simpatía, y demostró el grado en que algunas zonas del Reino Unido habían sucumbido al culto al líder. Allison Pearson, una destacada columnista, escribía en *Daily Telegraph*: «A Boris se le quiere mucho. Se le quiere de una manera que la clase media metropolitana nunca ha entendido ... No se equivoquen: la salud de Boris Johnson es la salud de los estamentos políticos y, por extensión, la salud de la nación».[17]

Cuando Johnson salió del hospital, sus partidarios (y gran parte del país) esperaban que su recuperación inyectara parte de su habitual optimismo y energía a la lucha británica contra el coronavirus. Por el contrario, al principio el ministro parecía una figura empequeñecida: enfermo, inseguro y carente de energía y dirección. Sir Humphrey Wakefield, el suegro de Dominic Cummings, comparó a Johnson con un caballo permanentemente incapacitado: «Si haces que un caballo vuelva a trabajar demasiado pronto, nunca se recuperará».

A la postre, fue la carrera de Cummings la que conoció un final prematuro. En mayo de 2020 trascendió que había incumplido las normas gubernamentales para el confinamiento. Contagiado de coronavirus, Cummings había decidido llevarse a su mujer y sus hijos trescientos kilómetros más al norte para recuperarse en la granja de sus padres en el condado de Durham. Cummings

sobrevivió al escándalo resultante, pero fue obligado a abandonar el número 10 de Downing Street a finales de 2020 tras numerosos enfrentamientos con sus compañeros. Pronto se convertiría en un oponente declarado de Johnson, al que consideraba absolutamente inadecuado para el puesto de primer ministro.

Ahora que se había consumado el Brexit y Cummings había desaparecido, Johnson tenía una clara oportunidad de abandonar el estilo del hombre fuerte y convertirse en un primer ministro más convencional. Después de la mala gestión inicial del coronavirus, sus índices de aprobación mejoraron gracias a una campaña de vacunación relativamente exitosa. El contraste entre la rapidez con la que el Reino Unido había vacunado a su población y la zozobrante campaña de la UE fue descrito por Johnson como una justificación retrospectiva para el Brexit.

Pero Johnson no estaba dispuesto a abandonar el estilo del hombre fuerte. El principal problema era que las contradicciones y tensiones inherentes al acuerdo del Brexit que había negociado estaban volviéndose en su contra. A pesar de sus protestas, el Brexit conllevó un notable aumento de la burocracia y barreras no arancelarias para las exportaciones británicas. En enero de 2021, el primer mes en que se aplicaban los nuevos acuerdos comerciales, las exportaciones británicas a la UE disminuyeron un 41 %. En parte, ello obedeció a los efectos de la pandemia, pero casi toda la caída fue producto del propio Brexit. La situación era aún peor en Irlanda del Norte, donde los nuevos controles aduaneros estaban afectando a los suministros en los supermercados.

La respuesta del gobierno de Johnson fue buscar un enemigo y amenazar con incumplir la ley internacional. Lord David Frost, principal negociador de Johnson ante la UE, argumentaba que el origen del problema era que la Unión Europea no había aceptado su

decisión democrática de marcharse. El Reino Unido también actuó para suspender de forma unilateral algunos aspectos del protocolo de Irlanda del Norte, lo cual implicaba un incumplimiento del tratado internacional que el primer ministro había negociado recientemente.

El estilo personal de Johnson siguió siendo afable y aparentemente amigable. Evitaba la fría amenaza de un Putin o el discurso paranoico de un Erdogan. Pero, con un estilo muy inglés, había introducido elementos importantes del estilo del hombre fuerte en el Reino Unido. Había demostrado su voluntad de incumplir la ley nacional e internacional. Había tachado a opositores de enemigos elitistas del pueblo. Sus aliados políticos habían hecho extensiva esa misma descripción a los tribunales y habían cuestionado repetidamente la imparcialidad de otras instituciones nacionales relevantes, como el funcionariado y la BBC. Johnson había retorcido la verdad durante la campaña para el referéndum del Brexit de una manera que iba mucho más allá del tira y afloja normal de la política. Y había creado un culto al líder en el Partido Conservador, lo cual obligó a los parlamentarios a abandonar sus principios para salvar su carrera.

En ciertos aspectos, el Reino Unido es especialmente vulnerable al estilo político del hombre fuerte. El país cuenta con una Constitución no escrita y ha confiado en lo que el historiador Peter Hennessy denomina el modelo de gobierno del «buen tipo», la creencia de que todos los políticos se comportarán con moderación y respeto por las convenciones de larga tradición.

Aparentemente, Boris Johnson es la viva imagen del «buen tipo». Pero, en realidad, tal como observaba astutamente su profesor de Eton, no se siente limitado por «la red de obligaciones que atañen a todos los demás».

Teniendo en cuenta la posición del Reino Unido como una de las democracias más longevas del mundo, la elección de un rebelde populista como primer ministro marcó un cambio importante en la política europea y mundial. Rush Doshi, director de políticas sobre China en la Casa Blanca de Biden, argumenta que Xi Jinping y su círculo se tomaron muy en serio la votación del Brexit, que consideraban parte de un «triplete» de golpes al orden mundial liderado por Occidente: el «Brexit, la elección de Donald Trump y la inadecuada respuesta inicial de Occidente a la pandemia del coronavirus». [18]

Johnson y sus partidarios siguen aduciendo que la decisión británica de abandonar la UE tuvo su origen en unos instintos liberales y democráticos, como el apoyo al libre comercio y la democracia basada en las naciones. Por ese motivo, aseguran, el Brexit debería considerarse la afirmación de unos principios liberales esenciales. Pero cuando planteo esa perspectiva a analistas de fuera del Reino Unido —ya sea en Moscú, en Washington o en Pekín—, casi siempre es recibida con incomprensión o escarnio. Fuera del Reino Unido, el Brexit fue interpretado como lo que era: un duro golpe al poder y la cohesión de Occidente y a los valores democráticos liberales que la alianza occidental ha defendido tradicionalmente.

Con todo, el Reino Unido no es más que una potencia de rango intermedio. El Brexit por sí solo no suponía un vuelco en la escena internacional. La irrupción del estilo del hombre fuerte en Estados Unidos, la nación más poderosa del planeta, fue el hecho que de verdad cambió la política mundial.

7

Donald Trump: el hombre fuerte estadounidense (2016)

En noviembre de 2015, un año antes de que Donald Trump saliera elegido, visité Washington D. C. Mi objetivo era tomar el pulso a los próximos comicios presidenciales, pero abandoné la ciudad en un estado de confusión. Según los sondeos, Trump llevaba una clara ventaja para la nominación republicana a las elecciones de 2016. Durante ocho años, la Casa Blanca había estado ocupada por un demócrata, así que era razonable pensar que era el turno de los republicanos. Pero ni siquiera en los gabinetes estratégicos de derechas pude encontrar a nadie que creyera que Trump iba a conseguir la nominación, y menos aún la presidencia. Ninguno de mis contactos republicanos se había ofrecido a trabajar en la campaña de Trump, lo cual, en una ciudad llena de gente ambiciosa, era una llamativa confirmación de que lo consideraban un perdedor. La tendencia a descartar las posibilidades de Trump quedó resumida en un vídeo televisivo que más tarde se hizo viral. En él aparecían el presentador George Stephanopoulos y sus invitados desternillándose ante la insinuación de que Trump pudiera ganar. [1]

Incluso en aquel momento me pareció imprudente ser tan desdeñoso. En una columna sobre el auge de la política radical en

todo Occidente publicada aquel mes de noviembre afirmé que era complaciente negar las posibilidades del señor Trump: «Muchos demócratas bromean con que si los republicanos están lo bastante locos como para nominar al señor Trump, será aplastado por Hillary Clinton en las elecciones presidenciales. Pero ni siquiera eso se puede suponer. La encuesta nacional más reciente otorgaba al señor Trump una ventaja de cinco puntos». [2] No era difícil identificar los factores que estaban alimentando el ascenso de un candidato como Trump: «una pérdida de fe en las élites políticas tradicionales» sumada a una «mayor inseguridad económica, una respuesta negativa a la inmigración, el miedo al terrorismo y el declive de los medios de comunicación tradicionales». [3]

Todo ello resultaba bastante evidente un año antes de que Trump fuera elegido. Por tanto, volviendo la vista atrás es interesante preguntarse por qué la clase dirigente de Estados Unidos se negaba a reconocer un fenómeno político que estaba mirándolos a la cara. Creo que la respuesta radica en la excepcionalidad estadounidense, la idea de que la política y la sociedad eran inmunes a las patologías políticas que afectaban a otros países menos afortunados. Esa idea era resumida en el (irónico) título de una novela de 1935 sobre el ascenso de un dictador en Estados Unidos, *It Can't Happen Here*, que encontró muchos lectores nuevos tras la victoria de Trump.

Esa excepcionalidad no era exclusiva de Estados Unidos; detecté una complacencia similar en la clase dirigente del Reino Unido. Los británicos, igual que los estadounidenses, se enorgullecen de su dilatada historia de estabilidad democrática. Muchos consideran que el extremismo político y la vulnerabilidad a la dictadura son vicios de la Europa continental ajenos al Reino Unido. Pero los países con una fe excesiva en sus virtudes políticas excepcionales pueden ser más vulnerables a vicios políticos. Los franceses veían a una candidata

como Marine Le Pen y recordaban la Francia de Vichy. Los alemanes siempre están en guardia ante todo lo que huela a nazismo. Pero muchos comentaristas estadounidenses echaron un vistazo a Donald Trump y se pusieron a reír. Aquel hombre era un chiste, un *showman*. Eso no podía ocurrir allí.

Pero muchas de las fuerzas políticas y sociales que propiciaron el apogeo de la política del hombre fuerte en otros lugares del mundo también estaban presentes en Estados Unidos. Fiona Hill, que trabajó en la Casa Blanca de Trump como alta asesora sobre Rusia,[4] decía más tarde: «Fuimos lo bastante arrogantes como para pensar que lo que ocurrió en Ucrania y Moldavia no podía sucedernos nunca a nosotros».[5] Hill se refería a la interferencia rusa en las elecciones. Pero también argumentaba que la experiencia rusa ofreció lecciones generales a Occidente. El dolor de aquella disrupción económica contribuyó a aumentar el apetito por un líder fuerte, alguien que pudiera hacer grande a Rusia otra vez.

Aunque gran parte de la élite lo ignoró, años antes de la elección de Donald Trump, en Estados Unidos estaba produciéndose un aumento de las «muertes por desesperación» que recordaba a la Rusia de los años noventa. En noviembre de 2015, cuando yo estaba de gira por los gabinetes de expertos de Washington, los economistas Angus Deaton y Anne Case informaron de un sorprendente aumento de los índices de mortalidad entre los estadounidenses blancos de clase trabajadora. Según descubrieron, las cifras de mortalidad de personas blancas sin educación universitaria se habían incrementado un 22 % entre 1999 y 2014. En el mismo período, los ingresos ajustados a la inflación para las familias encabezadas por una persona con el título de secundaria se habían reducido un 19 %.[6] Curiosamente, no se produjo una caída similar en la esperanza de vida entre blancos con educación

universitaria. Deaton y Case afirmaban que la creciente mortalidad entre la clase blanca trabajadora estaba motivada por «una epidemia de suicidios y afecciones motivadas por el abuso de sustancias: alcoholismo, enfermedad hepática y sobredosis de heroína y opiáceos con receta». [7]

En 2016, el grupo social afectado por lo que Deaton y Case identificaban como «muertes por desesperación» votó en masa a favor de Donald Trump. Reflexionando sobre esas cifras, me preguntaba si a los comentaristas (yo incluido) que se quejaban de las numerosas mentiras que salían de la boca de Trump se les escapaba algo. Para sus seguidores más fieles, Trump estaba contando una verdad más grande: que en Estados Unidos las cosas iban de mal en peor y que la élite del país era corrupta y egoísta.

Hablando con votantes de Trump durante la campaña de 2016, oí muchas variaciones sobre ese tema. En un mitin celebrado en enero en Portsmouth, Nuevo Hampshire, presencié por primera vez el estilo disperso e incoherente de Trump. Después entablé conversación con uno de sus seguidores, que había viajado desde Michigan para ver a su héroe. Cuando mencioné que Trump contaba muchas mentiras, la respuesta fue: «Él es el único que dice las cosas tal como son». Ese mismo año mantendría una conversación similar con un partidario del Brexit semanas antes de la votación. Le dije que abandonar la UE perjudicaría a la economía británica. «Para mí no puede ser peor», contestó. «Algo tiene que cambiar y puede que esta sea la solución.» La desesperación de los «olvidados» en el plano económico era un factor común que vinculaba el ascenso de Trump con políticas populistas y autoritarias en otras partes del mundo. Pero un factor aún más poderoso fue la tensión étnica y racial.

En países como la India, Israel y Hungría, el auge de las políticas del hombre fuerte ha estado estrechamente relacionado con los temores de un grupo mayoritario que normalmente domina la sociedad pero ahora se siente amenazado por los cambios demográficos y la inmigración. Los partidarios más ardientes de Narendra Modi afirman que la cultura hindú está viéndose erosionada por la minoría musulmana de la India. En Israel, Benjamin Netanyahu respaldó la exitosa iniciativa para declarar Israel un Estado judío, una medida vinculada a los temores por el creciente porcentaje de población árabe. En Hungría, Viktor Orbán ha reiterado que la supervivencia de la nación se ve amenazada por la inmigración musulmana. Netanyahu y Orbán han levantado muros físicos para proteger las fronteras de su país, lo cual hallaría eco en la famosa petición de Trump para «construir el muro» en la frontera estadounidense con México en 2016.

En Hungría, Israel y la India, el estatus mayoritario de los húngaros étnicos, los judíos y los hindúes no corre peligro. Los húngaros étnicos representan un 85 % de la población, los judíos son algo menos del 75 % de la población israelí y los hindúes constituyen un 80 % de la población india. Por el contrario, en Estados Unidos se calcula que, a mediados de la década de 2040, los blancos representarán menos del 50 % de la población, aunque seguirán siendo el grupo más numeroso.[8] Entre los más jóvenes —menores de dieciocho años—, los blancos ya son menos de la mitad de la población. La minoría emergente más numerosa es la población hispana, y se calcula que representará un 24,6 % de la población en 2045, frente a un 49,7 % de blancos, un 13,1 % de negros y un 7,9 % de asiáticos.

El miedo al cambio demográfico y a la inmigración fue crucial para potenciar el atractivo de Trump en 2016. Ese miedo fue expresado

en un artículo titulado «Flight 93 election», [9] de Michael Anton, que más tarde fue elegido miembro del Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca de Trump. Anton estalló contra la «importación incesante de extranjeros del Tercer Mundo» a Estados Unidos. Elogió a Trump, a quien consideraba el único candidato dispuesto a frenar la inmigración y a decir: «Quiero que mi país viva. Quiero que mi gente viva. Quiero acabar con esta locura». [10] Para quienes compartían la visión de Anton, que Trump pidiera la construcción de un muro en la frontera con México y una «prohibición total y absoluta» de la inmigración musulmana a Estados Unidos era una prueba convincente de que era la clase de hombre fuerte que necesitaba el país para «acabar con la locura».

Trump obtuvo una mayoría de votos blancos en las elecciones presidenciales de 2016 y 2020. Según el Pew Research Center, poco después de las elecciones de 2016 Trump había cosechado el mayor margen de votos blancos sin educación universitaria desde 1980. Cuatro años después, Trump volvió a ganar cómodamente el voto blanco, aunque sus márgenes levemente reducidos tal vez supusieron la diferencia entre la victoria en 2016 y la derrota en 2020. [11]

El hecho de que Trump ganara el voto blanco no es en sí mismo una prueba concluyente de que los miedos y antagonismos raciales le cosecharan seguidores. Pero las investigaciones sociológicas sin duda apuntan en esa dirección. *Identity Crisis*, un estudio en profundidad de las elecciones de 2016, concluía que las actitudes hacia la raza y la etnicidad eran el mejor indicador de un voto para Trump. [12] Este se convirtió en el defensor de los votantes blancos que se sentían económica o socialmente inseguros y que achacaban su situación a las minorías étnicas. Los autores, John Sides, Michael Tesler y Lynn Vavreck, señalan que los sondeos de opinión entre

votantes republicanos demuestran que «las preocupaciones por perder el trabajo no estaban tan vinculadas al apoyo a Trump como la inquietud por que los blancos perdieran sus trabajos por culpa de minorías». [13]

Cuando Trump aspiraba a la presidencia, esos miedos eran predominantes entre los votantes republicanos, dos tercios de los cuales coincidían en que la «discriminación contra los blancos» se había convertido «en un problema tan grande como la discriminación contra los negros». [14] Trump se convirtió en el defensor de quienes creían que la naturaleza de Estados Unidos corría peligro y que los blancos estaban recibiendo un trato injusto. La tensión económica era solo parte de la panorámica. Muchos votantes de Trump también creían haber perdido estatus, además de poder adquisitivo. Tal como señalaba Cameron Anderson, un psicólogo social de Berkeley: «Es muy difícil que individuos y grupos acepten la pérdida de estatus y poder ... Responden a esas amenazas con estrés, ansiedad, ira y a veces incluso violencia». [15]

Los temores a que los blancos estuvieran perdiendo el control de EE. UU. se reflejaron en un marcado giro contra la idea misma de la democracia y la petición de un líder fuerte. Un estudio de votantes republicanos llevado a cabo por Larry Bartels, un científico de la Universidad Vanderbilt, descubrió que un 50,7 % coincidía en que «el estilo de vida tradicional de Estados Unidos está desapareciendo tan rápido que quizá tengamos que emplear la fuerza para salvarlo». Otro 47,3 % coincidía en que «los líderes fuertes a veces tienen que incumplir las normas para hacer las cosas». Los resultados de la encuesta pronosticaban que una mayoría de los republicanos estaba dispuesta a aceptar los ataques de Trump a la democracia, que culminaron en su intento de anular los resultados electorales de 2020 y la irrupción en el Capitolio en enero de 2021. El hecho de

que aceptaran las alegaciones infundadas de fraude electoral reflejaba su creencia en que Trump estaba actuando por un bien mayor: la preservación del estilo de vida tradicional, que ellos asociaban con un país de mayoría blanca. [16] Por tanto, en 2016, un gran número de los electores estadounidenses estaban esperando a un «líder fuerte», y lo encontraron en Donald Trump.

La filosofía política de Trump estaba clara desde hacía décadas y fue expuesta de manera especialmente meticulosa en una entrevista que concedió a la revista *Playboy* en 1990, en una época en la que no era más que un empresario ostentoso, célebre por construir casinos, engañar a su mujer y despotricar en televisión. Más tarde, esa entrevista se convertiría en lectura obligada para diplomáticos y corresponsales que viajaban al Estados Unidos de Trump, igual que generaciones anteriores que intentaban comprender China o la Unión Soviética tal vez intentaron leer *El libro rojo de Mao* o *¿Qué hacer?* de Lenin.

El autoritarismo instintivo de Trump ya era más que evidente en 1990. En aquel momento Mijaíl Gorbachov, el líder de la Unión Soviética, era un ídolo para muchos estadounidenses por haber contribuido a poner fin a la guerra fría y liberalizar el sistema soviético. Pero Trump lo despreciaba. «Ha demostrado una debilidad extraordinaria», dijo. «Está destruyendo la Unión Soviética.» [17] La predicción de Trump sobre la caída de la URSS se hizo realidad a finales de 1991. Trump comparaba favorablemente las duras medidas del Partido Comunista de China contra el incipiente movimiento democrático del país con la debilidad de Gorbachov. La masacre de la plaza de Tiananmén se había producido solo nueve meses antes de que Trump hablara para *Playboy*, y al comentar esos hechos, expresó una opinión inusual para una celebridad estadounidense: «Fueron despiadados y horribles, pero aplastaron la

revuelta. Eso demuestra el poder de la fuerza. Ahora mismo, nuestro país es percibido como débil». [18]

Otros temas habituales durante la presidencia de Trump ya estaban a la vista de todos en 1990. Estaba la paranoia autocompasiva: «El resto del mundo se ríe de nosotros». Y el proteccionismo: «Yo aplicaría un impuesto a cada Mercedes-Benz que entre en este país y a todos los productos japoneses». Pero Trump también demostró que comprendía sus posibles virtudes políticas: «Sé qué vende y qué quiere la gente».

En 2016 demostró esa intuición para saber «qué vende» y «qué quiere la gente». Una y otra vez, Trump hacía declaraciones que escandalizaban a la clase dirigente y llevaron a muchos a predecir que estaba acabado: Barack Obama no nació en Estados Unidos; John McCain no fue un héroe de guerra; agarrar a mujeres «por el coño» era solo un «comentario de vestuario». Pero esas declaraciones no destruyeron a Trump. De hecho, es posible que fortalecieran su apoyo. Para el gran porcentaje de la ciudadanía que estaba convencido de que Estados Unidos iba por mal camino y anhelaba un líder fuerte que estuviera dispuesto a «incumplir las normas para hacer las cosas», el discurso sin tabúes de Trump fue la señal de que era el hombre que querían.

En 2016, algunas de las condiciones sociales y económicas que habían propiciado el auge de la política del hombre fuerte en otras regiones del mundo también se instauraron en Estados Unidos. Con la aparición de Donald Trump, el país generó un político con la ideología y los instintos políticos necesarios para sacar rédito de ese deseo latente de un hombre fuerte. Pero, por suerte para Estados Unidos, el país también contaba con instituciones y convenciones políticas desarrolladas a lo largo de varios siglos de democracia. La historia de la presidencia de Trump es en muchos sentidos la historia

de la lucha entre su estilo autoritario y las limitaciones democráticas que estipulan la ley, las instituciones y los precedentes estadounidenses.

Desde el inicio de su candidatura a la presidencia y durante sus cuatro años en el cargo, el instinto de Trump fue gobernar como un hombre autoritario y no como un presidente elegido democráticamente. Sus políticas se construyeron en torno a un culto a la personalidad. En su discurso de aceptación en la convención republicana de 2016, Trump denunció la corrupción del sistema estadounidense y proclamó: «Solo yo puedo arreglarlo». En 2020, el Partido Republicano estaba tan cautivado por él que renunció a publicar un programa político detallado y anunció: «El Partido Republicano ha apoyado y seguirá apoyando con entusiasmo la agenda del presidente, que antepone Estados Unidos a todo lo demás».

Como presidente, Trump no tardó en dejar claro que sus elegidos debían ser fieles a él y no a la ley. Cuando James Comey, el director del FBI, fue invitado a una cena con el nuevo presidente, Trump le pidió reiteradamente que proclamara su «lealtad». Comey se negó y fue destituido meses después. [19] La carta de despido fue entregada por un hombre que sabía a qué se refería el presidente con «lealtad»: Keith Schiller, el antiguo guardaespaldas de Trump. En su primera reunión de gabinete, Trump arrancó bochornosos juramentos de lealtad a sus miembros ante las cámaras de televisión. El vicepresidente Mike Pence marcó el tono sumiso al afirmar: «El mayor privilegio de mi vida es servir al presidente que está cumpliendo su palabra con el pueblo estadounidense». Reince Priebus, jefe de Gabinete de Trump, dio las gracias a su presidente y añadió: «Es una bendición sacar adelante su programa». «Es un honor poder servirle», declaró el fiscal general Jeff Sessions. [20]

Pero todos esos hombres descubrieron que la lealtad no era recíproca y que humillarse ante Trump no era una garantía de seguridad laboral. Un mes después, Priebus fue despedido. Sessions, que fue el primer republicano que apoyó la candidatura presidencial de Trump, hizo enfadar a su jefe al recusarse de la «investigación rusa» sobre una posible conspiración entre la campaña de Trump y el Kremlin. En noviembre de 2018, él también fue despedido. Pence aguantó hasta el final, pero el presidente acabó acusándolo de traición por no apoyar la anulación de las elecciones de 2020. Pence tuvo que refugiarse en un lugar seguro mientras una muchedumbre de trumpistas entraba en el Congreso al grito de «Ahorcad a Mike Pence».

En su dramática aunque tardía ruptura con el presidente, Pence se negó a aceptar las mentiras sobre el fraude electoral. Pero, como bien sabía, las mentiras habían sido fundamentales para la carrera política de Trump desde el principio. Es una característica de la nueva era de la política del hombre fuerte. Vladímir Putin y sus propagandistas convirtieron la técnica del «chorro de falsedades» en una herramienta política fundamental. La idea es lanzar tantas teorías conspiratorias y «hechos alternativos» (por utilizar la expresión de Kellyanne Conway, la ayudante de Trump) que la verdad se convierta en una versión de los hechos entre muchas otras. [21]

Para los líderes fuertes, un «chorro de falsedades» puede cumplir objetivos importantes. Por ejemplo, hace que sea más fácil eludir responsabilidades. Todas las pruebas pueden indicar que el covid-19 se originó en China o que unos misiles rusos abatieron el vuelo MH17, pero los portavoces chinos y rusos plantearán una serie de teorías alternativas para enturbiar la realidad de lo que verdaderamente ocurrió. De hecho, crear narrativas falsas ha sido

fundamental para la mayoría de los líderes fuertes de nuestra era, ya sea Viktor Orbán afirmando que George Soros planea inundar Hungría de refugiados, Jaroslaw Kaczynski insistiendo en que la catástrofe aérea de Smolensk fue un complot ruso, Recep Tayyip Erdogan diciendo que un «lobby de los tipos de interés» está intrigando contra Turquía o Boris Johnson alegando que un «Estado profundo» obstaculizaba el voto a favor del Brexit. Entre los fieles siempre habrá quienes acepten esas teorías, ya que quieren tener el mejor concepto posible de su líder o país. Es un fenómeno que los psicólogos llaman «razonamiento motivado», una forma de pensamiento sesgado que lleva a la gente a las conclusiones que le resultan más satisfactorias en lugar de aquellas que están justificadas con pruebas.

Trump comprendía instintivamente el poder de esa ilusión, tal vez porque él también vivía en un mundo de fantasía en el que todo lo que tocaba se convertía en oro y siempre era un «ganador» a pesar de sus numerosas bancarrotas. Por tanto, a los estadounidenses que no podían soportar la idea de tener un presidente negro les contaron la mentira emocionalmente satisfactoria de que Barack Obama no nació en Estados Unidos y, por tanto, no era un presidente legítimo. A los partidarios de Trump que no podían aceptar haber perdido las elecciones de 2020 les dijeron que su héroe había sido víctima de un fraude electoral. El senador Ted Cruz, que en su día describió acertadamente a Trump como un «mentiroso patológico», acabó defendiendo ante el Senado la mentira más grande y relevante de Trump, esto es, que se había producido un robo electoral.

Si la presidencia de Trump finalizó con una gran mentira, también empezó con una: la afirmación, obviamente falsa, de que en Washington se habían congregado cifras récord para aplaudir su discurso de investidura. Durante su mandato, el presidente siguió

coqueteando con falacias y retuiteando teorías de la conspiración, como la idea de que Osama bin Laden seguía vivo. También calificó de «patriotas» a QAnon, los teóricos de la conspiración que creían que el presidente estaba liderando una batalla contra un grupo de pedófilos y traficantes sexuales. Los miembros de QAnon eran mayoría entre la multitud que irrumpió en el Capitolio en 2021. De hecho, no parecía existir ninguna conspiración demasiado estrambótica o desagradable para Trump. En diciembre de 2015 apareció en el programa de entrevistas de Alex Jones, que había afirmado reiteradamente que la masacre de Sandy Hook, en la que en 2012 murieron veinte niños de entre seis y siete años, era una farsa. «Su reputación es increíble», le dijo Trump. «No le decepcionaré.» [22] En total, *Washington Post* contabilizó unas 22.000 declaraciones falsas y engañosas durante casi cuatro años de presidencia de Trump. [23]

Un verdadero dictador puede obligar a toda una sociedad a aceptar sus mentiras. Esto lo consigue en gran medida imponiendo su autoridad absoluta a las instituciones del país. Trump hizo movimientos en esa dirección, despidiendo a altos cargos y funcionarios de Gabinete a los que no consideraba suficientemente obedientes e intentando reemplazarlos por gente fiel. Pero, al final, las instituciones fundamentales de Estados Unidos resistieron. El «chorro de falsedades» que difundió el equipo de Trump para intentar demostrar que las elecciones de 2020 estaban «amañadas» fue rechazado por una sucesión de tribunales. Las pruebas y la verdad seguían siendo importantes en el sistema legal. Vergonzosa y peligrosamente, la mayoría de los miembros republicanos de la Cámara de Representantes aceptaron la gran mentira de Trump, y también lo hicieron once miembros del Senado.

Durante todo su mandato estuvo claro que Trump envidiaba a otros líderes fuertes del mundo, verdaderos autócratas que podían encarcelar a sus oponentes y modelar las instituciones del Estado a voluntad. Con frecuencia, Trump era despiadado en sus críticas a los líderes democráticos. Al canadiense Justin Trudeau lo calificó de «muy deshonesto y débil» y dejó claro su disgusto por la alemana Angela Merkel. Por el contrario, incluso cuando su administración se embarcó en una guerra comercial con China, Trump elogió a Xi Jinping, al que describió como un «gran líder» y un «hombre muy bueno».

Las memorias de John Bolton, asesor de seguridad nacional de Trump en 2018 y 2019, y las de Fiona Hill, la directora para Rusia en el Consejo de Seguridad Nacional entre 2017 y 2019, ofrecen comentarios extraordinarios sobre la relación de camaradería y admiración que mantenía Trump con Xi y otros autócratas, como Putin y Erdogan. Observar de cerca a su jefe convenció a Hill de que Trump padecía «envidia del autócrata».[24] Cuenta que Trump apodaba a Erdogan «el Sultán» y «a menudo charlaba con él y le decía que envidiaba su capacidad aparentemente ilimitada para salirse con la suya».[25] Para incomodidad de Bolton, Trump se entendió muy bien con Viktor Orbán cuando el líder húngaro visitó la Casa Blanca en mayo de 2019. David Cornstein, embajador de Trump en Hungría y viejo amigo del presidente, afirmaba más tarde: «A Trump le encantaría estar en la situación de Viktor Orbán, pero no lo está».[26]

En la línea de sus tendencias autoritarias, Trump no solo abandonó la tradicional presión estadounidense a China por cuestiones de derechos humanos, sino que animó a Xi en algunos de los peores abusos. Bolton relata que en una cumbre del G20 «Xi le explicó a Trump por qué estaba construyendo campos de

concentración en Xinjiang. Según nuestro intérprete, Trump dijo que Xi debía seguir adelante con los campos de concentración, que a él le parecían lo correcto». [27] Cuando la Casa Blanca redactó un comunicado coincidiendo con el trigésimo aniversario de la masacre de la plaza de Tiananmén, fue bloqueado personalmente por Trump. [28]

Con Vladímir Putin ocurrió algo parecido. Trump bloqueó un comunicado criticando a Rusia en el décimo aniversario de la invasión de Georgia, y al principio se opuso a sancionar al país cuando Moscú utilizó armas químicas en el Reino Unido durante el intento de asesinato de Serguéi Skripal, un ex agente ruso. Ninguna de las relaciones de Trump con jefes de Estado extranjeros fue más escrutada que la de Putin. Los claros indicios de intervención rusa en las elecciones presidenciales de 2016 propiciaron una larga investigación sobre una posible conspiración entre Moscú y la campaña de Trump, unas indagaciones que el estadounidense denominaba «la farsa rusa». En ocasiones, incluso los altos cargos de Trump reconocían desconocer la auténtica naturaleza de la relación entre los presidentes ruso y estadounidense. Bolton comenta enigmáticamente que la opinión personal de Trump acerca del líder ruso era un misterio. [29] Un político británico que participó en reuniones con Trump me dijo: «Sin duda, aquí está ocurriendo algo. Es increíblemente esquivo cuando se habla de Putin y Rusia». [30]

Es posible que existiera algún aspecto oculto en la relación entre Trump y Putin que todavía no ha salido a la luz. Pero en realidad no hace falta ninguna explicación especial para el comportamiento indulgente de Trump. Tanto con palabras como con hechos, dejó muy claro que admiraba a los gobernantes autoritarios y prefería sus políticas y su compañía a la de los insípidos liberales. Según le dijo a

Bob Woodward: «Cuanto más duros y malos son, mejor me llevo con ellos». [31]

De hecho, Trump no solo se llevaba bien con los líderes autoritarios. En muchos sentidos, los envidiaba por zafarse de las restricciones legales e institucionales que todavía atan a un presidente estadounidense. Según Bolton, Trump le dijo a Erdogan que podría frenar el encausamiento de Halkbank, una entidad turca con sede en Nueva York acusada de incumplir las sanciones contra Irán: «Era como si Trump intentara demostrar que tenía tanta autoridad arbitraria como Erdogan». [32] El concepto de diplomacia de Trump giraba en torno a la idea de los hombres fuertes haciéndose favores y, a la vez, demostrando su poder y magnanimidad. Chris Ruddy, director de Newsmax y amigo del presidente, me dijo que Trump estaba especialmente satisfecho con una conversación en la que le había pedido a Xi la liberación de tres jugadores de baloncesto estadounidenses que se habían metido en problemas en China: «Xi dijo que lo haría, y eso a Trump le gustó». [33] Fiona Hill llegó a la conclusión de que Trump aspiraba a pertenecer a un club exclusivo de autócratas superricos, «una élite propia, hombres muy adinerados, muy poderosos y muy famosos», y «quería gobernar como ellos. Quería poder absoluto sin límites ni contrapesos». [34]

Trump no solo admiraba los poderes arbitrarios de Xi, Putin y Erdogan. También envidiaba su capacidad para seguir en el poder durante décadas. En una reunión con Xi en 2018, Trump afirmó falsamente que en Estados Unidos se avecinaban medidas para derogar el límite constitucional de dos mandatos de modo que él también pudiera mantenerse en el cargo durante décadas. Xi demostró jugar hábilmente con la vanidad de Trump y, en una conversación telefónica posterior, le dijo que China esperaba que se modificara la Constitución. [35] Esas conversaciones privadas arrojaban

luz sobre los comentarios públicos de Trump, en los que hablaba de emular la abolición de los límites a los mandatos presidenciales en China. El comentario de Trump sobre la ampliación del mandato de Xi —«Me parece estupendo ... A lo mejor deberíamos probarlo algún día»— fue considerado una broma por sus defensores.[36] Pero sus conversaciones con Xi —y sus esfuerzos por anular los resultados de las elecciones presidenciales de 2020— denotan que quería gobernar de por vida. Fiona Hill no creía que el presidente estuviera bromeando cuando hizo referencia a la capacidad de Xi para gobernar para siempre: «La asiduidad de esas referencias contaba otra historia. Hablaba muy en serio».[37]

Durante su período en el cargo, y sobre todo durante el desastroso clímax de su presidencia, Trump se deleitaba en la retórica de la fuerza. En un discurso pronunciado el 6 de enero de 2021, en el cual animó a sus seguidores a manifestarse en el Capitolio, Trump declaró: «Con debilidad nunca recuperaréis vuestro país. Tenéis que demostrar fuerza. Tenéis que ser fuertes».[38] El discurso plasmaba muchos rasgos definitorios de la política del hombre fuerte de Trump. Estaba la gran mentira: «Ganamos estas elecciones, y las ganamos por goleada». Estaban las teorías de la conspiración sobre las noticias falsas. Y estaba el característico esfuerzo por aprovechar las inseguridades y quejas raciales de su público, casi enteramente blanco: «Vosotros sois la gente real. Vosotros sois la gente que construyó esta nación. Vosotros no sois los que destruyeron nuestra nación».[39] Trump acusó a sus oponentes de despedazar la nación al tiempo que él destruía el tejido de la democracia estadounidense. Y sus seguidores cantaban «frenad el robo» para alimentar los esfuerzos de Trump por robar las elecciones.

Por suerte, ese robo se vio frustrado y Joe Biden fue investido el 20 de enero de 2021. Pero, aunque los intentos de Trump por subvertir la democracia y las instituciones estadounidenses fracasaron, sí había logrado subvertir muchas mentes, lo cual llevó a gran parte del electorado de EE. UU. por una oscura senda de teorías de la conspiración y autoritarismo. Los sondeos realizados inmediatamente después de la irrupción en el Capitolio indicaban que una mayoría de los votantes republicanos veían con buenos ojos la invasión de la sede de la democracia estadounidense.

A consecuencia de ello, el fin de la presidencia de Trump en 2020 no finiquitó la relación de Estados Unidos con la era de los líderes autoritarios. Los temas autoritarios que Trump inyectó en el discurso político estadounidense sobrevivirán a su presidencia. Estos incluyen la creencia de que el sistema estadounidense está tan podrido que es necesario un hombre fuerte «dispuesto a romper las reglas» para solucionar la situación. De hecho, el miedo y el resentimiento de muchos votantes blancos que impulsaron el trumpismo probablemente se verán fortalecidos por la derrota de Trump, sobre todo porque coincidió con las exigencias de un mejor trato a los estadounidenses negros, asociadas al movimiento Black Lives Matter. Al parecer, la cuestión no es si el trumpismo sobrevivirá más allá de 2021, sino si Trump seguirá siendo la figura insigne del movimiento o si un miembro de su familia u otro republicano ambicioso continuará con la causa.

La crisis que ha provocado Trump en la democracia más importante del mundo supone un enorme empujón para China, Rusia y los líderes fuertes. Al fin y al cabo, ¿cómo puede liderar Estados Unidos una ofensiva contra el autoritarismo de los hombres fuertes cuando su democracia está tan gravemente herida? Teniendo en cuenta el poder militar, político y cultural de EE. UU., lo que

sucede allí marca el tono de la política en todo el mundo. Estados Unidos no fue en modo alguno el primer país en ceder a los encantos de la política del hombre fuerte. Como hemos visto, Rusia, Turquía, China, la India y algunas regiones de Europa lo hicieron antes. Pero la elección de un hombre fuerte estadounidense en 2016 representó un incentivo para el autoritarismo populista en todo el planeta. Desde Brasilia hasta Riad y Manila, los aspirantes a Trump se animaron y aprendieron lecciones.

8

Rodrigo Duterte y la erosión de la democracia en el Sureste Asiático (2016)

«Solo quería felicitarlo porque conozco su increíble labor con el problema de la droga ... Muchos países tienen ese problema, nosotros incluidos, pero está haciendo un trabajo magnífico y solo quería llamar para decírselo.» [1]

La felicitación de Donald Trump a Rodrigo Duterte en abril de 2017 era un intento de congraciarse con los líderes autoritarios del mundo. Kim Jong-un era «muy abierto, estupendo», y Xi Jinping era «un hombre fuerte». [2] [3] Pero en el caso de Duterte, Trump había decidido elogiar la política más impopular y brutal asociada al presidente de Filipinas: la ejecución sumaria de los acusados de traficar con drogas o consumirlas.

Rodrigo Duterte fue elegido presidente de Filipinas en mayo de 2016, solo seis meses antes de que Trump ganara las elecciones en Estados Unidos. El líder filipino juró el cargo el 30 de junio de 2016 a sus setenta y un años, y desplegó escuadrones de la muerte casi de inmediato. Duterte aseguró a los ciudadanos que tenía intención de mantenerse dentro de los límites de la ley, pero días después estaba animando al público de Manila a tomarse la justicia por su mano: «Si

conocéis a adictos, matadlos vosotros mismos».[4] Según Amnistía Internacional, más de siete mil personas fueron asesinadas en los seis primeros meses del mandato de Duterte en el marco de su «guerra contra la droga».[5]

La rutina que describen numerosos artículos periodísticos e informes de derechos humanos era la siguiente: Duterte nombraba públicamente a cientos de sospechosos.[6] [7] [8] Entonces comenzaban las muertes. A veces, los sospechosos recibían disparos de la policía por «resistirse al arresto». Otras, justicieros enmascarados que se desplazaban en motocicleta los secuestraban y asesinaban. Las víctimas eran ejecutadas en la calle, en casa en presencia de su familia y, en una ocasión, incluso en la mesa de operaciones delante del horrorizado personal médico después de que fallara el primer intento de asesinato. Docenas de niños murieron en el fuego cruzado, pero Duterte insistió en que eran «daños colaterales».[9] La cifra total de muertos en la «guerra contra la droga» sigue siendo objeto de debate; en julio de 2020, los recuentos oficiales los sitúan en unos 6.000. Pero la Comisión de Derechos Humanos de Filipinas indica que podrían ascender a 27.000.[10] [11] Temiendo por sus vidas, cientos de miles de sospechosos se han entregado al gobierno, lo cual significa que Filipinas actualmente cuenta con uno de los sistemas de prisiones más superpoblados del mundo.[12] Tras la ofensiva inicial después de la investidura de Duterte, el ritmo de muertes aminoró, pero la política de asesinatos autorizados por el Estado nunca ha sido abolida.

De todos los líderes que han surgido en la era de los líderes autoritarios, Duterte destaca como el más brutal. Mientras Trump bromeaba con que podría dispararle a alguien en la Quinta Avenida sin perder votantes, Duterte puso en práctica la teoría. Se jacta abiertamente de haber asesinado a gente: de matar a una persona a

puñaladas en una discusión en la playa bajo los efectos del alcohol, de tirotear a presuntos asesinos y arrojar a otro asesino desde un helicóptero.[13] [14] [15] Esas bravuconadas no solo no le costaron votantes, sino que eran parte importante de su atractivo. Le gustaba el apodo «Duterte Harry», por el policía justiciero interpretado por Clint Eastwood en las películas de Harry el Sucio.

Durante la campaña presidencial, Duterte no había ocultado su intención de desplegar escuadrones de la muerte. Por el contrario, era su promesa distintiva: «A todos los hijos de puta a los que os gustan las drogas os voy a matar. No tengo paciencia con vosotros».[16] Los líderes brutales no son ninguna novedad. Pero hay tres motivos que convierten a Duterte en una figura importante en la era de los líderes autoritarios. El primero es que perfeccionó y a veces fue pionero de técnicas populistas que luego fueron empleadas con eficacia por Trump y otros: ataques a las élites, uso innovador de las redes sociales, mentiras persistentes y políticas «simplistas». El segundo es que, tras ganar las elecciones, demostró que un hombre fuerte populista podía consolidar su poder y erosionar la democracia creando un culto a la personalidad, intimidando y encarcelando sistemáticamente a opositores y minando la independencia de los medios de comunicación y el poder judicial. Eran técnicas que también usaban Rusia, Hungría y la India, y que Trump probó en Estados Unidos. Una tercera razón por la que Duterte es importante para la era de los líderes autoritarios es que Filipinas y el Sureste Asiático en su conjunto han desempeñado un papel crucial en la batalla global entre el autoritarismo y la democracia en los últimos cuarenta años. Teniendo en cuenta que el Sureste de Asia es el «patio trasero» de China, la importancia de la región como líder de la democracia internacional aumentará en los próximos años.

Para la mayoría de los europeos y estadounidenses, 1989, el año de la caída del Muro de Berlín, destaca como *annus mirabilis* en el triunfo de la democracia sobre el autoritarismo. Las manifestaciones masivas que ayudaron a derrocar Estados unipartidistas en Alemania Oriental, Checoslovaquia y Rumanía vinieron en llamarse revoluciones del «poder del pueblo». Pero la expresión «poder del pueblo» en realidad había sido popularizada por las enormes manifestaciones celebradas en Filipinas en 1986, que acabaron con el dictador Ferdinand Marcos y su mujer Imelda, una amante de los zapatos.

Los veinte años de Marcos en el poder se vieron debilitados por la reacción popular a unas elecciones presidenciales robadas y el asesinato de Benigno Aquino, un importante político de la oposición. Cuando Estados Unidos le retiró su prolongado apoyo, Marcos huyó del país. Corazón, la viuda de Aquino, ocupó la presidencia. La revolución del «poder del pueblo» en Filipinas fue la primera de una serie de transiciones hacia la democracia en toda Asia oriental. La seguirían Corea del Sur (1987), Taiwán (1987-1996) e Indonesia (1998). En esos tres países, igual que en Filipinas, el apogeo de la autocracia estaba asociado a un líder autoritario: el surcoreano Park Chung-hee, el taiwanés Chiang Kai-shek y el indonesio Suharto.

Sin embargo, Filipinas es el ejemplo más dramático de un país de Asia oriental que ha retrocedido políticamente. Una de las primeras medidas de Duterte como presidente fue sumamente simbólica: enterrar de nuevo el cuerpo de Ferdinand Marcos en el Cementerio de los Héroes. También disolvió el grupo de trabajo que aún intentaba recuperar los miles de millones de dólares que Marcos había saqueado de las arcas estatales. Duterte está retrocediendo a la época de la autocracia, todo ello con el apoyo de una parte significativa de la población filipina. Tal como señalaba Sheila

Coronel en 2019, a mitad de su mandato presidencial gozaba de unos índices de aprobación que rondaban el 80 %.[17] En parte, la popularidad de Duterte obedece a sus importantes programas de gasto, como aumentos salariales para los trabajadores del sector público y matrícula gratuita en las universidades estatales. Pero la «guerra contra la droga» y el desprecio del hombre fuerte por el Estado de derecho también obtienen buenos resultados en las encuestas.

Hay razones para temer que ese retorno a la autocracia se convierta en una tendencia regional. Cuando viví en Tailandia a principios de los noventa como corresponsal del *Economist* en el Sureste Asiático, el país estaba instaurando su democracia tras el golpe de Estado de 1991. La democracia fue restablecida gradualmente a lo largo de una década. Pero, desde otro golpe de Estado en 2014, Tailandia ha vuelto al gobierno militar. En 2010, la vecina Birmania (Myanmar) protagonizó un giro hacia la democracia con la puesta en libertad de Aung San Suu Kyi, pero el ejército recuperó el control en febrero de 2021 y Suu Kyi fue arrestada nuevamente.[18]

Indonesia, el país más grande de la región y el cuarto más poblado del mundo, tiene por líder a Joko Widodo, un discreto presidente civil. En 2016, cuando conocí a Jokowi (como lo llaman siempre) en Londres, me pareció que contrastaba mucho con el regio Suharto, que gobernó Indonesia desde mediados de los años sesenta y durante una generación como líder de un brutal régimen militar. De hecho, me pareció que Jokowi era el líder mundial más modesto que había conocido. Casi siempre cedía la palabra a Tom Lembong, su ministro de Comercio, y esquivaba con discreción las preguntas difíciles sobre abusos históricos contra los derechos humanos cometidos por el ejército. La apariencia modesta de Jokowi

y sus orígenes humildes han labrado su reputación como hombre del pueblo al que le preocupa especialmente la calidad de vida de los indonesios de a pie. Pero, con el paso del tiempo, incluso él se ha vuelto más autocrático. Ha afianzado su posición política acogiendo a islamistas de línea dura y figuras militares de la etapa Suharto. Jokowi no es Duterte, pero las emocionadas descripciones que al principio se hacían de él como el «Obama de Indonesia» ahora parecen ingenuas. [19]

A diferencia del discreto Jokowi, Duterte se ha convertido en una figura globalmente reconocible. En parte, ello obedece a su estilo deliberadamente estrafalario. Pero, al margen de sus espectáculos grotescos, la comunidad internacional tiene otros motivos para prestar atención al presidente filipino. Duterte fue uno de los primeros hombres fuertes que demostraron que alguien considerado por la élite como una persona absolutamente inadecuada para el liderazgo nacional era capaz de conseguir el puesto más importante del país con un nuevo tipo de política populista.

La exitosa campaña electoral de Duterte en 2016 demostró el poder de una gran mentira que caló entre los votantes porque parecía verdad. En el caso de Duterte, era la afirmación de que Filipinas corría el riesgo de convertirse en un «narcoestado». Los expertos se burlaron de dicha afirmación. Sin duda existe un problema de drogas en Filipinas, sobre todo el consumo de metanfetamina, o «shabu», en las zonas más pobres del país. Pero, según la ONU, el abuso de drogas en Filipinas está por debajo de la media, y en 2016 consumía metanfetamina alrededor de un 1 % de la población. [20]

Pero, como en el caso de las afirmaciones falsas de Trump sobre la inmigración —por ejemplo, que los inmigrantes son desproporcionadamente responsables de actos delictivos—, la

presunta epidemia de drogas de Duterte se convirtió en un eje para ansiedades e inseguridades más generales. Igual que Trump, Duterte estaba especializado en declaraciones escandalosas que centraban toda la atención en él y hacían que sus rivales parecieran aburridos y prudentes.

En otro paralelismo con Trump, Duterte se benefició de algunas peculiaridades del sistema electoral. Ambos alcanzaron la presidencia sin conseguir una mayoría de los votos. En el caso de Trump fue el colegio electoral el que le brindó una victoria ajustada en 2016. En el de Duterte, fueron unas elecciones presidenciales en una sola vuelta que daban la victoria al candidato que ganara una pluralidad de votos. El 9 de mayo de 2016, Duterte se impuso a otros cuatro candidatos y cosechó el 39 % de los votos. Su rival más cercano, Mar Roxas, consiguió un 23,45 %.

Era una victoria lo bastante clara como para ser un mandato decisivo. Como ocurre con tanta frecuencia en una época de nacionalismo populista, los internacionalistas liberales no entendían qué había sucedido. Desde fuera, Filipinas pareció ir en ascenso durante la etapa de Aquino. Según *Economist*, se había vuelto un país «aburrido y próspero», con un crecimiento económico medio del 6 % anual. [21]

Pero Duterte encontró una base política en la precaria clase media, que temía la delincuencia y estaba enojada por que sus dirigentes no se enfrentaran a ella. Igual que Modi y Trump, Duterte también explotó la desconfianza popular hacia los políticos y el disgusto por la corrupción. Tres cuartas partes de los miembros del Congreso Nacional de Filipinas provienen de dinastías políticas tradicionales, que son percibidas, y con cierta justificación, como corruptas y despreocupadas. [22] Gloria Macapagal Arroyo, presidenta de 2001 a 2010, fue acusada de saquear la lotería estatal, mientras

que su predecesor, Joseph «Erap» Estrada, una antigua estrella de cine, fue condenado por apropiación de ingentes fondos públicos (también bebía mucho y siempre lo recordaré como el único político que se quedó dormido mientras lo entrevistaba).

Duterte acumuló poder enfrentándose a la élite corrupta de la «Manila imperial». Asegura que, con su pasado provinciano y su acento regional, se siente incómodo con sus miembros. Según cuenta, en la facultad de Derecho de Manila hirió de bala a un estudiante altivo que se mofó de su manera de hablar (el incidente no le impidió licenciarse).[23] Todavía insiste en pasar parte de la semana en Davao, su ciudad natal, donde gobernó durante décadas, y prefiere su antiguo título de «alcalde» al de «presidente».

En Duterte se fusionan sencillez y crudeza. Sus discursos son monólogos incoherentes salpicados de vulgaridades que alternan bisaya, tagalo y un inglés rudimentario. Igual que en el caso de Trump y Bolsonaro, ese estilo grosero lo distingue de la clase política más decorosa. Sin embargo, aunque Duterte es consciente de que su estilo es un activo político, sus maneras no son impostadas. Una evaluación psicológica a la que tuvo que someterse durante su divorcio en julio de 1998 identificó una «tendencia generalizada a menospreciar [y] humillar a los demás», y concluyó que padecía un trastorno narcisista de la personalidad.[24] Su personaje —su ira, misoginia y resentimiento— parece real porque lo es. En un país en el que la clase política es considerada hipócrita y la élite muy alejada de las penurias de la gente corriente, muchos comparten la ira de Duterte.

A pesar de su atractivo *antiestablishment*, cuando asumió la presidencia no mostró reparos en hacer favores a los miembros de la élite de Manila. Tiene amistad con el senador Bongbong Marcos, el hijo de Ferdinand Marcos. Cuando, durante los primeros meses de la

administración de Duterte, la ex presidenta Arroyo fue absuelta de las acusaciones que pesaban contra ella, agradeció públicamente al nuevo mandatario que hubiera «creado la atmósfera» que llevó a su exoneración. [25] En noviembre de 2020, Duterte la nombró asesora presidencial.

Esa relación con gente como Arroyo y Marcos no es especialmente sorprendente, ya que, igual que ellos, Duterte es un miembro hereditario de la élite política de Filipinas. A pesar de haber cultivado con esmero esa imagen de hombre normal, Vicente, su padre, era gobernador provincial y más tarde formó parte del Gabinete de Marcos. Duterte era mal estudiante y fue expulsado de varias escuelas. Pero gracias a los contactos de su madre, se convirtió en teniente de alcalde de Davao, la tercera ciudad más grande del país, en 1986, poco después de la caída del régimen de Marcos. Dos años después fue elegido alcalde y, con un par de interrupciones, ocupó el cargo durante más de veinte años. [26]

Como en el caso de Putin y Erdogan, los comienzos de Duterte en la política de las grandes ciudades supusieron una base de poder útil y una oportunidad para aprender en un escenario más pequeño. En los años ochenta, Davao se hallaba en medio de una zona de guerra. El Nuevo Ejército del Pueblo (BHB, por sus siglas en filipino), una guerrilla comunista que dominaba la isla meridional de Mindanao, estaba asesinando a agentes de policía. Los justicieros cazaban a izquierdistas. Los separatistas musulmanes del pueblo moro emprendieron una campaña de terror. Además, hubo una oleada de delitos asociados a bandas de traficantes de drogas. Para recuperar el control, Duterte empleó la estrategia de «divide y vencerás». Acogió a ex comunistas en su administración. Su director de campaña y jefe de Gabinete, Leoncio Evasco Jr., era ex miembro del BHB. También nombró a un teniente de alcalde para que

representara los intereses del pueblo moro y concedió la amnistía a los separatistas si dejaban las armas. Pero los grupos que no se sometieron al nuevo orden de Duterte fueron perseguidos despiadadamente, sobre todo los relacionados con las drogas.

En 2009, un equipo de la Comisión sobre Derechos Humanos de Filipinas entró en una cantera en desuso situada a las afueras de Davao. Allí encontraron miles de huesos humanos, los restos de las víctimas del Escuadrón de la Muerte de Davao (EMD), un grupo de justicieros que había asesinado a más de mil cuatrocientos consumidores y traficantes de drogas mientras Duterte era alcalde.[27] La investigación, encabezada por Leila de Lima, una destacada detractora de Duterte, fue archivada rápidamente por Vitaliano Aguirre II, un amigo del presidente desde la facultad de Derecho al que más tarde nombraría secretario de Justicia.

En septiembre de 2016, poco después de la elección de Duterte como presidente, De Lima, ahora senadora, lideró una nueva investigación sobre el EMD que arrojó testimonios explosivos. Antiguos miembros del escuadrón de la muerte declararon ante el Comité de Justicia del Senado que Duterte había supervisado personalmente sus operaciones y había ejecutado a sospechosos de tráfico o consumo de drogas. Según afirmaron, el grupo se financiaba desviando salarios de empleados municipales inexistentes. La venganza de Duterte contra la senadora De Lima fue inminente y brutal. Ante las presiones del presidente, fue apartada del Comité de Justicia del Senado. En febrero de 2017 fue arrestada bajo falsas acusaciones de tráfico de drogas basadas en testimonios de agentes de policía y reclusos. Los cargos no daban opción a fianza. En 2021 seguía en prisión a la espera de juicio, pero anunció su intención de presentarse a la reelección al Senado en mayo de 2022.

Aunque Duterte negó las alegaciones del Comité de Justicia del Senado e hizo todo lo posible por desacreditar la investigación, su posición pública respecto del EMD es complicada. Ha alabado frecuentemente sus acciones y se jactó de haber asesinado a traficantes. Una vez, durante su programa televisivo como alcalde, que se emitía los domingos por la mañana, pareció confesar: «¿Dicen que yo soy el escuadrón de la muerte? Sí, es cierto». Más tarde aseguró que era una broma, pero su intención parecía clara: llevarse el mérito de los asesinatos del EMD sin reconocer claramente su papel. «Soy vuestra última baza», dijo en un mitin durante la campaña presidencial. «Os prometo que haré lo que sea necesario para arreglar las cosas.» [28] Era el típico discurso del hombre fuerte: el sistema había fracasado y solo él podía reinstaurar el orden tomando medidas que nadie más tomaría. Davao, e implícitamente el EMD, era la prueba de Duterte o, como él decía, la «prueba A». La ironía de la promesa de que lideraría Filipinas como Davao es que esta sigue siendo un lugar disfuncional: aún es la capital del asesinato en Filipinas. [29] Y si Davao es más segura y rica que en los años ochenta, también lo es la gran mayoría del país.

Sin embargo, el hecho de que Duterte adornara su trayectoria en Davao era solo parte de una oleada de desinformación que inició durante la campaña presidencial. Dado que sus rivales políticos contaban con más presupuesto, el equipo de redes sociales de Duterte sabía que debía encontrar maneras de difundir su mensaje sin depender únicamente de la publicidad de pago, así que pronto recurrieron a Facebook. Las escandalosas declaraciones de Duterte, por mendaces que fueran, eran perfectas para provocar los «compartir», los «me gusta» y los comentarios que las harían virales. Sin gastar nada, la campaña podía llegar a los más de 70 millones de filipinos (de una población total de 108 millones) que

utilizan Facebook. Pero la campaña destinó más fondos a las redes sociales y gastó 200.000 dólares en un ejército de *bots* y *trolls* para difundir noticias falsas en nombre de Duterte: desde supuestos elogios del candidato por parte de la familia real británica o del papa hasta falsas cintas pornográficas de sus oponentes políticos e imágenes gráficas de supuesta violencia criminal. Una fotografía, aparentemente de una madre filipina llorando a su hijo asesinado por una banda, en realidad había sido tomada en Brasil. [30]

Filipinas estaba al frente de la epidemia de noticias falsas. Era el «paciente cero», como dijo un directivo de Facebook. [31] A pesar de ello, la empresa apenas hizo nada por abordar el problema antes de las elecciones de mayo de 2016. Ese mes de agosto, tras la victoria de Duterte, María Ressa, una importante periodista y consejera delegada de Rappler, una página de noticias independiente, intentó alertar a Facebook sobre la cuestión. Proporcionó a altos cargos de la empresa pruebas de cuentas falsas que difundían propaganda a favor de Duterte y lanzó una advertencia: la carrera presidencial estadounidense de noviembre acusaría los mismos problemas. No tardó en demostrarse que tenía razón.

Después de las elecciones en EE. UU., Facebook finalmente tomó medidas y eliminó las cuentas pro-Duterte que había identificado Ressa. Pero el daño ya estaba hecho. El aprovechamiento que hizo Duterte de las redes sociales lo ayudó a conseguir la victoria en Filipinas. También enseñó a líderes autoritarios de todo el mundo cómo podían utilizarse las noticias falsas para obtener réditos políticos. Según Ressa, «prueban en nuestro país las tácticas para manipular a Estados Unidos. Si funcionan, las "exportan" al resto del mundo». [32]

Como cabría esperar, Duterte mantiene una amarga relación con quienes cuestionan su versión de los hechos. En septiembre de 2020

amenazó con prohibir Facebook cuando la plataforma cerró una red de noticias falsas gestionada por el ejército y la policía filipinos. Acusó a Rappler, que identificó la red, de estar financiada por la CIA, y afirmó que los periodistas insolentes no estaban «exentos de ser asesinados». Su jefe de prensa reprende a los periodistas por no entender el sentido del humor único del presidente y les aconseja que se lo tomen «en serio, pero no literalmente» (una frase robada a los defensores de Donald Trump). Pero las amenazas de Duterte no son meras fanfarronadas, pues ha perseguido despiadadamente a sus detractores en los medios de comunicación. La propia Ressa ha recibido diez órdenes de arresto por falsos delitos, en su mayoría injurias y evasión de impuestos, y podría enfrentarse a varios años de cárcel. [33]

Duterte también ha atacado a ABS-CBN, un importante canal de noticias filipino, al que castigó por su cobertura de la guerra contra la droga. Cuando venció su licencia en mayo de 2020, se vio obligado a cerrar. La Cámara de Representantes filipina, controlada por los aliados de Duterte, votó a favor de no renovar la licencia y, ante las grandes pérdidas publicitarias, los canales locales de ABS-CBN también cerraron. Es una táctica habitual de los hombres fuertes: en 2019, Bolsonaro amenazó con retirar la licencia a la cadena más importante de Brasil y, como hemos visto, los medios húngaros han sido sometidos por Orbán a un control mucho más estricto.

La ofensiva de Duterte contra la discrepancia también se ha extendido al poder judicial. Cuando Conchita Carpio-Morales, la máxima autoridad anticorrupción del país, abrió una investigación sobre las finanzas personales de Duterte, este amenazó con destituirla y le ordenó que echara a Arthur Carandang, su segundo al mando. Carpio-Morales se negó, pero cuando terminó su mandato,

Duterte la reemplazó por un partidario suyo que destituyó a Carandang. María Lourdes Sereno, presidenta del Tribunal Supremo, fue cesada por medio de un oscuro mecanismo procesal tras cuestionar la legalidad de la guerra contra la droga de Duterte y su declaración de la ley marcial en Mindanao. Fue acusada de no haber declarado todos sus bienes patrimoniales, cosa que Duterte no ha hecho nunca. Con la mayoría del poder judicial a su disposición, Duterte nunca ha tenido que responder por las violaciones de los derechos humanos cometidas en la guerra contra la droga o la «guerra contra el terrorismo» en Mindanao, lo que facilitó la declaración de la ley marcial en la isla.

Lo que distingue a Duterte de muchos otros líderes autoritarios, como Orbán, Putin y Xi, es su falta de ideología. Demuestra un nacionalismo incipiente y desprecio por las clases cultas, pero no ha intentado dotar a sus acciones de una justificación intelectual ni ha presentado un proyecto antiliberal como el que guía a otros líderes autoritarios. Esto acerca a Duterte a Trump y Bolsonaro. Como ellos, actúa por instinto y clientelismo, nombrando a los cargos gubernamentales en función de su lealtad y amistad personal. Carlos Domínguez III, un amigo de la infancia, fue nombrado ministro de Economía; otro compañero de clase, Bingbong Medialdea, se convirtió en secretario ejecutivo, el más alto cargo del Gabinete del presidente. Otros ex compañeros de estudios han sido elegidos ministros de Asuntos Exteriores y Justicia. En la actualidad, su hija Sara es la alcaldesa de Davao y ha sustituido a su padre en varios actos internacionales. Su hijo Paolo es el primer teniente de alcalde. Duterte ha dicho que Sara sería su sucesora natural.

El estilo instintivo y poco sistemático del presidente se extiende a la política exterior. Al principio de su mandato, Duterte provocó consternación en Washington por una visita a Pekín, durante la cual

anunció la «separación» de su país de la tradicional alianza con Estados Unidos. Ante un público muy receptivo en el Gran Salón del Pueblo, el presidente filipino declaró: «He vuelto a alinearme con vuestra ideología y puede que también viaje a Rusia para hablar con Putin y decirle que somos tres contra el mundo: China, Filipinas y Rusia. Es el único camino». Los comentarios de Duterte en parte reflejaban su ira personal hacia el presidente Obama, cuya administración había manifestado inquietud por su historial de derechos humanos. Como respuesta, Duterte había llamado «hijo de puta» a Obama y le había dicho que se fuera al infierno. [34]

Inusualmente, tratándose de Filipinas, Duterte ha alimentado durante mucho tiempo un marcado sentimiento antiamericano por una mezcla de motivos personales y políticos.

En 2002 le negaron un visado para visitar a su novia, Honeylet Avancena, en Estados Unidos por sus posibles conexiones con los escuadrones de la muerte. Incluso antes de su refriega con Obama, había llamado al embajador estadounidense «gay hijo de puta» por criticar un comentario que hizo Duterte durante la campaña presidencial. En él, insinuó que en 1989 le habría gustado participar en la violación grupal de una misionera asesinada durante una fuga carcelaria en Davao. Tras el incidente con Obama, Duterte canceló temporalmente los ejercicios navales conjuntos con EE. UU. en el mar de la China Meridional, donde China ha protagonizado agresivas reivindicaciones territoriales.

Pero a cualquier presidente de Filipinas le resulta difícil persistir en una postura antiamericana. Los estudios internacionales indican que Filipinas es uno de los países más proestadounidenses del mundo. En lugar de avivar un resentimiento duradero, la historia del país como colonia estadounidense entre 1898 y 1946 normalmente ha generado afinidad cultural. Más de la mitad de los filipinos hablan

inglés, hay una gran comunidad de expatriados estadounidenses y el baloncesto es el deporte más popular del país. La flota estadounidense del Pacífico utiliza bases en Filipinas, y las armadas de ambos países suelen realizar maniobras conjuntas. Los dos líderes extranjeros a los que citó Duterte en su discurso de investidura fueron Franklin Roosevelt y Abraham Lincoln.

Filipinas también mantiene una prolongada disputa territorial con China por el mar de la China Meridional, una zona estratégicamente importante por la cual pasa un tercio del tráfico marítimo del mundo. Es un tema que parecía preocupar a Duterte, que en un gesto poco característico recomendó un libro serio, *Asia's Cauldron,* de Robert Kaplan, a los periodistas que quisieran ahondar más en la cuestión. En ocasiones, Duterte ha adoptado posturas antichinas o nacionalistas en este tema. Durante la campaña presidencial, utilizó un tono beligerante y dijo que viajaría en moto de agua hasta una de las islas artificiales construidas por China en aguas disputadas e izaría una bandera filipina.

Duterte también se ha visto presionado por el ejército de Filipinas, el cual, teniendo en cuenta su dilatada cooperación con EE. UU., es firmemente proestadounidense. De igual modo, la ciudadanía filipina es extremista en la defensa de las reivindicaciones marítimas de su país. A consecuencia de ello, Duterte ha endurecido su postura hacia Pekín. Tal vez debido a una falsa sensación de seguridad por la conformidad inicial de Duterte, China también se excedió. En abril de 2019, tras un despliegue de fuerzas chinas cerca de la disputada isla de Thitu, Duterte declaró que enviaría tropas en «misiones suicidas» si no se retiraban. Dirigiéndose a la Asamblea General de la ONU en septiembre de 2020, Duterte esgrimió el dictamen de un tribunal internacional a favor de las reivindicaciones de Filipinas en el mar de

la China Meridional. Al mes siguiente ordenó que se retomara la búsqueda de petróleo y gas en las aguas disputadas.

No obstante, es sorprendente que, durante sus primeros cuatro años como presidente, Duterte celebrara seis reuniones con Xi Jinping y solo se viera personalmente con Donald Trump una vez. Aunque el presidente estadounidense declaró que no tenía intención de plantear problemas por los abusos contra los derechos humanos, no ejercía un control absoluto sobre la política exterior de EE. UU. Los rumores de que a algunos miembros de su comitiva les prohibirían la entrada a Estados Unidos provocaron que Duterte nunca aceptara la invitación de Trump a la Casa Blanca.

Pero cuando ambos pudieron reunirse, se entendieron muy bien. En una cumbre de la Asociación de Naciones del Sureste Asiático celebrada en Manila en noviembre de 2017, Duterte le cantó a Trump una canción popular filipina: «Eres la luz de mi mundo, la mitad de este corazón mío».

El episodio fue típico de las relaciones entre dos líderes fuertes, en las que el *kitsch* y los halagos en público iban de la mano de la violencia y el incumplimiento de la ley fuera de escena. Esa misma combinación de ostentación pública y brutalidad privada también era característica del líder fuerte que, más que cualquier otro, podría afirmar haber entablado una relación especial con la Casa Blanca de Trump: Mohammed bin Salmán, de Arabia Saudí.

9

El ascenso de MBS y el fenómeno Netanyahu (2017)

Cuando Donald Trump juró el cargo en enero de 2017, en gran parte de Europa reinaba un mal presagio. Pero los líderes de los dos máximos aliados estadounidenses en Oriente Próximo —Israel y Arabia Saudí— se mostraron exultantes. Benjamin Netanyahu, el primer ministro de Israel, y el príncipe heredero Mohamed bin Salmán de Arabia Saudí consideraban que las políticas de la administración de Obama en la región eran peligrosamente ingenuas. Con Trump en la Casa Blanca volvían a tener un presidente estadounidense que antepondría la estabilidad regional a la democracia y endurecería las políticas contra Irán.

Bibi y MBS —por utilizar los apodos por los que son conocidos— son figuras clave en la era de los líderes autoritarios. Ambos llegaron a personificar a sus naciones de manera más completa que cualquiera de sus predecesores recientes. En julio de 2019, después de trece años en el cargo, Netanyahu se convirtió en el primer ministro más veterano de Israel, superando incluso a David Ben-Gurion, el padre fundador del país.

Mohamed bin Salmán ha entrado en escena hace relativamente poco: llegó al gobierno en 2015 y fue nombrado formalmente

príncipe heredero en 2017. Pero él también es una figura transformadora. En la era moderna, el liderazgo de Arabia Saudí nunca había estado tan ligado a una sola persona carismática. El nuevo hombre fuerte saudí ha erradicado el viejo sistema de liderazgo monárquico colectivo, basado en la longevidad, el consenso y una división de carteras entre príncipes. En 2018, tal como explica su biógrafo Ben Hubbard: «MBS ha destruido ese sistema (tradicional) y ha hecho extensivo su control al ejército, el sector del petróleo, los servicios de espionaje, la policía y la Guardia Nacional». [1]

La centralización del poder y la identificación entre líder y nación —tanto en su país como fuera de él— es una característica de la era de los líderes autoritarios. Tanto Bibi como MBS son líderes marcadamente nacionalistas con una intensa paranoia sobre el mundo exterior. Su antipatía común hacia Irán y su deseo de colaborar con la administración de Trump reformularon la geopolítica de Oriente Próximo entre 2016 y 2020.

A pesar de las similitudes en sus objetivos estratégicos y temperamentos, los entornos políticos e incluso físicos en los que se mueven los líderes saudí e israelí son claramente distintos. La opulencia de la monarquía saudí no tiene rival. Entre las fruslerías que se ha comprado Mohamed bin Salmán hay un castillo situado a las afueras de París con un precio de trescientos millones de dólares. [2] Los visitantes que son recibidos por el príncipe heredero en Riad a menudo quedan boquiabiertos ante el majestuoso esplendor de su entorno, y esa es precisamente la intención.

Comparativamente, el lugar de trabajo del primer ministro en Jerusalén es muy espartano. Cuando visité a Netanyahu en 2013, su oficina se encontraba en un edificio poco atractivo pero bien custodiado, y se accedía a ella por un tramo de escaleras de piedra.

La sala en la que trabajaba no era especialmente grande u ostentosa. El único atisbo de lujo era el grueso puro que estaba fumando el primer ministro israelí mientras hablaba de política global sentado cómodamente en su sofá.

La afición de Netanyahu a los puros y el champán rosado afloraría en un postergado juicio por corrupción que amenazaba con poner fin a su carrera política e incluso llevarlo a la cárcel. Por el contario, MBS actúa en un clima de impunidad absoluta y ha detenido e incluso asesinado a sus oponentes políticos.

Pero Bibi y MBS se unieron en torno a un enemigo y un amigo comunes. El enemigo era Irán, y el amigo Jared Kushner, el yerno de Donald Trump.

Netanyahu se ha pasado buena parte de los últimos veinte años lanzando siniestras advertencias sobre los peligros de un Irán nuclear. El miedo a la influencia iraní empujó a MBS a llevar a Arabia Saudí a la guerra en Yemen y a imponer un bloqueo al vecino Catar.

En cuanto Trump fue elegido presidente, quedó claro que tenía intención de tratar a su familia, en particular a su hija Ivanka y su marido Jared, como asesores de confianza. En Washington, la clase dirigente veía ese estilo dinástico de gobierno como algo peculiar e inapropiado, pero era algo natural para la familia real saudí. En sus respectivos contextos, Kushner y MBS eran principitos: treintañeros extremadamente ricos que le debían su posición en la vida a su familia. Al principio del mandato de Trump, ambos fueron presentados por socios empresariales de este último y trabaron amistad rápidamente.[3] El frecuente intercambio de mensajes y emoticonos de WhatsApp entre MBS y Kushner era motivo de fascinación y preocupación para la comunidad del espionaje estadounidense.

El juego generacional era un poco distinto en el caso de Netanyahu. El primer ministro israelí era íntimo del padre de Kushner, el constructor Charles Kushner, y en los años ochenta se hospedó con la familia en Nueva Jersey. El joven Jared le cedió su cama al político israelí en ciernes. [4]

Para Jared Kushner, un judío ortodoxo con un duradero compromiso con Israel, Oriente Próximo era una región de interés natural. En verano de 2020 pudo utilizar el temor de saudíes e isralíes hacia Irán para negociar un acuerdo histórico: la creación de lazos diplomáticos entre Israel y Emiratos Árabes Unidos. EAU es una federación pequeña y rica muy vinculada a los saudíes. Se crearon vuelos directos entre Dubái, Abu Dabi y Tel Aviv y, por primera vez, los aviones israelíes podían sobrevolar Arabia Saudí gracias a MBS. En Israel creían que cuando muriera el rey Salmán y lo sucediera MBS, Arabia Saudí entablaría relaciones diplomáticas con Israel, lo cual pondría fin al boicot árabe iniciado cuando se fundó el Estado israelí en 1948.

El acuerdo con EAU fue un triunfo muy necesario para Netanyahu. En 2020 se aferraba al cargo después de tres elecciones poco concluyentes y se enfrentaba a un juicio por corrupción y fraude. Ahora podía jactarse de un nuevo tratado de paz que ampliaría los horizontes para los turistas y empresarios israelíes. El acuerdo entre EAU e Israel también fue un duro golpe para los palestinos, ya que se había sellado sin que Netanyahu hiciera movimiento alguno hacia la «solución de dos Estados», que durante mucho tiempo se había esgrimido como la solución definitiva al conflicto. Por el contrario, la causa palestina, que tan importante había sido para las políticas árabes y globales durante décadas, parecía haber quedado en la cuneta. Tras el acuerdo, Anshel Pfeffer, el biógrafo de Netanyahu, me dijo que los palestinos podían acabar como los tibetanos: un

grupo oprimido cuya tierra había sido ocupada pero cuyo destino era ignorado cada vez más por el mundo exterior. [5]

Aunque ese desenlace parecía potencialmente trágico para los palestinos, fue un triunfo de la obstinada resistencia de Netanyahu a la presión internacional para que aceptara un Estado palestino. Durante la administración de Obama, Bibi había apoyado esa solución. Cuando me reuní con él en su despacho en 2013, le pregunté si simplemente estaba siguiéndole la corriente a Obama. Netanyahu sonrió y dijo: «Obviamente sí». Pero luego, el primer ministro israelí expuso el típico argumento por el que Israel debía aceptar un Estado palestino. El peligro, dijo, era que si Israel incorporaba a 2,7 millones de palestinos de Cisjordania, el gobierno quizá tendría que decidir entre ser un Estado judío o una democracia, ya que los judíos estarían peligrosamente cerca de perder su estatus mayoritario en la tierra de Israel. [6]

Incluso entonces me sorprendió que hubiera algo predecible en la defensa que hizo Netanyahu de la solución de dos Estados. No lo pensaba de verdad. De hecho, a lo largo de su carrera política se había resistido a la habitual opinión liberal sobre lo que debía hacer Israel para garantizar su futuro. Esa opinión, expresada de maneras distintas por figuras tan diversas como Bill Clinton y Tony Blair y ex primeros ministros israelíes como Ehud Barak y Shimon Peres, era que para conseguir la aceptación internacional y la paz con sus vecinos árabes, Israel primero debía firmar la paz con los palestinos.

Netanyahu nunca había aceptado ese argumento. Por el contrario, él y su partido, el Likud, habían formado una alianza con el poderoso movimiento de los colonos israelíes, que no consideraban Cisjordania la ubicación de un futuro Estado palestino, sino una parte esencial de Israel que a la postre debería incorporarse a la tierra. Nadie explicó qué sería de los palestinos en ese escenario. Algunos

radicales israelíes de extrema derecha esperaban que fueran expulsados a un Estado árabe vecino como Jordania. Otros barajaban la posibilidad de conceder a los palestinos el derecho de autogobierno en zonas que eran poco más que ayuntamientos con pretensiones, una solución política que a veces era comparada con la Sudáfrica del apartheid, donde el gobierno había intentado dar el derecho al voto a los ciudadanos negros solo en «bantustanes» sin poder alguno.

En lugar de ver la solución de dos Estados como el camino hacia la armonía regional, la también denominada ruta «de dentro hacia fuera», Netanyahu defendía la solución «de fuera hacia dentro», en la que primero se alcanzaría la paz con los vecinos árabes y un Israel fortalecido resolvería luego el problema palestino.

La versión dura del sionismo del primer ministro israelí tenía raíces profundas en su historia familiar. Nacido en Tel Aviv en 1949, Benjamin Netanyahu es hijo de Benzion Netanyahu, un intelectual israelí de derechas que nació en Varsovia y se trasladó a Palestina en 1924, cuando estaba sometida al dominio británico. Incluso de adolescente, Benzion Netanyahu era, según Anshel Pfeffer, «miembro de la única facción política [sionista] que había decidido no tener en cuenta las reivindicaciones territoriales de los árabes». [7] El sionismo revisionista que adoptó la familia Netanyahu giraba en torno a la filosofía política de Ze'ev Jabotinsky, que rechazaba el socialismo de David Ben-Gurion, el padre fundador de Israel, y se decantaba por una forma de nacionalismo más militarizada que veía el conflicto con la población árabe como algo inevitable. Ben-Gurion consideraba a Jabotinsky un fascista, y durante los primeros treinta años de existencia de Israel, a partir de 1948, la política israelí estuvo dominada por el Partido Laborista de Ben-Gurion. Fue en 1977 cuando el Partido Likud, liderado por

seguidores de Jabotinsky, llegó por primera vez al poder. Y el Likud era el partido que acabaría encabezando Benjamin Netanyahu. [8]

La división entre los partidos Laborista y Likud no era una simple cuestión ideológica, sino también de clase e historia. El Partido Laborista estaba liderado por exiliados de Europa del Este de ascendencia askenazí que provenían de la izquierda y eran considerados la élite intelectual y social del nuevo Estado israelí. El Likud, por el contrario, atraía numerosos apoyos de judíos sefardíes que fueron expulsados o emigraron de naciones árabes, y más tarde de inmigrantes llegados desde Rusia tras la caída de la Unión Soviética. Era el partido de los forasteros y despotricaba de la élite complaciente y liberal. En ese sentido, las políticas del Likud y Netanyahu se anticiparon varias décadas a las políticas de Donald Trump y el Brexit.

El rechazo de Netanyahu a algunas ideas fundamentales de los padres fundadores del Estado israelí también recuerda a las políticas de Modi en la India y a las de Erdogan en Turquía. Igual que Netanyahu viene de una tradición que rechaza muchas de las ideas relativamente liberales de Ben-Gurion y se decanta por un nacionalismo de derechas más duro y populista, Modi y Erdogan han atacado las ideas de Nehru y Atatürk.

Pero la mayor influencia cultural para Benjamin Netanyahu era Estados Unidos. Dado que Benzion Netanyahu no encontró un puesto académico en Israel, la familia se mudó a EE. UU. De los ocho a los diez años, Bibi residió en Nueva York, y pasó gran parte de su adolescencia en Filadelfia. Cursó estudios universitarios y de posgrado y obtuvo titulaciones en arquitectura y dirección de empresas en el Instituto de Tecnología de Massachusetts. Más tarde trabajó como asesor de dirección en Boston Consulting Group. Gracias a ello, Netanyahu conoce la cultura estadounidense,

comprende a la perfección la escena política del país y ha sido un agente extremadamente habilidoso allí. Muchos de sus principales asesores, como Dore Gold y Yoram Hazony, son angloparlantes nativos, y las reuniones del Gabinete de Netanyahu a menudo eran en inglés.

Sin embargo, fue necesaria una tragedia para catapultar a la familia Netanyahu del anonimato a la fama nacional. Se trata de la muerte de Jonathan (Yoni), el hermano mayor de Bibi, en 1976, mientras lideraba un comando para liberar a unos rehenes judíos retenidos por militantes palestinos y alemanes en el aeropuerto de Entebbe, Uganda. La operación Entebbe sería la temática de tres largometrajes y convirtió a Yoni en un héroe nacional a título póstumo. Bibi, su elocuente hermano, que también había servido en el ejército israelí, no tardó en convertirse en un objeto de deseo cortejado por importantes políticos de Israel como Shimon Peres, a quien Netanyahu derrotaría más adelante en la carrera al cargo de primer ministro.

El talento de Netanyahu como defensor angloparlante de Israel supuso que fuera elegido para el importante cargo de embajador ante la ONU de 1984 a 1988. A su regreso a Israel se afilió al Likud, un partido de derechas. En 1993 era el líder de la formación, y en 1996, cuando tenía cuarenta y seis años, se convirtió en el primer ministro más joven de la historia de Israel. Aunque perdió el poder en 1999, volvió a ocupar el cargo al cabo de una década tras ganar las elecciones de 2009. A partir de entonces cosechó una serie de victorias electorales, normalmente por un estrecho margen que requirió tortuosos períodos de búsquedas de coalición para mantenerlo en el puesto de primer ministro. Cuanto más tiempo permanecía en el poder, más capaz era de interpretar el papel de personaje ilustre y rostro internacional de Israel. Los carteles de

campaña del Likud para las elecciones de 2020 incluían fotos de Netanyahu junto a Modi, Trump y Putin bajo el eslogan: «Otra liga».

Finalmente, Netanyahu perdió su cargo en 2021 después de otras elecciones muy reñidas. Pero su longevidad política le había permitido gobernar más tiempo que líderes occidentales como Bill Clinton, Barack Obama y David Cameron, a quienes consideraba ingenuamente liberales en la cuestión palestina. En los años posteriores a Obama, Netanyahu pudo aprovechar el auge de una nueva generación de líderes nacionalistas y populistas —desde Washington hasta Nueva Delhi, Budapest y Brasilia— que admiran ardientemente al Estado judío. Ese cambio en la atmósfera política del mundo dio aire a un país que durante mucho tiempo ha temido el aislamiento internacional y los boicots comerciales.

El cambio más importante para los israelíes fue la elección de Trump en 2016. El nuevo presidente de Estados Unidos dependía mucho del apoyo de los votantes evangélicos blancos, que eran más numerosos que los judíos y, con frecuencia, más fervorosos en su apoyo a Israel (una gran mayoría de los judíos estadounidenses seguían votando a los demócratas). Como presidente, Trump cumplió una larga lista de objetivos israelíes que en su día parecían fantasías lejanas. En 2018 trasladó la embajada estadounidense de Tel Aviv a Jerusalén y se retiró del acuerdo nuclear con Irán, negociado por Obama. Al año siguiente, EE. UU. reconoció la soberanía israelí sobre los Altos del Golán, que habían sido conquistados por Siria durante la guerra de los Seis Días de 1967. Netanyahu casi parecía incrédulo cuando recibió ese regalo en la Casa Blanca.

Los lazos entre Trump y Netanyahu no eran solo diplomáticos y familiares, sino también ideológicos. Cuando los asesores de Trump se esforzaban en convertir los instintos y tuits de su jefe en ideas

coherentes, uno de los pensadores a los que recurrieron fue Yoram Hazony, el filósofo favorito de Netanyahu. Hazony, ex ayudante y todavía confidente de Netanyahu, conoció el éxito intelectual con su libro *La virtud del nacionalismo*, de 2018. [9] Los empleados de la Casa Blanca de Trump que habían trabajado en la estrategia de seguridad nacional del presidente me citaron a Hazony como una gran influencia en su pensamiento. Wes Mitchell, que ejerció de secretario adjunto de Estado para Europa, aconsejó a los diplomáticos de la UE que leyeran a Hazony si querían entender la manera de pensar de la administración de Trump.

Los diplomáticos europeos que hicieron el esfuerzo se sintieron bastante desconcertados por lo que descubrieron. Hazony hablaba sin ambages de su desprecio por la UE, que describía como una tapadera para una nueva forma de imperialismo alemán. Para el filósofo, el único pilar verdadero del orden político y la libertad humana es la nación, basada en un lenguaje, una cultura y una religión comunes. Todas las naciones prósperas, argumenta Hazony, deben estar organizadas alrededor de un grupo «cuyo dominio cultural sea claro e incuestionable y contra el cual la resistencia parezca fútil». [10]

No es difícil entender el atractivo de esa idea para los seguidores blancos de Trump, preocupados por predicciones demográficas que demostraban que, en la década de 2040, representarían menos de un 50 % de la población estadounidense. La idea, esencial para el nacionalismo del siglo XIX, de que una nación debe construirse en torno a un grupo étnico o cultural dominante también es adoptada con fervor por el húngaro Viktor Orbán, que celebró varias reuniones con Hazony y también lo cita como influencia intelectual.

El primer ministro de Hungría, un defensor de la «democracia iliberal», visitó Jerusalén en 2018. En Israel, aquella visita fue

controvertida, ya que Orbán había desplegado una campaña electoral repleta de imaginería antisemita en la que describía al financiero George Soros como un titiritero rico y maligno que pretendía inundar Hungría de refugiados. Pero Soros también era despreciado por Netanyahu debido a su apoyo a los palestinos y organizaciones israelíes pro derechos humanos.

Desde luego, existen claras afinidades ideológicas entre los líderes israelí y húngaro.[11] Los dos son nacionalistas étnicos que creen en «Israel para los judíos» y «Hungría para los húngaros». El hecho de que el nacionalismo de Orbán rezume algo más que un atisbo de antisemitismo no es especialmente chocante para Netanyahu, cuyo sionismo siempre ha dado por sentado que el mundo exterior es inherentemente antisemita. En los meses posteriores a la elección de Trump, los políticos israelíes se esforzaron en tender puentes entre Orbán y la Casa Blanca.

Para el líder israelí, forjar una alianza táctica con una figura como Orbán está justificado si eso ayuda a Israel. Y los nacionalistas centroeuropeos fueron útiles cuando los checos, los húngaros y los rumanos vetaron una condena de la UE al traslado de la embajada estadounidense a Jerusalén. El primer ministro rumano incluso dijo que su gobierno quizá llevaría también su embajada a dicha ciudad. En la actualidad, a la extrema derecha europea le preocupan mucho más los musulmanes que los judíos, y su islamofobia a menudo se traduce en apoyo a Israel. A pesar de sus raíces antisemitas, el Frente Nacional de la francesa Marine Le Pen se ha convertido en un partido marcadamente proisraelí.

La desconfianza hacia el islam también ayudó a Netanyahu a estrechar lazos con Narendra Modi, que en 2017 fue el primer mandatario indio que visitaba Israel desde la fundación del Estado. Algunos seguidores fieles del BJP ven la feroz respuesta de Israel a

la violencia palestina como un modelo para la India en su lucha con terroristas residentes en Pakistán. De hecho, Israel ha vendido a la India armas por valor de miles de millones de dólares, algunas de las cuales se utilizaron en un ataque aéreo a Pakistán en 2019.

Israel pronto se convirtió en parada casi obligatoria para la nueva generación de líderes fuertes, que disfrutaban desafiando las opiniones liberales. En septiembre de 2018, Rodrigo Duterte, el líder de Filipinas, viajó a Jerusalén y le dijo a Netanyahu: «Sentimos la misma pasión por los seres humanos». [12] Era un cumplido de doble filo, si tenemos en cuenta el frecuente y manifiesto apoyo de Duterte al despliegue de escuadrones de la muerte.

En 2019, Jair Bolsonaro fue elegido presidente de Brasil. Bolsonaro dependía aún más que Trump de los votantes evangélicos y reiteraba su amor por el Estado de Israel. Netanyahu fue invitado de honor en la investidura de Bolsonaro, y el brasileño fue agasajado en una visita de Estado a Israel meses después. Tener al país más grande de Latinoamérica como aliado supuso un gran avance para Israel, ya que el «Sur global» de naciones en vías de desarrollo tradicionalmente había apoyado con firmeza a los palestinos. Para Bolsonaro, tender la mano a Israel era una manera de atraer a los evangélicos y a la Casa Blanca de Trump, a la vez que metía un dedo en el ojo a sus enemigos de la izquierda liberal. Casi una década antes, su gran rival político, el presidente Luiz Inácio Lula da Silva (a quien siempre nos referiremos como «Lula») visitó Cisjordania y anunció: «Sueño con una Palestina libre e independiente».

La tarjeta de visita de Israel en la China de Xi es la tecnología. Wang Qishan, el vicepresidente chino, asistió a una feria tecnológica israelí en octubre de 2018. En un momento en el que las empresas de tecnología estadounidenses eran más reacias a trabajar con China, Israel suponía una alternativa atractiva. Actualmente, una

compañía china es propietaria y gestora del puerto de Haifa, la principal base de la armada israelí y frecuente puerto de escala para la Sexta Flota de EE. UU. [13] Ese acercamiento cada vez mayor entre Israel y China fue una de las pocas quejas que expresó la administración de Trump sobre el país de Netanyahu.

Este considera que esas nuevas relaciones son un gran logro e ignora los escrúpulos liberales sobre su amistad con gente como Duterte, Bolsonaro y Orbán. Según Avi Gil, antiguo alto cargo de la diplomacia de Israel: «Un orden mundial que dé menos peso a los derechos humanos y democráticos ejercerá menos presión sobre Israel». [14] Sin embargo, incluso en términos de pura *realpolitik*, la diplomacia de Bibi entraña riesgos notables para Israel. La acusación más perjudicial esgrimida contra el Estado judío por sus detractores es que la afirmación de que es un ejemplo de democracia se ve socavada por su trato a los palestinos. Al aliarse con una nueva generación de populistas y nacionalistas, muchos de ellos con dudosas credenciales democráticas, Israel debilita aún más el argumento de que es un defensor de la democracia.

Pero, para Netanyahu, las ventajas de codearse con los líderes fuertes del mundo compensaban el riesgo de perder apoyos en los círculos progresistas de Occidente. Las visitas de personajes como Orbán, Duterte, Bolsonaro y Modi resultaron útiles. Pero el líder fuerte que más poder tiene para mejorar la seguridad y la prosperidad israelíes es el que está más cerca: MBS.

MBS, un neófito político, tiene grandes ambiciones de rehacer Oriente Próximo. A instancias de Kushner, Trump eligió Arabia Saudí como primer viaje oficial al extranjero en mayo de 2017. Aunque fue un enorme y apreciado cumplido para los saudíes, también generó beneficios prácticos para Riad. La decisión de Trump de romper el acuerdo de paz del presidente Obama con Irán fue mucho más

importante para los saudíes que cualquier ofensa ocasionada por el «cebo musulmán» de la campaña electoral de Trump en 2016. El presidente recibió varias ovaciones durante su discurso en Riad, en el que ofreció a la monarquía absoluta una «asociación basada en intereses y valores comunes».

Formalmente hablando, MBS no era el líder de Arabia Saudí. Ese título le correspondía a su padre, el rey Salmán. Pero cuando Trump visitó el país a mediados de 2017, no cabía duda de que el príncipe Mohamed, de treinta y un años, era quien ostentaba el poder detrás del trono. Él era el ministro al que los líderes extranjeros acudían para hablar. Él era el hombre que exponía la visión de una nueva Arabia Saudí a empresarios y periodistas internacionales.

Fue un ascenso extraordinario. En 2015, MBS era tan solo «un príncipe entre miles» en la familia real saudí. [15] Su subida al poder obedeció a una mezcla de azar y crueldad personal. El padre de MBS, el rey Salmán, era el vigesimoquinto hijo del rey Abdulaziz (Ibn Saud), el primer monarca de Arabia Saudí. MBS era el sexto hijo de Salmán. Según Ben Hubbard: «Como sexto hijo del vigesimoquinto descendiente del rey fundador, había pocos motivos para esperar que fuera a ocupar un lugar destacado». [16] Pero la muerte de dos de los hermanos mayores de Salmán y su exitosa trayectoria como gobernador de Riad propiciaron que el rey Abdalá lo nombrara nuevo príncipe heredero de Arabia Saudí en 2012. De repente, MBS estaba mucho más cerca del poder real. Cuando el rey Salmán subió al trono en 2015, eligió a su hijo favorito, el príncipe Mohamed, como ministro de Defensa.

A los dos meses de su nombramiento, MBS había demostrado su carácter despiadado. En marzo de 2015, las fuerzas aéreas saudíes lanzaron una serie de bombardeos sobre el vecino Yemen para expulsar a los rebeldes hutíes, vinculados a Irán, que habían tomado

el control de la capital. Fue una medida sorprendente. Durante mucho tiempo, el reino saudí había sido un gran comprador de armamento, pero nunca había mostrado ganas de utilizarlo. MBS creía que cosecharía una victoria fácil en Yemen, pero se equivocaba. Los saudíes quedaron empantanados en el conflicto y fueron acusados de crímenes de guerra por sus bombardeos indiscriminados.

Pero la decisión belicosa e impulsiva de entrar en guerra con Yemen apenas afectó a la reputación del príncipe en Occidente. Por el contrario, igual que Erdogan antes que él, MBS era considerado la gran esperanza para un Oriente Próximo reformado. En una influyente columna publicada por *New York Times* en noviembre de 2015, Thomas Friedman describía a MBS como un torbellino reformista que tenía «la misión de transformar el sistema de gobierno de Arabia Saudí». Tras una audiencia con MBS, a Friedman le impresionó su determinación de reducir la dependencia del petróleo e introducir reformas sociales en el reino. «Desde la llegada de Mohamed», decía entusiasmado, «grandes decisiones que antes se tomaban en dos años ahora se toman en dos semanas.» [17] Durante otra velada con MBS en 2017, cuando se acumulaban las protestas por violaciones de los derechos humanos, Friedman seguía impresionado. Según argumentaba: «El proceso reformista más importante que está desarrollándose actualmente en Oriente Próximo es Arabia Saudí». Reconoció que, solo unas semanas antes, MBS había «arrestado a docenas de príncipes y empresarios saudíes», pero añadía: «Aquí no existe la perfección. Alguien tenía que hacer ese trabajo: llevar a Arabia Saudí al siglo XXI». [18]

Para ser justos, Friedman no era el único que quedó impresionado con MBS. Al príncipe Mohamed se le daba bien establecer contacto

con formadores de opinión occidentales, a los que deslumbraba con una mezcla de determinación, riqueza y la idea de que estaba incluyéndolos en su círculo de confianza. A veces, una persona influyente de Washington me enseñaba los mensajes de texto amistosos que recibía de MBS. Los periodistas comparaban notas sobre la opulencia del entorno en el que los recibía el príncipe heredero.

Mientras tanto, consultores de gestión occidentales acudieron en tropel a Riad con el fin de conseguir contratos lucrativos para llevar a cabo el programa de reformas económicas de MBS, conocido como Visión 2030. Los banqueros de inversión salivaban ante la posibilidad de sacar al mercado Saudi Aramco, la empresa petrolera nacional. Prometía ser la salida a bolsa más importante de la historia. Los fabricantes de armas, influyentes en la Casa Blanca de Trump, seguían obsesionados con Arabia Saudí, el mayor importador de armamento del mundo.

Los amigos de Israel estaban encantados de que al nuevo gobernante de Arabia Saudí no le preocuparan demasiado los palestinos y viera a Israel primordialmente como un aliado contra Irán. Incluso los activistas pro derechos humanos aplaudieron algunas reformas de MBS, como la tan esperada decisión de permitir a las mujeres que condujeran, algo que había exigido que el príncipe atenuara el poder de la temida policía religiosa.

Sin embargo, en Occidente también había escépticos. Como me dijo un alto cargo británico: «Mi pregunta es si MBS se parece más a Lee Kuan Yew o a Sadam Huseín». En otras palabras, ¿el príncipe saudí era un reformador sabio aunque autoritario como Lee, que había modernizado Singapur, o un dictador despiadado y sin control como Sadam?

La paradoja era que, con MBS, las libertades sociales estaban aumentando pese al telón de fondo del reino de terror. El príncipe heredero estaba decidido a ampliar las posibilidades de la juventud saudí. Comprendía la importancia de la opinión pública y las redes sociales, hecho inusual para un miembro de la monarquía del país. MBS, una figura imponente con sus 1,83 metros de altura, utilizó a expertos para mejorar su imagen en Twitter retratándose como un modernizador y un nacionalista.[19] Como comentaba a menudo el propio MBS, dos tercios de la población de su país, de 34 millones de habitantes, eran menores de treinta años. La sociedad se flexibilizó, lo cual permitía a los jóvenes encontrar entretenimientos, fundar empresas, relacionarse y viajar.

Pero, al mismo tiempo, MBS mostraba una intolerancia cada vez mayor hacia la oposición y la discrepancia, incluso en su familia. Tras su ascenso al poder se produjo una extraordinaria nota discordante cuando algunos responsables de espionaje occidentales recibieron informes de que el príncipe había sometido a su propia madre a arresto domiciliario (se especulaba que MBS quería impedir que influyera en su padre, el rey). Al principio, el rey Salmán había elegido a su hijo favorito como segundo en la línea de sucesión. Por delante de MBS estaba su primo, MBN, el príncipe Mohamed bin Nayef. Pero, en junio de 2017, MBN fue detenido, encarcelado en régimen de aislamiento y obligado a abdicar. Por las redes sociales circuló un vídeo en el que juraba fidelidad a MBS y, más tarde, fue sometido a arresto domiciliario en un palacio de Yeda.[20]

También se produjeron arrestos masivos de disidentes y detractores de MBS. La única apuesta segura era la aprobación servil del nuevo príncipe heredero. Un periodista independiente que se vio obligado a huir del país escribió una columna para *Washington Post* con el titular «Arabia Saudí no fue siempre tan opresiva. Ahora es

insoportable». En él se quejaba del «miedo, la intimidación, las detenciones y la humillación pública a los intelectuales». [21]

El autor del artículo era Yamal Jashogyi. Un año después fue ejecutado en el consulado saudí de Estambul. El horrendo asesinato de Jashogyi, cuyo cuerpo fue desmembrado con una sierra para cortar huesos, dañó enormemente la reputación internacional de MBS. Al principio, los saudíes dijeron que había desaparecido misteriosamente y luego que había muerto accidentalmente en una operación de secuestro. Pero pocas personas que conocieran realmente Arabia Saudí dudaron de que el asesinato había sido ordenado por el vengativo MBS. Sin duda, esa fue la conclusión de la CIA en un informe que no tardó en filtrarse (y luego fue publicado en su totalidad por la administración de Biden). [22]

El asesinato de Jashogyi puso fin a los elogios a MBS en la prensa occidental, pero no a sus negocios y relaciones diplomáticas con Occidente. Inmediatamente después de la muerte del periodista, muchos empresarios importantes de Occidente se habían retirado de una ostentosa conferencia de inversión llamada «Davos en el desierto». Pero cuando le pregunté a un consejero delegado cuándo creía que volverían él y sus colegas a Arabia Saudí, sonrió y dijo: «En cuanto ya no aparezca en las portadas».

La reacción del presidente Trump también fue pragmática: «Es posible que el príncipe heredero tuviera conocimiento de esos hechos trágicos. Puede que sí y puede que no ... Estados Unidos tiene intención de seguir siendo un socio incondicional de Arabia Saudí para garantizar los intereses de nuestro país». [23] Trump no estaba solo en su pragmatismo amoral. En noviembre de 2020, Arabia Saudí tuvo el honor de acoger la cumbre del G20, integrada por los países más poderosos del mundo. Debido al covid-19, tuvo que celebrarse de manera virtual. No obstante, activistas pro

derechos humanos organizaron una campaña para que los líderes mundiales boicotearan el acto debido a la participación de MBS. Pero ese llamamiento fue ignorado, lo cual permitió al líder *de facto* saudí pronunciar el discurso de clausura ante un público que incluía a liberales acérrimos como la alemana Angela Merkel y el canadiense Justin Trudeau. En realidad, en la cumbre del G20 ya habían participado otros líderes conocidos por sus abusos contra los derechos humanos: los presidentes Xi, de China, Erdogan, de Turquía, y Putin, de Rusia.

Lo cierto es que MBS no es una aberración en la era de los líderes autoritarios. Por el contrario, con su despiadada campaña para centralizar el poder, el fomento del culto a la personalidad y su voluntad de cometer asesinatos, sintoniza mucho con el espíritu de la época.

10

Bolsonaro, Amlo y el retorno del caudillo latinoamericano (2018)

«Brasil se enfrenta a una crisis moral y política.» En agosto de 2017, Fernando Henrique Cardoso parecía distante y analítico en São Paulo, pero estaba describiendo la posible destrucción del trabajo de su vida. Cardoso, un ex profesor de sociología, fue presidente de Brasil de 1995 a 2002, años en los que consolidó la democracia del país, reformó su economía y puso los cimientos del auge económico. El optimismo de los años posteriores era evocado en 2009 por una famosa portada del *Economist*, en la que aparecía la estatua del Cristo Redentor de Río subiendo al espacio con un cohete bajo el titular «Brasil despega». Pero Cardoso, que en aquel momento tenía ochenta y seis años, estaba viendo cómo su país caía de nuevo a la Tierra.

Vapuleada por una mala gestión política y una bajada de los precios de algunas exportaciones cruciales, como el mineral de hierro y la soja, la economía brasileña había caído casi un 8 % en los dos años anteriores. La presidenta Dilma Rousseff fue destituida en 2016, y alrededor de un 40 % de los miembros del Congreso estaban siendo investigados por corrupción. Muchos de los

empresarios y políticos más poderosos de Brasil habían sido enviados a prisión como parte de una campaña anticorrupción conocida como *Lava jato* (Lavado de coches). Los sondeos demostraban que solo un 13 % de los brasileños seguían teniendo fe en la democracia de su país.

Puesto que los brasileños de a pie estaban sufriendo y la clase política había quedado desacreditada, se daban todas las condiciones para el ascenso de un político populista y antisistema. Cuando conocí a Cardoso en São Paulo, las primeras encuestas de opinión para las elecciones presidenciales de 2018 ya daban el segundo puesto a Jair Bolsonaro, un congresista de extrema derecha. Elegido por primera vez para el Parlamento brasileño en 1990, el ex capitán del ejército había hecho poca mella en la política durante más de veinticinco años. Pero en un ambiente de crisis política y económica, Bolsonaro de repente estaba en boca de todos. Su promesa de actuar con dureza contra los malhechores —tanto en el Congreso como en los barrios de chabolas de Brasil, inundados de delincuencia— estaba calando. Igual que Donald Trump en Estados Unidos y Rodrigo Duterte en Filipinas, Bolsonaro había conseguido un sinfín de seguidores a través de las redes sociales y utilizaba retórica chocante para destacar. Había declarado que si veía a dos hombres besándose en la calle, los atacaría. Había defendido el uso de torturas por parte del ejército y proclamó desafiante que la mayoría de los brasileños estaban de acuerdo con él. En el proceso de destitución de la presidenta Rousseff en 2016, incluso había concedido su voto al coronel Brilhante Ustra, que dirigió un conocido escuadrón de torturas durante la dictadura brasileña, entre 1965 y 1985.

En agosto de 2017, a un año de las elecciones, la mayoría de los miembros de la élite brasileña con los que me reuní no estaban

dispuestos a creerse que un hombre al que consideraban ordinario, tonto y violento pudiera llegar al palacio presidencial. «Casi todos los comentaristas consideran al señor Bolsonaro demasiado extremo para ganar», escribí más tarde. «Pero los mensajes tranquilizadores que recibí en elegantes despachos fueron un incómodo recordatorio de las conversaciones que mantuve en Washington en 2015, cuando la victoria de Trump parecía inconcebible.» [1]

Ese mal presagio estaba justificado. El 28 de octubre de 2018, Bolsonaro consiguió una victoria aplastante en las elecciones presidenciales brasileñas. A ello contribuyó el hecho de que el político de izquierdas más carismático del país, el ex presidente Lula, no pudiera competir con él porque estaba encarcelado por corrupción.

La victoria tuvo importancia continental y global. Hasta principios de los años ochenta, Latinoamérica había estado dominada por líderes autoritarios; en 1978 solo había tres democracias en todo el continente. El paisaje político estaba salpicado de juntas militares y dictadores como el chileno Augusto Pinochet o el argentino Jorge Videla. Pero a principios de los años noventa, la democracia había triunfado en casi todo el continente. La transición democrática en Brasil, que tuvo lugar en 1985 y puso fin a más de veinte años de gobierno militar, fue un momento especialmente importante debido a la envergadura del país y a su papel como líder regional. Con más de doscientos millones de habitantes, Brasil es el séptimo país más poblado del mundo y el más grande de Latinoamérica. Aproximadamente uno de cada dos sudamericanos es brasileño.

Durante la presidencia de Cardoso y Lula, Brasil era considerada una nación que había adoptado la globalización y la democracia y había dejado atrás las épocas oscuras del autoritarismo. Cardoso se hizo amigo y confidente de Bill Clinton, cuya filosofía de la «tercera

vía», consistente en combinar la economía ortodoxa con el liberalismo social, emuló en Brasil. Lula, un ex líder sindical proveniente de una familia humilde, había continuado con las reformas económicas de Cardoso y empezó a abordar la infame desigualdad de Brasil por medio de reformas sociales, entre ellas un ingreso garantizado para las familias más pobres, vinculado a la asistencia a la escuela y conocido como «bolsa familia», que despertó admiración en todo el mundo. Igual que Cardoso, un tecnócrata plurilingüe, había estado en perfecta sintonía con Clinton, Lula, el reformador social y organizador comunitario, era perfecto para la presidencia de Obama. De hecho, este halagó públicamente a su homólogo brasileño cuando dijo: «Me encanta este hombre».

Con la elección de Bolsonaro, la política brasileña volvía a seguir los pasos de Estados Unidos. Como Trump, Bolsonaro tuiteaba compulsivamente y había adoptado muchos eslóganes del presidente de EE. UU., denunciando las «noticias falsas», el «globalismo», la «corrección política» y a la élite liberal. En el contexto brasileño, la impaciencia con la corrección política se tradujo en desprecio por los ecologistas y las ONG internacionales, que, según Bolsonaro, estaban obstaculizando el desarrollo del país, sobre todo al oponerse a las construcciones en el Amazonas. En una época de creciente preocupación por el calentamiento global, el anhelo de Bolsonaro por permitir que se talara más selva horrorizó a los ecologistas del mundo, aunque fue recibido con indiferencia en la Casa Blanca de Trump.

Igual que Trump, Bolsonaro trataba la política como un negocio familiar. Su hijo Eduardo pronto obtuvo un puesto importante en la administración y fue enviado a la Casa Blanca para hablar de geopolítica con Jared Kushner, el yerno de Trump. Cuando volví a Brasil al principio de la nueva administración, en 2019, un

economista de renombre me dijo que Bolsonaro era «como Trump, pero más tonto». Teniendo en cuenta que el presidente estadounidense no destacaba por su intelecto, aquello me sorprendió un poco. Pero luego me recordó que al menos Trump había fundado y liderado una empresa importante. Bolsonaro, en cambio, nunca había pasado del rango de capitán del ejército. Ni siquiera los miembros de la administración se molestaban en ocultar su desprecio por su jefe. Cuando uno de mis compañeros del *FT* le preguntó a un ministro del Gabinete por una de las declaraciones más extrañas de Bolsonaro sobre la economía, respondió con contundencia: «El presidente dice muchas chorradas».

Como en el caso de Trump, el hecho de que los intelectuales despreciaran a Bolsonaro no disuadió a sus seguidores. Por el contrario, mantenía buena relación con las pequeñas poblaciones y las zonas rurales de Brasil, cuyos valores eran más conservadores que los de grandes ciudades como Río. Bolsonaro, a diferencia de Trump, tenía unos orígenes verdaderamente humildes. Nacido en 1955, se crio en Eldorado Paulista, un municipio de 15.000 habitantes rodeado de tierras de cultivo y situado a 240 kilómetros de São Paulo, la capital comercial de Brasil. Hijo de un dentista sin licencia, Bolsonaro se crio en la pobreza con dos hermanos y tres hermanas. De joven sentía fascinación por la policía y el ejército. Cuando tenía quince años, su pequeña ciudad fue el escenario de un tiroteo entre la policía y unas guerrillas izquierdistas que entusiasmó a Bolsonaro y lo llevó a decidir que ingresaría en las fuerzas de la ley y el orden. En 1973 había superado los exámenes de acceso a la academia militar, un auténtico logro que resta credibilidad a la idea que tanto gusta a sus oponentes de que Bolsonaro es tonto. [2]

En el ejército hizo campaña para que los soldados recibieran salarios más altos y mejores condiciones. Cuando entró en política

en los años noventa, era conocido por su defensa del ejército. En una época en la que la mayoría de los políticos brasileños deseaban adoptar la democracia, su clara nostalgia por los años de dominio militar se antojaba excéntrica y fuera de lugar.

Pero, según su biógrafo, Richard Lapper, el profundo conservadurismo social de Bolsonaro en realidad estaba más en sintonía con las actitudes de muchos brasileños corrientes de lo que pensaba la élite urbana del país. Una encuesta de opinión de 2020 indicaba que un 61 % de los brasileños apoyaban el plan del presidente para abrir nuevas escuelas gestionadas por el ejército, y una mayoría se oponía al matrimonio homosexual y el aborto. [3] Igual que en el caso de Trump y Duterte, Bolsonaro se había ganado a la ciudadanía denunciando la «corrección política» y prometiendo soluciones simples y remedios firmes.

En las elecciones presidenciales de 2018, Bolsonaro creó una coalición claramente populista, descrita por Lapper como «carne, Biblia y balas». La carne eran las poderosas explotaciones agrícolas y los ranchos atraídos por la promesa de que Bolsonaro se desharía de las restricciones medioambientales que limitaban su expansión. La Biblia eran el 30 % de los brasileños que, al igual que Bolsonaro, habían adoptado el cristianismo evangélico. Las balas representaban al poderoso *lobby* brasileño de las armas.

Gran parte de la clase media brasileña votó a Bolsonaro por miedo a la criminalidad o por su disgusto con la corrupción. Y aunque los académicos a los que conocí normalmente despreciaban al presidente, mucha gente de clase trabajadora con la que hablé —comerciantes, guías turísticos, empleados de oficina— parecía más indulgente. Veían a Bolsonaro como un *outsider* que estaba luchando con valentía contra un sistema corrupto y respetaban su valor físico. Durante la campaña de 2018 fue apuñalado por la

espalda y herido de gravedad, y sobrevivió gracias a una compleja operación. Cuando en 2019 lo vi hablar por primera vez en Davos, no entendí por qué no se había quitado el abrigo en el poco rato que pasó en el escenario. La respuesta, me dijo un miembro de su equipo, era que el presidente todavía llevaba una bolsa de colostomía como parte de su recuperación.

Igual que con Trump en Estados Unidos, muchas de las grandes empresas de Brasil estaban dispuestas a tragarse su disgusto por Bolsonaro a cambio de la promesa de menos burocracia e impuestos más bajos. También las animó el hecho de que el presidente situara a destacados economistas liberales en puestos clave de su administración. Al principio de su carrera política, Bolsonaro había sido un defensor del control estatal de la economía. En una ocasión incluso dijo que Cardoso merecía ser tiroteado por vender activos del Estado. Pero hizo campaña para la presidencia como un liberal en lo económico que defendía la privatización y las bajadas de impuestos. Algunos de sus seguidores del mundo de los negocios aseguraban que sus declaraciones más escandalosas simplemente pretendían llamar la atención y dramatizar algún asunto. Eran comentarios que, como se dijo una vez sobre Donald Trump, había que «tomarse en serio, pero no literalmente».

Pronto quedó claro que el gobierno de Bolsonaro era una incómoda coalición de economistas liberales y guerreros de derechas que se oponían al «marxismo cultural». Los empresarios y banqueros internacionales estaban impresionados con Paulo Guedes, un economista formado en la Universidad de Chicago que fue nombrado ministro de Economía con el mandato de reformar el endeudado sistema de pensiones del país y llevar a cabo privatizaciones a gran escala. Pero sentado a la mesa del Gabinete con Guedes estaba Ernesto Araujo, el ministro de Asuntos

Exteriores, que afirmaba que el cambio climático era un «dogma» fomentado por «globalistas» que pretendían subvertir la democracia y servir a China. Araujo también parecía insinuar que el covid-19 era parte de un complot comunista para ampliar el control estatal, y afirmó: «El coronavirus nos está haciendo despertar una vez más a la pesadilla comunista». [4]

Algunos de los guerreros culturales del nuevo gobierno eran demasiado peculiares incluso para Bolsonaro. A principios de 2020, Roberto Alvim, su ministro de Cultura, pronunció un discurso en el que proclamó: «En la próxima década, el arte brasileño será heroico y nacional». Por desgracia, trascendió que algunos fragmentos del discurso eran un plagio de Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda de Hitler. Bolsonaro se vio obligado a destituir a su ministro de Cultura. [5] En cierto nivel, el caso de Alvim fue disparatado, pero el hecho de que algunos miembros del gobierno de Brasil u otros países de Latinoamérica simpatizaran con el fascismo también tenía ecos siniestros en un continente en el que recientemente habían existido regímenes militares brutales, muchos de los cuales apoyaban ideologías de extrema derecha.

Solo entre 1962 y 1966 se habían producido nueve golpes de Estado en Latinoamérica, incluyendo Argentina y Brasil, lo cual demuestra la naturaleza contagiosa de las tendencias políticas en toda la región. La guerra fría estaba en pleno apogeo y la mayoría de los generales que subieron al poder citaban la necesidad de resistir la influencia comunista, ejemplificada por la Cuba de Castro. Los regímenes militares que afloraron por todo el continente gobernaban con distintos niveles de brutalidad. Los peores, como los de Argentina y Chile, eran famosos por la «desaparición» de miles de disidentes políticos y por las torturas generalizadas. En Argentina es posible que fueran asesinadas hasta 30.000 personas en la

«guerra sucia» que se libró entre 1976 y 1982. Por el contrario, la Comisión Nacional de la Verdad, creada en Brasil en 2012, «solo» identificó a 434 disidentes que habían «desaparecido» o habían sido asesinados por los gobernantes militares del país. Pero la Comisión también afirma que es posible que murieran miles de indígenas, y las torturas brutales a disidentes también eran habituales.[6] Sin embargo, Bolsonaro argumenta que las «duras» medidas del ejército estaban justificadas por los bajos índices de criminalidad y el desarrollo económico.

La transición latinoamericana de los regímenes militares a las formas de gobierno democráticas se produjo eminentemente en los años ochenta, incluso antes de la caída del Muro de Berlín. El desencadenante más importante fue la crisis de la deuda que asoló el continente en 1982. Ese año, según Michael Reid, «las dictaduras cedieron al oprobio del fracaso económico ... En lugar de poner en peligro su cohesión profesional, los ejércitos de Latinoamérica se sentaron con las poblaciones civiles y negociaron un regreso a los cuarteles».[7] El fin de la autocracia en Latinoamérica se produjo justo después del regreso de la democracia a España y Portugal y presagió algunos acontecimientos en el resto del mundo. En Europa del Este había cada vez más presiones en los países del bloque soviético, como Polonia, y en el Sureste de Asia el filipino Ferdinand Marcos fue derrocado por una revolución del «poder del pueblo» en 1986. El año anterior, José Sarney se había convertido en el primer presidente civil brasileño desde los años sesenta, y el país tuvo un papel importante en el alejamiento regional y global del autoritarismo y en la senda hacia la democracia liberal.

Con la aparición de Bolsonaro en 2018, Brasil volvía a formar parte de un giro político global, pero esta vez alejado del internacionalismo liberal para aproximarse a un gobierno populista

de un hombre fuerte. Aunque el presidente miraba a la etapa de gobierno militar en Brasil con manifiesta nostalgia, no fue una repetición del autoritarismo latinoamericano de los años sesenta y setenta. Por el contrario, era un estilo de populismo muy propio del siglo XXI que le debía más a Donald Trump que a los generales que habían gobernado Brasil. A diferencia de los militares, Bolsonaro fue elegido y se enfrentaba a una agitada oposición y a unos medios y tribunales independientes. Muchos eslóganes del líder brasileño eran préstamos de Trump, por ejemplo, sus discursos sobre «noticias falsas» y un «Estado profundo». Igual que Trump, a Bolsonaro también le gustaban las teorías de la conspiración, y a menudo decía que los activistas medioambientales eran una herramienta de las potencias extranjeras, que querían conquistar el Amazonas y robar los preciados recursos de Brasil. Aunque Trump era el modelo de Bolsonaro, el líder brasileño también tenía almas gemelas políticas en Europa y Asia. Su énfasis en la delincuencia y los miedos e inseguridades de la clase media guardaban un gran parecido con el estilo de Duterte en Filipinas, al igual que su hábil uso de las redes sociales. En la ceremonia de investidura, celebrada en 2019, los principales invitados de honor extranjeros de Bolsonaro fueron el húngaro Viktor Orbán y el israelí Benjamin Netanyahu.

Para los estudiosos del populismo, Latinoamérica es terreno fértil, ya que es un estilo político con una larga y accidentada historia en todo el continente. Michael Reid argumenta que el populismo tiene dos características principales, las cuales poseen relevancia contemporánea. En primer lugar, es un

> tipo de política en el que un líder fuerte y carismático afirma ser un salvador que elimina la distinción entre líder, gobierno, partido y Estado e ignora la necesidad de limitar el poder ejecutivo mediante un sistema de controles y equilibrio. En segundo lugar, el populismo a menudo conlleva la redistribución de los ingresos y la riqueza de una manera insostenible. [8]

Tal como señala Reid, la distinción entre «derecha» e «izquierda», que tradicionalmente ha sido fundamental para la política de Occidente, no siempre es útil cuando se analiza el populismo. Juan Domingo Perón, el populista arquetípico de Latinoamérica, que sirvió tres mandatos como presidente de Argentina entre 1946 y 1974, salió del ejército, protegió a criminales de guerra nazis y estaba claramente influido por el fascismo, pero también se convirtió en un héroe para muchos izquierdistas por sus autoproclamados esfuerzos para erradicar la pobreza y adoptar la economía controlada por el Estado.

En la Latinoamérica contemporánea, los populistas asociados a la derecha, como Jair Bolsonaro, han competido con populistas de izquierdas como el venezolano Hugo Chávez, el boliviano Evo Morales y Andrés Manuel López Obrador, que fue elegido presidente de México en 2018. La principal similitud entre los populistas de izquierdas y derechas es que todos aseguran representar al pueblo contra la élite, y todos prometen soluciones sencillas a problemas complejos.

Igual que Bolsonaro formó una alianza ideológica con Trump y otros populistas de derechas como Orbán y Netanyahu, los hombres fuertes de la izquierda latinoamericana han despertado elogios y atención de admiradores políticos extranjeros. En los años sesenta y setenta, fue la Cuba de Fidel Castro la que atrajo a peregrinos políticos de todo Occidente. En la década de 2000 fue la Venezuela de Hugo Chávez la que se convirtió en la causa *chic* para la izquierda radical. Jeremy Corbyn, que llevó al Partido Laborista británico a dos derrotas electorales como su desastroso líder, describió una vez a Chávez como «una inspiración para todos aquellos que combatimos la austeridad y la economía neoliberal». [9]

En Venezuela, Chávez intentó subir por primera vez al poder con un golpe de Estado en 1992, pero ganó unas elecciones democráticas en 1998. En la década posterior siguió el manual del hombre fuerte: llenó el Tribunal Supremo de jueces afines, alteró el sistema electoral a su favor, alentó un culto a la personalidad por medio de apariciones grandilocuentes en televisión y calificó a sus detractores independientes de herramientas de potencias extranjeras hostiles. Durante un tiempo, las enormes reservas petrolíferas de Venezuela mantuvieron a flote la economía. Mientras que la Cuba de Castro había intentado ganarse favores enviando a médicos al extranjero —además de soldados a África en los años setenta—, a Chávez le gustaba regalar petróleo a amigos residentes en lugares tan lejanos como Bolivia y Nueva York. En 2007 Ken Livingstone, el alcalde socialista de Londres, anunció que podría rebajar las tarifas de autobús gracias a los subsidios de combustible de la Venezuela chavista.

En su momento, algunos dijeron que el regalo de Chávez era inapropiado, teniendo en cuenta que alrededor de un tercio de las familias venezolanas vivían en la pobreza. [10] Pero Chávez también se había embarcado en una guerra contra la pobreza en su país, subvencionando alimentos, invirtiendo en programas de educación y alfabetización y nacionalizando sectores importantes. Esos programas potenciaron su imagen internacional de progresista, pero se financiaron con un aumento del precio del petróleo y la acumulación de deuda. El gobierno de Chávez también estaba estrechamente ligado a la corrupción, el amiguismo y la intimidación a la prensa y los oponentes políticos.

Cuando Chávez murió de cáncer en 2013, el precio del petróleo estaba cayendo y empezaron a llegar las facturas. Con Nicolás Maduro, un sucesor menos carismático, Venezuela se sumió en la

pobreza y la ruptura social, un proceso que el gobierno achacó a las sanciones de Estados Unidos, pero cuyos orígenes estaban en el propio país. [11] En 2018, más de un 80 % de las familias venezolanas eran pobres y millones de personas habían huido del país. Al año siguiente, durante una visita al norte de Brasil, a menudo me encontraba con refugiados venezolanos mendigando en el arcén, un destino trágico y humillante para los ciudadanos de un país que en su día fue considerado uno de los más prósperos de Latinoamérica.

El desastroso historial económico de Venezuela con Chávez y Maduro ensombreció a gran parte de la izquierda latinoamericana. En su campaña electoral, Bolsonaro no perdió la oportunidad de relacionar a Lula y su Partido de los Trabajadores con la catástrofe de Chávez. Pero fue en México, y no en Brasil, donde subió al poder otro populista de izquierdas. Andrés Manuel López Obrador, universalmente conocido como Amlo, fue investido presidente en diciembre de 2018 —un mes antes que Bolsonaro— tras una victoria aplastante que le otorgó una ventaja de 31 puntos sobre el segundo candidato. En México, como en Brasil, la elección de un populista carismático fue considerada un rechazo a la élite gobernante del país.

El hecho de que Brasil y México estuvieran gobernados por líderes populistas tenía una trascendencia regional mucho mayor. Son los dos países más poblados de Latinoamérica. Ambos son miembros del G20, el grupo de las naciones más importantes, y se consideran rivales por el liderazgo regional. Mientras Bolsonaro despotrica de los «marxistas culturales», los enemigos de Amlo son los «neoliberales». Bolsonaro fue oficial del ejército, mientras que Amlo fue organizador comunitario durante muchos años. Pero, a pesar de esas diferencias, ambos líderes guardan ciertas similitudes. Los dos llegaron al poder en un ambiente de desilusión generalizada por la

corrupción, la delincuencia y la violencia. Los dos son populistas que aseguran tener una conexión directa con el pueblo. [12] Y los dos son nacionalistas y abiertamente religiosos.

Una diferencia importante es que mientras que Bolsonaro parece contentarse con delegar buena parte de la gestión económica en profesores y tecnócratas, Amlo se ha ocupado personalmente de una guerra contra la pobreza que recuerda mucho a Lula en Brasil y Chávez en Venezuela. Las políticas de Amlo han incluido un programa de becas para personas desfavorecidas, un aumento del salario base y la cancelación de importantes proyectos de infraestructura que consideraba un derroche marcado por la corrupción. Amlo también cree firmemente en el control del gasto público, hecho inusual en un populista de izquierdas.

Algunas de las primeras medidas de Amlo demostraron una impaciencia populista con las instituciones independientes: un juez del Tribunal Supremo fue destituido y ocurrió lo mismo con el regulador de energía mexicano, que protestó porque su institución se estaba llenando de amigos no cualificados. El número de contratos otorgados sin licitación pública también era un mal presagio. [13] La propuesta de Amlo para organizar un referéndum y decidir si encausaba por corrupción a todos sus antecesores presidenciales aunaba el populismo con el anhelo del hombre fuerte por encarcelar a sus oponentes políticos.

El presidente mexicano comenzaba casi todas las jornadas con una rueda de prensa a las siete de la mañana. Disfrutando igual que Castro del sonido de su propia voz, Amlo solía hablar durante dos horas y ofrecía un discurso inconexo que a menudo entrañaba ataques personales contra periodistas, empresarios o ecologistas que lo habían contrariado. Pero, aunque los intelectuales mexicanos desdeñaban ese ritual diario, Amlo mantenía un apoyo considerable

entre la población general. A los mexicanos de a pie los impresionó especialmente que se redujera el sueldo a la mitad. Al cabo de un año como presidente, sus índices de popularidad eran elevados.

Pero las reformas de Amlo no culminaron en un éxito económico. En 2019, su primer año completo en el cargo, la economía creció al ritmo más lento en una década. Para ser justos con el presidente mexicano, se enfrentó a condiciones muy desfavorables, entre ellas una guerra comercial con EE. UU. y la caída del precio del petróleo, pero las señales eran poco halagüeñas.

Debido a sus dificultades económicas, México y Brasil se hallaban debilitados cuando sobrevino el coronavirus. Fieles a sus instintos populistas, Bolsonaro y Amlo reaccionaron de maneras similares. El líder brasileño aseguraba que el covid-19 era poco más que un resfriado. El presidente mexicano llevaba un trébol de seis hojas que, según él, lo protegería del virus. También aconsejó a sus conciudadanos que siguieran yendo a fiestas y restaurantes. Amlo se negó a tomarse en serio la pandemia, apenas mejoró el frágil sistema sanitario de México y no aplicó un plan de gasto para estimular la economía.

Pronto, ambos países figuraban entre los más afectados por el covid-19. A finales de 2020, Brasil registró la segunda mortalidad más elevada del mundo después de Estados Unidos. México, el décimo país más poblado del planeta, ocupaba el tercer puesto en muertes por covid-19. En los dos países era fácil achacar esos elevados índices de mortalidad a la indiferencia de sus líderes políticos, similar a la de Trump. La interpretación inicial de muchos expertos fue que los terribles estragos de la pandemia estaban sacando a la luz los defectos del populismo y, por tanto, debilitarían el poder de líderes fuertes como Bolsonaro y Amlo. Ian Bremmer, el director de la influyente asesoría Eurasia Group, escribió en abril de

2020: «¿Qué país importante se enfrenta actualmente al mayor caos político del mundo? ¿Qué jefe de Estado tiene más problemas? Podríamos argumentar que son Brasil y su presidente». [14] Yo también intervine con una columna titulada «El populismo de Jair Bolsonaro está llevando a Brasil al desastre». [15] A mediados de 2020, cuando el covid-19 estaba descontrolado, se especuló con la posible destitución de Bolsonaro.

Pero los altos índices de mortalidad en Brasil y México no destruyeron inmediatamente el prestigio político de Bolsonaro o Amlo. En unas economías en las que la mayoría de la población apenas tiene ahorros, muchos agradecieron no verse sometidos a un confinamiento. En Brasil, la popularidad de Bolsonaro también se vio potenciada por los subsidios de emergencia a los pobres. Las consecuencias para la economía, la salud y la sociedad se dejarán sentir durante muchos años. Pero las similitudes entre las respuestas iniciales de Bolsonaro y Amlo demostraron que los populismos de derechas e izquierdas a menudo se apoyan en los mismos instintos.

Las reacciones de los líderes mexicano y brasileño a la derrota de Donald Trump también fueron llamativamente similares. Bolsonaro mantuvo su lealtad a Trump mucho después de que la mayoría de sus compañeros de viaje aceptaran la derrota del presidente. El 7 de enero, un día después de que una muchedumbre de trumpistas irrumpiera en el Congreso de Estados Unidos, Bolsonaro se hizo eco de sus quejas sobre las elecciones y les dijo: «Hubo gente que votó dos, tres o cuatro veces. Votó gente que ya está muerta. Fue una batalla campal. Nadie puede negarlo». [16] Para algunos analistas brasileños, esos comentarios no solo eran imprudentes, sino inquietantes. Los seguidores de Bolsonaro a menudo han aludido al fraude en las votaciones de Brasil, sobre todo en zonas pobres con mayoría de población negra. Cuando el líder brasileño se enfrentaba

a las presidenciales en 2022, algunos temían que estuviera preparándose para imitar una vez más el manual de Trump.

La consternación de Bolsonaro por la salida de su alma gemela ideológica de la Casa Blanca era predecible. La negativa de Amlo a reconocer la derrota de Trump fue más sorprendente. Como mexicano e izquierdista, Amlo no tenía razones obvias para mostrar afecto a un presidente que había calificado de violadores y delincuentes a los emigrantes mexicanos que llegaban a Estados Unidos. De hecho, cuando se presentó a las elecciones, Amlo había llamado neofascista a Trump. Pero, como líder mexicano, entabló una inverosímil amistad con el populista del norte. En parte, era simple pragmatismo. Todos los líderes mexicanos deben intentar llevarse bien con el presidente de EE. UU. Pero Amlo y Trump parecían ver algo en el otro que les gustaba. Ambos eran líderes populistas que habían declarado la guerra a la clase política y los medios de comunicación de su país. Ambos habían criticado duramente el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por sus siglas en inglés), lo cual demuestra que la izquierda y la derecha populistas también están unidas por la desconfianza hacia el libre comercio y la economía liberal. En 2020, el primer encuentro entre los dos presidentes en la Casa Blanca, que también era el primer viaje de Amlo al extranjero tras diecinueve meses en el cargo, fue considerado un éxito por ambas partes.

La idea de que existía un vínculo entre Amlo y Trump se vio fortalecida por la sorprendente respuesta del presidente mexicano a la derrota electoral del estadounidense. El pragmatismo y los principios deberían haber llevado a Amlo a reconocer al momento la realidad de que Trump había perdido y Joe Biden era el presidente legítimo. Pero, junto con los líderes de Rusia y Brasil, Amlo dio largas e insistió en el derecho de Trump a disputar los resultados

electorales. La reacción del líder mexicano probablemente reflejaba su historia personal: había fracasado dos veces en la carrera presidencial. En 2006 perdió por poco ante Felipe Calderón. En lugar de aceptar el resultado, aseguró que había sido un fraude y organizó sentadas masivas en la plaza central de Ciudad de México. Su respuesta a las derrotas electorales de 2006 y 2012 fue bastante similar a la de Trump en 2020.

Dado que la política brasileña y mexicana a menudo reflejan los acontecimientos de Estados Unidos, es natural especular con que la derrota de Trump pronosticara un cambio ideológico en los dos países más grandes de Latinoamérica. Después de las elecciones estadounidenses, Bolsonaro se hallaba más aislado internacionalmente. Con el gran número de muertes por covid-19, la caída económica y Lula de vuelta en el escenario político, Bolsonaro estaba preparando el terreno para disputar el resultado de las presidenciales de 2022 aduciendo fraude como ya hiciera Trump. El peligro es que las instituciones brasileñas, en particular el ejército, quizá no sean tan fuertes como sus equivalentes estadounidenses en la defensa de la democracia y el Estado de derecho.

En otros países de Latinoamérica, la oleada populista podría seguir creciendo. Amlo permanecerá en el cargo hasta 2024 y ya se especula con que, a la manera de Putin y Xi, intente cambiar la Constitución para ampliar su mandato. El culto a la personalidad y el dominio de la escena política que ejerce el presidente era evocado por el título de un elogiado libro dedicado a él: *El país de un solo hombre*. [17]

Entre tanto, varios líderes latinoamericanos con más credenciales como tecnócratas y dirigentes pagaron un alto precio político durante la pandemia.

Los países sudamericanos más estrictos a la hora de imponer confinamientos a menudo estaban liderados por presidentes que habían estudiado en universidades de élite estadounidenses, como el chileno Sebastián Piñera (Harvard), el colombiano Iván Duque (Georgetown) y el peruano Francisco Sagasti (Penn). Pero los países que se confinaron obtuvieron escasas recompensas por su prudencia. Las repercusiones económicas en los países con confinamientos más estrictos fueron peores que en territorios más laxos como Brasil. A finales de 2020, la mitad de la población urbana de Perú no tenía trabajo. [18] En tales circunstancias, no es de extrañar que Pedro Castillo, un populista de izquierdas cuyo partido elogiaba a Hugo Chávez, ganara las elecciones presidenciales en 2021. [19] Ahora que se avecinan importantes comicios en todo el continente, hay razones para temer que en los próximos dos años se produzca un aumento de las victorias de líderes populistas, tanto de derechas como de izquierdas.

Como hemos visto, en los años ochenta, Latinoamérica marcó la pauta para la tendencia democrática que arrasaría con autocracias de todo el planeta. Si otros países de la región ahora siguen a Brasil y México en la búsqueda de un liderazgo carismático y fuerte, los efectos podrían dejarse sentir fuera de América del Sur y Central. África, que también experimentó una oleada democrática en los años noventa, es otro continente que vuelve a enfrentarse a los peligros y las tentaciones del gobierno del hombre fuerte.

11

Abiy Ahmed y la desilusión democrática en África (2019)

La era de los líderes autoritarios ha reflejado un patrón recurrente. Un nuevo líder carismático hace aparición en algún lugar del mundo. Los medios occidentales lo describen como un reformador liberal. Los políticos e instituciones de Occidente intervienen con comentarios alentadores y ofertas de ayuda. Pero, con el paso del tiempo, trascienden hechos incómodos. El reformador liberal es cada vez más autoritario. Cunde la desilusión.

Desde 2000, ese patrón se ha reproducido con Putin, Erdogan, Xi, Modi y Orbán. Pero la aparición de líderes fuertes en todo el mundo no parece haber acabado con el ansia de Occidente por encontrar nuevos héroes liberales. Por el contrario, es posible que haya provocado que los creadores de opinión occidentales tengan aún más ganas de encontrar defensores de la democracia liberal en un mundo en el que el autoritarismo del hombre fuerte parece estar prosperando.

De 2018 a 2020, todo el ciclo —desde el entusiasmo hasta la desesperación— se manifestó en la reacción global a Abiy Ahmed, que en abril de 2018 se convirtió en líder de Etiopía, la segunda nación más poblada de África. En sus primeros cien días en el cargo,

Abiy tomó medidas para liberalizar el sistema político del país, anulando el estado de emergencia, liberando a miles de prisioneros políticos, invitando a grupos opositores a regresar del exilio y alentando la libertad de prensa. También puso fin a las hostilidades con la vecina Eritrea. Viajó a Asmara, la capital, e hizo concesiones para solucionar una vieja disputa territorial. El Frente Democrático Revolucionario del Pueblo Etíope, la formación que ostentaba el gobierno, fue rebautizado con el nombre más presentable de Partido de la Prosperidad. [1]

Un rito de iniciación para nuevos líderes que pretendan causar sensación en el escenario mundial es una visita al Foro Económico Mundial de Davos, donde, a escasos metros de distancia, observé el debut del nuevo primer ministro etíope en enero de 2019. Era difícil no sentirse impresionado ante aquel hombre atractivo de cuarenta y dos años, un líder que mostraba seguridad en sí mismo y desacomplejados principios liberales. El público prorrumpió en aplausos espontáneos cuando anunció que ya no había periodistas en las cárceles de Etiopía y que un 50 % de su Gabinete eran mujeres.

En su discurso de Davos, Abiy atacó directamente la idea de que el modelo del hombre fuerte era el camino hacia el desarrollo: «Creemos que no es posible mantener el crecimiento sin adoptar la democracia ... Para nosotros, democracia y desarrollo van de la mano». Eso era justo lo que quería oír el público de Davos, y las preguntas fueron amables y crédulas. Borge Brende, el moderador del FEM, le dijo al público que, meses después de subir al poder, Abiy había convencido a sus conciudadanos de que subordinaran sus identidades étnicas a una identidad etíope común. Volviéndose hacia Abiy, preguntó con admiración: «¿Cómo lo ha conseguido?». La

hermosa respuesta fue que era fácil sembrar la paz: «Sentaos con la gente y dejad los egos a un lado». [2]

Ese mismo año Abiy Ahmed recibió el premio Nobel de la Paz, para disgusto de Donald Trump, que no ocultaba su idea de que quien merecía el galardón era él. El texto del premio Nobel felicitaba a Abiy por firmar la paz con Eritrea y alababa sus reformas democráticas, «que dieron a muchos ciudadanos la esperanza de una vida mejor».

Sin embargo, algunos observadores experimentados desde el principio se mostraron escépticos con el fenómeno Abiy. Ya en septiembre de 2018, Michela Wrong aseguró que, lejos de ser el antídoto para el modelo del hombre fuerte, Abiy podía ser otro líder autoritario en ciernes. «Se están haciendo comparaciones exageradas con personajes como Mahatma Gandhi, Mandela y Mijaíl Gorbachov», escribió. «Los mejores paralelismos son contemporáneos populistas como Donald Trump, Vladímir Putin y Recep Tayyip Erdogan, que emplean las apelaciones ultranacionalistas para truncar o, en algunos casos, suplantar el debate político en su país.» [3] Wrong se había percatado del estridente nacionalismo etíope de Abiy y su potencial para reabrir conflictos regionales.

A primera vista, la trayectoria de Abiy lo posicionaba casi a la perfección para salvar las divisiones étnicas y religiosas del país: su madre era cristiana y amhara, y su padre musulmán y oromo. Abiy incluso habla trigriña, el idioma del pueblo Tigray, el grupo étnico que había dominado el gobierno durante muchos años antes de su ascenso al poder. Su objetivo como primer ministro era crear una identidad nacional más fuerte deshaciéndose del viejo modelo de federalismo étnico.

Las tensiones étnicas ya estaban latentes en los años previos al ascenso de Abiy y hubo protestas masivas de los oromo, el grupo étnico más numeroso de Etiopía, contra el dominio de los tigrinos en el gobierno. Una vez que fue nombrado primer ministro, Abiy purgó a muchos tigrinos del ejército, las fuerzas de seguridad y el gobierno. El Frente de Liberación Popular de Tigray abandonó el gobierno y figuras destacadas del partido regresaron a sus regiones de origen. Aun así, algunos nacionalistas oromo salieron a la calle a protestar porque Abiy no había hecho suficiente para cambiar el equilibrio de poder y los privilegios que jugaban a su favor. Pero fue el desafío del primer ministro al dominio tradicional de Tigray el que desembocó en una guerra.

A finales de 2020, Abiy acusó a los líderes de Tigray de desafiar a la autoridad central celebrando elecciones no autorizadas en su región. Las fuerzas armadas etíopes iniciaron una campaña de bombardeos y una ofensiva por tierra para contener la rebelión tigrina. Ambos bandos se acusaron de atrocidades contra civiles, y se decía que 50.000 refugiados habían huido de la zona y 1,3 millones de personas necesitaban ayuda urgente. [4]

En el nuevo ambiente de guerra y conflicto, Abiy abandonó su liberalismo político. Periodistas y políticos de la oposición fueron arrestados y se denunciaron torturas por parte del Estado. Después de solo tres años en el poder, la reputación de Abiy como estandarte de los valores liberales quedó gravemente mancillada. Así se repetía un patrón global de la era de los líderes autoritarios, pero también es una historia especialmente habitual en África, donde muchos líderes ensalzados como héroes tras la descolonización acabaron convirtiéndose en déspotas.

Mucho antes del ascenso de Putin, Xi, Modi y Trump, muchos países africanos habían vivido amargas experiencias con gobiernos

de hombres fuertes. Un año antes de ver a Abiy en Davos fui testigo de las nefastas repercusiones económicas del autoritarismo en Zimbabue. Cruzar la frontera de un país dominado por un líder fuerte puede resultar a la vez tenso y tedioso. Así ocurrió en la frontera entre Zimbabue y Botsuana en febrero de 2018. Cuando un guardia fronterizo desapareció con mi pasaporte, tuve mucho tiempo para estudiar el gran retrato de Emmerson Mnangagwa, el nuevo presidente de Zimbabue, que estaba colgado en la pared. Un par de meses antes había jurado el cargo como sucesor de Robert Mugabe, que gobernó el país desde la independencia de 1980.

En aquel momento, algunos aún tenían la esperanza de que Mnangagwa rescatara a Zimbabue de la triste situación política y económica que dejó Mugabe. Pero el apodo de Mnangagwa, «el cocodrilo» —se lo pusieron durante su etapa como jefe de espionaje y ministro de Defensa de Mugabe—, denotaba que esas esperanzas podían ser vanas (tal como me dijo un disidente ruso hablando de antiguos miembros del Partido Comunista soviético que se habían reconvertido en demócratas: «Uno no puede ser un cabrón toda su vida y de repente dejar de serlo»).

Finalmente reapareció el guardia y me devolvió el pasaporte con una sonrisa un tanto sardónica. Al montarme en el coche, le pedí al conductor que me llevara a un banco a sacar dinero. El hombre se echó a reír y contestó: «Puedo llevarle al banco, pero no habrá dinero». Tras un período de hiperinflación durante el gobierno de Mugabe, el dólar zimbabuense había sido retirado de la circulación. Los ciudadanos utilizaban divisas extranjeras, sobre todo dólares estadounidenses y rands sudafricanos, y había una grave escasez de dinero. Incluso en Victoria Falls, un importante destino turístico, el banco estaba cerrado, y cerca había una multitud esperando con aire abatido a que llegara dinero. La única divisa local disponible

eran billetes por valor de cantidades como mil millones de dólares zimbabuenses. Aquellas reliquias de la etapa de hiperinflación de Mugabe eran curiosidades sin valor alguno que los vendedores ambulantes vendían a los turistas por un dólar.

La escena era un recordatorio de los peligros que entraña el gobierno del hombre fuerte. Cuando Mugabe llegó al poder en 1980 era un héroe de la independencia, un ex guerrillero que había ayudado a negociar el final del gobierno de la minoría blanca en Rodesia. Mugabe, un hombre inteligente y elocuente, parecía el líder adecuado para guiar a su país hacia un futuro más próspero, democrático e igualitario. Zimbabue, con una población académicamente preparada y un sector agrícola floreciente, parecía bien situada para avanzar en esa nueva era. Pero la realidad fue tristemente distinta. Años después de su llegada al poder, Mugabe había lanzado una despiadada campaña contra sus oponentes políticos y su base de seguidores. La célebre Quinta Brigada, una unidad militar entrenada en Corea del Norte, fue desplegada en la región de Matabeleland, donde cometió masacres y abusos contra los derechos humanos. En las décadas posteriores, el gobierno de Mugabe se convirtió en sinónimo de despotismo, corrupción y destrucción económica.

Mnangagwa, el que fuera asistente de Mugabe, tampoco rompió ese triste patrón. Al principio reinaba cierta esperanza de que brindara a su país un nuevo comienzo. En abril de 2018, el nuevo líder zimbabuense fue recibido en la reunión de jefes de gobierno de la Commonwealth en Londres, donde mantuvo un encuentro cordial con Boris Johnson, el entonces secretario de Asuntos Exteriores del Reino Unido. Pero solo unos meses después, las fuerzas de seguridad de Zimbabue estaban tiroteando a manifestantes en Harare, la capital. Tras la sangrienta represión de 2019, el Reino

Unido impuso sanciones a miembros del círculo íntimo del líder zimbabuense. [5]

El héroe de la liberación que se convierte en un déspota es una figura de sobra conocida en la historia del África poscolonial. En ese perfil también encajan Mobutu Sese Seko, de la República Democrática del Congo, Félix Houphouët-Boigny, de Costa de Marfil, Hastings Banda, de Malaui, e Isaías Afewerki, de Eritrea. [6] Pero no todos los héroes de la liberación africanos han seguido ese funesto patrón. En Sudáfrica, la puesta en libertad de Nelson Mandela, su extraordinaria magnanimidad hacia sus antiguos opresores y su llegada a la presidencia en la Sudáfrica postapartheid rompieron el estereotipo del líder de la liberación que nunca renuncia al poder y se convierte en un déspota. A diferencia de Mugabe o Mobutu, Mandela se retiró pacíficamente en 1999 y fue reemplazado por Thabo Mbeki, su ex compañero del Congreso Nacional Africano. La Sudáfrica postapartheid se convirtió en un imán para zimbabuenses desesperados que huían de Mugabe.

Sin embargo, incluso en Sudáfrica las cosas fueron a peor. La presidencia de Jacob Zuma entre 2009 y 2018 estuvo asociada a la corrupción masiva y el estancamiento económico, y se hablaba de «captura del Estado» e incluso de quiebra estatal. El gran complejo residencial de Zuma, situado cerca de la ciudad de Nkandla y construido con fondos públicos, incluía un anfiteatro, una piscina, jaulas para animales y un centro de recepciones. [7] Cuando se descubrió esa expansión palaciega de sus propiedades, argumentó que la piscina estaba concebida para que los servicios de emergencia extrajeran agua. Todo esto fue revelado, comentado y salvajemente parodiado por la prensa sudafricana y la oposición política. Pero la prensa libre y las instituciones de Sudáfrica fueron

demasiado débiles para frenar el saqueo de las arcas estatales hasta que Zuma finalmente fue destituido en 2018.

Los perjuicios que dejó a su paso fueron considerables, e importantes empresas como Eskom, la compañía eléctrica estatal, estaban en bancarrota. Cuando entrevisté a Cyril Ramaphosa, el sucesor de Zuma, en una conferencia celebrada en Londres en 2019, el nuevo presidente afirmó que la corrupción de los años de Zuma pudo costarle a Sudáfrica el equivalente al 10 % de su PIB. «Era mucho más de lo que la gente imaginaba», lamentó. El coste superaba con creces «los 500.000 millones de rands, o 34.000 millones de dólares». [8]

En 2021, Zuma fue llevado finalmente ante la justicia y condenado a quince meses de cárcel por desacato al no asistir a un interrogatorio sobre corrupción durante su mandato. Fue una prueba de que el Estado de derecho seguía funcionando y de que las instituciones de Sudáfrica podían contraatacar al gobierno de un hombre fuerte. Pero Sudáfrica pagó un alto precio. Animados por los aliados políticos de Zuma, alborotadores y saqueadores se echaron a las calles. Teniendo en cuenta que en el país había un 32 % de desempleo, a mucha gente no hizo falta animarla demasiado para que se uniera a los saqueos y robos. En una semana de graves altercados fallecieron más de trescientas personas.

Los disturbios en Sudáfrica eran un recordatorio de las dificultades para mantener la democracia en países que sufren una honda pobreza y desigualdad. Pero, a pesar de los fracasos de líderes electos como Mugabe y Zuma, los africanos en general valoran la democracia. En una encuesta llevada a cabo en 2019 por la red de investigación Afrobarometer en 34 países, más de dos tercios de los entrevistados la eligieron como mejor forma de gobierno. No obstante, igual que en Occidente, la confianza en la

democracia se ha erosionado. Alrededor de la mitad de los encuestados por Afrobarometer dijeron estar «insatisfechos» con la democracia, en comparación con una cuarta parte veinte años antes. [9]

El hecho de que los héroes de la independencia pudieran llevar a sus países al despotismo y de que presidentes elegidos democráticamente hayan saqueado las arcas públicas ha llevado a algunos africanos y observadores extranjeros a ver de otra manera el modelo del hombre fuerte. En algunos países, los líderes fuertes han estado asociados con el restablecimiento de la paz y un rápido desarrollo económico. Los dos ejemplos más citados son Paul Kagame, de Ruanda, y Meles Zenawi, el líder de Etiopía desde 1995 hasta su muerte en 2012, seis años antes de la llegada al poder de Abiy Ahmed.

Kagame tal vez sea el autócrata más conocido de África. Aunque ha encabezado su nación como presidente o líder *de facto* durante casi tres décadas, ha desarrollado un numeroso grupo de admiradores extranjeros. Para Clinton figura entre «los mejores líderes de nuestro tiempo» y Tony Blair lo ha calificado de «visionario». Bank Ki-moon, ex secretario general de la ONU, ha señalado Ruanda como modelo que pueden seguir otras naciones africanas. [10]

A primera vista, cuesta negar la envergadura de los logros de Kagame. Bajo su liderazgo, el crecimiento ha tenido un promedio del 8 % anual. Sus detractores afirman que esas cifras han sido infladas artificialmente. Pero otros indicadores de desarrollo más fácilmente verificables también han ido en aumento. La esperanza de vida ronda los sesenta y nueve años, igual que en Botsuana, la mayor historia de éxito del África subsahariana. Algunos empresarios

internacionales consideran Ruanda un lugar eficiente para trabajar e invertir. [11]

A los seguidores de Kagame los impresiona especialmente el sentido del orden que impera en la nación, teniendo en cuenta su horrenda historia de genocidios. En 1994, hasta un millón de tutsis y hutus moderados fueron asesinados a machetazos por miembros extremistas de la mayoría étnica hutu. Kagame, que en 2000 fue nombrado presidente de manera formal, convirtió la resolución de las disputas étnicas de Ruanda en el tema central de su liderazgo. Su régimen, aun estando dominado por los tutsis, desaprueba públicamente las distinciones étnicas, y el himno de Ruanda declara: «Nuestra cultura común nos identifica, nuestro único idioma nos une». Kagame ha comentado que, según su ADN, tiene sangre hutu. [12]

En la Ruanda de Kagame, los pueblos están decorados con cuidados lechos de flores y se pide a los habitantes que lleven zapatos. Antes del covid-19, el turismo estaba prosperando. Kagame también ha evitado algunas de las indulgencias más obvias del gobierno del hombre fuerte. No incentiva el culto a la personalidad y, como militar convertido en tecnócrata, tiene fama de tomarse muy en serio el trabajo de gobernante.

Sin embargo, esos avances han tenido un precio para la libertad política. El dominio de Kagame en Ruanda es total: en 2017 obtuvo un 98,7 % de los votos y se ha modificado la Constitución para que pueda ocupar el poder hasta 2034. Aún es más siniestro el hecho de que, con frecuencia, disidentes y figuras de la oposición hayan aparecido muertos en extrañas circunstancias, como el ex jefe de espías ruandés Patrick Karegeya, que fue encontrado drogado y estrangulado en un hotel de Sudáfrica en 2013. Cuando le preguntaron por la desaparición de Karegeya, Kagame negó

cualquier responsabilidad, pero declaró: «En realidad desearía que lo hubiera hecho Ruanda. Lo deseo de veras». [13] Una biografía hostil con el presidente lo acusa directamente de la muerte de Karegeya y afirma que el líder ruandés también está vinculado a una serie de asesinatos de detractores de su régimen, tanto en el país como fuera. [14]

Según Human Rights Watch, el periodista ruandés exiliado Charles Ingabire fue asesinado tras numerosas amenazas y un primer ataque fallido. [15] Los detractores de Kagame también han sufrido persecuciones judiciales. En septiembre de 2020, el empresario de fama internacional Paul Rusesabagina, que salvó a más de mil ruandeses durante el genocidio —una historia narrada en la película *Hotel Rwanda*—, fue detenido y acusado de ser «fundador, líder, patrocinador y miembro de grupos terroristas violentos, armados y extremistas ... que actúan en varios puntos de la región y en el extranjero». [16]

Durante muchos años, los partidarios occidentales de Kagame ignoraron todo esto. Bill Clinton, a quien todavía se le reprocha la inacción de su administración durante el genocidio de Ruanda, ha manifestado: «Supongo que hago más concesiones con un gobierno que genera tanto progreso como este». De hecho, Estados Unidos a menudo ha protegido a Kagame, por ejemplo, presionando para que se destituyera a un fiscal del Tribunal Penal Internacional para Ruanda que había estado muy cerca de implicar a Kagame en brutales represalias de los tutsis contra refugiados hutus. [17] Samantha Power, nombrada directora de USAID por la administración de Biden, también es una conocida admiradora de Kagame.

El líder ruandés no es el único ejemplo de «autoritarismo de desarrollo» apoyado por Occidente. En Etiopía existía una dinámica

similar antes de la era de Abiy Ahmed. Entre 1995 y 2012, la nación de África oriental estuvo sometida al estricto control del primer ministro Meles Zenawi. Sus instintos represivos a menudo también eran excusados por su trayectoria de desarrollo económico y su estilo tecnocrático de gobierno: concedió eruditas entrevistas a la prensa occidental sobre temas que iban desde la privatización de las telecomunicaciones hasta el procesamiento de mercancías. Nadie dudaba de que Zenawi tenía visión cuando expuso el futuro de Etiopía, cuyas industrias nacionales planeaba mimar igual que habían hecho los «tigres asiáticos», esto es, Corea del Sur y Taiwán. [18]

Como en Ruanda, las cifras de crecimiento en Etiopía eran impresionantes. Entre 2002 y 2012, el PIB creció a un ritmo superior al 10 %, el doble de la media de otras naciones subsaharianas. Con Zenawi, la pobreza extrema se redujo un 15 %. Se construyeron quince mil clínicas en aldeas y el rudimentario sistema de carreteras experimentó una visible mejora. Se decía que la esperanza de vida había aumentado la asombrosa cifra de veinticinco años, de cuarenta a unos sesenta y cinco. [19]

La capacidad de Zenawi para hablar de política de una manera que cautivaba a los observadores occidentales era solo parte de su atractivo. Al estabilizar Etiopía y llevar a cabo políticas beneficiosas para Estados Unidos, Zenawi también servía a los fines estratégicos de Occidente. Por otro lado, la envergadura, el crecimiento económico y la posición estratégica de Etiopía en el Cuerno de África han atraído considerables inversiones e intereses diplomáticos chinos. En 2012, China financió la construcción de una nueva sede de la Unión Africana en Adís Abeba, la capital etíope. Pero Zenawi también seguía del lado de Washington: permitió a Estados Unidos

desplegar drones en Etiopía y cooperó en maniobras antiterroristas conjuntas en Somalia.

Igual que Kagame, Zenawi se presentaba como el rostro aceptable del gobierno del hombre fuerte. Tras su muerte en 2012, Susan Rice, asesora de seguridad nacional del presidente Obama, habló de su «mente de talla mundial» y añadió: «No solo era brillante, sino un negociador incansable y un polemista formidable. No solo era un ardiente consumidor de conocimientos. Poseía una inteligencia poco común». [20]

Pero, como en Ruanda, la contrapartida fue la represión. En las elecciones de 2010, dos años antes de su muerte, Zenawi obtuvo un absurdo índice de votos del 99,6 %. Tras las elecciones de 2005, unos doscientos manifestantes fueron tiroteados por las fuerzas de seguridad. Sindicatos de profesores y organizaciones de derechos humanos fueron disueltos y los partidos de la oposición prohibidos. Zenawi también garantizó el dominio político permanente de los tigrinos, que representan alrededor de un 6 % de la población. Aunque recurrió a una especie de federalismo étnico para mantener Etiopía unida, no cabía duda de qué grupo estaba en lo más alto. [21] La conciencia sobre las incómodas concesiones que entrañaba la aceptación de Zenawi en Occidente en parte podría explicar la eufórica recepción que tuvo Abiy Ahmed, un político en apariencia más liberal.

Si incluso en el rico y poderoso Estados Unidos la política identitaria se ha convertido en una fuerza lo bastante poderosa para poner en riesgo las veteranas estructuras democráticas del país, quizá no sea de extrañar que países africanos como Etiopía, Ruanda y Zimbabue, los cuales acusan importantes divisiones étnicas que han desembocado en guerras, tengan dificultades para instaurar democracias plurales. Si vamos a Pekín, probablemente nos dirán

que solo los estadounidenses y los europeos ingenuos creen que la democracia liberal es el sistema apropiado para África, donde la pobreza sigue siendo endémica y las estructuras de Estado débiles. En China impera la desalentadora opinión de que la mayoría de los países africanos necesitarán a un hombre fuerte que mantenga unidas sus naciones. Sencillamente, deben tener la esperanza de que llegue un Kagame o un Zenawi en lugar de un Mugabe o un Zuma.

Según casi todos los criterios, en la última década la democracia ha sufrido un ligero declive en el continente, hecho que Nic Cheeseman, de la Universidad de Birmingham, describe como «dificultades democráticas, más que un desmoronamiento de la democracia». [22] En los años noventa, una vez acabada la guerra fría, muchas naciones y líderes africanos se acercaron a la democracia, y el número de países considerados democráticos fue en aumento. Pero, a medida que aumenta la influencia china, los vientos ideológicos que soplan en el continente vienen de una dirección distinta. En 2007, el valor del comercio chino con África rondaba los 148.000 millones de dólares. El de Estados Unidos era de 39.000. Por motivos obvios, Pekín no tiene interés en que las ayudas o el comercio dependan de un gobierno democrático, así que existe menos presión para una reforma política. En ciertos momentos, China incluso ha protegido activamente a sus amigos autocráticos, por ejemplo, presionando a la Corte Penal Internacional para que no juzgara al sudanés Omar al-Bashir. [23]

China hace algo más que autorizar a dictadores; también les da herramientas para acrecentar su poder. Durante años, el Partido Comunista de China ha invitado a políticos africanos a sus programas de formación. Aunque algunas partes del programa parecen inocuas, como la cultura tradicional y las estrategias chinas

de desarrollo económico, en su mayoría es más insidioso. Se enseña a los participantes a crear propaganda eficaz, a manejar a la oposición y a controlar la discrepancia. Altos cargos sudafricanos del CNA, incluyendo a 56 miembros de su Comité Ejecutivo Nacional, participaron en esos programas entre 2008 y 2012. Los administradores etíopes han enviado delegaciones desde 1994. [24]

Incluso naciones más nuevas como Sudán del Sur han entrado en la órbita de China, que ha ofrecido miles de becas a sus estudiantes. Las repercusiones para la cultura política podrían ser marcadamente iliberales. «Dentro de diez años, uno de [esos estudiantes] será el líder de Sudán del Sur», comentaba Samson Wasara, vicedecano de la Universidad de Bahr el Ghazal, en Sudán del Sur. «Cuando viajas a China, no te hablan de democracia.» [25]

China también ha ayudado con la tecnología. En 2014, la empresa de telecomunicaciones china ZTE proporcionó a Etiopía la infraestructura necesaria para acceder a las comunicaciones de sus ciudadanos. En 2007, Edwin Ngonyani, el viceministro de Transporte y Comunicaciones de Tanzania, declaró durante un acto copresentado por la Administración China del Ciberespacio: «Nuestros amigos chinos han conseguido bloquear esos medios (páginas de Internet como Google) en su país y sustituirlos por webs propias que son seguras, constructivas y populares. Nosotros aún no hemos llegado ahí, pero mientras utilicemos esas plataformas debemos protegernos de su mal uso».

La exportación de tecnología totalitaria por parte de China resulta especialmente evidente en Zimbabue. En 2018 desarrolló un plan para instalar sistemas de reconocimiento facial en sus ciudades y centros de transporte público con la ayuda de ClouldWalk, una empresa de Guangzhou. Aunque en principio es una iniciativa para combatir la delincuencia, los activistas están preocupados. El

periodista zimbabuense Garikai Dzoma predice que «los autócratas africanos ... la utilizarán para mejorar su posición política acosando a sus oponentes». A su vez, los planes de Zimbabue podrían fortalecer las ya extraordinarias capacidades de vigilancia de China. El sistema de CloudWalk permitirá a China ampliar su base de datos de reconocimiento facial integrando caras con rasgos que no sean han. [26]

La voluntad de China de ofrecer apoyo económico a Zimbabue hace que a Mnangagwa le resulte mucho más fácil resistir la presión occidental para la liberalización política. Durante su mandato, se empezó a trabajar en un nuevo Parlamento de seis plantas en Harare, y China pagó la factura de 140 millones de dólares. [27] La recompensa para Pekín quedó clara cuando Zimbabue y otros quince países africanos firmaron una carta dirigida al Consejo de Derechos Humanos de la ONU en la que elogiaban «los extraordinarios logros [de Pekín] en el ámbito de los derechos humanos» y rebautizaban los campos de internamiento para uigures como «centros de educación profesional y entrenamiento». [28]

Otras naciones autoritarias también están allanando el terreno para los hombres fuertes africanos. Aunque países como Estados Unidos a menudo hacen la vista gorda ante las fechorías de sus aliados, Rusia ni siquiera finge preocupación. Cuando Alpha Conde, el presidente de Guinea, declaró que buscaría un tercer mandato anticonstitucional, el embajador ruso en el país dijo: «Las constituciones no son un dogma, la Biblia o el Corán. Las constituciones se adaptan a la realidad. No son las realidades las que se adaptan a las constituciones». [29] Rusia, al igual que China, también ha participado directamente en el apoyo a dictaduras. En la República Centroafricana, un ciudadano ruso fue elegido para el cargo de asesor de seguridad nacional.

En la era Trump, el apoyo estadounidense a la democracia en África disminuyó marcadamente. Cuando la República Democrática del Congo celebró elecciones en enero de 2019, Estados Unidos no condenó el fraude masivo que llevó a Félix Tshisekedi a la presidencia. Por el contrario, apoyó plenamente los resultados. Mvemba Phezo Dizolele, del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales, ha descrito la medida como un revés desalentador: «Estados Unidos hizo mucho por llevar al Congo adonde estaba en materia electoral, pero en el último momento se lavó las manos». [30]

La administración de Biden manifestó desde el principio su intención de regresar a un estilo estadounidense más tradicional. Poco después de que el presidente jurara el cargo, Jake Sullivan, el nuevo asesor de seguridad nacional, expresó su incomodidad por el conflicto provocado por Abiy Ahmed y advirtió del «riesgo de violencia contra civiles, incluyendo posibles crímenes de guerra, en los combates librados en la zona de Mekelle, en Etiopía». [31] Abiy se mostró impertérrito ante las críticas estadounidenses o la amenaza de hambruna en Tigray, y siguió adelante con su guerra. En julio de 2021 obtuvo una victoria aplastante en unas elecciones parlamentarias que Estados Unidos calificó de «significativamente fallidas». Pero teniendo en cuenta que China sigue siendo el mayor inversor en Etiopía, las críticas llegadas desde Washington son ignoradas con relativa facilidad.

No solo Estados Unidos y China tenían motivos para seguir los acontecimientos de Etiopía con sumo interés. Europa es la que probablemente se verá más afectada por el éxito o el fracaso de los gobiernos africanos. Ello obedece al extraordinario aumento de población que está produciéndose en el continente africano. Los cálculos de Naciones Unidas y otras organizaciones indican que la

población de África probablemente se duplicará entre 2020 y 2050, incrementándose en 1.200 millones de personas. [32]

La combinación de pobreza, cambio climático y mala gestión gubernamental —además de la proximidad— significa que muchos jóvenes africanos podrían irse a Europa en busca de una vida mejor. Alrededor de medio millón de africanos pidieron asilo allí entre 2015 y 2017. Muchos de ellos huían de países déspotas como Eritrea, el vecino de Etiopía, donde Isaías Afewerki había instituido una política de servicio militar obligatorio y sin duración específica para los jóvenes varones.

Esas presiones migratorias probablemente se incrementarán durante las próximas décadas en Europa. Como hemos visto, el miedo al impacto cultural y económico de la migración podría ser la fuerza más poderosa para el nacionalismo populista del hombre fuerte en el continente europeo. Encontrar respuestas convincentes a esos miedos tal vez sea el dilema más urgente al que se enfrentarán los liberales europeos en los próximos años.

12

Merkel, Macron y la batalla europea contra los hombres fuertes (2020)

Durante la era de los líderes autoritarios, los internacionalistas liberales han buscado defensores de la democracia en todo el mundo, líderes políticos que puedan contener la oleada del nacionalismo populista. Varias figuras se han erigido en protectores de los valores liberales, entre ellas Jacinda Ardern, de Nueva Zelanda, y Justin Trudeau, de Canadá. Durante los años de Trump, la atención se centró especialmente en los líderes de las dos naciones más poderosas de la Unión Europea: la alemana Angela Merkel y el francés Emmanuel Macron.

Tras la doble sacudida del Brexit y las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 2016, la clase política de Francia parecía muy vulnerable. François Hollande, el presidente en ejercicio, era tan impopular que ni siquiera se presentó a la reelección en 2017. En los dieciocho meses anteriores a la votación, Francia se vio golpeada por los peores atentados terroristas de la historia. En noviembre de 2015, varios ataques cometidos simultáneamente por islamistas acabaron con la vida de 131 personas en París. El verano siguiente, otras 86 fallecieron cuando un camión arrolló deliberadamente a la

multitud que celebraba el Día de la Bastilla en Niza. Parecían las condiciones perfectas para una victoria de la extrema derecha.

Con la retirada de François Hollande, las elecciones presidenciales de 2017 fueron disputadas por dos candidatos insurgentes. El Frente Nacional, una formación ultraderechista, estaba representado por Marine Le Pen. Su oponente en la segunda y última ronda de votaciones fue Emmanuel Macron, el joven abanderado del nuevo partido En Marche.

Conocí a Macron en 2015, durante un desayuno celebrado en la embajada francesa en Londres. Por aquella época era el ministro de Economía de Francia, un liberal en materia económica en el gobierno de izquierda moderada de Hollande. Estaba claro que los diplomáticos que organizaron el acto adoraban a Macron. Pertenecía a su mundo: pro Unión Europea y promercado, ex banquero, muy culto y capaz de hablar largo y tendido sobre temas complejos (había dedicado su tesis estudiantil a Hegel y Maquiavelo). Mientras tomaba café y cruasanes, y alternando con facilidad el francés y el inglés, expuso sus planes para liberar la economía francesa y prometió una bajada de impuestos a los ricos y facilidades para los empresarios. El joven ministro dio la impresión general de ser competente, carismático y quizá un tanto arrogante.

Durante la campaña electoral, la juventud de Macron —tenía treinta y nueve años en el momento de la votación— y el hecho de que liderara un partido nuevo le permitieron canalizar parte de la ira contra las clases dirigentes que había impulsado el Brexit y la elección de Trump. Macron se presentó como el candidato del cambio radical. Su libro, publicado un año antes de los comicios, se titulaba *Revolución*. Pero, en casi todos los aspectos, Macron era un producto de la élite francesa por excelencia, educado en las instituciones más tradicionales y exclusivas del país, y un

abanderado de la visión del mundo de la clase dirigente. No obstante, cuando anunció su candidatura, parecía una posibilidad remota. François Fillon, el principal candidato de la derecha francesa y el favorito para la presidencia a comienzos de 2017, se vio afectado inesperadamente por un caso de corrupción y gastos ilícitos. Ahora que Fillon había quedado eliminado en la primera ronda, Macron se convirtió en el candidato de todos aquellos que se oponían a la extrema derecha.

El impacto de las elecciones francesas era verdaderamente global. Marine Le Pen amenazaba con sacar al país de la moneda única y coqueteó con abandonar la UE prometiendo un Frexit al estilo británico. Eso bien podría haber significado el fin de la Unión Europea. Pudo sobrevivir al Brexit, pero el Frexit sería otra cuestión. Los políticos y pensadores franceses habían diseñado la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, la antecesora de la UE, en los años cincuenta. Francia había presionado mucho para la creación del euro en la década de 1980, y la retirada del país podía causar un desplome de la divisa. Si ganaba Le Pen, el proyecto europeo correría un grave peligro. A Vladímir Putin y Donald Trump les parecería bien, y muchos partidarios del Brexit en el Reino Unido también se sentirían reivindicados.

En los meses previos a las elecciones, muchos de mis amigos franceses estaban palpablemente nerviosos. Algunos incluso se planteaban emigrar si ganaba la extrema derecha. Pero Le Pen tuvo una desastrosa actuación en el debate (más tarde aseguraba que padecía un terrible dolor de cabeza) y Macron se hizo con la victoria de manera bastante cómoda. De hecho, su posición como el candidato antiextremista siempre fue una base sólida para el triunfo. Igual que en Alemania, y a diferencia de Estados Unidos, la derecha francesa todavía carga con un estigma que se remonta a la segunda

guerra mundial. En mayo de 2017, Macron ganó ampliamente con el 66,1 % de los votos en la segunda ronda.

Los temas políticos y sociales que defendió Macron en su campaña de 2017 lo posicionaron como la antítesis social e ideológica de la política del hombre fuerte. Líderes como Putin, Xi, Trump, Modi, Bolsonaro y Erdogan son nacionalistas; Macron, por el contrario, es un «globalista» desafiante. Según le dijo a su biógrafa, Sophie Pedder, su visión es que «la nueva división política es entre quienes temen la globalización y quienes la ven como una oportunidad, o al menos como un marco para una política que intente ofrecer progreso a todos». [1] El núcleo de los votantes de En Marche eran liberales cultos de clase media; sus homólogos estadounidenses y británicos habían votado a Hillary Clinton o eran contrarios al Brexit. Los votantes blancos de clase trabajadora de la Francia «olvidada», cuyos equivalentes británicos y estadounidenses habían votado a Trump o a favor del Brexit, eran los cimientos del apoyo a Marine Le Pen. Más tarde constituirían la base de las protestas de los *gilets jaunes*, que sacudieron Francia en 2018 y 2019 y fueron provocadas por una iniciativa de Macron para aumentar los impuestos al combustible.

Para Macron, esto último era un imperativo medioambiental. Mientras que hombres fuertes occidentales como Trump y Bolsonaro tienden a desdeñar el cambio climático y a desconfiar de los expertos, Macron es un tecnócrata que ha convertido el patrocinio de los acuerdos climáticos de París en un elemento crucial de sus políticas. Rechazando el nacionalismo nostálgico de muchos de los nuevos hombres fuertes, la política de Macron tiene un tono marcadamente futurista. Tal como proclamaba con gran confianza en sí mismo: «Lo que necesita nuestro país es redescubrir el gusto por

el futuro en lugar de una mórbida fascinación con un pasado incierto». [2]

Si las políticas y la perspectiva de Macron desafiaban el modelo del hombre fuerte, eso era aún más cierto en el caso del principal socio del presidente francés en Europa, la canciller alemana Angela Merkel. Su estilo reflexivo y discreto contrastaba marcadamente con la postura de macho de líderes como Putin, Trump, Bolsonaro y Erdogan, y le valió el apodo de *Mutti* (Mami).

Mientras que el presidente de Estados Unidos se deleitaba en el chabacano entorno de sus clubes y rascacielos, Merkel vivía modestamente con su marido en un piso situado en una tercera planta del centro de Berlín. Movido por la curiosidad, un día de verano de 2020 paseé hasta su calle, que daba al río Spree y la Isla de los Museos. Los únicos indicios de que me encontraba frente a la residencia de la canciller eran un coche de policía y un pequeño puesto de vigilancia situado delante del bonito edificio.

Después de la victoria de Trump en 2016, Merkel fue recibida en algunos círculos como la verdadera líder del mundo libre. [3] Sus asistentes insistían en que ese elogio la abochornaba, pero es evidente que la líder alemana decidió convertirse en la portavoz de los valores liberales tradicionales. Cuando le ofreció a Donald Trump que colaboraran, dejó muy claro que tal relación se basaría en «la libertad, el respeto a la ley y la dignidad del hombre con independencia de sus orígenes».

Merkel se había criado en Alemania Oriental y era hija de un pastor luterano. Fue una alumna estelar que ganó premios por su dominio del ruso, una aptitud que más tarde le sería útil para comunicarse con Vladímir Putin (aunque el presidente ruso también habla alemán, un legado de su época como espía en Alemania Oriental). Nacida en 1954, tenía treinta y cinco años cuando cayó el

Muro de Berlín. Aquella noche de noviembre de 1989, en lugar de ir corriendo a la Puerta de Brandeburgo como muchos berlineses, fue a la sauna y después a tomar una cerveza con una amiga. [4] En el Este, Merkel había tenido una exitosa carrera como científica, doctorándose en química cuántica en 1986. También se había mantenido alejada de la política de Alemania Oriental. Hasta la caída del comunismo no entró en política, como protegida de Helmut Kohl, el canciller que había propiciado la unificación de Alemania. Tras ascender en las filas de la Unión Demócrata Cristiana, fue elegida canciller en 2005. Fue la primera ciudadana de Europa del Este y la primera mujer que lideraba el país.

En 2015, cuando la crisis de los refugiados azotó Europa, Merkel ya era la figura política más importante del continente. Había modelado y controlado la respuesta de la UE a la crisis del euro y, a consecuencia de ello, fue vilipendiada en el sur de Europa, donde era considerada el rostro del conservadurismo insensible alemán. Pero nadie puso en duda su habilidad para afrontar los problemas. Tim Geithner, el secretario del Departamento del Tesoro de EE. UU., afirmó después de la crisis económica mundial que Merkel era la única líder con la que había tratado que fuera «capaz de hacer cuentas». [5]

Fue la crisis de los refugiados y la elección de Trump un año después lo que convirtió a Merkel en una especie de icono para los atribulados liberales occidentales. Su decisión de no cerrar las fronteras alemanas a los millones de refugiados hacinados en Europa del Este fue osada para una canciller que tenía fama de prudente. En un momento crucial, Merkel decidió suspender la aplicación de la convención de Dublín, que estipulaba que los refugiados debían solicitar asilo en el primer país seguro al que llegaran. Con el visto bueno de la canciller, los sirios y otros podían salir de Hungría y

entrar en Alemania. Fue una decisión con profundas raíces en la historia de Alemania y en la trayectoria personal de Merkel como mujer criada al otro lado del Muro de Berlín. Mientras Trump llegaba al poder con el eslogan «Construye el muro», Merkel se hizo famosa por tres palabras muy diferentes: «*Wir schaffen das*» («Podemos hacerlo»), su respuesta al desafío de asimilar a más de un millón de refugiados mayoritariamente musulmanes en la sociedad alemana.

Aunque sus actos la convirtieron en una heroína para los liberales, era una villana para muchos populistas de derechas. Para ellos, la canciller alemana era la personificación del «globalismo» idealista y estaba dispuesta a alterar la estabilidad y el futuro de su país para quedar bien ante la intelectualidad liberal. Después de los atentados terroristas de Francia en 2015 y 2016, la derecha populista de Estados Unidos y Europa insistió aún más en que Merkel había sido tremendamente ingenua al permitir la llegada a Europa de un gran número de musulmanes, sobre todo provenientes de Siria, un país destruido por la guerra.

Los enemigos ideológicos de Merkel esperaban que la canciller alemana pagara un elevado precio político por su postura con los refugiados. En las elecciones federales celebradas en Alemania en septiembre de 2017, el ambiente en los mítines de Merkel a menudo era desagradable. Uno de sus ayudantes me contó apenado que los abucheos a la canciller eran tan estruendosos y agresivos, sobre todo en el este de Alemania, que a menudo no lograba hacerse oír por encima de los insultos. El resultado de las elecciones fue un duro golpe para ella. El porcentaje de voto de CDU cayó ocho puntos hasta el 33 %. Para formar gobierno, Merkel tuvo que sellar una nueva coalición con el Partido Socialdemócrata (SPD) de centro-izquierda, que también había cosechado sus peores resultados desde la segunda guerra mundial.

El centro de la política alemana estaba menguando. En aquel momento, el principal partido de la oposición en el Parlamento era Alternativa para Alemania (AfD), descrito por Sigmar Gabriel, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, como poco más que neonazi. La situación tenía más matices, pero aun así era inquietante. El partido había sido fundado en 2013 por economistas conservadores molestos por el papel de Alemania en el rescate a Grecia durante la crisis del euro. Pero, especialmente después de la crisis de los refugiados, se había convertido en una formación antiinmigración y xenofóbica más convencional. Un ala radical de AfD también estaba coqueteando con temáticas neonazis. Björn Höcke, una figura destacada, tachó el memorial al Holocausto de Berlín de «monumento a la vergüenza» y exigió una reevaluación de la actitud de Alemania hacia su pasado. Höcke también fue acusado de hacer referencias veladas a Hitler y Goebbels en sus discursos. [6] A pesar de ello, en algunas partes del país, en especial la antigua Alemania Oriental, el partido estaba consiguiendo un 25 % de los votos.

A pesar de la aparente calma que reinaba en Berlín, la situación nacional e internacional era cada vez más peligrosa para la clase dirigente. Los servicios de seguridad alemanes sometieron a vigilancia a AfD por constituir una posible amenaza para la democracia. Pero, como me dijo una importante figura del gobierno: «Cuando la extrema derecha está en el 5 % podemos pedirle a la policía que la vigile. Cuando está en el 25 % en el este de Alemania, la policía son ellos».

En el siglo xx, ninguna ciudad sintió más la mortífera atracción y las desastrosas consecuencias del liderazgo del hombre fuerte que Berlín. Cuando Hitler se suicidó en su búnker, la capital que lo rodeaba estaba en ruinas. Por tanto, para la élite alemana actual, el nacionalismo de cualquier índole sigue siendo motivo de gran

desconfianza. Como me dijo Thomas Bagger, un importante intelectual alemán y asesor diplomático de Frank-Walter Steinmeier, el presidente del país: «Francia y el Reino Unido siempre pueden contar con el Estado-nación. Para Alemania es mucho más difícil».

En opinión de Bagger, desde 1989 Alemania había adoptado una versión de la tesis del «fin de la historia» de Francis Fukuyama, con su reconfortante creencia en el triunfo de la democracia liberal y el internacionalismo. Tras la caída del muro, argumentaba Bagger, «por una vez creíamos estar en el lado correcto de la historia y era una sensación bastante agradable». Un hombre fuerte nacionalista como Vladímir Putin era tratado con cierta condescendencia. Merkel lo veía como una figura del siglo XIX que tenía dificultades para adaptarse al mundo moderno. Con la firme creencia de que entendían la dirección de la historia y la fórmula para el éxito en el nuevo siglo, los líderes alemanes consideraban, parafraseando a Bagger, que la política era poco más que la «administración de lo inevitable». [7]

Entre 2014 y 2017, una serie de sacudidas obligaron a Merkel y a la clase dirigente alemana a abandonar esa complacencia. El conflicto en Ucrania y la anexión de Crimea por parte del gobierno de Putin en 2014 marcaron el regreso de Rusia como amenaza militar. Los alemanes no sentían el miedo visceral a Rusia que acusaban Polonia y los Estados bálticos, pero tampoco podían distanciarse de la situación en Ucrania como los italianos o los franceses. Al fin y al cabo, Berlín había sido devastada por las tropas rusas en 1945.

Las conmociones se sucedieron: un año después de la anexión de Crimea llegó la cúspide de la crisis de los refugiados, y 2016 fue el año del Brexit y Trump. El futuro de la UE, en el que se cimentaba la política exterior alemana, se había convertido en un interrogante. Lo mismo ocurrió con el apoyo de Estados Unidos, el garante tradicional

de la seguridad alemana. Mientras que presidentes anteriores como Kennedy, Reagan u Obama habían pronunciado importantes discursos en Berlín, Trump decidió organizar su primer gran acto europeo en Polonia. Su antagonismo hacia Merkel era ideológico y personal. Según me dijo un asesor del estadounidense: «He estado con los dos en una habitación y es desagradable. Ella es la profesora y él el niño que no ha hecho los deberes».

Con Trump en la Casa Blanca y el Reino Unido saliendo de la UE, la elección de Macron como presidente de Francia en 2017 fue recibida con alegría y alivio en Berlín. El nuevo presidente francés hizo un gesto potente y simbólico la noche de su victoria al subir al escenario al ritmo de la «Oda a la alegría», el himno de la Unión Europea, en lugar de «La Marsellesa», el himno de Francia. Era un claro rechazo a las fuerzas nacionalistas que estaban resurgiendo en todo el mundo.

La victoria de Macron fue una bendición para Merkel, pero también un desafío. Aunque Alemania veía con muy buenos ojos que el nuevo presidente francés abrazara a la UE, sus propuestas concretas eran vistas con desconfianza por el gobierno de Merkel. Macron se mostraba entusiasta con la emisión de deuda común y la creación de un ministerio de Economía europeo, lo cual fue considerado en Berlín como poco más que intentos sofisticados de que los ahorradores alemanes subvencionaran a los derrochadores franceses.[8] La pasión de Macron por la «soberanía europea» así como su afirmación de que la OTAN era cada vez más «descerebrada» también fueron recibidas con irritación por el gobierno alemán, que seguía viendo la alianza como un elemento fundamental para la seguridad de Occidente.[9] Durante una visita a Berlín a finales de 2019, los mandatarios alemanes estaban furiosos por la tendencia del presidente francés a actuar sin pensar. Uno

incluso dijo que Macron estaba convirtiéndose en una versión más intelectual de Trump y haciendo política sobre la marcha, lo cual hacía que los miembros de su Gabinete tuvieran problemas para seguirle el ritmo y explicar sus últimos pronunciamientos.

Fue necesario el covid-19 para mejorar la relación en ocasiones fría entre Merkel y Macron. En sus primeras fases, el coronavirus afectó especialmente al sur de Europa, sobre todo a Italia y España. La renuencia inicial de los noreuropeos a ofrecer una ayuda económica generosa al sur amenazaba con provocar otra crisis de solidaridad en la UE. Matteo Salvini, el abanderado del populismo en Italia, se quejó de que, una vez más, los egoístas alemanes estaban dejando sufrir a los italianos. Algunos pronosticaron que el covid-19 incluso podía hacer saltar por los aires la UE.

Ante tales amenazas para el proyecto europeo, Merkel tomó medidas. Igual que en la crisis de los refugiados de 2015, la canciller alemana prescindió de su habitual cautela e hizo un gesto osado. En marzo de 2020, tal como pedía Macron desde hacía tiempo, apoyó la idea de que la UE emitiera deuda común en los mercados financieros para financiar proyectos conjuntos. Se vendió como un proyecto excepcional para financiar las ayudas por el covid. Pero los detalles no eran tan relevantes como la importancia del gesto. En Berlín, París y Bruselas coincidían en que se había cruzado un Rubicón: la divisa común ahora estaría respaldada por deuda conjunta. A largo plazo, Macron veía el desarrollo de un mercado de bonos de la UE que podría competir con el mercado del Departamento del Tesoro estadounidense como un activo seguro para los inversores del mundo. A su vez, ello permitiría al euro crear una alternativa al dólar como principal moneda de reserva mundial. Dado que gran parte del poder estadounidense radica en el dólar, la internacionalización del

euro sería un paso importante hacia el objetivo de Macron de «*Europe puissance*», o Europa como potencia mundial.

Cuando Merkel tomó esa decisión potencialmente trascendental en 2020, se acercaba al final de su carrera política. Llevaba en el cargo desde 2005, pero, a diferencia de los líderes fuertes del mundo, ella no aspiraba a ocuparlo para siempre y anunció que dejaría de ser canciller en 2021. Pero se marchaba en el momento que ella eligió, y el anuncio llegó cuando sus índices de aprobación habían vuelto a cotas casi de récord. Al cerrar un acuerdo con Turquía, Merkel había conseguido contener la llegada de refugiados. Fue un pacto pragmático y un tanto sucio que en cierto modo reproducía algunos de los controles a la libertad de movimientos que exigía gente como Orbán sin reconocerlo del todo. No obstante, la sensación de crisis en Alemania se había atenuado y la extrema derecha había empezado a sufrir tensiones internas. La derrota de Donald Trump en noviembre de 2020 también significó que Merkel había durado más que su adversario de Washington.

Si la política global siguiera el arco de un simple cuento con moraleja, una Merkel triunfal se habría retirado con el futuro de la democracia liberal asegurado en Europa y con la política del hombre fuerte en retirada en todo el mundo. Pero la realidad siempre es más compleja. Merkel y otros líderes europeos son muy conscientes de que la presidencia de Biden podría ser un interludio en Estados Unidos antes del retorno de Donald Trump o una figura similar en las presidenciales de 2024. En la UE, Orbán y Kaczynski han instaurado en Hungría y Polonia gobiernos iliberales y populistas que han puesto en peligro algunos elementos básicos de un Estado democrático, como la independencia de los tribunales y los medios de comunicación.

En ciertos aspectos, Macron ha sido un presidente francés de éxito. Sus peticiones de una integración mucho mayor en la UE finalmente fueron recibidas positivamente en Berlín. Y, aunque sus oponentes políticos lo acusaban de ser distante y altivo, los índices de popularidad de Macron eran siempre mejores que los de François Hollande.

El presidente francés también ha evitado grandes escándalos políticos y personales en su país, pero, como cabría esperar, fue incapaz de hacer realidad las esperanzas de cambio dinámico y renovación que despertó en 2017 y de desterrar el profundo pesimismo que reinaba en Francia. Las protestas de los *gilets jaunes* y los continuados actos de terrorismo, incluyendo la decapitación del profesor Samuel Paty a manos de islamistas en 2020, alimentaron la sensación de inseguridad en el país. Una encuesta llevada a cabo por Harris Poll en abril de 2021 demostró que un 84 % de los franceses coincidían en que la violencia en Francia estaba empeorando día a día, un 73 % consideraba que la sociedad francesa se estaba desmoronando y un 45 % creía que pronto estallaría una guerra civil. [10]

Macron y sus ayudantes eran muy conscientes de que muchas de las condiciones sociales y económicas que han alimentado el auge de la derecha populista en otros lugares de Occidente también tienen raíces profundas en Francia. En un momento de franqueza, el presidente francés reconoció a un entrevistador de la BBC que si se hubiera celebrado un referéndum para abandonar la Unión Europea como se había hecho en el Reino Unido, Francia «probablemente» habría votado a favor. [11] El país acusa un elevado desempleo y desindustrialización. Décadas de inmigración han cambiado su configuración demográfica y, en la actualidad, Francia tiene la población musulmana más numerosa de la UE. La teoría de la

conspiración según la cual una élite globalista planea inundar Occidente de inmigrantes que no son de raza blanca goza de popularidad en Francia. *Le grand remplacement*, el libro de Renaud Camus que detalla el presunto complot, se ha convertido en un texto de referencia para nacionalistas blancos de todo Occidente. En Francia, el sentimiento antidemocrático no está muy lejos de la superficie. En 2021, una carta de un grupo de generales retirados que coqueteaban con la idea de un golpe militar fue alabada por Le Pen, y las encuestas indicaban que un 49 % de la gente coincidía con que el ejército debía intervenir para garantizar la ley y el orden en el país.

En respuesta al desafío persistente de la ultraderecha, Macron también se desplazó hacia ese territorio y se posicionó como el defensor de Francia en una guerra contra el islam radical. En política exterior, la Francia de Macron chocaba cada vez más con la Turquía de Erdogan, sobre todo en torno a Libia y el Mediterráneo oriental. El presidente francés, normalmente directo en su defensa de los derechos humanos, concedió la Legion d'Honneur, el reconocimiento más importante de Francia, a Abdelfatah El-Sisi, el líder autocrático de Egipto, que se había enfrentado repetidamente a Erdogan pero también había reprimido brutalmente a los Hermanos Musulmanes.

En el ámbito nacional, la administración de Macron presentó nuevas leyes para combatir el «separatismo» islamista y proteger los valores laicos y republicanos. Las propuestas incluían la prohibición de emitir «certificados de virginidad» para las mujeres y las sesiones separadas para hombres y mujeres en las piscinas públicas. En cuestiones de seguridad y valores sociales, algunos ministros de Macron adoptaron una retórica apenas distinguible de la de la extrema derecha. Gérald Darmanin, el radical ministro de Interior, describió el islamismo como un «caballo de Troya que contiene una

bomba de fragmentación dirigida a nuestra sociedad». [12] A medida que Macron se movía hacia la derecha antes de las elecciones de 2022, Le Pen se desplazó a la izquierda suavizando políticas que habían asustado a algunos votantes en 2017, como su oposición al euro y las menciones al Frexit.

No obstante, las diferencias entre Le Pen y Macron seguían siendo obvias. Aunque condenaba el islamismo, Macron se negó a cruzar la línea de la hostilidad hacia la migración y los inmigrantes, como sí hizo Orbán. También estaba fervientemente comprometido con la idea de fortalecer la UE y reformar la globalización en lugar de hacerla retroceder.

La división ideológica entre Le Pen y Macron es típica de la política internacional en la era de los líderes autoritarios. En palabras de la propia Le Pen:

> Ya no existe separación entre izquierda y derecha, sino entre nacionalismo y globalismo. En ese enfrentamiento tenemos todas las oportunidades de subir al poder en un momento en el que las ideas que defendemos —control de la inmigración, patriotismo económico, proteccionismo racional y razonable— son cada vez más poderosas en todo el mundo». [13]

Le Pen se identifica con una tendencia internacional que ha generado líderes nacionalistas fuertes en todo el mundo. Ha atacado a muchos de los enemigos fácilmente caricaturizables que ya identificó gente como Donald Trump: los emigrantes ilegales, las élites clasistas, los medios que divulgan «noticias falsas» y los globalistas desarraigados.

La batalla global de las ideas no solo la libran los políticos, sino también los intelectuales, los filántropos y las instituciones que estos financian. Para muchos líderes fuertes, hay un adversario que personifica las fuerzas globalistas contra las que afirman luchar: el financiero y filántropo multimillonario George Soros. Le Pen ha asegurado que Soros es el enemigo de Francia: «Debemos liderar la

reconquista de nuestro país contra ese multimillonario ... Comete delitos contra los Estados-nación». [14] La destacada posición de George Soros en la demonología de los populistas de corte nacionalista dice mucho acerca de las batallas ideológicas en la era de los líderes autoritarios, unas discusiones que seguirán enmarcando la política de Francia, Europa y el mundo en general en la próxima década.

13

George Soros, Steve Bannon y la batalla de las ideas

Los líderes fuertes necesitan enemigos. Y muchos de los hombres fuertes nacionalistas del mundo han decidido atacar al mismo hombre del saco. Como filántropo judío multimillonario con una visión pronunciadamente liberal, George Soros se ha convertido en el paradigma del «globalismo». Igual que Emmanuel Goldstein en *1984*, de Orwell, es considerado el poder que se oculta detrás de cada atrocidad o conspiración contra el hombre de a pie.

En 2017 revisé los presuntos delitos y conspiraciones con los que se ha relacionado el nombre de Soros. Un par de horas de investigación desvelaron que, en unos pocos meses, ese hombre de ochenta y siete años había sido acusado de fingir un ataque químico en Siria, de financiar manifestaciones contra Trump en Washington, de idear un «plan Soros» para inundar Hungría de refugiados, de forzar un cambio de gobierno en Macedonia, de erosionar al primer ministro israelí y de lograr la destitución de varios asistentes clave de la Casa Blanca.

Semanas después, tras escribir una columna titulada «El odio a Soros es una enfermedad global», recibí una invitación inesperada para cenar con él en su casa del centro de Londres. [1] Fue una velada agradable, aunque un tanto peculiar. En primer lugar, no se

mencionó mi columna ni en la invitación ni durante la cena. Por el contrario, sus ayudantes me dijeron que Soros quería comentar las posibilidades democráticas en China. Y, de hecho, fue prácticamente el único tema de conversación. En un momento dado, Soros me preguntó cuánto creía que tardaría el Partido Comunista de China en perder el poder. La respuesta sincera es que no tengo ni idea, pero me aventuré a calcular unos treinta años. «Qué lástima», respondió. «Esperaba vivir para verlo.»

Inevitablemente, el Soros real es muy distinto del villano de James Bond que acecha los sueños y las teorías de la conspiración de la extrema derecha. Aunque su energía intelectual y militante parecían intactas, estaba sordo y un poco frágil. Para combatir su creciente sordera, Soros llevaba auriculares durante la cena y los invitados tenían que hablarle a un micrófono. No obstante, me dijo que tenía intención de jugar al tenis a la mañana siguiente. Y lo más sorprendente de todo era que no parecían preocuparle —y sí divertirle un poco— el vilipendio y las amenazas que le proferían desde todos los rincones del mundo.

En los años transcurridos desde aquella cena, la moda de ver a Soros en todas partes se ha intensificado. Fue acusado por Trump de financiar la migración ilegal a Estados Unidos y por los seguidores del presidente de hallarse detrás del proceso de destitución y el «robo» electoral de 2020. En otras ocasiones ha sido denunciado por líderes políticos de Malasia, Polonia, Rumanía, Turquía y Brasil, los cuales aseguran que el filántropo multimillonario está pergeñando un complot contra ellos.

En los años noventa, Soros estaba en sintonía con el espíritu de la época, ya que utilizó los miles de millones que había ganado en las finanzas para apoyar la transición a la democracia en la Europa poscomunista y otras regiones. Pero ahora, el clima político global ha

cambiado y las ideas liberales están retrocediendo. Para una nueva generación de nacionalistas, Soros se ha convertido en el villano perfecto. Es un internacionalista en una era de nacionalismo. Apoya los derechos individuales en lugar de los colectivos. Es el 56.º hombre más rico de Estados Unidos según la lista Forbes de 2020, que calculó su fortuna en 8.600 millones de dólares[2]. (Sería considerablemente mayor si no hubiera donado 32.000 millones de dólares desde 1984.)[3] El hecho de que Soros sea judío alimenta sentimientos antisemitas, lo cual permite atribuirle el papel de financiero internacional turbio y manipulador en su día reservado a los Rothschild.

El compromiso de Soros con el individualismo liberal y los derechos de las minorías es producto de su extraordinaria vida. Nacido en Hungría en 1930, tenía trece años cuando los nazis invadieron el país. Tivador, su padre, era un abogado y escritor que dirigía una revista literaria en esperanto, el idioma internacional, y era adorado por quienes creían en una comunidad global. Cuando llegaron los nazis en 1944, a George le salvó la vida la clarividente decisión de su padre de facilitarle documentación falsa y enviarlo al campo con un funcionario de provincias. Haciéndose pasar por su ahijado, Soros incluso acompañó a su tutor a realizar inventarios de propiedades judías confiscadas (un episodio que más tarde sería utilizado por sus enemigos para acusarlo de colaboración con los nazis).[4]

Cuando el régimen nazi dio paso a la ocupación soviética después de la guerra, Soros se fue a Londres, a la edad de diecisiete años. Allí fue camarero y desempeñó otros trabajos menores antes de ingresar en la London School of Economics, donde se sintió hechizado por Karl Popper. *La sociedad abierta y sus enemigos*, la influyente obra del filósofo austríaco, era una vigorosa defensa del

liberalismo y la democracia, profundamente influida por sus experiencias con las tragedias que había sufrido Europa Central. Más tarde, Soros escribió que, al leer por primera vez el libro de Popper, le «golpeó con la fuerza de la revelación ... Yo poseía experiencia directa en lo que Popper denominaba "sociedades cerradas", donde la imposición del dogma del Estado unipartidista lleva a la represión y el totalitarismo». Por el contrario, Popper defendía una sociedad abierta que «intenta crear un gobierno que permite a gente con intereses e ideas diferentes convivir en paz».[5] Los principios de tolerancia, escepticismo racionalista y empirismo del filósofo influyeron sobremanera en Soros. Su fundación benéfica se llama Open Society Foundations, como tributo a su mentor intelectual.

La insistencia de Popper en la falibilidad del conocimiento humano también influyó en el concepto financiero de Soros. Tras obtener su titulación en la LSE, tuvo varios trabajos, incluyendo el de dependiente de una tienda, hasta que, en 1953, fue contratado por Singer and Friedlander, un banco de inversiones de Londres. En 1956 se trasladó a Estados Unidos para trabajar en Wall Street, y en 1970 creó una empresa propia, Soros Fund Management. Aplicando las ideas de Popper a los mercados financieros, Soros cuestionó la idea convencional de que los mercados son racionales. Buscaba la irracionalidad en el comportamiento de los mercados y demostró ser un inversor extremadamente astuto. En los años ochenta ya era multimillonario.

Cuando estaba a punto de cumplir cincuenta años, empezó a buscar un nuevo propósito en la vida, y lo encontró a través de una forma de filantropía política, utilizando su enorme fortuna para financiar las causas del liberalismo, la democracia y una sociedad abierta. Al principio concedió becas para ayudar a estudiantes negros en la Sudáfrica del apartheid. Y, cuando el mundo comunista

empezó a abrirse gradualmente en los años ochenta, Soros buscó accesos al bloque soviético y China, principalmente por medio de inversiones en educación y ayudas a organizaciones de la sociedad civil.

Cuando cayó el Muro de Berlín, su posición era idónea —con el dinero, el conocimiento y la visión subyacente— para apoyar a instituciones democráticas incipientes. En 1991 creó la Universidad Centroeuropea en Praga, y más tarde la trasladó a su Hungría natal. En otra iniciativa característica, transfirió cien millones de dólares para financiar los salarios de científicos soviéticos sin trabajo y pagar para que las revistas científicas llegaran a la antigua URSS. Según comentaba más adelante: «En los primeros años teníamos a la historia de nuestro lado. Era una época en la que las sociedades abiertas eran muy prósperas y estaban ganando terreno». [6]

Para Soros, el término «sociedad abierta» equivalía «a una sociedad en la que impera el Estado de derecho y no el dominio de un solo individuo, y en la que el papel del Estado es proteger los derechos humanos y la libertad individual. En mi opinión, una sociedad abierta debería prestar especial atención a quienes sufren discriminación o exclusión social y a aquellos que no pueden defenderse». Al mismo tiempo, Soros seguía siendo un jugador astuto e influyente en los mercados. En 1992 se ganó la fama de ser «el hombre que rompió el Banco de Inglaterra» después de que su fondo de cobertura apostara fuerte contra la libra esterlina, lo cual contribuyó a que Gran Bretaña saliera del Mecanismo Europeo de Cambio el 16 de septiembre, un día que en el Reino Unido se dio a conocer como «Miércoles negro». Se decía que Soros había ganado más de mil millones de dólares con su exitosa especulación contra la libra. El gobierno británico liderado por John Major fue humillado y nunca recuperó su estabilidad. [7]

El papel de Soros en el Miércoles negro le cosechó fama internacional e hizo mucho por crear su mística. Al principio parecía un hecho eminentemente positivo. Su fama recién descubierta les abrió puertas a él y al Open Society Institute. En el Reino Unido, gran parte de las recriminaciones después del Miércoles negro fueron dirigidas al gobierno de Major y no al financiero que había sido más inteligente que él. Si acaso, Soros era bastante admirado por la audacia y visión de sus especulaciones financieras.

Pero en otros lugares, la riqueza, el alcance global, las opiniones políticas y el acervo judío de Soros empezaron a convertirlo en blanco de sospechas. La primera vez que vi una teoría de la conspiración centrada en Soros fue durante la crisis económica asiática de 1997, cuando Mahathir Mohamad, el primer ministro de Malasia, acusó al inversor de intentar destruir las finanzas de su país. [8] En aquel momento no parecía el presagio de una tendencia global. Al fin y al cabo, Soros era un conocido especulador de divisas famoso por su papel en el Miércoles negro, mientras que Mahathir era un conocido antisemita.

Pero a principios de la década de 2000, Soros empezó a aparecer con regularidad en el discurso de la ultraderecha estadounidense. En 2007 fue descrito en Fox News como el «Doctor Maligno del mundo de las fundaciones de izquierdas». [9] Los orígenes del odio a Soros en Estados Unidos podrían remontarse a su oposición a la guerra en Irak y sus esfuerzos por impedir la reelección de George W. Bush en 2004. La ayuda económica que prestaba Soros a causas liberales en el país, como campañas de registro electoral para minorías, irritó aún más a la derecha republicana, como ocurrió con su apoyo a instituciones internacionales como la ONU.

Con la llegada de la administración de Trump, la propaganda contra Soros se popularizó. El propio presidente estaba encantado

de implicarse en acusaciones de conspiración contra él. En septiembre de 2018, durante una enconada batalla en el Congreso por la confirmación de Brett Kavanaugh en el Tribunal Supremo, Trump tuiteó que quienes se manifestaban contra Kavanaugh eran «profesionales a sueldo» y que sus pancartas las habían «pagado Soros y otros».

Para los nacionalistas de la administración de Trump, Soros era la personificación del «globalismo» que habían jurado destruir. En ocasiones, relacionaban explícitamente a sus enemigos —de dentro y fuera de la administración— con George Soros. Cuando a los nacionalistas de America First les preocupaba que el general H. R. McMaster, asesor de seguridad nacional del presidente Trump en 2017 y 2018, estuviera purgando a sus aliados en la Casa Blanca, crearon una página web, «McMaster leaks», que incluía una caricatura de la marioneta de McMaster manipulada por unos titiriteros llamados «Soros» y «Rothschild». Fiona Hill, que fue directora para Europa y Rusia en el Consejo de Seguridad Nacional de Trump, fue acusada de ser un «topo de Soros» por Roger Stone, el viejo amigo y asesor del presidente, porque una vez había trabajado con Open Society Foundations. En su testimonio en el Congreso durante el primer proceso de destitución contra el presidente en noviembre de 2019, Hill comparó los ataques a Soros con los «*protocolos de los sabios de Sion*», una de las teorías de la conspiración antisemitas más duraderas de la historia, y afirmó: «El tropo contra el señor George Soros también fue creado con fines políticos». Para Hill, los ataques eran una «atrocidad absoluta». [10]

Inevitablemente, los seguidores de Trump acusaron a Soros de orquestar el proceso de destitución. Rudy Giuliani, el abogado del presidente, que había tenido un papel clave al intentar obligar al gobierno ucraniano a que investigara a la familia de Joe Biden,

declaró a la revista *New York* que Soros había «controlado» al embajador estadounidense en Ucrania, que se había negado a colaborar con Giuliani. Cuando le dijeron a Giuliani que estaba jugando con teorías antisemitas de la conspiración, acusó a Soros de ser enemigo de Israel: «Soros apenas es judío. Soy más judío yo que él. Probablemente sé más del tema. No va a la iglesia, no le interesan la religión ni la sinagoga». [11]

Esa tendencia a ver al financiero en el epicentro de una conspiración globalista para subvertir la nación también llegó al Reino Unido gracias a Nigel Farage, un amigo de Trump que incorporó los ataques a Soros a su retórica política. En un momento dado afirmó: «En muchos sentidos, [Soros] es el mayor peligro para todo el mundo occidental». Asimismo, aseguró que pretendía «socavar la democracia y alterar la configuración demográfica de todo el continente europeo». [12] Del padrino del euroescepticismo británico, la retórica contra Soros se propagó al Partido Conservador, que estaba liderando la ofensiva a favor del Brexit. El partido de Boris Johnson se vio obligado a abrir una investigación a Sally-Ann Hart, una de sus parlamentarias, por compartir un vídeo en el que insinuaba que Soros controla la UE. El *Daily Telegraph*, partidario del Brexit, publicó un artículo a toda página en el que acusaba a Soros de estar detrás de un «complot secreto para obstaculizar el Brexit», [13] en referencia a una cena benéfica que el financiero había organizado en su casa de Londres para apoyar la campaña para un segundo referéndum.

Los teóricos de la conspiración en el Reino Unido y Estados Unidos a menudo se defendían de las acusaciones de antisemitismo imitando a Giuliani al afirmar que Soros no podía considerarse judío porque era ateo y crítico con Israel. Algunos de los miembros más obtusos de los partidos Conservador y Republicano tal vez no

conocieran el bagaje histórico del lenguaje que empleaban. Pero el uso deliberado del antisemitismo en las campañas contra Soros era mucho más difícil de ignorar cuando afloró en Europa Central, el corazón del Holocausto, y en particular en Hungría, el lugar de origen de Soros. En las elecciones húngaras de 2017, el primer ministro Viktor Orbán había empapelado el país con carteles en los que aparecía un sonriente señor Soros y exigía: «No permitáis que Soros ría el último», en referencia a un supuesto plan para llenar Hungría de refugiados. El filántropo era tildado de financiero desarraigado que pretendía destruir la nación húngara.

Sin duda existe un efecto de caja de resonancia en las campañas internacionales contra Soros, ya que los grupos de extrema derecha se hacen eco de las mismas teorías de la conspiración. Pero algunos líderes fuertes tienen razones más concretas para temer a las Open Society Foundations de Soros, que financian a organizaciones civiles que fomentan la educación, la prensa libre, los derechos de las minorías e iniciativas anticorrupción. El gobierno ruso se sintió especialmente molesto por el apoyo de Soros a las fuerzas prodemocracia que en 2004 intervinieron en la Revolución de las Rosas en Georgia, que Moscú consideró un ataque a su dominio en el antiguo territorio soviético.[14] En 2015, el gobierno de Putin expulsó a Open Society Foundations de Rusia, pues ya no estaba dispuesto a tolerar su apoyo a organizaciones como Memorial, que promovía la investigación sobre el terror soviético y los gulags de Stalin.

Las actividades de Soros también lo han convertido en un objetivo en Israel, donde el antisemitismo manifiesto de las campañas mundiales contra Soros importaba menos al gobierno de Netanyahu que el apoyo del financiero a los derechos de los palestinos, los centros de estudios liberales israelíes y otras causas impopulares

para la derecha del país. En Twitter, Yair Netanyahu, el hijo del primer ministro, ha descrito a Soros como «el principal agente antiisraelí y antijudío del mundo». [15] Incluso compartió una caricatura del señor Soros ondeando el mundo delante de una criatura reptiliana, el tipo de imagen que su padre tacharía de antisemita en otro contexto.

Las teorías de la conspiración sobre Soros no solo ofrecen a los líderes fuertes una cómoda cabeza de turco y una retórica fácil. En algunos lugares se han utilizado para perseguir a individuos y organizaciones que se interponen en el camino de una dictadura incipiente. Quizá el peor ejemplo fue el encarcelamiento de Osman Kavala, un empresario liberal turco que en su día fue miembro de la junta de Open Society Foundations. Kavala fue encarcelado por el gobierno de Erdogan, que lo acusó explícitamente de ser parte de una conspiración liderada por Soros contra el Estado turco. «¿Quién está detrás de él?», preguntó Erdogan retóricamente. «El famoso judío húngaro George Soros. A ese hombre le asignaron dividir naciones y destruirlas. Tiene mucho dinero.» [16]

No contento con acumular enemigos en todo Occidente, Rusia y Oriente Próximo, en los últimos años Soros ha dedicado cada vez más atención a China, que identificó correctamente como el enemigo más peligroso para los valores de una sociedad abierta. Poco después de que yo le conociera en Londres, Soros pronunció en Davos en enero de 2019 un discurso en el que exponía sus inquietudes: «China no es el único régimen autoritario del mundo, pero sin duda es el más rico, fuerte y desarrollado en aprendizaje de máquinas e inteligencia artificial. Eso convierte a Xi Jinping en el oponente más peligroso para quienes creen en el concepto de sociedad abierta». [17]

A Soros le interesaba China desde hacía tiempo. Llevó por primera vez su actividad filantrópica al país a mediados de los años ochenta, cuando se alió con economistas y políticos vinculados al primer ministro reformista Zhao Ziyang, que perdió el poder justo antes de la masacre de la plaza de Tiananmén en 1989. Pero luego, Soros tuvo que salir del país, anticipándose a los ataques a su «filantropía política» que llegarían más tarde desde Rusia, Hungría e incluso Estados Unidos.

El vilipendio a George Soros tiene una importancia que va más allá de su historia personal o del papel que desempeña como cabeza de turco para la ultraderecha. Forma parte de una ofensiva contra el liberalismo que recuerda inquietantemente a la Europa de los años treinta. En su influyente historia del Holocausto, Saul Friedlander ve el ascenso del nazismo y el deseo de exterminar a los judíos como parte de una «crisis del liberalismo en la Europa continental» y señala: «En toda Europa, los judíos eran identificados con el liberalismo y, a menudo, con la vertiente revolucionaria del socialismo». A consecuencia de ello, la derecha nacionalista «atacó a los judíos como representantes de visiones del mundo contra las que ellos luchaban y, con frecuencia, los etiquetaron como los instigadores y portadores de esas visiones». En opinión de Hitler, «el judío aspiraba a destruir las naciones propagando contaminación racial, erosionando las estructuras de Estado ... logrando la desintegración del núcleo vital de todas las naciones en las que vivían». [18] Esas ideas suenan incómodamente parecidas a algunas acusaciones vertidas contra Soros y los supuestos «globalistas» de la actualidad.

Soros nunca ha dado demasiada importancia al obvio antisemitismo que hay detrás de los ataques o las amenazas de muerte e intentos de asesinato contra él, que incluyeron un paquete

bomba enviado a su casa de Nueva York. Pero, en ocasiones, ha reconocido que algunas de esas acusaciones le duelen «tremendamente». [19] Sin embargo, su socio Michael Vachon probablemente tiene razón cuando dice que Soros también está orgulloso de los enemigos que se ha ganado: «Ni disfruta ni pierde el tiempo con ello». [20]

Por supuesto, Soros no es ni mucho menos un santo, y puede ser caprichoso y prepotente. Aunque los puristas del mercado creen que la especulación financiera cumple un valioso objetivo, muchos economistas discreparían, e incluso Soros ha expresado dudas sobre el impacto social y económico de los mercados financieros globalizados en los que ha hecho su fortuna. Pero al haber nacido en Europa justo cuando la democracia se desmoronaba en la primera mitad del siglo XX, tuvo la suerte de escapar del totalitarismo y poder desempeñar un papel activo en el resurgimiento de la democracia y las sociedades abiertas en el viejo continente y el resto del mundo. Sin embargo, a medida que Soros se acerca al final de su vida, se ha convertido en blanco de la furia de las fuerzas políticas del autoritarismo nacionalista y los hombres fuertes con los que tantos años batalló. Ideas que antaño parecían derrotadas o confinadas a los márgenes de la política han protagonizado un renacer en la era de los líderes autoritarios.

En las décadas de 1930 y 1940, Estados Unidos era un baluarte de la democracia liberal y los valores de una sociedad abierta. Pero en el siglo XXI, las ideas iliberales, nacionalistas y antidemocráticas se han adueñado de la derecha estadounidense y han viajado a Europa. Igual que Soros ha intentado alentar el liberalismo en todo el mundo, Steve Bannon, el director de campaña de Donald Trump

en 2016, ha llevado su batalla ideológica al otro lado del Atlántico. Bannon, como Soros, cree estar participando en una lucha ideológica internacional que debe librarse tanto en Europa como en Estados Unidos.

A mediados de mayo de 2019 me desperté en un hotel de Berlín, cogí el teléfono y miré el correo electrónico. El primer mensaje era de un remitente inesperado: Bannon. El e-mail decía: «Brillante análisis en el periódico de hoy. Me encantaría contactar para compartir más sobre la perspectiva de los halcones occidentales».

La columna de *FT* a la que respondió Bannon hablaba de la política occidental con respecto a China. En ella argumentaba que Estados Unidos y China eran potencias revisionistas. China quería desplazar a EE. UU. como la potencia política más grande del mundo, pero, para hacerlo, debía mantener el sistema económico global de la actualidad. Estados Unidos estaba decidido a seguir siendo la máxima potencia política, pero, para hacerlo, los halcones de la administración de Trump querían desbaratar el sistema económico global de la actualidad. Di por sentado que lo que llamó la atención de Bannon era la crítica implícita al «globalismo». [21]

Recibir elogios de un hombre al que la mayoría considera un racista o incluso un fascista no era una sensación del todo agradable. Tampoco podía estar seguro de que el e-mail fuera realmente de Steve Bannon. Aun así, me despertó interés, así que respondí educadamente, diciendo que estaría encantado de reunirme con el señor Bannon cuando volviera a Estados Unidos, pero que en aquel momento me encontraba en Alemania. La respuesta fue que Bannon también estaba en Alemania, concretamente en un tren camino de Berlín tras pasar unos días en la *Hinterland*, donde había mantenido conversaciones con Alternative für Deutschland (AfD), el partido ultraderechista.

Nos citamos aquella noche en el hotel Adlon. Un compañero de Londres al que mencioné el encuentro me mandó un mensaje para decirme que lo desaprobaba. «¿Habrías entrevistado a Goebbels?», preguntó. El vestíbulo del Adlon parecía un buen lugar para reflexionar sobre ello. Como el hotel más elegante de Berlín, había alojado a muchos nazis de renombre, incluyendo al propio Goebbels. Pero mi respuesta a esa pregunta fue que, como periodista, sin duda habría querido conocer al jefe de propaganda nazi, e incluso al propio Hitler.

Al cabo de unos minutos, el jefe de seguridad de Bannon —un británico achaparrado y musculoso con la cabeza afeitada— me acompañó a una suite de la tercera planta. El hombre apodado «Steve el descuidado» por Donald Trump llevaba vaqueros y camiseta y estaba bebiendo un vaso de agua. Su actitud era profesional, pero afable. Le dije que el otro e-mail de felicitación que había recibido aquella mañana era del profesor Jeffrey Sachs, un ardiente detractor de Trump y admirador de China. Bannon se echó a reír. «Tiene usted bien cubiertas las bases ideológicas», me espetó.

Tal como indicaba su correo electrónico, Bannon tenía más ganas de hablar de China que de guerras culturales o nacionalismo blanco. En la mesita tenía un ejemplar del *Financial Times* con muchas frases subrayadas y un libro titulado *Unrestricted Warfare: China's Master Plan to Destroy America*, que me animó a leer.[22] Bannon, como Soros, estaba claramente preocupado por la amenaza política e ideológica que suponía una China en auge.

Reinventando la historia, Bannon argumentó que los mensajes cruciales de la exitosa campaña electoral de Trump en 2016 habían sido el «nacionalismo económico» y la necesidad de enfrentarse a China, y no la inmigración o el nacionalismo blanco. Cuando le

pregunté por su asociación con la ultraderecha alemana, aseguró que había alentado a AfD a insistir menos en su mensaje antiinmigración y, por el contrario, a hacer campaña por el nacionalismo económico. Me pareció un consejo extraño teniendo en cuenta que Alemania, a diferencia de Estados Unidos, gozaba de un enorme excedente comercial y contaba con un floreciente sector de producción. Pero Bannon insistió en que Alemania no comprendía la amenaza económica que representaba China. «Si los alemanes no hacen nada», aseguró, «dentro de una década la *Mittelstand* será destruida». [23]

No obstante, Bannon no renegó de las «guerras culturales». Afirmó con orgullo ser el coautor junto con Stephen Miller, ayudante de la Casa Blanca, del «último discurso interesante de Trump», pronunciado en Varsovia como un gesto deliberado hacia sus aliados ideológicos del gobierno polaco. En dicho discurso, Trump había redefinido la idea de Occidente. En lugar de describir a Estados Unidos y sus aliados como los defensores de la libertad y los valores universales, había presentado una visión de Occidente «basada en lazos de cultura, fe y tradición», unos lazos que no eran en modo alguno universales. «Escribimos sinfonías. Buscamos la innovación. Honramos a nuestros héroes ancestrales y nuestras tradiciones y costumbres atemporales», había declarado Trump. Como en su discurso de investidura, el presidente lanzó un mensaje apocalíptico en Varsovia: «La pregunta fundamental de nuestro tiempo es si Occidente tiene la voluntad de sobrevivir». [24] A mí me parecía obvio que los esfuerzos de Trump y Bannon por erosionar a la UE debilitarían a Occidente en cualquier lucha futura con China, pero Bannon discrepaba: «Me encanta Europa, no solo la UE. Para mí, gente como Orbán, Farage y Salvini son héroes. Estados Unidos necesita a Europa, pero como aliado, no como protectorado».

Una amenaza que habían recalcado Orbán, Farage, Salvini y Trump era la inmigración masiva, sobre todo la proveniente del mundo musulmán, que era vista como un desafío a «nuestras tradiciones y costumbres atemporales». De hecho, si China era el enemigo externo, no me cabía duda de que Bannon, Miller y Trump consideraban a los inmigrantes no blancos el enemigo interno. ¿Por qué si no describiría Bannon a Tommy Robinson, un activista antiinmigración de la ultraderecha británica, como «la columna vertebral del país»? [25] Breitbart, el servicio de «noticias» que había dirigido Bannon, también estaba especializado en historias incendiarias sobre inmigración y cuestiones raciales.

Después de nuestro encuentro en Berlín, seguí las noticias sobre los movimientos y contactos internacionales de Bannon con más interés. Meses después estaba en París, donde habló favorablemente de las manifestaciones de los *gilets jaunes* contra la clase dirigente mientras él se alojaba en el hotel Bristol (evidentemente, el populismo no era impedimento para dormir en los hoteles más lujosos). Durante una visita a Tokio, me dijeron que Bannon acababa de estar en la ciudad, donde se había codeado con los nacionalistas acérrimos del partido de Shinzō Abe. En Brasil me contaron que Bannon era amigo de Olavo de Carvalho, el gurú de Bolsonaro. En Milán, Bannon había celebrado el éxito electoral de la Liga Norte, el partido antiinmigración liderado por Salvini, que es un gran admirador de Vladímir Putin.

También encontré una crónica de una extensa reunión que Bannon mantuvo en Roma con Aleksandr Dugin, uno de los ideólogos favoritos de Putin. [26] Dugin parecía otra figura omnipresente en esa red de pensadores de ultraderecha. Era amigo de Konstantin Malofeev, un nacionalista ruso multimillonario al que conocí en Moscú en verano de 2019. A su vez, Malofeev mantenía

una estrecha relación con Salvini y la Liga Norte. Ese mismo año descubrí en Shanghái que Eric Li, un nacionalista chino al que conocía bien, había invitado a Dugin al Instituto Chino de la Universidad de Fudan.

Seguir todas esas conexiones era fascinante, y me sirvió para hacerme una idea de cómo se forman las teorías de la conspiración. Era tentador ver algo inherentemente siniestro en todos esos vínculos transnacionales entre la extrema derecha y pensadores nacionalistas de tendencias diversas. Pero, por supuesto, eso no distaba tanto de lo que proyectaba la ultraderecha sobre la izquierda «globalista». Se habían dado cuenta de que George Soros había financiado proyectos en los que participaron pensadores que no les gustaban. Algunas de esas personas habían trabajado para Tony Blair, Bill Clinton o una gran empresa de medios de comunicación. X conocía a Y y ambos fueron financiados por Z. Al poco tiempo se había puesto en marcha una gran conspiración.

En realidad, tanto en el caso de la ultraderecha como en el de la izquierda globalista, me pareció que intervenían dinámicas más simples y bastante más rudimentarias. Las personas interesadas en ideas nacionalistas y antiliberales querían conocerse. Podían intercambiar ideas y contactos e incluso proporcionarse financiación. Pero eso no significaba que formaran parte de una red organizada que enlazaba a un movimiento global. De hecho, algunos de esos pensadores tenían opiniones incompatibles. La misión principal de Bannon era bloquear el ascenso de China y mantener a Estados Unidos como la única superpotencia. Dugin detestaba a EE. UU. y quería forjar una relación especial entre Rusia y China. A Li le interesaba claramente Trump, pero, como nacionalista chino, no podía aceptar las ideas de Bannon.

También era posible otorgar demasiada importancia a la influencia de esas personas. Al fin y al cabo, Bannon había sido expulsado de la Casa Blanca de Trump en agosto de 2017. Muchos expertos de Rusia dudaban de que Putin se tomara en serio a Dugin y señalaban que había sido despedido de la Universidad Estatal de Moscú en 2014. Y aunque Eric Li era conocido en Occidente gracias a su inglés fluido, en China al parecer se encontraba en los márgenes del poder.

No obstante, eran personas importantes, y siguen siéndolo. Han ayudado a crear el telón de fondo intelectual para los hombres fuertes y han proporcionado algunas de las ideas, argumentos y eslóganes fundamentales del nacionalismo populista. Y, aunque existen claras diferencias entre esos pensadores, también hay temas recurrentes comunes a su discurso, sobre todo el antiliberalismo y el antiglobalismo. Muchos se oponen apasionadamente al feminismo y la defensa de los derechos LGBT+, que consideran un ataque «políticamente correcto» al orden natural. El odio al liberalismo y el globalismo también está vinculado a una veneración al Estado-nación. Rechazan los valores universales porque supuestamente amenazan la singularidad de ciertas culturas y civilizaciones. A su vez, eso a menudo degenera en racismo y un énfasis en la pureza étnica. Dado que la preservación de una civilización en particular es primordial, la democracia solo es valiosa en la medida en que cumpla ese objetivo. Puede y debe desecharse si no protege a la civilización elegida y sus valores. No todos los pensadores que difunden la política del hombre fuerte comparten esas ideas, pero son temas recurrentes que afloran en distintos continentes.

Mi intento de comprender la ofensiva global contra el liberalismo me hizo pensar en un hombre que impartía clases a unos cientos de metros del hotel Adlon, en Unter den Linden, donde conocí a Steve Bannon. Carl Schmitt era miembro del Partido Nazi y trabajó en la

Universidad de Berlín (actualmente Universidad Humboldt) entre 1933 y 1945. Era descrito como el «jurista por antonomasia del Tercer Reich» y, tras la derrota del nazismo, sus ideas fueron consideradas totalmente inaceptables durante décadas. Pero en los últimos años se ha producido un resurgimiento global del interés en la obra de Schmitt. Estudiosos chinos del derecho, nacionalistas rusos y pensadores de la extrema derecha estadounidense y europea se están inspirando en la obra del principal teórico legal de la Alemania nazi. Esos pensadores de ultraderecha han proporcionado gran parte de la energía intelectual y han justificado las acciones de líderes fuertes como Xi, Putin y Trump.

Jan-Werner Müller, profesor de Princeton y experto en populismo, describe a Schmitt como «el enemigo del liberalismo más brillante del siglo [XX]».[27] A pesar de su pasado nazi, en los últimos años Schmitt ha vuelto a entrar en el ámbito académico. En palabras de Müller: «Cuando empecé a escribir sobre Schmitt a mediados de los años noventa, me dijeron que solo podía hacerlo como figura histórica. Es decir, como había sido nazi, nadie podía tomárselo en serio como pensador». Pero, desde entonces, «sus ideas se han normalizado en muchos sentidos». En 2017, Oxford University Press publicó *The Oxford Handbook of Carl Schmitt*, cuya nota publicitaria señala: «A pesar del furibundo antisemitismo de Schmitt ... el atractivo de sus incisivas críticas a la democracia representativa y al derecho internacional sigue vigente». En la actualidad podemos encontrar a Schmitt entre las lecturas obligatorias de cursos de filosofía política impartidos en las universidades de Cambridge, Harvard y Pekín.

La hostilidad de Schmitt hacia la democracia parlamentaria y su apoyo al poder de un líder autoritario para decidir sobre la ley lo llevaron a adoptar el nazismo. Justificó con argumentos legales la

suspensión de la democracia y la asunción de poderes de emergencia por parte de Hitler tras el incendio del Reichstag en 1933. Y cuando, al año siguiente, los nazis asesinaron a cientos de enemigos en la Noche de los cuchillos largos, Schmitt escribió un conocido ensayo titulado «El Führer protege la ley», en el que justificaba esas muertes. Pidió la expulsión de los académicos judíos de Alemania y organizó una conferencia sobre la purga de influencias judías en las leyes del país.

A pesar de ello, los antiliberales contemporáneos admiran muchos elementos de la obra de Schmitt. Despreciaba ideas como la separación de poderes y los derechos humanos universales, y argumentaba que la distinción entre «amigo» y «enemigo» es fundamental para la política: «Dime quién es tu enemigo y te diré quién eres». Para Schmitt, el discurso liberal sobre la hermandad de los hombres era absurdo. Su máxima más famosa tal vez sea: «Todo aquel que invoca a la humanidad pretende engañar». [28] Para los pensadores de ultraderecha, que anteponen los interesas nacionales a los derechos humanos universales, el ataque de Schmitt al liberalismo universal es seductor.

Mientras que los liberales quieren instaurar el Estado de derecho, a Schmitt le interesaba más cómo suspenderlo por medio de la declaración de un estado de emergencia. «Soberano es quien se decanta por la excepción», escribió. Ese argumento tiene especial repercusión en la Alemania moderna, donde AfD insiste en que Angela Merkel debería haber suspendido la ley internacional sobre los refugiados en lugar de permitir que entraran más de un millón en 2015 y 2016. De hecho, la administración de Trump también barajó la posibilidad de declarar un estado de emergencia limitado en respuesta a la presunta amenaza que representaban los emigrantes ilegales y los refugiados para la frontera sur de Estados Unidos. La

Turquía y el Egipto contemporáneos también son ejemplos de cómo la declaración del estado de emergencia ha provocado la suspensión de derechos humanos con efectos devastadores.

Pero, sorprendentemente, es en China donde el resurgimiento de Schmitt ha llegado más lejos y es más influyente. Como decía Lin Laifan, profesor de Derecho de la Universidad Tsinghua de Pekín, en 2016: «Carl Schmitt es muy famoso en la China actual. Muchos teóricos políticos, filósofos y estudiosos del derecho ... consideran su pensamiento muy convincente y profundo». [29]

El hombre al que se considera el «máximo representante del pensamiento de Schmitt» en China es Jiang Shigong, director del Centro de Política y Derecho de la Universidad de Pekín. [30] Jiang también ha sido alto funcionario en Hong Kong y un importante exponente y elaborador del pensamiento de Xi Jinping. Ha adoptado con entusiasmo la distinción entre amigos y enemigos que proponía Schmitt. «Entre amigos y enemigos», escribe, «no es una cuestión de libertad, tan solo de violencia y subyugación.» [31] Jiang también afirma, a la manera de Schmitt, que, «en política, los asuntos cruciales no guardan relación con el bien o el mal, sino con la obediencia y la desobediencia». [32]

Esa línea de pensamiento respalda el firme rechazo del presidente Xi a la tradición liberal en la política china. Cuando Xi subió al poder, los liberales chinos estaban presionando para instaurar el Estado de derecho, que conlleva la separación de poderes y la creación de un poder judicial independiente. El filósofo liberal estadounidense John Rawls era citado con frecuencia. Pero Xi ha rechazado de plano esas ideas. Tal como dijo categóricamente en 2018: «China jamás debe seguir la senda del constitucionalismo, la separación de poderes o la independencia judicial de Occidente». [33]

Fue una conversación con Eric Li, de la Universidad de Fudan, la que me alertó por primera vez sobre la moda de Carl Schmitt entre los pensadores autoritarios de China y el resto del mundo. Li mencionó que había convencido a Aleksandr Dugin de que trabajara como investigador en el Instituto de China en Fudan. «¿Dugin no es fascista?», le pregunté, intentando parecer más curioso que agresivo. «No», repuso Li. «Pero le interesa mucho el pensamiento de Carl Schmitt.» «¿Qué significa eso?», añadí. «Todo es política», dijo Li enigmáticamente. Más tarde me di cuenta de que la justificación para un gobierno autoritario se apoyaba en la idea de que no podían existir unas instituciones realmente independientes o tan siquiera una verdad objetiva. Todo es política. En un ensayo titulado «Las cinco lecciones de Carl Schmitt sobre Rusia», Dugin citaba con aprobación las máximas del pensador nazi: «La política por encima de todo lo demás» y «Que siempre existan enemigos». Aunque la actitud de Putin hacia Dugin parece bastante ambigua, este último celebra sin complejos el culto al líder fuerte. «Putin está en todas partes», ha escrito. «Putin lo es todo. Putin es absoluto e indispensable.» [34]

Puesto que cree en la importancia del territorio de Eurasia para el destino ruso, Dugin también se aferra a la relevancia que otorgaba Schmitt a los «grandes espacios», «extensas entidades geopolíticas, cada una de las cuales debería ser gobernada por un superestado flexible». Irónicamente, esa fue la doctrina esgrimida para justificar la invasión nazi de Rusia en la búsqueda de *Lebensraum*. Pero Dugin no solo encuentra en Schmitt una justificación moral para los grandes imperios, sino «una idea clara del enemigo al que se enfrentan Europa, Rusia y Asia, es decir, Estados Unidos de América y su aliado insular, Inglaterra». En Pekín, a Jiang Shigong también le interesa cada vez más la idea de los «grandes espacios». Ahora que

la élite china ha hecho suya la idea de que China desplace a EE. UU. como la principal potencia del mundo, la noción schmittiana de crear un imperio en toda Eurasia ha cobrado mayor relevancia. Y a medida que se intensifica la rivalidad por el control del mar de la China Meridional, la hostilidad de Schmitt hacia los poderes marítimos del mundo anglófono —con sus ideas (supuestamente) interesadas sobre el derecho internacional— también está despertando interés.

Los pensadores de la ultraderecha estadounidense y europea también se sienten atraídos por las ideas de Schmitt. Richard Spencer, el supremacista blanco estadounidense que acuñó el término *alt-right* (derecha alternativa), ha citado a Schmitt y a Nietzsche como inspiración. En noviembre de 2016 fue grabado celebrando la elección de un nuevo presidente al grito de «¡Hail Trump!». Su ex mujer, de origen ruso, ha traducido las obras de Aleksandr Dugin al inglés.

La distinción que hacía Schmitt entre amigos y enemigos y su insistencia en que las instituciones supuestamente «independientes», como los tribunales y las universidades, en realidad forman parte del orden político también han tenido una gran influencia en Olavo de Carvalho, el gurú intelectual de Bolsonaro, que ha sido descrito por Steve Bannon como «uno de los grandes intelectuales conservadores del mundo». [35] Carvalho, un ex astrólogo y filósofo autodidacta con tendencia a despotricar del «marxismo cultural», ha utilizado los textos de Schmitt para justificar el argumento de que incluso la enseñanza de la teoría de la evolución debería considerarse una cuestión política y no científica. [36] Para Carvalho, la política es sobre todo una despiadada batalla schmittiana entre amigos y enemigos. La lucha política, ha escrito, «no es destruir ideas, sino destruir la carrera y el poder de la gente. Tienes que ser directo y actuar sin respeto». [37] Este tipo de

pensamiento le valdría en 2019 el puesto de honor junto al presidente Bolsonaro en una cena celebrada en la embajada brasileña en Washington D. C. La persona sentada al otro lado de Bolsonaro era Steve Bannon.

Bannon es un conocido admirador de Julius Evola, un pensador fascista italiano que mantenía correspondencia con Schmitt. Pero ¿había leído a Schmitt el ex director de campaña de Trump? Es una cuestión de la que hablé, en un desayuno en 2019, con Peter Wittig, ex embajador alemán en Washington, que en aquel momento estaba destinado en Londres. Wittig estaba convencido de que Bannon conocía las ideas de Schmitt: «De hecho, le facilité algunas obras de Schmitt. Pensé que podrían interesarle». El embajador hizo una pausa, parecía un poco dolido. «Quizá fue un error», apostilló.

En realidad, Bannon es una urraca intelectual que recoge y utiliza ideas beneficiosas para sus fines personales y políticos. La fusión de lo personal y lo político en la vida de Bannon trascendió cuando en 2019 fue arrestado a bordo del yate de Guo Wengui (también conocido como Miles Kwok), un multimillonario chino exiliado en Estados Unidos y feroz detractor de Xi Jinping. Resultó que Guo era un socio y generoso financiador de Bannon, lo cual podría explicar la capacidad de este último para alojarse en el hotel Adlon y sin duda insufló más pasión a su campaña contra China. A Bannon lo acusaron de apropiación indebida relacionada con «Construimos el muro», una campaña de recaudación de fondos para levantar el muro que el presidente Trump había prometido en la frontera entre México y Estados Unidos. Sería tentador calificar a Bannon de simple estafador, un hombre que difunde ideas populistas para llenarse los bolsillos. Pero sea cual sea la verdad que encierran los cargos de malversación lanzados contra él, Bannon también es un ideólogo

genuino que, por medio de su asociación con Donald Trump, ha cambiado el mundo.

Cuando la presidencia de Trump alcanzó su momento *Götterdämmerung* con la invasión del Capitolio el 6 de enero de 2021, Bannon había vuelto a escena. En los días de desesperación que siguieron a su derrota electoral, Trump había consultado a su ex asesor cómo debía responder. A través de su podcast y otros medios, Bannon había divulgado la idea de que las elecciones habían sido un robo y alentado a los manifestantes a concentrarse en Washington.

El esfuerzo por anular las elecciones y destruir las instituciones de la democracia estadounidense seguía la línea de Steve Bannon y Carl Schmitt. Era la clase de política en la que el mundo estaba rígidamente dividido entre amigos y enemigos y en la que el único imperativo político era triunfar sobre el oponente. Y, de hecho, como líder fuerte, Trump había intentado utilizar las herramientas recomendadas por Schmitt: la declaración de una emergencia y la suspensión del funcionamiento normal de la ley.

El fracaso de la insurrección pro Trump aquel 6 de enero supuso un profundo alivio para los partidarios de la democracia liberal en Estados Unidos y en todo el mundo. Pero además de esperanza, también hay dudas. Estados Unidos está profundamente dividido y el Partido Republicano sigue cautivado por Donald Trump. El poder global de EE. UU. está disminuyendo, y otras grandes potencias del mundo —China, Rusia, la India, Turquía o Arabia Saudí— están gobernadas por líderes fuertes. ¿Podrá la administración de Biden cambiar la tendencia?

Epílogo. Biden en la era de los líderes autoritarios

El 20 de enero de 1961, John F. Kennedy, el presidente más joven en la historia de Estados Unidos, pronunció su discurso de investidura en las escaleras del Capitolio. Exactamente sesenta años después, Joe Biden, el presidente más longevo en la historia del país, hizo juramento en el mismo lugar.

Kennedy utilizó el majestuoso telón de fondo del Congreso para proclamar: «La antorcha ha pasado a una nueva generación». Estados Unidos estaba dispuesto a «pagar cualquier precio, a llevar cualquier peso» para garantizar la «supervivencia y el éxito de la libertad» en todo el mundo. Para Biden, el telón de fondo del Capitolio tenía ecos más siniestros. Habló dos semanas después de que en el Congreso irrumpiera una multitud de partidarios de Trump con la intención de anular el resultado de las elecciones presidenciales. Biden era un representante de una generación anterior que casi había visto cómo se apagaba la antorcha de la libertad en EE. UU. «Hemos aprendido otra vez que la democracia es muy preciada», proclamó. «La democracia es frágil. Y, en este momento, amigos míos, la democracia ha vencido.» En un breve pasaje dirigido a quienes estaban fuera de sus fronteras, el nuevo presidente prometió: «Estados Unidos ha sido puesto a prueba y somos más fuertes gracias a ello. Repararemos nuestras alianzas y volveremos a relacionarnos con el mundo».

El fracaso de la democracia en Estados Unidos había sido un cataclismo global. En los últimos quince años se ha producido el

declive más sostenido de la libertad política en todo el mundo desde la década de 1930. Pero en aquella época los dos países más poderosos del planeta, Estados Unidos y el Reino Unido, siguieron siendo democracias liberales. Si Trump y sus seguidores hubieran logrado desbaratar unas elecciones democráticas, el papel tradicional de Estados Unidos como «líder del mundo libre» se habría terminado. Los dos países más poderosos de la actualidad, Estados Unidos y China, habrían quedado sometidos al nacionalismo autoritario.

La derrota de Trump en 2020 no significa que el peligro haya pasado. La administración de Biden está combatiendo la política del hombre fuerte en dos frentes. En su país, se enfrenta a la amenaza de un Partido Republicano todavía dominado por Trump. En el extranjero, Biden está tratando con líderes cada vez más firmes en China y Rusia. Algunos aliados a los que recurrirá para contener a Xi Jinping y Vladímir Putin, incluyendo a la India, Polonia y Filipinas, también han adoptado formas de liderazgo del hombre fuerte. Igual que en la guerra fría, ello podría poner en peligro la capacidad de Estados Unidos para trazar líneas claras entre un mundo libre y no libre.

Esos desafíos nacionales e internacionales están relacionados. Estados Unidos no podrá defender la libertad en el extranjero si no puede salvar su propia democracia. Por otro lado, si la agitación en Estados Unidos consume buena parte de la energía de la administración de Biden, el país dispondrá de menos tiempo y recursos para apoyar la libertad política en otros lugares del mundo. Y no existe ninguna alternativa plausible a Estados Unidos que pueda desempeñar ese papel. Alemania, Francia y la UE en su conjunto no cuentan con las estructuras políticas, el poder militar o los reflejos diplomáticos para sustituir a EE. UU. como defensor

global de la libertad política. La «angloesfera» de aliados angloparlantes de EE. UU. —incluyendo al Reino Unido, Australia, Canadá y Nueva Zelanda— mira a Washington en busca de liderazgo. Cuando Biden decidió retirar a las tropas de Afganistán en verano de 2021 —lo cual precipitó la caída del gobierno de Kabul— algunos aliados europeos de Estados Unidos se sintieron horrorizados. Pero pronto llegaron a la conclusión de que no podían mantener su presencia en Afganistán sin el apoyo estadounidense. Los aliados no tuvieron más opción que seguir los pasos de Washington.

En su primera rueda de prensa como presidente, Biden definió claramente su tarea: «Esto es una batalla entre la utilidad de las democracias en el siglo XXI y las autocracias. Tenemos que demostrar que la democracia funciona». [1]

Para la administración de Biden, la lucha para demostrar que la democracia funciona debe empezar en su propio país, y es una tarea formidable. La victoria de Biden en las presidenciales de 2020 fue clara, pero no aplastante. Apenas cuenta con una mayoría de gobierno en el Congreso y hay pocos indicios de que el Partido Republicano repudie a Trump. Incluso antes de la votación de 2020, más de la mitad de los republicanos coincidían en que «el estilo de vida tradicional de Estados Unidos está desapareciendo tan rápido que quizá tengamos que emplear la fuerza para salvarlo». [2] Después de las elecciones, alrededor de un 77 % de los votantes republicanos estaban de acuerdo con Trump en que habían sido un «gran fraude». Tras la invasión del Congreso, los índices de aprobación de Trump entre los republicanos cayeron ligeramente, pero los de Mitch McConnell, el líder de los republicanos en el Senado, que votó a favor de la elección de Biden, se desplomaron. [3] Observando esas tendencias, Michael Gerson, que en

su día escribió discursos para el presidente George W. Bush, concluyó que la mayoría del Partido Republicano había renunciado a la democracia para preservar un «Estados Unidos blanco y cristiano imaginario» que creía hallarse «al borde de la destrucción». [4] Transcurrido un mes desde el nombramiento de Biden, un 61 % de los republicanos decían que el apoyo de Trump a un candidato aumentaba las posibilidades de que lo votaran. Casi la mitad coincidía en que Trump había sido «llamado por Dios para liderar». [5] El culto a Trump se extendía incluso a su familia. Pronosticando quién sería el candidato republicano en las presidenciales de 2024, Mark Meadows, ex jefe de Gabinete de Trump, dijo: «Le aseguro que todos los que están al principio de esa lista llevan el apellido Trump». [6]

Los esfuerzos de Biden por debilitar el peligroso atractivo del trumpismo empezaron con la aprobación de un paquete de estímulo de 1,9 billones de dólares que reportó beneficios económicos directos a millones de estadounidenses. Pero la caótica retirada de Afganistán en verano de 2021 supuso el final de la breve luna de miel del presidente. El resurgimiento de la inflación, la crisis de los emigrantes en la frontera sur y las luchas internas en el Partido Demócrata socavaron aún más la popularidad de Biden. Cuando visité Washington en octubre de 2021, los índices de popularidad del presidente rondaban el 40 %, y el 60 % de los votantes creían que Estados Unidos iba por mal camino. Después de la locura de los años de Trump, mis reuniones en la Casa Blanca y el Departamento de Estado fueron tranquilizadoramente normales. Pero las autoridades con las que hablé ya parecían temer que Biden fracasara y lo que podría significar una segunda presidencia de Trump para Estados Unidos y para el mundo. Las cuestiones que más motivan a las bases de Trump —la inmigración y las políticas identitarias—

siguen siendo extremadamente controvertidas, y Biden tendrá ochenta y dos años cuando lleguen las próximas elecciones. Su vicepresidenta es Kamala Harris, una mujer negra. La posibilidad de que Harris sea presidenta avivaría aún más los temores y la energía de las bases del Partido Republicano.

El mundo sabe que las fuerzas que representa Trump aún son poderosas en Estados Unidos. Hay muchas posibilidades de que Biden tan solo sea un interludio de cuatro años antes de que esas fuerzas regresen al poder. Según el politólogo Jonathan Kirshner: «El mundo no puede ignorar la presidencia de Trump ... A partir de ahora, países de todo el mundo tendrán que calcular sus intereses y expectativas sabiendo que la administración de Trump es algo que el sistema político estadounidense puede producir». [7] Pero no solo la sombra de Donald Trump inhibirá la capacidad de Biden para reafirmar el liderazgo global de EE. UU. El mundo tiene motivos para cuestionar si Estados Unidos como nación aún posee la energía y los medios necesarios para luchar por la democracia liberal en todo el planeta.

El equipo de Biden ha hablado repetidamente del desarrollo de una política exterior para la clase media estadounidense. [8] En otras palabras: se escrutarían todos los compromisos en política exterior para ver si entrañan beneficios para los estadounidenses de a pie. El resultado más probable es una postura más modesta y cautelosa hacia el mundo.

Los asesores de Biden saben que el pueblo estadounidense está harto de guerras en el extranjero, así que es prudente a la hora de desplegar a sus fuerzas. Las escenas desesperadas que se vieron cuando los estadounidenses se retiraban de Afganistán mientras los talibanes recuperaban el control del país lanzaron un mensaje

mucho más poderoso que las proclamas presidenciales de que Estados Unidos había vuelto.

El planteamiento de Kennedy, que animaba a soportar cualquier carga, era producto de un mundo en el que el poder de la economía estadounidense no tenía rival. Pero la administración de Biden nació en un momento en el que China ya era la mayor potencia mundial en fabricación y comercio. A finales de 2019, 128 de los 190 países del mundo comerciaban más con China que con Estados Unidos. El atractivo del comercio y la inversión chinos es una gran fuerza diplomática y política en Asia, África y Latinoamérica. Por el contrario, el proteccionismo sigue en auge en Estados Unidos. Los demócratas firmarán pocos acuerdos comerciales nuevos en el extranjero, o tal vez ninguno, lo cual hace más difícil contrarrestar la influencia económica china.

Todos esos factores limitan la ambición de Biden de restablecer el liderazgo global de Estados Unidos. Con todo, la derrota de Donald Trump y la llegada de Biden a la Casa Blanca cambiaron el clima político internacional. Todos los líderes fuertes comentados en este libro han tenido que adaptarse a la nueva situación.

Para Vladímir Putin, la elección de Biden parecía una mala noticia. Trump siempre evitó criticar o enfrentarse al líder ruso. Y lo que es aún mejor desde el punto de vista del Kremlin: Trump se mostraba abiertamente escéptico con el sistema de alianzas estadounidense. Un segundo mandato de Trump habría podido causar el fin de la OTAN, lo cual habría sido un triunfo geopolítico para el Kremlin. Por el contrario, Joe Biden está comprometido con la OTAN y tiene un largo historial de desconfianza hacia Rusia.[9] Una semana antes de las elecciones presidenciales de 2020 declaró: «Ahora mismo, la mayor amenaza para Estados Unidos es Rusia».[10] Poco después de su investidura, a Biden le preguntaron en televisión si consideraba a

Putin un asesino. «Sí», respondió, cosa que indignó al Kremlin y desencadenó la retirada temporal del embajador ruso en Washington.

El retorno de un presidente estadounidense que estaba dispuesto a enfrentarse a Putin en cuestiones de democracia y derechos humanos coincidió con una intensificación de la represión en territorio ruso. El encarcelamiento de Alekséi Navalni en febrero de 2021 se produjo menos de un mes después de la investidura de Biden y provocó grandes manifestaciones en Moscú y otras ciudades, que fueron recibidas con violencia policial y arrestos masivos. Para muchos analistas de Rusia, aquello parecía una nueva fase en el largo mandato de Putin. Según Andrei Kolesnikov, del Centro Carnegie de Moscú: «Quizá siempre fuera brutal, pero ahora ha decidido serlo libremente, abiertamente y sin restricciones». [11]

Al principio, muchos liberales rusos se sintieron fortalecidos e inspirados por la resistencia de Navalni. Mostraron entusiasmo por la valentía de su discurso en el banquillo de los acusados, donde aseguró que su encarcelamiento no era «una demostración de la fuerza [de Putin], sino de su debilidad», y dijo que el líder ruso pasaría a la historia como «Vladímir, el envenenador de calzoncillos». Pero, con el paso del tiempo, la euforia liberal por el desafío de Navalni dio paso a la depresión. La triste realidad era que Navalni había sido enviado a una colonia penal y Putin seguía en el Kremlin. En la era de los líderes fuertes es cada vez más difícil mantener la fe en que la verdad, la valentía y las protestas populares acabarán triunfando sobre el autoritarismo. Desde Bielorrusia hasta Venezuela, Rusia o Hong Kong, las pruebas contemporáneas a menudo parecen apuntar en la otra dirección.

Después de ocuparse de Navalni, Putin volvió a centrarse en sus enemigos externos. En julio de 2021, el líder ruso publicó un largo

ensayo titulado «Sobre la unidad histórica de rusos y ucranianos», que describía la independencia ucraniana como una aberración histórica de la cual habían sacado provecho los enemigos de Rusia. La amenaza implícita se hizo más real con el despliegue de tropas rusas en la frontera ucraniana, cosa que llevó a la administración de Biden a advertir públicamente de una posible invasión rusa a su vecino occidental.

Una combinación similar de represión nacional y agresividad externa afloró en la China de Xi Jinping durante el primer año de la presidencia de Biden. Importantes activistas hongkoneses como Joshua Wong y Jimmy Lai fueron encarcelados y prácticamente la totalidad de los líderes del movimiento prodemocracia fueron juzgados por subversión. En marzo de 2021, China también aprobó una nueva ley electoral para Hong Kong que descartaba cualquier posibilidad de avance para el movimiento democrático al crear un comité pro-Pekín para aprobar a todos los candidatos electorales por sentimiento «patriótico». [12] A lo largo de 2021, los ejercicios de las fuerzas aéreas chinas alrededor de Taiwán se volvieron cada vez más frecuentes y amenazadores.

En el caso de China, Biden continuó con las políticas de enfrentamiento adoptadas por Trump. Prometió que, mientras él gobernara, China no sería «el país más importante del mundo ... el país más poderoso». [13] Pero, mientras que Trump veía esa rivalidad sobre todo en términos económicos, Biden añadió una vertiente más explícitamente ideológica. Para él, la competición entre EE. UU. y China es el eje de la batalla entre la autocracia y la democracia, y cree que ello definirá el siglo XXI.

Como vicepresidente en la administración de Obama, Biden había pasado muchas horas reunido con Xi. Le gustaba decir que el líder chino no tenía «un solo hueso democrático en su cuerpo». El primer

encuentro entre Tony Blinken, el nuevo secretario de Estado de EE. UU., y Yang Jiechi, la máxima autoridad china en política exterior, no tardó en degenerar en una disputa pública. Blinken empezó condenando las acciones de China en Hong Kong, Xinjiang y Taiwán y sus ciberataques y «coacciones económicas a aliados estadounidenses». Como respuesta, Yang acusó a Estados Unidos de ser una potencia imperial asediada por el racismo, y añadió con desdén: «Estados Unidos no está cualificado para decir que quiere hablar con China desde una posición de fuerza». [14] Las mofas de China a la debilidad estadounidense no eran solo para consumo público. El hecho de que Estados Unidos hubiera sufrido 800.000 muertes por covid-19 en invierno de 2021 —frente a un recuento oficial de menos de 5.000 en China— fue tratado en Pekín como una reivindicación del sistema chino y una confirmación de la decadencia estadounidense.

Esos primeros encuentros con la administración de Biden probablemente fortalecieron la vieja idea que tenía Xi de que Estados Unidos es una potencia hostil que aspira a un cambio de régimen en China. El argumento de que China se ve asediada por fuerzas extranjeras hostiles se utilizará para prolongar el liderazgo de Xi más allá de los diez años habituales, una medida que probablemente se formalizará en el próximo congreso del Partido Comunista en invierno de 2022. El comunicado chino emitido tras la reunión entre Yang y Blinken ponía énfasis en el «estatus crucial» del liderazgo de Xi, y añadía que «goza del sincero apoyo de mil cuatrocientos millones de personas». Aunque esto último parece improbable, existen pocos indicios de que los acosados liberales de China tengan opciones inmediatas de contrarrestar el atrincheramiento del hombre fuerte de Pekín.

El esfuerzo de la administración de Biden por volver a situar la democracia y los derechos humanos en el centro de la política exterior fue inoportuno para Xi Jinping y Vladímir Putin. Pero para otros líderes fuertes, la situación es más ambigua. Figuras como Narendra Modi, Mohamed bin Salmán, Recep Tayyip Erdogan y Jair Bolsonaro tienen motivos para inquietarse ante el renovado énfasis estadounidense en los derechos humanos. Por otro lado, como aliados potenciales de EE. UU. en una nueva guerra fría con China y Rusia, esos líderes tienen razones para esperar que Washington evite enfrentarse a ellos por sus asuntos internos. Aun así, aliarse con Estados Unidos no es una decisión fácil. Todos los aliados estadounidenses, incluidos los hombres fuertes, deben plantearse cuánta fe depositan en las promesas que ha hecho Biden de un liderazgo estadounidense renovado teniendo en cuenta el ascenso aparentemente inexorable de China y las agresiones rusas.

La importancia de la India para los esfuerzos estadounidenses por contener el poder de China dio a Narendra Modi sólidos motivos para esperar que la administración de Biden pase por alto la erosión de la democracia en su país. El primer viaje al extranjero de Lloyd Austin, el secretario de Defensa de Biden, incluyó una parada en Nueva Delhi. La relevancia de la India para el pulso de Washington contra Pekín se puso de relieve en septiembre de 2021, cuando Biden celebró la primera cumbre de los líderes «del Quad»: Estados Unidos, la India, Japón y Australia. El Quad es considerado una alianza informal que une a las grandes potencias del Indo-Pacífico para oponerse a China.

Pero el creciente autoritarismo de la India de Modi no ha pasado desapercibido en Washington. Cuando un importante miembro del equipo de política exterior de Biden me expuso sus preocupaciones en octubre de 2021, mencionó espontáneamente la erosión de la

democracia en la India. Yo manifesté mi sorpresa, ya que suponía que la importancia estratégica de la India llevaría a Estados Unidos a hacer la vista gorda. Mi interlocutor repuso: «Por experiencia, si haces la vista gorda con algo, a menudo te llevas una sorpresa desagradable».

Pero las críticas y la presión occidentales difícilmente debilitarán a Modi. De hecho, es posible que incluso fortalezcan su posición ante su base de nacionalistas hindúes. Igual que Putin y Xi, el líder indio quiere gobernar mucho tiempo.

Un aliado autoritario de Estados Unidos que tenía motivos para temer una reacción inmediata tras la derrota de Trump era Mohamed bin Salmán, de Arabia Saudí. El asesinato de Yamal Jashogyi, la catástrofe humanitaria en Yemen y la relación especial que mantenía MBS con la Casa Blanca de Trump convertían al hombre fuerte saudí en una figura sumamente sospechosa para el equipo de Biden. Semanas después de ocupar el cargo, la administración de Biden retiró el apoyo estadounidense a la guerra en Yemen y accedió a publicar el informe de la CIA sobre el asesinato de Jashogyi. MBS y los saudíes tuvieron que adaptarse con rapidez. Se anunciaron iniciativas de paz en Yemen y Arabia Saudí levantó el bloqueo a Catar.

Pero la adaptación no fue unidireccional. Enfrentándose a una batalla por la influencia en Oriente Próximo con Rusia y China, la administración de Biden no podía permitirse una relación antagónica con Arabia Saudí. El espionaje de los saudíes seguía siendo un recurso crucial en la lucha contra el terrorismo, y MBS controla las agencias de espionaje del país. A pesar de que en Washington esperan dejar a un lado al príncipe heredero, la realidad es que MBS probablemente sucederá al rey Salmán como jefe de Estado y es posible que permanezca décadas en el poder. Las empresas

occidentales siguen queriendo hacer negocios con los saudíes. Por todos esos motivos, el equipo de Biden llegó a la conclusión de que no podía romper por completo con MBS y resistió las presiones para sancionarlo por su papel en el asesinato de Jashogyi.

En junio de 2021, Benjamin Netanyahu perdió el poder en Israel después de doce años ininterrumpidos en el cargo y numerosas elecciones inconcluyentes. Cuando la oposición finalmente logró formar una coalición de gobierno, la respuesta de Netanyahu a su derrota recordó mucho a la de Trump. Declaró que había sido víctima del «mayor fraude electoral de la historia del país» y de una conspiración del «Estado profundo» israelí, que, según él, estaba detrás de su encausamiento por corrupción. Pero en Israel, como en Estados Unidos seis meses antes, las instituciones se mantuvieron firmes. Netanyahu perdió su cargo y el juicio por corrupción siguió adelante.

Las crisis políticas estadounidense e israelí se produjeron con seis meses de diferencia y demostraron algo importante sobre la lucha contra el liderazgo del hombre fuerte. Los líderes con instintos autocráticos pueden subir al poder en cualquier parte del mundo. La diferencia entre los que prolongan su mandato indefinidamente y los que pueden ser expulsados del cargo o juzgados a menudo es la fortaleza de las instituciones de un país. En Estados Unidos e Israel, las instituciones nacionales superaron la prueba.

El gobierno de coalición que sustituyó a Netanyahu iba desde la derecha hasta la ultraderecha israelí. Incluso formaba parte de él el Ra'am, un partido islamista vinculado a los Hermanos Musulmanes y la primera formación árabe-israelí que participaba en un gobierno en el Estado judío. El único principio unificador para los socios de la coalición era la determinación de echar a Netanyahu del poder. Aun así, el nuevo gobierno solo consiguió la mayoría parlamentaria por

un escaño. Aunque estaba siendo juzgado por corrupción, Netanyahu parecía convencido de que pronto volvería a ocupar el despacho del primer ministro.

La experiencia israelí apunta a varias lecciones y cuestiones para países con gobernantes autocráticos que aún tienen la suerte de celebrar elecciones competitivas. ¿Las fuerzas de la oposición están suficientemente motivadas para unirse contra el hombre fuerte? ¿Son lo bastante fuertes para garantizar unas elecciones libres? ¿El hombre fuerte se retirará si pierde el poder? Esos dilemas se resolverán en varios países que celebrarán votaciones importantes en 2022 y 2023, entre ellos Hungría, Filipinas, Brasil y Turquía.

Tras la derrota de Trump, el húngaro Viktor Orbán se convirtió en un favorito aún más firme de la derecha populista de EE. UU. En verano de 2021, Tucker Carlson, el presentador más pro-Trump de Fox News, trasladó su programa a Budapest durante una semana para intentar presentar la Hungría de Orbán como un modelo para Estados Unidos. Cuando entrevistó a Orbán, Carlson alabó sus políticas sobre cultura y migración, y aseguró que había conocido a muchos estadounidenses que se habían mudado a Budapest por razones políticas, «porque quieren estar con gente que esté de acuerdo con ellos, que esté de acuerdo con usted». [15] Al perder popularidad en los círculos oficiales de Washington y Bruselas, Orbán también miró hacia Moscú y Pekín. El mismo año que la Universidad Centroeuropea se vio obligada a abandonar Budapest, la Universidad china de Fudan abrió un nuevo campus en la capital húngara.

Con la marcha de Angela Merkel a finales de 2021, Orbán se convirtió en el líder más veterano de la UE. Pero la etapa del político húngaro en el poder podría acabar en 2022, cuando se enfrente a unas elecciones potencialmente reñidas. Antes de la votación, seis partidos de la oposición utilizaron un proceso primario para unirse en

torno a un solo candidato: Peter Marki-Zay, el alcalde de una pequeña ciudad. Igual que en Israel, el deseo de echar a un hombre fuerte había dado lugar a una coalición inverosímil que unió a la izquierda liberal y la derecha nacionalista. Tras aceptar la nominación, Marki-Zay anunció con firmeza: «Siempre estaremos con los homosexuales, igual que apoyamos a los judíos o los gitanos». Prometió asimismo que los húngaros serían «ciudadanos fieles a la UE». [16] Pero a la oposición húngara le espera una dura batalla. Orbán cuenta con una fuerte base de apoyo y, en más de una década en el poder, ha modificado la ley electoral en su propio beneficio y ha neutralizado a los medios de comunicación. Si pierde por poco margen, podría seguir el manual de Trump y negarse a aceptar el resultado.

El brasileño Jair Bolsonaro es otro ex aliado de Trump que se enfrenta a unas elecciones complicadas en 2022. La puesta en libertad de su viejo rival, el ex presidente Lula, garantiza que Bolsonaro se enfrentará a un oponente formidable en las presidenciales. A falta de un año para los comicios y con la inflación y el desempleo en dígitos dobles, los índices de desaprobación de Bolsonaro eran de un 65 %. Pero si pierde en octubre de 2022, el hombre fuerte brasileño probablemente emulará a Trump negándose a aceptar el resultado e intentando subvertir la democracia. Antes de la votación, insistió reiteradamente en que las elecciones probablemente estarían amañadas. En un mitin, Bolsonaro dijo a sus seguidores: «Solo tengo tres destinos posibles: arresto, muerte o victoria». [17] En ese ambiente, hubo un debate abierto en los medios brasileños e internacionales sobre la posibilidad de un golpe militar o altercados civiles si Bolsonaro se negaba a aceptar la derrota. Las instituciones de Brasil, incluidos los tribunales y el ejército, pronto podrían verse sometidas a una dura prueba.

La Turquía del presidente Erdogan se ve amenazada por un escenario similar antes de las elecciones programadas para 2023. Para entonces, Erdogan llevará veinte años en el poder. Pero su creciente autoritarismo e incompetencia económica han provocado una reacción negativa. Como en Hungría e Israel, se ha formado una coalición heterogénea dispuesta a echar al hombre fuerte. Con la inflación en un 20 % y la devaluación de la lira turca a la mitad, la oposición —descrita por *Financial Times* como «una alianza inverosímil de nacionalistas, kurdos, izquierdistas, derechistas, laicos y conservadores religiosos»— [18] tiene motivos para esperar una victoria en las próximas elecciones parlamentarias y presidenciales. Pero si Erdogan o su Partido AK pierden en las urnas en 2023 no hay ninguna garantía de que el hombre fuerte turco renuncie al poder o de que el Estado pueda destituirlo.

Por el contrario, en Filipinas, Rodrigo Duterte sorprendió a algunos de sus detractores al no insistir en incluir cambios en la Constitución que le permitan un segundo mandato tras las elecciones de mayo de 2022. La opción del hombre fuerte filipino era que lo sucediera su hija Sara. Pero esta lo decepcionó al presentarse como vicepresidenta de Bongbong Marcos, hijo del ex dictador Ferdinand Marcos. Para los liberales filipinos, la marcha de Duterte es una agradable posibilidad, pero la aparente fusión entre las dinastías Marcos y Duterte es alarmante, sobre todo porque Bongbong tiene intención de reescribir la historia y retratar la dinastía Marcos como una etapa dorada de progreso y estabilidad.

Es posible que a finales de 2023 Orbán, Bolsonaro, Duterte y Erdogan hayan perdido el poder. Pero aunque puede que caigan algunos hombres fuertes, podrían aparecer otros. En Francia, al principio de las elecciones presidenciales de 2022, Emmanuel Macron se enfrentó a grandes desafíos de dos candidatos de

extrema derecha: Marine Le Pen y el ex periodista Eric Zemmour. En particular, la campaña de este último esgrimió los temas habituales del aspirante a hombre fuerte: el lamento por el declive nacional, la promesa de que Francia vuelva a ser grande, el compromiso de impedir la inmigración y la condena al «islamoizquierdismo» y las «ideas disparatadas de género».

Al otro lado del canal, algunos conservadores británicos coquetearon enérgicamente con Le Pen y Zemmour. Para los partidarios acérrimos del Brexit, la derrota de Macron sería un gran golpe para la odiada UE. Pero Boris Johnson no puede aceptar abiertamente a candidatos autoritarios o fuerzas antidemocráticas en Europa, ya que ello abriría una brecha con la Casa Blanca de Biden. El hecho de que este último calificara a Boris Johnson de «clon físico y emocional» de Trump generó cierto nerviosismo en el gobierno británico, igual que la autoproclamada identidad irlandesa del presidente de Estados Unidos, que podría ser importante en un momento en que las tensiones en Irlanda del Norte van en aumento a consecuencia del Brexit. Pero Gran Bretaña, igual que Israel y Polonia, es un aliado demasiado importante y tradicional como para que Estados Unidos se distancie de él sin tener buenos motivos para ello. A su vez, los británicos demostraron rápidamente su disposición a adaptarse a la creciente rivalidad entre Washington y Pekín. La firma de un nuevo pacto de defensa entre Australia, el Reino Unido y Estados Unidos —denominado Aukus— sirvió de constatación.

Pero en su país Johnson siguió coqueteando con el estilo del hombre fuerte, sobre todo atacando a instituciones independientes que limitan el poder de un primer ministro. Enojado con el Tribunal Supremo del Reino Unido, que dictaminó que la suspensión del Parlamento había sido ilegal, el gobierno de Johnson presentó una legislación para restringir el poder de los jueces a la hora de revocar

decisiones del ejecutivo. Incluso algunos abogados conservadores se indignaron. Edward Garnier, que había sido fiscal general durante el gobierno de Cameron, protestó: «Este gobierno parece olvidar que, igual que todos los demás, está sujeto a la ley ... Este país es un Estado de derecho. No es una dictadura». [19]

Gracias a la fortaleza de las instituciones británicas, el instintivo incumplimiento de las normas y el amiguismo de Johnson provocaron una reacción. Las iniciativas para cambiar las reglas anticorrupción en el Parlamento con el propósito de beneficiar a un amigo de Johnson provocaron un clamor en los medios de comunicación y tuvieron que ser retiradas. Cuando salió a la luz que en Downing Street se habían celebrado fiestas que incumplían las regulaciones pandémicas del propio gobierno, hubo investigaciones y dimisiones. A finales de 2021, las encuestas señalaban que la mayoría de los ciudadanos británicos habían llegado a la conclusión de que Johnson no es apto para el puesto de primer ministro.

Las penurias de Johnson encajan en el patrón de muchos nacionalistas populistas que han llegado al poder en todo el mundo durante la pasada década. Líderes como Erdogan, Modi, Trump, Bolsonaro, Johnson y Duterte a menudo han demostrado más habilidad para las campañas que para gestionar un país. Son espléndidos a la hora de cosechar seguidores, pero carecen de aptitudes tecnocráticas y paciencia para gobernar eficientemente.

Esos defectos dejan entrever que el estilo autoritario podría contener las semillas de su propia destrucción, lo cual plantea un interrogante crucial: ¿el gobierno del líder autoritario es una tendencia al alza en los asuntos mundiales o ya ha llegado a su cúspide?

Cuando irrumpe una nueva tendencia política o ideológica, siempre es tentador pensar que seguirá cobrando impulso en el futuro. Después de la revolución rusa, muchos comunistas llegaron a creer que la caída del capitalismo global era inevitable. En los años treinta, estaba en boga pensar que la democracia liberal se había sumido en una decadencia terminal en todo el planeta. Y después de la guerra fría, Francis Fukuyama proclamó el famoso «fin de la historia», argumentando que la competición ideológica había terminado y que la democracia liberal era el único sistema viable que quedaba.

En realidad, la historia a menudo ha sido más cíclica que lineal. Las tendencias políticas han subido y bajado. Los precedentes indican que la era de los líderes autoritarios también tocará a su fin en algún momento, pero podría durar treinta años.

Todos los intentos de establecer una periodización histórica son un tanto artificiales, pero es posible identificar dos etapas claras en la política de posguerra, las cuales han durado unas tres décadas. El período de 1945 a 1975, conocido en Francia como *les trentes glorieuses*, se identificaba con un marcado crecimiento económico en todo Occidente, la creación de Estados del bienestar y una gestión keynesiana de la demanda, todo ello con el trasfondo internacional de la guerra fría.

A mediados de los años setenta, ese modelo experimentó dificultades en el mundo anglo-estadounidense. El Reino Unido sufría «estanflación», y el presidente Jimmy Carter diagnosticó una «enfermedad» nacional en Estados Unidos. En 1979 empezó una nueva era (a menudo denominada «neoliberal» por sus detractores) con la elección de Margaret Thatcher en el Reino Unido y, en 1980, la de Ronald Reagan en Estados Unidos. Volviendo la vista atrás, aquello también formaba parte de un cambio global. En 1978, Deng Xiaoping subió al poder en China e inició una política de «reforma y

apertura» basada en el mercado. El bloque comunista de Europa empezó a quebrarse en septiembre de 1980 con la formación del sindicato Solidaridad en Polonia. Estaban surgiendo los cimientos de una economía capitalista globalizada.

Esta «era neoliberal» también se prolongó unos treinta años, hasta que se vio desacreditada por la crisis económica global de 2008. Después, Occidente parecía debilitado, y líderes fuertes como Putin y Erdogan se mostraban más dispuestos a cuestionar su poder y sus normas políticas. Cuando Xi Jinping se convirtió en el líder de China en 2012, empezó de verdad la era de los líderes autoritarios.

Es significativo que, a diferencia de los dos ciclos descritos anteriormente, la era de los líderes autoritarios empezara fuera de Occidente. De hecho, la mayoría de los intelectuales suponían complacientemente que Estados Unidos era inmune a ese estilo de política. La elección de Trump en 2016 lo desmintió categóricamente. El voto a favor del Brexit ese mismo año demostró que el Reino Unido también era presa del nacionalismo nostálgico y el populismo. Debido al caos que imperaba en el corazón anglo-estadounidense de la democracia liberal, los defensores del estilo del hombre fuerte se vieron fortalecidos en todo el mundo.

Las dos épocas anteriores de la historia de posguerra habían seguido un arco similar. Apareció una nueva ideología que cosechó algunos éxitos iniciales y también un renovado prestigio y nuevos seguidores. Después, la sensación de fortaleza ideológica generó una demanda para que las ideas originales que había detrás del movimiento se llevaran adelante con más rapidez. Y eso provocó que se abarcara demasiado, lo cual generó una reacción negativa y la exigencia de un nuevo planteamiento. Un buen ejemplo de desmesura ideológica fue la exigencia por parte de Reagan de impuestos más bajos y menos burocracia, lo cual provocó una

excesiva desregulación de las finanzas que culminó en la crisis económica de 2008. En un nivel geopolítico, la borrachera de globalización de la élite occidental propició la rápida incorporación de China a la economía mundial. Pero ahora la creciente riqueza y poder de ese país han desencadenado una ofensiva contra la globalización.

Si la última era sigue un patrón similar, el estilo del hombre fuerte se halla en la fase de emulación del ciclo. A partir de 2016, era una práctica habitual que líderes como Bolsonaro, Orbán, Putin e incluso Netanyahu utilizaran un lenguaje y unas tácticas trumpianos: denunciar las «noticias falsas», cuestionar la ciencia climática y condenar a los «globalistas».

Pero, aunque el precedente de los ciclos anteriores indica que la era de los líderes autoritarios podría durar hasta treinta años, hay que hacer una precisión importante. Para que prosperen los hombres fuertes, el nacionalismo populista que suelen adoptar debe ser validado por el éxito. Sin duda, China ha aprendido esa lección. Ha utilizado la pandemia del coronavirus para afirmar que el sistema chino —influido por el pensamiento de Xi Jinping— ha demostrado su superioridad con respecto al liberalismo occidental. Pero fuera de las fronteras chinas, la competencia parece estar dando caza a algunos hombres fuertes. La mala gestión que hizo Trump del covid-19 contribuyó a su derrota. Bolsonaro, Amlo y Erdogan se han equivocado con la pandemia y sus economías nacionales.

Los liberales tienen motivos para esperar que la incompetencia acabe erosionando el apoyo a los líderes autocráticos. Pero, a diferencia de los demócratas, los líderes fuertes no tienen por costumbre renunciar elegantemente al poder cuando las cosas se ponen feas. En Estados Unidos, el margen de la derrota de Trump y la fuerza de las instituciones estadounidenses bastaron para frenar

sus esfuerzos por anular el resultado de las elecciones de 2020. Pero en otros contextos nacionales, líderes fuertes como Orbán, Bolsonaro y Erdogan podrían ser más difíciles de reemplazar.

Algunos aspectos de la política moderna recuerdan mucho a la última gran crisis de la democracia liberal en los años treinta. Las libertades políticas y la democracia vuelven a estar en retirada. El proteccionismo está en boga. Los liberales están perdiendo confianza. El deseo de algunos regímenes autocráticos de anexionarse partes de Estados vecinos o ampliar territorios —lo cual ocasionó tantos problemas en la década de 1930— también vuelve a estar de moda. La anexión de Crimea por parte de Rusia en 2014 sentó un precedente peligroso. China pretende incluir el mar de la China Meridional en sus aguas territoriales, lo cual incumpliría el derecho internacional. Asimismo, Pekín es cada vez más estridente en sus exigencias de «reunificación» con Taiwán.

Como nacionalistas, los líderes fuertes tienen tendencia a buscar enemigos en el extranjero si las cosas se complican en su país. Las crecientes tensiones alrededor de China, Rusia y Turquía son recordatorios de que, en épocas anteriores, las políticas del hombre fuerte han estado muy vinculadas a la guerra. En los años treinta fue necesaria una guerra para acabar con la era de los dictadores. Hoy, el riesgo de un enfrentamiento militar entre Estados Unidos y Rusia y China en particular va en aumento. Pero el miedo a un holocausto nuclear ayudó a mantener la paz durante la guerra fría (aunque a veces estuvo a punto de no ser así). Un terror similar al de un desastre nuclear probablemente impedirá una guerra entre grandes potencias durante la era de los líderes autoritarios.

Un mayor riesgo podría ser la amenaza que representa el declive del internacionalismo liberal para la economía global y el medio ambiente. Cuando estalló la crisis económica en 2008, los líderes

mundiales se reunieron de urgencia en la primera cumbre del G20. Al hacer frente a una amenaza común, los mandatarios de Estados Unidos, China, la UE, Rusia, Japón y otras naciones pudieron salvar sus diferencias políticas y trabajar juntos.

Pero en la era de la política del hombre fuerte, la cooperación internacional ya no está de moda, como demostró la fracturada respuesta global al coronavirus. El auge de los hombres fuertes populistas resta muchas posibilidades de que el mundo ofrezca una respuesta eficaz al cambio climático. Esto último quedó demostrado en la Asamblea General de la ONU en 2019, cuando el primer orador fue el presidente brasileño Bolsonaro. En lugar de expresar contrición o incluso preocupación por los incendios que devastaron el Amazonas, Bolsonaro lanzó una furiosa diatriba contra los globalistas que osaban inmiscuirse en la soberanía brasileña al intentar organizar una campaña internacional para salvar el bosque tropical.

En 2020, China representaba un 29 % de las emisiones globales de dióxido de carbono, más que Estados Unidos y la UE juntos. Sin medidas por parte de China, no existirá una respuesta global efectiva al cambio climático. Pero el creciente antagonismo entre EE. UU. y China también hará más difícil que se alcance un acuerdo internacional sobre el calentamiento global. En lugar de animar a países rivales a trabajar juntos, las noticias cada vez más preocupantes sobre el cambio climático podrían ser otro motivo de recriminaciones mutuas entre China y Estados Unidos. Cuando termine la era de los líderes autoritarios, es posible que el medio ambiente haya sufrido daños irreparables.

En Estados Unidos, la derrota de Trump podría parecer una nueva oportunidad para la democracia liberal. Por el contrario, en China, el caos y la división de las elecciones presidenciales de 2020 se presentan como otra prueba de la decadencia del sistema

estadounidense. Xi Jinping y los ideólogos que lo rodean están cada vez más dispuestos a afirmar la superioridad del «modelo chino» ante los valores que predica Occidente.

Sin embargo, una dificultad importante para Pekín es que el «modelo chino» está cada vez más asociado —en su país y fuera de él— al culto a la personalidad que rodea a Xi Jinping. El gobierno del hombre fuerte casi siempre lleva a la creación de un culto a la personalidad, ya que es políticamente imposible reconocer que el líder es capaz de mostrar debilidad o cometer errores. Puesto que el líder no hace nada mal, hay que desterrar el debate y las críticas. En última instancia, el gobierno del hombre fuerte depende del miedo y la coacción. Ese modelo de gobierno no solo es poco atractivo, sino también una receta para los problemas. Sin un debate abierto y maneras seguras de cuestionar a la autoridad, los gobiernos que están sometidos a un hombre fuerte pueden desarrollar políticas desastrosas y persistir en ellas mucho después de que un sistema más abierto hubiera cambiado de rumbo. El culto a la personalidad que se creó en torno a Mao abocó a China al desastre. De hecho, los cultos a un líder rara vez han acabado bien en ningún país.

La incapacidad para tolerar las críticas no es el único defecto del modelo del hombre fuerte. Otras dos dificultades características (y vinculadas) se centran en la sucesión y la enfermedad.

En la forma más pura del sistema del hombre fuerte, en la que los controles son eliminados, todo depende del líder. Su reemplazo —o incluso el debate sobre su retirada— es profundamente desestabilizador. Por tanto, una vez que el hombre fuerte se ha ido, toda clase de intereses se ven amenazados mientras los rivales pugnan por el poder y ajustan cuentas. Los líderes fuertes, sus familias y sus séquitos tienen buenos motivos para temer que haya

represalias si alguna vez renuncian al poder. Por ello, los hombres fuertes suelen aferrarse a él.

Algunos observadores de Rusia sospechan que a Vladímir Putin le gustaría retirarse tras más de veinte años liderando el país. Pero si Putin se va, el sistema legal ruso, que él ha utilizado para acosar a sus enemigos, podría volverse contra sus amigos y familiares por orden de quien lo suceda en el Kremlin. Líderes como Xi y Erdogan corren riesgos parecidos. Cuando un hombre fuerte pierde el poder, la estabilidad de todo el sistema político creado a su alrededor corre peligro. Esa fijación por mantenerse en el cargo es una característica típica de la era de los líderes autoritarios. Vladímir Putin y Recep Tayyip Erdogan están a punto de cumplir veinte años como jefes de Estado. En China, el presidente Xi se está preparando para otra década en el poder.

Pero incluso los líderes fuertes acaban envejeciendo y enfermando. Xi, Putin y Erdogan son casi septuagenarios. Los rumores de que Erdogan padece cáncer son habituales en Turquía. Xi tiene sobrepeso y es ex fumador. Si alguno de esos líderes falleciera o quedara incapacitado, sus países se sumirían en una crisis. Cuando empeora la salud de un hombre fuerte, la reacción más común es que se oculte el problema. El séquito del líder debe orquestar sus apariciones públicas y encontrar maneras de gobernar mientras el jefe pierde el rumbo.

Aunque conserve la salud física, varias décadas en el poder a menudo llevan al líder a sucumbir a la megalomanía o la paranoia, o a perder el contacto con la vida cotidiana de la nación que gobierna. A pesar de sus defectos, los sistemas democráticos tienen instituciones y leyes que gestionan el crucial y delicado problema de la sucesión. Los sistemas políticos duraderos dependen de las

instituciones, no de individuos. Y las sociedades prósperas se sustentan en leyes y no en líderazgos carismáticos.

Por todas esas razones, el dominio del hombre fuerte es una forma de gobierno inherentemente fallida e inestable. Acabará derrumbándose en China y en la mayoría de los lugares donde se ponga a prueba. Pero puede haber mucho caos y sufrimiento antes de que la era de los líderes autoritarios sea historia.

Escribí las últimas líneas de *La era de los líderes autoritarios* en diciembre de 2021. La predicción final de que la era de los líderes autoritarios provocaría «mucho caos y sufrimiento» se hizo realidad incluso antes de lo que yo esperaba. El 24 de febrero de 2022, las tropas rusas invadieron Ucrania por orden de Vladímir Putin. En solo unas semanas, diez millones de ucranianos habían huido de sus casas, miles y miles de soldados y civiles habían muerto y la ciudad costera de Mariupol había sido destruida.

Putin fue el primer líder fuerte, el arquetipo, así que las repercusiones de la guerra en Ucrania son verdaderamente globales. El éxito de la invasión rusa podría tentar a otros hombres fuertes a recurrir a la guerra. La derrota de Ucrania mientras Estados Unidos se mantiene al margen incluso podría allanar el camino para un ataque chino a Taiwán.

Pero las fases iniciales de la guerra fueron peores de lo que Putin pronosticaba. El líder ruso parecía creer que su última ofensiva contra Ucrania seguiría el patrón de 2014. En aquel momento, Rusia logró anexionarse rápidamente Crimea sin entrar en combate. Las posteriores sanciones impuestas por Occidente apenas hicieron mella en la economía rusa.

La invasión de 2022 no siguió ese patrón. Las fuerzas ucranianas contraatacaron con ferocidad y Rusia no logró conquistar ninguna ciudad importante en el primer mes de combates. Según algunas crónicas, Rusia perdió tantos soldados en un mes de enfrentamientos en Ucrania (15.000) como durante una década de guerra en Afganistán. Las sanciones impuestas por Estados Unidos y sus aliados europeos también fueron mucho más duras de lo que esperaba el Kremlin, tal como reconoció más tarde Serguéi Lavrov, el ministro de Asuntos Exteriores ruso. En concreto, la decisión de congelar las reservas extranjeras del banco central ruso puso en peligro la capacidad del Kremlin para conseguir suministros vitales y pagar su deuda exterior.

Los errores cometidos por Putin al planificar la invasión obedecieron a los defectos inherentes al estilo de gobierno del hombre fuerte. Un sistema que depende del criterio y la sabiduría de un solo hombre siempre es vulnerable a errores catastróficos. En la actualidad, Putin gobierna Rusia como un zar, e incluso atesora más autoridad personal que el jefe del Partido Comunista en la etapa soviética. Igual que un monarca, Putin cuenta con asesores y cortesanos, pero la toma de decisiones radica solo en su persona. Durante la epidemia de covid, el presidente ruso se hallaba cada vez más aislado. Se codeaba eminentemente con un reducido grupo de asesores nacionalistas, como Nikolái Pátrushev, el director del Consejo de Seguridad Nacional ruso, a quien Putin conoce desde que ambos eran compañeros del KGB en Leningrado en los años setenta.

Los procesos mentales que sustentaron la decisión de Putin de invadir Ucrania también son típicos del estilo político del hombre fuerte: la apelación a una supuesta emergencia nacional que justifica acciones radicales; la veneración de la fuerza y la violencia;

el desprecio por el liberalismo y la ley; y un gobierno personalizado que acalla las críticas y los consejos discrepantes.

En particular, Putin no comprendía la realidad del nacionalismo ucraniano. En un ensayo publicado en verano de 2021, aseguraba que los rusos y los ucranianos eran un solo pueblo. Desdeñando la idea de una identidad ucraniana singular, no estaba preparado para el arrojo con el que lucharía Ucrania para proteger su independencia.

En Naciones Unidas, 141 de 193 países condenaron la invasión rusa. Sin embargo, China y la India, los dos países más poblados del mundo, se abstuvieron. Los rusos podían hallar cierto consuelo en el hecho de que los países que se abstuvieron o votaron colectivamente con Rusia representaban a más de la mitad de la población mundial.

Putin también gozaba de un importante apoyo entre los miembros de la fraternidad informal de los líderes fuertes. En la víspera de la invasión, Donald Trump elogió la «genialidad» estratégica del líder ruso y cómo había gestionado la crisis de Ucrania. Como siempre, Trump estaba encantado con la crueldad de un líder verdaderamente fuerte y mostró una indiferencia absoluta hacia las consecuencias humanitarias o morales de la guerra.

Dos de los líderes mundiales con los que se reunió Putin antes de emprender la invasión fueron Viktor Orbán y Jair Bolsonaro, hombres fuertes con los que mantenía una buena relación personal. Mientras que el ambiente en las reuniones que celebró Putin con el francés Emmanuel Macron y el alemán Olaf Scholz antes de la guerra fue tenso y conflictivo, su rueda de prensa final junto a Orbán fue casi alegre. En ella, el húngaro se jactó de su estrecha relación con el líder ruso. Bolsonaro, que adoraba a Trump, ignoró la petición

personal de la administración de Biden para que no se reuniera con Putin antes de la invasión.

No obstante, Hungría y Brasil condenaron en la ONU la invasión rusa de Ucrania, pero esas posiciones formales ocultaban una ambigüedad subyacente. Un mes después de la invasión, Orbán fue acusado por Irina Vereshchuk, viceprimera ministra de Ucrania, de bloquear la ayuda militar a su país y adoptar una posición «abiertamente prorrusa». Vereshchuk aventuró incluso que Orbán podía tener planes para el territorio ucraniano y «soñar en silencio con nuestra Transcarpacia», una referencia a su esperanza de recuperar algún día el territorio que perdió Hungría tras la primera guerra mundial.

Otros dos líderes fuertes prominentes también se mostraron muy reacios a condenar a Putin. La India de Narendra Modi dejó claro que no tenía intención de tomar posiciones en una disputa entre Estados Unidos y Rusia. Muchos comentaristas indios aceptaron el argumento ruso de que la guerra había sido provocada por la expansión de la OTAN en el antiguo bloque soviético, lo cual reflejaba las viejas simpatías indias hacia la URSS durante la guerra fría y su actual dependencia de los suministros armamentísticos de Moscú.

En Arabia Saudí, Mohamed bin Salmán, un viejo admirador de Putin, se negó a cooperar con la iniciativa occidental para aumentar la presión sobre Rusia. MBS estaba tan enojado por el interés de la administración de Biden en el asesinato de Yamal Jashogyi que incluso se negó a hablar con el presidente de EE. UU. Cuando el británico Boris Johnson fue enviado a Arabia Saudí para intentar convencer al reino de que sacara más petróleo al mercado internacional, al parecer volvió con las manos vacías.

Pero, con diferencia, el aliado fuerte más importante para Putin era Xi Jinping. Justo antes de la invasión de Ucrania, Putin se reunió con él en Pekín. Es posible que los historiadores del futuro descubran qué se dijeron en privado, pero el comunicado público emitido por ambos países tras el encuentro del 4 de febrero fue bastante sorprendente. Rusia y China anunciaron una asociación «sin límites».

El comunicado sino-ruso se cimentaba en una profunda y evidente hostilidad hacia el poder global estadounidense y constató la paranoia que comparten Xi y Putin sobre el supuesto fomento de «revoluciones de colores» por parte de Estados Unidos. Igual que la Rusia de Putin ha acusado a Estados Unidos de organizar el levantamiento ucraniano de 2014, la China de Xi cree que el movimiento de protesta hongkonés fue financiado y alentado por EE. UU.

También existe un claro entendimiento personal entre dos líderes que han gobernado sus países de manera similar. Xi y Putin han centralizado el poder, abolido los límites a los mandatos presidenciales, invertido dinero en el ejército y alimentado un culto a la personalidad. A ambos les gusta la idea de que las relaciones entre las grandes potencias pueden gestionarse mediante acuerdos entre líderes fuertes. En palabras del analista ruso Alexander Gabuev, son «el zar y el emperador».

Debido a la hostilidad común hacia Estados Unidos que apuntala la relación entre Xi y Putin, China sin duda habría agradecido una rápida victoria rusa en Ucrania. Tras la debacle de Afganistán, dicha victoria habría logrado que Estados Unidos pareciera impotente y débil, lo cual alimentaría el mensaje de Pekín sobre el inexorable declive del poder estadounidense.

Por el contrario, los reveses de Putin en Ucrania le complicaron mucho la vida a Xi. De repente, la alianza occidental parecía más fuerte y unida que en muchos años. Estados Unidos y sus aliados presentaron una nueva batería de sanciones económicas que son potencialmente muy peligrosas, incluso para Pekín. China tuvo que digerir la noticia de que, a consecuencia de ellas, Rusia había perdido el acceso a sus reservas extranjeras. China cuenta con las reservas extranjeras más grandes del mundo y considera ese dinero una póliza de seguros que salvaría al país en una posible crisis. La guerra en Ucrania demostró que, en caso de un conflicto geopolítico con Estados Unidos, China podía perder el acceso a sus reservas extranjeras de la noche a la mañana.

China no es ni mucho menos autosuficiente en materia de energía y alimentos. Durante décadas la ha preocupado el «dilema de Malaca», esto es, la amenaza de que la armada estadounidense podría aislar a China bloqueando rutas de navegación cruciales. Las ingentes inversiones de China en su armada van parcialmente destinadas a evitar esa posibilidad. Pero ahora Pekín debe tener en cuenta la posibilidad de que una congelación de las reservas extranjeras —sumada a otras sanciones económicas— podría ser tan peligrosa como un bloqueo naval que impediría que Pekín importara las mercancías que necesita.

Para Xi es frustrante que no exista una solución fácil. La más obvia sería que China comerciara cada vez más con renminbis, su propia divisa. Pero Pekín ha evitado que el RMB sea totalmente convertible por temor a que ello provoque fugas de capital desestabilizadoras para el país.

El hecho de que la Unión Europea, el Reino Unido, Suiza, Corea del Sur, Japón y Singapur se unieran a las sanciones económicas contra Rusia creó un frente unido de democracias avanzadas que

Pekín no se esperaba. En repetidas ocasiones, China se ha medido directamente con Estados Unidos y ha marcado varios hitos: mayor potencia comercial, economía más grande medida en poder adquisitivo y armada más numerosa. Pero si China ahora no solo debe medirse con Estados Unidos, sino también con Europa, Japón, Canadá y Australia, la posición de Pekín resulta mucho menos poderosa.

La amenaza de sanciones a China no solo era teórica. Cuando Moscú se encontró con problemas, recurrió a Pekín y supuestamente pidió ayuda económica y militar. En respuesta, la administración de Biden advirtió de manera explícita que China podía recibir sanciones secundarias si ayudaba a Rusia a eludir las penalizaciones o a librar su guerra en Ucrania.

La amenaza de que ayudar a Rusia podía llevar a un enfrentamiento con Estados Unidos planteó a Xi un dilema complejo. Si no ayudaba a Rusia, la promesa que le hizo a Putin de que no habría «límites ni áreas prohibidas de cooperación» sonaría vacía. Muchos nacionalistas chinos también argumentaron que Estados Unidos está pidiéndole a China que ataque verbalmente a su máximo aliado y, si Rusia sale derrotada, Occidente se volvería contra una China aislada. Desde ese punto de vista, sería moral y estratégicamente erróneo que China dejara sola a Rusia. Por otro lado, si Xi ayudaba a Putin de una manera demasiado explícita, se arriesgaba a provocar un enfrentamiento con Estados Unidos mucho antes de que China hubiera realizado los preparativos económicos y militares necesarios para aislarse del impacto de las sanciones occidentales.

Ante tan difícil elección, la China de Xi al principio se refugió en el silencio y la ambigüedad. La política más sabia de Pekín

probablemente era observar desde los márgenes cómo se desarrollaban los acontecimientos y adaptarse en consecuencia.

Para Estados Unidos, la guerra en Ucrania parecía la ilustración perfecta del choque histórico entre la democracia y el autoritarismo, que Biden había convertido en un tema central de su presidencia. El hecho de que calificara a Putin de «criminal de guerra» y pidiera su destitución fue muy criticado por empeorar el ambiente de enfrentamiento, pero reflejaba su idea de que el éxito o el fracaso de la invasión de Putin en Ucrania podría determinar el tono de la política global en décadas venideras.

Sin duda, el criterio de Biden era correcto. Históricamente, el gobierno del hombre fuerte ha estado asociado a la violencia, las conquistas y la anarquía internacional. En la era de los líderes autoritarios de los años treinta, Mussolini, Franco, Stalin y Hitler sumieron en guerras a sus naciones y al mundo.

La invasión de Putin en Ucrania repitió ese mortífero patrón. Finalmente llevó a Estados Unidos y la Unión Europea a intentar contraatacar el autoritarismo de los hombres fuertes. A pesar de los horrores vinculados a la invasión rusa en Ucrania, la guerra bien podría ser un punto de inflexión global en un sentido positivo. La era de los líderes autoritarios empezó con Vladímir Putin. Si sale vencedor en su guerra en Ucrania, el estilo del hombre fuerte que él personifica podría seguir cosechando prestigio y partidarios en todo el mundo. Pero si sufre una derrota, ese fracaso podría suponer el principio del fin de la era de los líderes autoritarios.

Agradecimientos

Este libro se inspira en muchos años de viajes y trabajo para *Financial Times*. Por tanto, mi primer agradecimiento es para *FT* por brindarme la oportunidad de pensar y escribir sobre política mundial.

También he recurrido a la sabiduría y hospitalidad de compañeros de *FT* en todo el mundo. Me gustaría mostrar un agradecimiento especial a Ed Luce, de Washington, un gran amigo que ha sido un generoso anfitrión en varias ocasiones. En Moscú, quisiera dar las gracias a Henry Foy, Max Seddon y Kathrin Hille. Kathrin también me fue de gran ayuda cuando me destinaron a Pekín y Taipéi. Me siento agradecido con Laura Pitel, de Turquía; Jamil Anderlini, Nicolle Liu y Tom Mitchell, de Pekín y Hong Kong; Amy Kazmin, Victor Mallet y Jyotsna Singh, de Nueva Delhi; John Reed, de Jerusalén; Simeon Kerr, de Dubái; James Shotter, de Varsovia; Guy Chazan y Tobias Buck, de Berlín; y Andres Schipani y Joe Leahy, de São Paulo. Muchos compañeros de Londres también han sido una fuente de ayuda e ideas. Me gustaría dar las gracias especialmente a David Pilling, Martin Wolf, Jonathan Derbyshire, Fiona Symon y Roula Khalaf. Dan Dombey leyó extensos fragmentos del libro y me ofreció muchos comentarios útiles y ánimo. Jeremy Shapiro y Shruti Kapila también fueron generosos al leer partes del borrador y aportar opiniones.

Como verán los lectores, este libro se nutre de veinte años de conversaciones con gente de todo el mundo. Muchas de esas personas son citadas en el libro. Algunas viven en países

amenazados por el gobierno de un hombre fuerte, así que tal vez no les gustaría que les dé las gracias explícitamente. Pero me siento en deuda con todos los que se han molestado en explicarme cosas a lo largo de los años.

Gran parte de este libro se escribió durante la pandemia del covid-19, que interrumpió de repente mis viajes por todo el mundo. Sin embargo, la pandemia tuvo un efecto secundario positivo: significó que cuatro personas recientemente licenciadas estuvieron confinadas en la misma casa que yo durante muchos meses. Mis hijos —Natasha, Joe, Nathaniel y Adam— aportaron investigación e ideas. Adam y Nat fueron especialmente útiles, ya que se documentaron respectivamente sobre los capítulos dedicados al Sureste Asiático y África. Mi mujer, Olivia, se unió a las conversaciones y mantuvo a todos cuerdos y felices durante el confinamiento.

Por último, me gustaría dar las gracias a mis agentes literarios, James Pullen y Sarah Chalfant, de la Wylie Agency, que siempre ofrecieron buenos consejos con la presteza habitual de la agencia. Ha sido un gran placer trabajar de nuevo con Bodley Head y con Stuart Williams y Jörg Hensgen en particular. Other Press, donde Judith Gurewich ha ejercido de guía e Yvonne Cardenas de editora, me ofreció el hogar perfecto en EE. UU.

Notas

1. Estas cifras han sido recopiladas por Max Roser, de la Martin School de la Universidad de Oxford, basándose en datos del proyecto Varieties of Democracy. Véase ourworldindata.org.

2. Freedom House, «Freedom in the World 2021: Democracy under siege».

3. Citado en Mehdi Hasan, «It wasn’t just Trump – every US president has gotten Putin wrong», MSNBC, 16 de junio de 2021.

4. Brian Parkin y Rainer Buergin, «Merkel says Russia risks harm to itself with nineteenth century ways», Bloomberg, 13 de marzo de 2014.

5. «A Turkish Success Story», *New York Times*, 28 de enero de 2004.

6. Nicholas Kristof, «Looking for a Jump-Start in China», *New York Times*, 5 de enero de 2013. Conocí el pasaje en Richard McGregor, *Xi Jinping: The Backlash* (Lowy Institute, 2019), p. 9.

7. Thomas L. Friedman, «Letter from Saudi Arabia», *New York Times*, 25 de noviembre de 2015.

8. Thomas L. Friedman, «Saudi Arabia's Arab Spring at Last», *New York Times*, 23 de noviembre de 2017.

9. Gideon Rachman, «India needs a jolt and Modi is a risk worth taking», *Financial Times*, 28 de abril de 2014.

10. Freedom House, «Freedom in the World 2020: A Leaderless Struggle for Democracy».

11. Rachel Frazin, «Biden calls Boris Johnson a physical and emotional clone of Trump», *The Hill*, 13 de diciembre de 2019.

12. Por el contrario, durante la guerra fría, los disidentes soviéticos normalmente despreciaban a los liberales occidentales que afirmaban ver paralelismos entre la URSS y EE. UU.

13. Véase Masha Gessen, «Autocracy Rules for Survival», *New York Review of Books*, 10 de noviembre de 2016.

14. «Trump Defends Putin Killing Journalists», Daily Beast, 13 de abril de 2017.

15. Rana Mitter, «The World China Wants», *Foreign Affairs*, enero de 2021.

16. Ramachandra Guha, «Modi Personality Cult Runs Contrary to BJP's Own Objections to Worship of Individuals», Scroll.in, 2 de agosto de 2020.

17. Charlotte Gao, «Xi: China Must Never Adopt Constitutionalism», *The Diplomat*, 19 de febrero de 2019.

18. Vídeo de Reuters, 14 de abril de 2020.

19. Citado en *Economist*, «Getting off the train», 6 de febrero de 2016.

20. Véase Nathaniel Rachman, «The Simpleton Manifesto», *Persuasion*, 15 de octubre de 2020.

21. John Johnston, «Boris Johnson blasted over claims deep state is betraying Brexit», Politics Home, 14 de enero de 2019.

22. Conversación con el autor, Berlín, octubre de 2019.

23. *Ibid.*

24. Fiona Hill, *There Is Nothing For You Here: Finding Opportunity in the 21st Century* (Mariner Books, 2021), p. 224.

25. «No Job, no house, no welfare», *Economist*, 30 de mayo de 1998.

26. Véase Roberto Foa, «Why strongmen win in weak states», *Journal of Democracy*, enero de 2021.

27. «Genocide Aside», *Economist*, 13 de febrero de 2021.

28. Jeffrey Goldberg, «Why Obama Fears for Our Democracy», *Atlantic*, noviembre de 2020.

29. «Can you foil the love tonight?», *Economist*, 19 de noviembre de 2020.

30. La importancia del machismo para los líderes fuertes a lo largo de la historia, por ejemplo Mussolini, Gadafi, Putin y otros, es un tema importante en el libro *Strongmen: How They Rise, Why They Succeed, How They Fall* (Profile, 2020), de Ruth Ben-Ghiat.

31. Conversación con el autor, Moscú, agosto de 2019.

32. Mark Easton, «Coronavirus: Social media spreading virus conspiracy theories», BBC, 18 de junio de 2020.

1. Fiona Hill y Clifford Gaddy, *Mr Putin: Operative in the Kremlin* (Brookings Institution Press, 2013). Fiona Hill acabaría siendo la asesora sobre Rusia en la Casa Blanca de Trump y testificó durante el proceso de destitución del presidente.

2. Discurso de Año Nuevo del presidente en funciones Vladímir Putin, 31 de diciembre de 1999, www.en.kremlin.ru.

3. Comentado en Ivan Krastev y Stephen Holmes, *The Light That Failed – A Reckoning* (Allen Lane, 2019), p. 108.

4. Citas de Lionel Barber y Henry Foy, «Vladimir Putin says liberalism has become obsolete», *Financial Times*, 27 de junio de 2019.

5. Véase Susan Glasser, «Putin the Great», *Foreign Affairs*, septiembre/octubre de 2019.

6. Citado en Catherine Belton, *Putin's People – How the KGB took back Russia and then took on the West* (William Collins, 2020), pp. 26, 39-41.

7. Hill y Gaddy, p. 76.

8. Belton, p. 85.

9. Hill y Gaddy, p. 9.

10. Citado en Belton, p. 112.

11. *Ibid.*, p. 11. Belton también ofrece una fascinante crónica de cómo los valedores originales de Putin en el círculo de Yeltsin acabarían lamentando su decisión de ayudarlo.

12. Citado en Anton Troianovski, «Branding Putin», *Washington Post*, 12 de julio de 2018.

13. James Ciment, «Life Expectancy of Russian Men Falls to 58», *BMJ*, 21 de agosto de 1999.

14. Entrevista con el autor, Moscú, septiembre de 2014.

15. «Putin's Russia», podcast Rachman Review con Fiódor Lukianov, 9 de octubre de 2019.

16. Krastev y Holmes, p. 82.

17. Conversación con el autor, Moscú, 2008.

18. Citado en Jan Matti Dollbaum, Morvan Lallouet y Ben Noble, *Navalny: Putin's Nemesis, Russia's Future* (Hurst, 2021), p. 152.

19. Véase Max Seddon, «Lunch with the FT: Alexei Navalny», *Financial Times*, 22 de noviembre de 2019.

20. Luke Harding, «Revealed: the $2 billion offshore trail that leads to Vladimir Putin», *Guardian*, 3 de abril de 2016.

21. «Russian billionaire Arkady Rotenberg says "Putin Palace is his"», BBC, 30 de enero de 2021.

22. «Vlad's the boss: "World's secret richest man" Vladimir Putin guards his secret billions like a mafia godfather, expert claims», *Sun*, 22 de marzo de 2018.

23. Chris Giles, «Russia's role in producing the tax system of the future», *Financial Times*, 29 de julio de 2019.

24. Citado en Martin Chulov, «Can Saudi Arabia's "great reformer" survive the death in the consulate?», *Guardian*, 13 de octubre de 2018.

25. Citado en Elias Isquith, «Rudy Giuliani», Salon, 4 de marzo de 2014.

26. La entrevista original fue realizada por Alastair Campbell para *GQ* en 2014.

27. Tobias Jones, «How Matteo Salvini Became Putin's Man in Europe», *Prospect*, 30 de agosto de 2019.

28. Anne Applebaum, «The False Romance of Russia», *Atlantic*, 12 de diciembre de 2019.

29. Esos vínculos se describen en Belton, pp. 427-436.

30. Citado en Troianovski, *Washington Post*.

31. Julian Borger, «Russia is a regional power showing weakness over Ukraine», *Guardian*, 25 de marzo de 2014.

1. En aquel momento, el cargo de primer ministro era el más poderoso del país. Las reformas constitucionales que efectuó más tarde Erdogan elevaron el poder de la presidencia.

2. Robert Kaplan, «At the Gates of Brussels», *Atlantic*, diciembre de 2004.

3. Citado en «To Brussels on a wing and a prayer», *Economist*, 9 de octubre de 2004.

4. *Ibid.*

5. Véase Gideon Rachman, *Easternisation* (Vintage, 2017), p. 202.

6. Véase Soner Cagaptay, *The New Sultan: Erdogan and the Crisis of Modern Turkey* (IB Tauris, 2020), p. 4.

7. Citado en Kaya Gene, «Erdogan's Way», *Foreign Affairs*, septiembre de 2019, p. 29.

8. Véase Steven Cook, «How Erdogan Made Turkey Authoritarian Again», *Atlantic*, 21 de julio de 2016.

9. Véase Aykan Erdemir y Oren Kessler, «A Turkish TV blockbuster reveals Erdogan's conspiratorial, anti-semitic worldview», *Washington Post*, 15 de mayo de 2017.

10. Véase Jenny White, «Democracy is like a Tram», Turkey Institute, 14 de julio de 2016.

11. Jonathan Head, «Quiet end to Turkey's college headscarf ban», BBC, 31 de diciembre de 2010.

12. Más tarde, algunos de mis contactos fueron encarcelados o procesados o se fueron al exilio, así que prefiero no mencionarlos.

13. Gideon Rachman, «Don't Be Blind to Erdogan's Flaws», *Financial Times*, 10 de octubre de 2011.

14. Hay un gráfico relato del intento de golpe en Hannah Lucinda Smith, *Erdogan Rising: The Battle for the Soul of Turkey* (William Collins, 2019), pp. 203-221.

15. Véase Laura Pitel, «Turkey: Gulenist crackdown», *Financial Times*, 11 de septiembre de 2016.

16. Véase Gene, *Foreign Affairs*, p. 33.

17. Laura Pitel, «Europe's top human rights court orders Turkey to release jailed Turkish politician», *Financial Times*, 22 de diciembre de 2020.

18. Matthew Wills, «The Turkish Origins of the Deep State», JSTOR Daily, 10 de abril de 2017.

19. Véase el testimonio de John Bolton y Fiona Hill, citado en las páginas 153-154.

20. Gideon Rachman, «Modi and Erdogan Thrive on Divisive Identity Politics», *Financial Times*, 10 de agosto de 2020.

21. Peter Spiegel, «José Manuel Barroso: Not everything I did was right», *Financial Times*, 4 de noviembre de 2014.

22. «Turkey slams EU officials in row over Netherlands campaigning», BBC, 14 de marzo de 2017.

23. Citado en Laura Pitel, «Erdogan's great game: soldiers, spies and Turkey's quest for power», *Financial Times*, 12 de enero de 2021.

24. David Kirkpatrick y Carlotta Gall, «Audio offers gruesome details of Yamal Jashogyi Killing», *New York Times*, 17 de octubre de 2018.

25. Laura Pitel, «Turkey Senses Growing National Challenge to Erdogan», *Financial Times*, 24 de junio de 2019.

26. Tuit de @@SonerCagaptay el 2 de junio de 2020.

1. Nicolas Berggruen y Nathan Gardels, «How the world's most powerful leader thinks», WorldPost, 21 de enero de 2014.

2. John Simpson, «New Leader Xi Jinping Opens Door to Reform in China», *Guardian*, 10 de agosto de 2013.

3. Frank Dikötter, *How to Be a Dictator: The Cult of Personality in the Twentieth Century* (Bloomsbury, 2019), p. 105.

4. Citado en Chris Buckley, «Xi Jinping opens China Party Congress, his hold tighter than ever», *New York Times*, 17 de octubre de 2017.

5. Citado en Tom Phillips, «Xi Jinping heralds new era of Chinese power at Communist Party Congress», *Guardian*, 18 de octubre de 2017.

6. El número de citas no atribuidas en esta sección refleja la necesidad de proteger a amigos chinos de cualquier represalia.

7. «China's Economy in Six Charts», *Harvard Business Review*, noviembre de 2013.

8. Véase Evan Osnos, «Born Red», *New Yorker*, 30 de marzo de 2015.

9. Hay una buena y sucinta crónica de los primeros años de vida de Xi en Kerry Brown, *The World According to Xi* (IB Tauris, 2018). Véase también el excelente artículo de Evan Osnos citado más arriba.

10. Citado en François Bougon, *Inside the Mind of Xi Jinping* (Hurst, 2018), p. 56.

11. Véase Osnos, *New Yorker*.

12. Brown, *The World According to Xi*, p.16.

13. McGregor, *Xi Jinping: The Backlash*, p. 34.

14. Edward Wong, Neil Gough y Alexandra Stevenson, «China's Response to Stock Plunge Rattles Traders», *New York Times*, 9 de septiembre de 2015.

15. «Rumours swirl in China after death of top Chongqing Party official», Radio Free Asia, 4 de noviembre de 2019.

16. Victor Mallet, «Interpol "complicit" in arrest of its chief in China», *Financial Times*, 7 de julio de 2019.

17. «Xi Jinping Millionaire Relations Reveal Fortunes of Elite», Bloomberg News, 29 de junio de 2012.

18. Citado en Bougon, *Inside the Mind of Xi Jinping*, p. 39.

19. *Ibid.*, p. 154.

20. Yuan Yang, «Inside China's Crackdown on Young Marxists», *Financial Times*, 14 de febrero de 2019.

21. Gideon Rachman, «Lunch with the FT: Eric Li», *Financial Times*, 7 de febrero de 2020.

22. Citado en Don Weiland, «Inside Wuhan», *Financial Times*, 25 de abril de 2020.

23. Citado en Michael Collins, «The WHO and China: Dereliction of Duty», Council on Foreign Relations, 27 de febrero de 2020.

24. Estas cifras han sido recibidas con cierto escepticismo en Occidente. Un análisis de excesos de mortalidad llevado a cabo por *Economist* concluyó que «las muertes por covid-19 en Wuhan parecían mucho más altas que las oficiales» (30 de mayo de 2021). China cifró el número de muertes en Wuhan, donde se produjo el primer brote, en 3.869. *Economist* las situó en 13.400 a finales de marzo de 2020. Pero, aunque esa revisión sea correcta, el hecho de que hubo muchas menos muertes en China que en Occidente es incontestable.

25. Citado en «Xi confers medals for virus fight at ceremony in Great Hall of the People», Bloomberg, 8 de septiembre de 2020.

26. John Sudworth, «Wuhan marks its anniversary with triumph and denial», BBC, 23 de enero de 2020.

27. «Unfavorable views of China reach historic highs in many countries», Pew Research Center, 6 de octubre de 2020.

28. Jonathan Kaiman, «Islamist group claims responsibility for attack on China's Tiananmen Square», *Guardian*, 25 de noviembre de 2013.

29. Stephanie Nebehay, «UN says it has credible reports that China holds 1m Uighurs in secret camps», Reuters, 10 de agosto de 2018.

30. «China forces birth control on Uighur Muslims, other minorities: birth rates fall by 60% from 2015 to 2018 in Xinjiang», Associated Press, 29 de junio de 2020.

31. James Landale, «Uighurs: credible case China is carrying out genocide», BBC, 8 de febrero de 2021.

32. Zheping Huang, «Xi Jinping Says China's authoritarian system can be a model for the world», Quartz, 9 de marzo de 2018.

33. «The View from Bogotá – an interview with President Iván Duque Márquez», Aspen Institute, 22 de enero de 2021.

34. Hu Xijin, «The more trouble Taiwan creates, the sooner the mainland will teach them a lesson», *Global Times*, 6 de octubre de 2020.

1. Conversación con el autor, Nueva Delhi, mayo de 2018.

2. En términos reales, la economía de China actualmente quintuplica con creces a la de la India y es la segunda más grande del mundo. Calculado en poder adquisitivo, China posee la economía más grande del mundo y la India la tercera.

3. Citado en Benjamin Parkin y Amy Kazmin, «Narendra Modi renames cricket stadium after himself», *Financial Times*, 24 de febrero de 2021.

4. Muchos de estos ejemplos se han extraído de un artículo de Kapil Komireddi, «India, the world's largest democracy, is now powered by a cult of personality», *Washington Post*, 18 de marzo de 2021.

5. Debobrat Ghose, «1,200 years of servitude: PM Modi offers food for thought», Firstpost, 13 de junio de 2014.

6. La queja recuerda a cuando Donald Trump movilizó el resentimiento blanco estadounidense contra la «acción afirmativa» a favor de las minorías raciales.

7. Entrevista con Subramanian Swamy, *Huffington Post*, 14 de abril de 2017.

8. Ramachandra Guha, «How the RSS detested Gandhi», *The Wire*, 30 de enero de 2020.

9. Véase «Why India’s Hindu hardliners want to sideline Mahatma Gandhi», BBC, 30 de enero de 2017.

10. Indira Gandhi, primera ministra de 1966 a 1977 y desde 1980 hasta su asesinato en 1984, no estaba emparentada con Mahatma Gandhi. Sin embargo, era la hija de Nehru y la madre de Rajiv Gandhi.

11. Se incluye un perfil de los inicios profesionales de Modi y su relación con la RSS en Dexter Filkins, «Blood and Soil in Narendra Modi's India», *New Yorker*, 2 de diciembre de 2019.

12. Mi libro anterior, *Zero-Sum World* (Atlantic, 2012), pp. 78-83, incluye una descripción de Singh y sus reformas.

13. Gideon Rachman, «India needs a jolt – and Modi is a risk worth taking», *Financial Times*, 28 de abril de 2014.

14. *Ibid.*

15. Barack Obama, «Narendra Modi», *Time*, 15 de abril de 2015.

16. Citado en Gideon Rachman, «How India's Narendra Modi will shape the world», *Financial Times*, 14 de mayo de 2018.

17. La conversación tuvo lugar en Londres durante una comida organizada por la Alta Comisión India el 9 de julio de 2019.

18. Entrevista con Swamy, *Huffington Post*.

19. Rachman, *Financial Times*, 14 de mayo de 2018.

20. Milind Ghatwai, «Madhya Pradesh: You vote for Lotus, you are pressing trigger to kill terrorists, says PM Modi», *Indian Express*, 18 de mayo de 2019.

21. «Outrage over right-wing Euro-MPs' Kashmir visit», BBC, 30 de octubre de 2019.

22. Citado en Isaac Chotiner, «Amartya Sen's Hopes and Fears for Indian democracy», *New Yorker*, 6 de octubre de 2019.

23. Pratap Bhanu Mehta, «Serial Authoritarianism picks out targets one by one and tires out challenges», *Indian Express*, 10 de octubre de 2019.

24. Yogita Limaye, «Amnesty International to halt India operations», BBC, 29 de septiembre de 2020.

25. Véase Filkins, *New Yorker*.

26. Shivshankar Menon, «Rulers of Darkness», *India Today*, 4 de octubre de 2019.

27. Véase Jo Johnson, «Narendra Modi's culture war storms India's elite universities», *Financial Times*, 26 de enero de 2020.

28. Shruti Kapila, «Nehru's idea of India is under attack from the nationalist right», *Financial Times*, 12 de enero de 2020.

29. Jason Stanley, «For Trump and Modi, ethnic purity is the purpose of power», *Guardian*, 24 de febrero de 2020.

30. «Supreme Court judge describes Modi as "popular, vibrant and visionary leader"», *The Wire*, 6 de febrero de 2021.

31. Citado en Amy Kazmin, «Indians maintain faith in messianic Modi», *Financial Times*, 6 de julio de 2020.

32. Citado en Gideon Rachman, «Narendra Modi and the perils of Covid hubris», *Financial Times*, 26 de abril de 2021.

33. Amy Kazmin, «Narendra Modi, the style king, puts on the guru look», *Financial Times*, 1 de julio de 2021.

1. Citado en Colin Woodard, «Europe's New Dictator», *Politico*, 17 de junio de 2015.

2. Citado en Paul Lendvai, *Orbán: Europe's New Strongman* (Hurst, 2017), p. 195.

3. *Ibid.*, p. 192.

4. Citado en Krastev y Holmes, p. 68.

5. Citado en Lendvai, p. 201.

6. Krastev y Holmes, p. 14.

7. «Trump calls for total and complete shutdown of Muslims entering US», *Politico*, 7 de diciembre de 2015.

8. Citado en Krastev y Holmes, p. 47.

9. Estos detalles se han extraído de un artículo y entrevista con Kaczynski de mi compañero de *FT* Henry Foy, «Poland's Kingmaker», *Financial Times*, 26 de febrero de 2016.

10. Citado en Patrick Kingsley, «As the West Fears the Rise of Autocrats, Hungary Shows What's Possible», *New York Times*, 10 de febrero de 2018.

11. Esta historia me la contó un amigo de Orbán. No dispongo de pruebas independientes que la corroboren, pero la incluyo porque me hizo reír.

12. Viktor Orbán, discurso sobre el estado de la nación, 19 de febrero de 2020. Transcripción de Remix News.

13. Véase Paul Lendvai, «The Transformer: Orbán's Evolution and Hungary's Demise», *Foreign Affairs*, septiembre de 2019, p. 46.

14. *Ibid.*, p. 48.

15. George Soros, «Rebuilding the asylum system», Project Syndicate, 26 de septiembre de 2015.

16. Citado en Peter Conradi, «How the billionaire George Soros became the right's favourite bogeyman», *Sunday Times*, 10 de marzo de 2019.

17. Lendvai, *Foreign Affairs*, p. 52.

18. «How Viktor Orbán hollowed out Hungary's democracy», *Economist*, 29 de agosto de 2019.

19. Citado en Valerie Hopkins, «How Orbán's decade in power changed Hungary», *Financial Times*, 21 de mayo de 2020.

20. Citado en Lendvai, *Foreign Affairs*, p. 54. Entrevista original en *La Repubblica* en 2018.

21. *Ibid.*

22. Tony Barber, «Europe's patience with Viktor Orbán starts to wear thin», *Financial Times*, 8 de marzo de 2021.

23. Jan Cienski, «Poland's constitutional crisis goes international», *Politico*, 24 de diciembre de 2015.

24. Jan Cienski, «New media law gives Polish government fuller control», *Politico*, 30 de diciembre de 2015.

25. Citado en Marc Santora, «After a president's shocking death, a suspicious twin reshapes a nation», *New York Times*, 16 de junio de 2018.

26. «Half of Poles believe foreign powers deliberately spreading coronavirus», *Notes from Poland*, 20 de abril de 2020.

27. Citado en Anne Applebaum, *Twilight of Democracy* (Allen Lane, 2020), p. 31.

28. «Playing the Family Card», *Economist*, 20 de junio de 2020.

29. «Poland's draconian restrictions on abortion», *Financial Times*, 8 de noviembre de 2020.

1. Gideon Rachman y Nick Clegg, «Is joining the euro still too big a risk for Britain?», *Prospect*, 20 de enero de 2002. El artículo era un debate con Nick Clegg, en aquel momento europarlamentario y más tarde viceprimer ministro del Reino Unido. Clegg estaba a favor de que Gran Bretaña se incorporara al euro.

2. Hill, p. 71.

3. Daniel Boffey y Toby Helm, «Vote Leave embroiled in race row over Turkey security threat claims», *Observer*, 22 de mayo de 2016.

4. Tim Shipman, *All Out War: The Full Story of Brexit* (William Collins, 2017), p. 299.

5. Roger Eatwell y Matthew Goodwin, *National Populism: The Revolt Against Liberal Democracy* (Pelican, 2018), pp. 35-36.

6. *Ibid.*, p. 17.

7. Citado en Sonia Purnell, *Just Boris* (Aurum, 2012), p. 50.

8. Boris Johnson y Nicholas Farrell, «Forza Berlusconi», *Spectator*, 6 de septiembre de 2003.

9. Gideon Rachman, «Boris Johnson has failed the Churchill Test», *Financial Times*, 22 de febrero de 2016.

10. Rajeev Syal, «Cameron: Johnson said Leave campaign would lose minutes before backing it», *Guardian*, 16 de septiembre de 2019.

11. Rick Noak, «Brexit needs some of Trump's madness, Boris Johnson suggests», *Washington Post*, 8 de junio de 2018.-

12. Katie Weston, «Brexit conspiracy: Boris Johnson warns the deep state's great conspiracy will backfire», *Daily Express*, 14 de enero de 2019.

13. Sebastian Payne, «Downing Street glee as gang of 21 expelled from the Tory party», *Financial Times*, 4 de septiembre de 2019.

14. Blog de Dominic Cummings, «On the referendum Actions have consequences», 27 de marzo de 2019.

15. Peter Walker, «UK poised to embrace authoritarianism, warns Hansard Society», *Guardian*, 8 de abril de 2019.

16. Su asesor Dominic Cummings desveló más tarde que, en privado, Johnson se había opuesto a los confinamientos y lo culpó de miles de muertes innecesarias.

17. Allison Pearson, «We need you, Boris – your health is the health of the nation», *Daily Telegraph*, 7 de abril de 2020.

18. Rush Doshi, *The Long Game: China's Grand Strategy to Displace American Order* (Oxford University Press, 2021), p. 13.

1. Philip Bump, «The real story behind that viral clip of Keith Ellison predicting a Donald Trump victory», *Washington Post*, 22 de febrero de 2017.

2. Gideon Rachman, «We deride chances of Marine Le Pen and Donald Trump at our peril», *Financial Times*, 30 de noviembre de 2015.

3. *Ibid.*

4. Y que más adelante tendría un papel estelar en las vistas para el proceso de destitución de Trump.

5. Conversación con el autor.

6. Investigaciones posteriores de Deaton y Case demostraron que, si bien había diferencia en la esperanza de vida de estadounidenses blancos y negros, ahora el determinante más significativo eran los niveles educativos. Los negros y los blancos con titulación universitaria tenían una esperanza de vida similar, que a su vez era más alta que la de negros y blancos sin dicha titulación.

7. Gina Kolata, «Death Rates Rising for Middle-Aged White Americans, Study Finds», *New York Times*, 2 de noviembre de 2015.

8. Willam H. Frey, «The US will become minority white in 2045, census projects», Brookings Institution, 14 de marzo de 2018.

9. Era una referencia al vuelo del 11-S en el que los pasajeros arrebataron el control del avión a los secuestradores que pretendían dirigirlo hacia la Casa Blanca o el Congreso en Washington. El vuelo se estrelló en un campo y murieron todos sus ocupantes.

10. Michael Anton (con el pseudónimo Publius Decius Mus), «The Flight 93 Election», *Claremont Review of Books*, 5 de septiembre de 2016.

11. Alec Tyson y Shiva Maniam, «Behind Trump's victory: Divisions by race, gender, education», Pew Research Center, 9 de noviembre de 2016.

12. Véase John Sides, Michael Tesler y Lynn Vavreck, *Identity Crisis: The 2016 Presidential Election and the Battle for the Meaning of America* (Princeton University Press, 2018).

13. *Ibid.*, p. 71.

14. . *Ibid.*, p. 88.

15. Citado en Thomas Edsall, «White Riot», *New York Times*, 13 de enero de 2021.

16. Citado en Larry M. Bartels, «Ethnic Antagonism Erodes Republicans' Commitment to Democracy», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 15 de septiembre de 2020.

17. Entrevista de *Playboy* con Donald Trump, 1 de marzo de 1990.

18. *Ibid.*

19. Michael Schmidt, «In a Private Dinner, Trump Demanded Loyalty: Comey demurred», *New York Times*, 11 de mayo de 2017.

20. John Wagner, «Praise for the Chief», *Washington Post*, 12 de junio de 2017.

21. Véase Jonathan Rauch, «Trump's Firehose of Falsehood», *Persuasion*, 18 de noviembre de 2020.

22. Alexander Griffing, «Remember when Donald Trump appeared on Alex Jones's Infowars», *Haaretz*, 6 de agosto de 2018.

23. Peter Baker, «Dishonesty Has Defined the Trump Presidency. The Consequences Could Be Lasting», *New York Times*, 1 de noviembre de 2020.

24. Hill, p. 220.

25. *Ibid*.

26. Citado en Franklin Foer, «Viktor Orbán's War on Intellect», *Atlantic*, junio de 2019.

27. Bolton, p. 312.

28. *Ibid.*, p. 181.

29. *Ibid.*, p. 63.

30. Conversación con el autor.

31. Axios, 14 de septiembre de 2020.

32. Bolton, p. 191.

33. Gideon Rachman, «Lunch with the FT: Chris Ruddy», *Financial Times*, 2 de marzo de 2018.

34. Hill, pp. 220-221.

35. Bolton, p. 297.

36. Edward Luce, «Beware Trump's admiration for Putin, Xi and Erdogan», *Financial Times*, 16 de enero de 2020.

37. Hill, p. 221.

38. Aaron Blake, «What Trump said before his supporters stormed the Capitol», *Washington Post*, 11 de enero de 2021.

39. *Ibid.*

1. Louis Nelson, «Trump praises Duterte for unbelievable job cracking down on drugs in the Philippines», *Politico*, 24 de mayo de 2017.

2. Nicola Smith, «Trump praises Kim Jong-un as "terrific" and pledges to hold second Summit», *Telegraph*, 25 de septiembre de 2018.

3. «Remarks by President Trump in Press Conference», embajada y consulado de EE. UU. en Vietnam, 28 de febrero de 2019.

4. Will Worley, «Philippines president Rodrigo Duterte tells people to go ahead and kill drug addicts», *Independent*, 3 de julio de 2016.

5. «More than 7,000 killed in the Philippines in six months», Amnesty International, 18 de mayo de 2020.

6. *Ibid.*

7. Rambo Talabong, «Big funds, little transparency: How Duterte's drug list works», Rappler, 16 de febrero de 2020.

8. Patrick Symmes, «President Duterte's List», *New York Times*, 10 de enero de 2017.

9. Jonathan Miller, *Duterte Harry: Fire and Fury in the Philippines* (Scribe, 2018), p. 86.

10. Carlos H. Conde, «Killings in Philippines Up 50 Percent During Pandemic», Human Rights Watch, 8 de septiembre de 2020.

11. Davinci Maru, «CHR Chief: Drug war deaths could be as high as 27,000», ABS-CBN News, 5 de diciembre de 2018.

12. Aurora Almendral, «Where 518 inmates Sleep in Space for 170 and Gangs Hold It Together», *New York Times*, 7 de enero de 2019.

13. «The Rodrigo Duterte Interview», *Esquire Philippines*, 25 de agosto de 2016.

14. «Philippines: Duterte confirms he personally killed three men», BBC News, 16 de diciembre de 2016.

15. «Philippine leader says once threw man from a helicopter, would do it again», Reuters, 29 de diciembre de 2016.

16. Eleanor Ross, «Philippines President Duterte's Drug War, One Year On», *Newsweek*, 30 de junio de 2017.

17. Sheila Coronel, «The Vigilante President», *Foreign Affairs*, septiembre de 2019.

18. Tras su liberación en 2010, la complicidad de Suu Kyi con el trato salvaje a la minoría rohinyá de Birmania supuso una desilusión para muchos miembros de la comunidad internacional. Pero Birmania seguía siendo una democracia. Fue la ira militar por el resultado de las elecciones de 2020 —acompañado de acusaciones de fraude al más puro estilo Trump— lo que propició el golpe de Estado de 2021.

19. Richard Heydarian, «A Revolution Betrayed: The Tragedy of Indonesia's Jokowi», Al Jazeera, 24 de noviembre de 2019.

20. «Prevalence of drug use in the general population – national data», *World Drug Report*, Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, 2018.

21. «The Dangers of Duterte Harry», *Economist*, 19 de mayo de 2016.

22. Miller, p. 194.

23. Coronel, *Foreign Affairs*.

24. Miller, p. 44.

25. María Cepeda, «Arroyo thanks Duterte for helping to acquit her of plunder», Rappler, 9 de julio de 2019.

26. Hay una buena crónica de la infancia y carrera de Duterte en Jonathan Miller, *Duterte Harry*. Véase también Michael Peel, *The Fabulists* (Oneworld, 2019).

27. Andrew R. C. Marshall y Manuel Mogato, «Philippine death squads very much in business as Duterte set for presidency», Reuters, 25 de mayo de 2016.

28. Véase Miller, p. 2.

29. Mike Frialde, «Murder Rate Highest in Davao City», *Philippine Star*, 1 de abril de 2016.

30. Camille Elemia, «Photo used by Duterte camp to hit critics taken in Brazil, not PH», Rappler, 26 de agosto de 2016.

31. Alexandra Stevenson, «Soldiers in Facebook's War on Fake News Are Feeling Overrun», *New York Times*, 9 de octubre de 2018.

32. Dino-Ray Ramos, «"A Thousands Cuts" Trailer: Ramona S. Diaz's Docu About Journalist Maria Ressa and Press Freedom in Duterte's Philippines Sets Theatrical Run», Deadline, 12 de julio de 2020.

33. Rebecca Ratcliffe, «Amal Clooney decries legal charade after journalist Maria Ressa charged again with libel», *Guardian*, 12 de enero de 2021.

34. Ben Blanchard, «Duterte Aligns Philippines with China, says US has lost», Reuters, 20 de octubre de 2016.

1. Ben Hubbard, *MBS: The Rise to Power of Mohammed bin Salman* (William Collins, 2020), p. 267.

2. Véase Bradley Hope y Justin Scheck, *Blood and Oil: Mohammed bin Salman's Ruthless Quest for Global Power* (John Murray, 2020), p. 54.

3. Hubbard, p. 110.

4. Jodi Kantor, «For Kushner, Israel Policy May Be Personal», *New York Times*, 11 de febrero de 2017.

5. Entrevista a Anshel Pfeffer en el podcast Rachman Review, *Financial Times*, 10 de septiembre de 2020.

6. En 2020 Israel tenía una población de unos 8,8 millones de habitantes, de los cuales alrededor del 20 % eran árabes israelíes.

7. Anshel Pfeffer, *Bibi: The Turbulent Life and Times of Benjamin Netanyahu* (Basic Books, 2018), p. 17.

8. *Ibid.*, p. 45.

9. Yoram Hazony, *The Virtue of Nationalism* (Basic, 2018).

10. Citado en Constanze Stelzenmüller, «America's policy on Europe takes a nationalist turn», *Financial Times*, 30 de enero de 2019.

11. Gideon Rachman, «Why the new nationalists love Israel», *Financial Times*, 1 de abril de 2019.

12. «Duterte meets Netanyahu: "We share the same passion for human beings"», Rappler, 3 de septiembre de 2018.

13. William Galston, «What's Beijing Doing in Haifa?», *Wall Street Journal*, 28 de mayo de 2019.

14. Citado en Robert Kagan, «Israel and the decline of the liberal order», *Washington Post*, 12 de septiembre de 2019.

15. Hubbard, p. xv.

16. *Ibid.*, p. 10.

17. Thomas L. Friedman, «Letter from Saudi Arabia», *New York Times*, 25 de noviembre de 2015.

18. Thomas L. Friedman, «Saudi Arabia's Arab Spring at Last», *New York Times*, 23 de noviembre de 2017.

19. Véase Hope y Scheck, pp. 59, 64.

20. Véase Hubbard, pp. 127-129.

21. Yamal Jashogyi, «Saudi Arabia wasn't always this oppressive. Now it's unbearable», *Washington Post*, 18 de septiembre de 2017.

22. Julien Barnes y David Sanger, «Saudi Prince is held responsable for Khashoggi killing in US report», *New York Times*, 26 de febrero de 2021.

23. Citado en Hubbard, p. 272.

1. Gideon Rachman, «Brazil and the crisis of the liberal world order», *Financial Times*, 28 de agosto de 2017.

2. Véase Richard Lapper, *Beef, Bible and Bullets: Brazil in the Age of Bolsonaro* (Manchester University Press, 2021), p. 22.

3. *Ibid.*, p. 29.

4. Vincent Bevins, «Where conspiracy reigns», *Atlantic*, 16 de septiembre de 2020.

5. Sam Cowie, «Brazil's culture secretary fired after echoing words of Nazi Goebbels», *Guardian*, 17 de enero de 2020.

6. Para entender lo que sucedió en esa época, merece la pena leer *Rio de Janeiro, Extreme City* (Penguin, 2016), de Luiz Eduardo Soares, en particular el capítulo 2, «No Ordinary Woman». *Prisoner Without a Name, Cell Without a Number* (Knopf, 1981), de Jacobo Timerman, es un relato clásico del encarcelamiento durante la guerra sucia en Argentina.

7. Michael Reid, *Forgotten Continent: The Battle for Latin America's Soul* (Yale University Press, 2009), p. 123.

8. *Ibid.*, p. 12.

9. Citado en Anne Applebaum, «Venezuela's Suffering is the Eerie Endgame of Modern Politics», *Atlantic*, 27 de febrero de 2020.

10. Tom Burgis, «Livingstone secures cheap oil from Venezuela», *Financial Times*, 20 de febrero de 2007.

11. Michael Albertus, «Chavez's Real Legacy is Disaster», *Foreign Policy*, 6 de diciembre de 2018.

12. Bello, «The surprising similarities between AMLO and Jair Bolsonaro», *Economist*, 7 de diciembre de 2019.

13. «It's all about him», *Economist*, 30 de noviembre de 2019.

14. Citado en Michael Stott, «Pandemic politics: the rebound of Latin America's populists», *Financial Times*, 23 de septiembre de 2020.

15. Gideon Rachman, «Jair Bolsonaro's populism is leading Brazil to disaster», *Financial Times*, 25 de mayo de 2020.

16. «Brazil's Bolsonaro backs Trump fraud claims after unrest», France 24, 7 de enero de 2021.

17. Alfonso Zárate, *El país de un solo hombre* (Temas de Hoy, México, 2021).

18. *Ibid.*

19. Gideon Long, «Leftist Pedro Castillo finally confirmed as Peru's next president», *Financial Times*, 20 de julio de 2021.

1. David Pilling, «Why Abiy Ahmed is more popular in Norway than in Ethiopia», *Financial Times*, 29 de febrero de 2020.

2. Conversación con Abiy Ahmed, primer ministro de Etiopía, Foro Económico Mundial, 25 de enero de 2019.

3. Michela Wrong, «Ethiopia, Eritrea and the Perils of Reform», *Survival*, septiembre de 2018.

4. Michelle Gavin, «Ethiopian conflict erodes Abiy's credibility», Consejo de Relaciones Exteriores, 30 de diciembre de 2020.

5. «Will Mnangagwa go East as more sanctions come in from the West?», Africa Report, 8 de febrero de 2021.

6. Las historias de algunos de estos líderes, incluidos Mugabe y Mobutu, se incluyen en Paul Kenyon, *Dictatorland: The Men Who Stole Africa* (Head of Zeus, 2018).

7. «Jacob Zuma – the survivor whose nine lives ran out», BBC News, 6 de abril de 2020.

8. Tom Wilson, «Graft under Jacob Zuma cost South Africa $34 billion says Ramaphosa», *Financial Times*, 14 de octubre de 2019.

9. «Young Africans want more democracy», *Economist*, 5 de marzo de 2020.

10. Anjan Sundaram, «Rwanda: The Darling Tyrant», *Politico*, marzo/abril de 2020.

11. William Wallis. «Lunch with the FT: Paul Kagame», *Financial Times*, 13 de mayo de 2011.

12. David Pilling y Lionel Barber, «Interview: Kagame insists "Rwandans understand the greater goal"», *Financial Times*, 27 de septiembre de 2020.

13. Aislinn Laing, «Rwanda's president Paul Kagame "wishes" he had ordered death of exiled spy chief», *Daily Telegraph*, 24 de enero de 2014.

14. Michela Wrong, *Do Not Disturb* (PublicAffairs, 2021).

15. «Uganda/Rwanda: Investigate Journalist's Murder», Human Rights Watch, 6 de diciembre de 2011.

16. Jason Burke, «Rwandan government accused of abducting Paul Rusesabagina», *Guardian*, 1 de septiembre de 2020.

17. Sundaram, *Politico*.

18. William Wallis, «FT interview: Meles Zenawi, Ethiopian prime minister», *Financial Times*, 6 de febrero de 2007.

19. Armin Rosen, «A Modern Dictator: Why Ethiopia's Zenawi Mattered», *Atlantic*, 21 de agosto de 2012.

20. Awol Allo, «Ethiopia's Meles Zenawi: Legacies, memories, histories», LSE Blogs, 18 de septiembre de 2014.

21. «The man who tried to make dictatorship aceptable», *Economist*, 25 de agosto de 2012.

22. Nic Cheeseman, *Democracy in Africa* (Cambridge University Press, 2015), pp. 138-140.

23. *Ibid.*

24. Yun Sun, «Political party training: China's ideological push in Africa?», Brookings Institution, 5 de julio de 2016.

25. Lily Kuo, «Beijing is cultivating the next generation of African elites by training them in China», Quartz, 14 de diciembre de 2017.

26. Amy Hawkins, «Beijing's Big Brother Tech Needs African Faces», *Foreign Policy*, 24 de julio de 2018; Samuel Woodhams, «How China Exports Repression to Africa», *The Diplomat*, 23 de febrero de 2019.

27. Jevans Nyabiage, «How Zimbabwe's new parliament symbolises China's chequebook diplomacy approach to Africa», *South China Morning Post*, 5 de enero de 2020.

28. Abdi Latif Dahir, «Why these African countries are defending China's mass detention of Muslims», Quartz, 16 de julio de 2019; «Spotlight: Ambassadors from 37 countries issue joint letter to support China on its human rights achievements», Xinhua Net, 13 de julio de 2019.

29. Judd Devermont, «Russian Theater: How to Respond to Moscow's Return to the African Stage», Lawfare, 18 de octubre 2019. El autor es ex analista de la CIA.

30. Robbie Gramer y Jefcoate O'Donnell, «How Washington Got on Board with Congo's Rigged Election», *Foreign Policy*, 1 de febrero de 2019.

31. @@jakejsullivan, 25 de noviembre de 2020.

32. «Africa's population will double by 2050», *Economist*, 28 de marzo de 2020.

1. Citado en Sophie Pedder, *Revolution Française: Emmanuel Macron and the Quest to Reinvent a Nation* (Bloomsbury, 2018), p. 73.

2. *Ibid.*, p. 129.

3. Sunny Hundal, «Angela Merkel is now the leader of the free world, not Donald Trump», *Independent*, 1 de febrero de 2017.

4. «What did Angela Merkel do when the Wall came down?», BBC, 19 de septiembre de 2013.

5. Citado en Lionel Barber, *The Powerful and the Damned* (WH Allen, 2020), p. 96.

6. Constanze Stelzenmüller, «The AfD wolf is at the door in Eastern Germany», *Financial Times*, 8 de septiembre de 2019.

7. Podcast Rachman Review, «Germany's shifting foreign policy», *Financial Times*, 20 de noviembre de 2019.

8. Era una sospecha habitual en el norte de Europa. En 2018 moderé un debate entre Mark Rutte, el primer ministro danés, y Bruno Le Maire, el ministro de Economía de Macron, en el que el primero señaló reiteradamente que Francia no contaba con un presupuesto equilibrado desde los años setenta.

9. «Emmanuel Macron warns Europe: NATO is becoming brain-dead», *Economist*, 7 de noviembre de 2019.

10. «Réactions des Français à la tribune des militaires dans Valeurs Actuelles», Harris Interactive, 29 de abril de 2021.

11. «President Macron on Trump, Brexit and Frexit», BBC, 21 de enero de 2018.

12. Citado en Victor Mallet, «Debate on Islamist extremism law exposes deep rifts in France», *Financial Times*, 11 de febrero de 2021.

13. Victor Mallet, «Resurgent Marine Le Pen revels in Macron's woes», *Financial Times*, 30 de enero de 2020.

14. «Scandale Soros Marine Le Pen: "Macron ne peut plus garder le silence"», *Valeurs Actuelles*, 20 de febrero de 2020.

1. Gideon Rachman, «Soros hatred is a global sickness», *Financial Times*, 18 de septiembre de 2017.

2. «The Forbes 400, 2020», Forbes.com.

3. Cifra citada en Emily Tamkin, *The Influence of Soros* (Harper, 2020), p. 4.

4. Teniendo en cuenta que era un niño que vivía escondido, la acusación es absurda y desagradable.

5. George Soros, prólogo a Karl Popper, *The Open Society and Its Enemies* (Princeton University Press, 1994).

6. Roula Khalaf, entrevista con George Soros, Persona del año de FT, *Financial Times*, 18 de diciembre de 2018.

7. Véase Tamkin, pp. 74-75.

8. Seth Mydans, «Malaysian premier sees Jews behind nation's money crisis», *New York Times*, 16 de octubre de 1997.

9. Véase Robert Mackey, «The Plot against George Soros Didn’t Start in Hungary, It started on Fox News», *Intercept*, 23 de enero de 2018.

10. «Fiona Hill Blasts Anti-Semitic Conspiracy Theories Against George Soros in Testimony», *Huffington Post*, 22 de noviembre de 2019.

11. «A Conversation with Rudy Giuliani», *New York*, 23 de diciembre de 2019.

12. Peter Walker, «Farage criticised for using antisemitic themes to criticise Soros», *Guardian*, 12 de mayo de 2019.

13. «George Soros, the man who broke the Bank of England, backing secret plot to thwart Brexit», *Daily Telegraph*, 18 de febrero de 2018.

14. Véase Tamkin, p. 172.

15. @@YairNetanyahu, 28 de abril de 2019.

16. Osman Kavala, «710 Nights in a Turkish Prison», *New York Times*, 11 de octubre de 2019.

17. George Soros, «Remarks Delivered at the World Economic Forum», 24 de enero de 2019.

18. Saul Friedlander, *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews* (Phoenix, 2007), pp. xvii, xviii.

19. Citado en Khalaf, *Financial Times*.

20. Citado en Conradi, *Sunday Times*.

21. Gideon Rachman, «America is the revisionist power on trade», *Financial Times*, 13 de mayo de 2019.

22. Qiao Liang y Wang Xiangsui, *Unrestricted Warfare: China's Master Plan to Destroy America* (Filament Books, 2017).

23. La *Mittelstand* son las pequeñas y medianas empresas que a menudo se consideran la clave de la pericia económica y exportadora de Alemania.

24. Discurso de Trump en Varsovia, transcripción completa, CNN, 6 de julio de 2017.

25. Sarah Marsh, «Steve Bannon calls for Tommy Robinson to be released from prison», *Guardian*, 15 de julio de 2018.

26. Se incluye una crónica de este encuentro en Benjamin R. Teitelbaum, *War for Eternity* (Allen Lane, 2020), pp. 153-161.

27. Jan-Werner Müller, *A Dangerous Mind: Carl Schmitt in Post-War European Thought* (Yale University Press, 2003), p. 11.

28. Esta sección se inspira especialmente en mi artículo sobre Schmitt. Gideon Rachman, «Liberalism's most brilliant enemy is back in vogue», *Financial Times*, 11 de enero de 2019.

29. Citado en Ryan Mitchell, «Chinese Receptions of Carl Schmitt since 1929», *Journal of Law and International Affairs*, mayo de 2020.

30. Xu Jilin, *Rethinking China's Rise: A Liberal Critique* (Cambridge University Press, 2018), p. 27.

31. *Ibid.*

32. *Ibid.*

33. Citado en Gao, *The Diplomat*.

34. Citado en Mark Galeotti, *We Need to Talk About Putin* (Ebury, 2019), p. 68.

35. Leticia Duarte, «Meet Olavo de Carvalho», *Atlantic*, 28 de diciembre de 2019.

36. Véase Olavo de Carvalho, «The Battle of the Monsters», *Diario de Comercio*, 26 de junio de 2004.

37. Citado en Duarte, *Atlantic*.

1. David E. Sanger, «Biden Defines His Underlying Challenge with China: "Prove Democracy Works"», *New York Times*, 29 de abril de 2021.

2. *Ibid.*

3. Thomas Edsall, «Mitch McConnell Would Like Trump to Fade Away», *New York Times*, 24 de febrero de 2021.

4. Michael Gerson, «Trump's rot has reached the GOP's roots», 15 de febrero de 2021.

5. Véase Edsall, *New York Times*.

6. Eliza Relman, «Mark Meadows says all the top 2024 GOP candidates have Trump as their last name», *Business Insider*, 27 de febrero de 2021.

7. Jonathan Kirshner, «Gone but not forgotten: Trump's long shadow and the end of American credibility», *Foreign Affairs*, marzo/abril de 2021.

8. Jake Sullivan *et al.*, «Making US Foreign Policy work better for the middle class», Carnegie Endowment, 23 de septiembre de 2020.

9. Citado en Belton, p. 445.

10. «Kremlin accuses Joe Biden of spreading hatred», Reuters, 26 de octubre de 2020.

11. Citado en Henry Foy, «The Brutal Third Act of Vladimir Putin», *Financial Times*, 11 de marzo de 2021.

12. Tom Mitchell, Primrose Riordan y Nicolle Liu, «Hong Kong will sit on China's lap», *Financial Times*, 13 de marzo de 2021.

13. Citado en Sanger, *New York Times*.

14. Demetri Sevastopulo y Tom Mitchell, «Bitter summit shows no reset in chilly US-China relations», *Financial Times*, 20 de marzo de 2021.

15. David Smith, «How Tucker Carlson and the far right embraced Hungary's authoritarian leader», *Guardian*, 8 de agosto de 2021.

16. Martin Donai, «Political outsider prepares to take on Orban», *Financial Times*, 19 de octubre de 2021.

17. Bryan Harris y Michael Pooler, «Bolsonaro tests Brazilian democracy», *Financial Times*, 28 de septiembre de 2021.

18. Laura Pitel y Funja Guler, «Turkish opposition leader helps shape unlikely alliance to challenge Erdogan», *Financial Times*, 5 de diciembre de 2021.

19. Jonathan Ames, «Boris Johnson plans to let ministers throw out legal rulings», *The Times*, 6 de diciembre de 2021.

La era de los líderes autoritarios. Cómo el culto a la personalidad amenaza la democracia en el mundo
Gideon Rachman

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Age of the Strongmen. How the Cult of the Leader Threatens Democracy around the World*

© Gideon Rachman, 2021

© de la traducción, Efrén del Valle, 2022

© del diseño de la cubierta, Penguin Random House UK
© de la fotografía de la cubierta, Desk, AFP, Roberto Schmidt, Ludovic Marin / Getty Images.

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre 2022

ISBN: 978-84-9199-469-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta